

LA IGLESIA DE
JESUCRISTO
DE LOS SANTOS
DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

Conferencia General Anual N^o 182

31 de marzo – 1 de abril de 2012

Publicado por
La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días
Salt Lake City, Utah, EE. UU.

© 2012 Intellectual Reserve, Inc.
Todos los derechos reservados

Aprobación del inglés: 12/11
Aprobación de la traducción: 12/11
Traducción de *182nd Annual General Conference*
Spanish
PD50038655 002

Índice de temas

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA MAÑANA

Al reunirnos otra vez <i>Thomas S. Monson</i>	1
Y un niño los pastoreará <i>Boyd K. Packer</i>	4
Enseñar a nuestros hijos a comprender <i>Cheryl A. Esplin</i>	12
Convertidos a Su Evangelio por medio de la Iglesia <i>Donald L. Hallstrom</i>	18
Él en verdad nos ama <i>Paul E. Koelliker</i>	23
Sacrificio <i>Dallin H. Oaks</i>	29
Montañas que ascender <i>Henry B. Eyring</i>	37

SESIÓN DEL SÁBADO POR LA TARDE

El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia <i>Dieter F. Uchtdorf</i>	45
Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia, 2011 <i>Robert W. Cantwell</i>	49
Informe estadístico de 2011 <i>Brook P. Hales</i>	51
Los obreros de la viña <i>Jeffrey R. Holland</i>	53
Volver en sí: La Santa Cena, el templo y el sacrificio al servir <i>Robert D. Hales</i>	59
Fe, fortaleza y satisfacción: Un mensaje para los padres y madres que crían solos a sus hijos <i>David S. Baxter</i>	65
¡Permanezcamos en el territorio del Señor! <i>Ulisses Soares</i>	70
A tono con la música de la fe <i>Quentin L. Cook</i>	74
Cómo obtener revelación e inspiración en tu propia vida <i>Richard G. Scott</i>	82

SESIÓN DEL SACERDOCIO

Los poderes del cielo <i>David A. Bednar</i>	88
El rescate para el verdadero crecimiento <i>Richard C. Edgley</i>	95
Sacerdocio Aarónico: Levántense y usen el poder de Dios <i>Adrián Ochoa</i>	101
El porqué del servicio en el sacerdocio <i>Dieter F. Uchtdorf</i>	106
Familias bajo el convenio <i>Henry B. Eyring</i>	114
Dispuestos a servir y dignos de hacerlo <i>Thomas S. Monson</i>	122

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA MAÑANA

Los misericordiosos obtienen misericordia <i>Dieter F. Uchtdorf</i>	129
Demos gracias a Dios <i>Russell M. Nelson</i>	136
Lecciones especiales <i>Ronald A. Rasband</i>	142
La visión de los profetas en cuanto a la Sociedad de Socorro: fe, familia, socorro <i>Julie B. Beck</i>	147
La doctrina de Cristo <i>D. Todd Christofferson</i>	153
La carrera de la vida <i>Thomas S. Monson</i>	162

SESIÓN DEL DOMINGO POR LA TARDE

El poder de librarse <i>L. Tom Perry</i>	170
Para hallar a los perdidos <i>M. Russell Ballard</i>	176
Tener la visión de actuar <i>O. Vincent Haleck</i>	183
“Conforme a los principios de la rectitud” <i>Larry Y. Wilson</i>	188
¿Valió la pena? <i>David F. Evans</i>	193
Mantener sagrado <i>Paul B. Pieper</i>	199
¿Qué piensa el Cristo de mí? <i>Neil L. Andersen</i>	204
Al concluir esta conferencia <i>Thomas S. Monson</i>	210

REUNIÓN GENERAL DE LAS MUJERES JÓVENES

Levantaos y brillad <i>Ann M. Dibb</i>	213
Busquen conocimiento: Tienen una obra que realizar <i>Mary N. Cook</i>	218
¡Ahora es el tiempo de levantarse y brillar! <i>Elaine S. Dalton</i>	224

Crean, obedezcan, perseveren | *Thomas S. Monson*231

Al reunirnos otra vez

Por el presidente Thomas S. Monson

Nuestro Padre Celestial tiene presente a cada uno de nosotros y nuestras necesidades. Que seamos llenos de Su Espíritu al participar de esta conferencia.

Mis queridos hermanos y hermanas, al reunirnos otra vez en una conferencia general de la Iglesia, les doy la bienvenida y les expreso mi amor. Nos reunimos cada seis meses para fortalecernos unos a otros, para dar ánimo, para proporcionar consuelo, para fortalecer la fe. Estamos aquí para aprender. Algunos de ustedes tal vez busquen respuesta a preguntas o desafíos por los que estén pasando en la vida. Algunos sufren a causa de la desilusión o de pérdidas. Cada uno puede ser iluminado y recibir ánimo y consuelo al sentir el Espíritu del Señor.

Si hubiese cambios que efectuar en su vida, ruego que encuentren el incentivo y el valor para hacerlo al escuchar las palabras inspiradas que se expresarán. Que cada uno de nosotros vuelva a decidir vivir de manera tal que seamos dignos hijos de nuestro Padre Celestial. Que sigamos oponiéndonos al mal dondequiera que se encuentre.

Qué bendecidos somos por haber venido a la tierra en una época como ésta, una época maravillosa en la larga historia del mundo. No podemos estar todos bajo un mismo techo, pero ahora tenemos la capacidad de participar de esta conferencia a través de la maravilla de las transmisiones por televisión, radio, cable, satélite e internet, incluso en los dispositivos móviles. Nos congregamos unificados; hablamos diferentes idiomas, vivimos

en muchos países, pero todos tenemos una fe, una doctrina y un propósito.

Desde nuestros pequeños comienzos hace 182 años, nuestra presencia ahora se siente en todo el mundo. Esta gran obra en la que participamos seguirá adelante, cambiando y bendiciendo vidas al hacerlo. Ninguna causa ni fuerza en el mundo entero puede detener la obra de Dios. A pesar de lo que venga, esta gran causa seguirá adelante. Recordarán las palabras proféticas del profeta José Smith: “Ninguna mano impía puede detener el progreso de la obra: las persecuciones se encarnizarán, el populacho podrá conspirar, los ejércitos podrán juntarse y la calumnia podrá difamar; mas la verdad de Dios seguirá adelante valerosa, noble e independientemente, hasta que haya penetrado todo continente, visitado toda región, abarcado todo país y resonado en todo oído, hasta que se cumplan los propósitos de Dios y el gran Jehová diga que la obra está concluida”¹.

Hay muchas cosas difíciles y desafiantes en el mundo hoy día, mis hermanos y hermanas; pero también hay mucho que es bueno y ennoblecedor. Como declaramos en el decimotercer artículo de fe: “Si hay algo virtuoso, o bello, o de buena reputación, o digno de alabanza, a esto aspiramos”; que siempre continuemos haciéndolo.

Les agradezco su fe y devoción al Evangelio. Les doy las gracias por el amor y cuidado que se brindan los unos a los otros. Les agradezco el servicio que dan en sus barrios y ramas, y en sus estacas y distritos. Es ese servicio el que permite al Señor lograr muchos de Sus propósitos aquí sobre la tierra.

Expreso mi agradecimiento por la bondad con la que me tratan dondequiera que voy. Les agradezco sus oraciones a mi favor. He sentido esas oraciones y estoy muy agradecido por ellas.

Ahora, mis hermanos y hermanas, hemos venido a que se nos instruya y se nos inspire. Se ofrecerán muchos mensajes en los próximos dos días. Les aseguro que los hombres y mujeres que les hablarán han buscado la ayuda y la guía del cielo al preparar sus mensajes. Han sido inspirados en cuanto a lo que compartirán con nosotros.

Nuestro Padre Celestial tiene presente a cada uno de nosotros y nuestras necesidades. Que seamos llenos de Su Espíritu al participar de esta conferencia; ése es mi ruego sincero. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: José Smith, 2007, pág. 473.*

Y un niño los pastoreará

Por el presidente Boyd K. Packer

Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles

El esposo y la esposa deben entender que su primer llamamiento, del cual nunca serán relevados, es del uno para con el otro y después para con sus hijos.

Hace años, durante una noche fría en una estación de trenes de Japón, escuché un golpecito en la ventanilla de mi coche-cama. Allí había un niño congelándose, con una camisa harapienta, un trapo sucio atado sobre la hinchada mandíbula y la cabeza cubierta de sarna; el niño sostenía una lata oxidada y una cuchara, el símbolo de un huérfano mendigo. Cuando intenté abrir la puerta para darle dinero, el tren arrancó.

Nunca olvidaré a aquel pequeño hambriento de pie en el frío sosteniendo una lata vacía; tampoco podré olvidar cuán incapaz me sentí cuando el tren se alejó poco a poco y él quedó de pie, en la plataforma.

Unos años después, en Cusco, una ciudad en lo alto de los Andes del Perú, el élder A. Theodore Tuttle y yo llevamos a cabo una reunión sacramental en un salón largo y estrecho que daba hacia la calle. Era de noche y, mientras el élder Tuttle discursaba, un pequeño, de unos seis años quizás, apareció por la puerta. Sólo llevaba puesta una camisa harapienta que le llegaba hasta las rodillas.

A nuestra izquierda se encontraba una pequeña mesa con un plato de pan para la Santa Cena. Este hambriento huérfano de la calle vio el pan y avanzó lentamente hacia él a lo largo de la pared. Cuando estaba casi por llegar a la mesa, una mujer en el pasillo lo vio, y con un firme movimiento de cabeza, lo expulsó hacia la noche. Yo gemí dentro de mí.

El pequeño niño volvió más tarde; avanzaba lentamente a lo largo de la pared; miraba el pan y me miraba a mí. Cuando estaba cerca del punto donde la mujer lo volvería a ver, extendí los brazos y vino corriendo hacia mí, y yo lo tuve en mi regazo.

Entonces, como algo simbólico, lo senté en la silla del élder Tuttle. Después de la última oración, el hambriento pequeño salió corriendo hacia la noche.

Al volver a casa, le conté mi experiencia al presidente Spencer W. Kimball. Él se conmovió profundamente y me dijo: "Usted estaba teniendo una nación en su regazo". Más de una vez me dijo: "Esa experiencia tiene un significado aún mucho mayor del que usted pueda imaginarse".

Al visitar los países de Latinoamérica unas cien veces, he buscado a ese niño en los rostros de la gente. Ahora si sé lo que quiso decir el presidente Kimball.

Conocí a otro niño tiritando en las calles de Salt Lake City. Era tarde en otra noche de invierno. Estábamos saliendo de una cena de Navidad de un hotel y venían por la calle seis u ocho niños bulliciosos; todos deberían haber estado en casa para protegerse del frío.

Un niño no tenía abrigo; iba saltando muy rápidamente para evitar el frío y desapareció por una calle lateral, sin duda, a un apartamento pequeño y pobre con una cama que no tenía suficientes mantas para mantenerlo caliente.

Por la noche, cuando me cubrí con mis cobijas, ofrecí una oración por aquellos que no tenían una cama cálida a la que ir.

Yo estaba apostado en Osaka, Japón, cuando acabó la Segunda Guerra Mundial. La ciudad se encontraba en ruinas y las calles estaban llenas de bloques, escombros y cráteres de bombas. Aunque la mayoría de los árboles habían sido destruidos por las bombas, algunos aún estaban en pie con las ramas y los troncos destrozados, y tenían el valor de mostrar algunos retoños con hojas.

Una niña pequeña vestida en un kimono harapiento y colorido estaba muy ocupada recogiendo hojas de sicómoro para hacer un ramo. La pequeñita no parecía darse cuenta de la devastación que la rodeaba mientras pasaba por encima de los escombros para añadir hojas nuevas a su colección; había

encontrado la única belleza que quedaba en su mundo. Tal vez debería decir que *ella* era la parte bella de su mundo. De alguna manera, pensar en ella aumenta mi fe; la niña personificaba la esperanza.

Mormón enseñó que “los niños pequeños viven en Cristo”¹ y no tienen necesidad de arrepentirse.

Cerca del comienzo del siglo anterior, dos misioneros estaban trabajando en las montañas del sur de los Estados Unidos. Un día, desde la cima de una colina, vieron que varias personas se estaban reuniendo en un claro, más abajo. A menudo, los misioneros no tenían mucha gente a la que predicar, así que bajaron hacia el descampado.

Un niño se había ahogado e iba a haber un funeral. Sus padres habían llamado al ministro religioso para que “dijera unas palabras” de su hijo. Los misioneros se hicieron a un lado mientras el ministro viajante contemplaba al padre y a la madre desconsolados y empezó su sermón. Si los padres esperaban recibir consuelo de ese clérigo, se decepcionarían.

Él los reprendió severamente por no haber bautizado al niño; lo habían pospuesto por una u otra razón, y ahora era demasiado tarde y les dijo sin rodeos que su niño había ido al infierno y que eso era culpa de ellos; ellos eran los culpables del tormento sin fin del pequeño.

Después de que concluyó el sermón y se cubrió la tumba, los élderes se acercaron a los afligidos padres. “Somos siervos del Señor”, le dijeron a la madre, “y hemos venido con un mensaje para ustedes”. Mientras los sollozantes padres escuchaban, los dos élderes leyeron de las revelaciones y compartieron su testimonio de la restauración de las llaves para la redención tanto de los vivos como de los muertos.

Siento cierta compasión por ese predicador; puesto que estaba haciendo lo mejor que podía con la luz y el conocimiento que tenía; pero hay algo más que tendría que haber sido capaz de ofrecer, eso es la plenitud del Evangelio.

Los élderes vinieron como consoladores, como maestros, como siervos del Señor, como ministros autorizados del evangelio de Jesucristo.

Estos niños de los cuales he hablado representan a todos los hijos de nuestro Padre Celestial. "...herencia de Jehová son los hijos... Bienaventurado el hombre que ha llenado su aljaba de ellos"².

La creación de la vida es una gran responsabilidad para una pareja casada; ser una madre o un padre digno y responsable es el desafío de la vida mortal. Ni el hombre ni la mujer pueden tener hijos solos. La intención era que los niños tuvieran dos padres, tanto un padre como una madre. Este modelo o proceso no se puede reemplazar con ningún otro.

Hace mucho tiempo, una mujer me dijo entre lágrimas que cuando era estudiante universitaria había cometido un grave error con su novio. Él había hecho todos los preparativos para el aborto. A su debido tiempo, se graduaron, se casaron y tuvieron varios hijos. Ella me contó cuánto le atormentaba ver a su familia ahora, a sus hermosos hijos, y ver ahora en su mente ese lugar vacío donde faltaba aquel niño.

Si ese matrimonio entendiera la Expiación y la aplicara, sabría que esas experiencias y el dolor relacionado con ellas se pueden borrar. No hay dolor que dure para siempre. No es fácil, pero la vida nunca se concibió para que fuera fácil ni justa. El arrepentimiento y la esperanza duradera que se reciben con el perdón siempre valdrán el esfuerzo.

Otra pareja joven me contó entre lágrimas que acababan de regresar de un consultorio médico, donde se les dijo que no podrían tener hijos. Estaban desconsolados por la noticia; pero se sorprendieron cuando les dije que en realidad eran muy afortunados y se preguntaron por qué diría tal cosa. Les dije que su estado era infinitamente mejor que el de otras parejas que podían ser padres, pero que habían rechazado y evadido de modo egoísta esa responsabilidad.

Les dije: "Al menos, ustedes quieren hijos y ese deseo pesa mucho a su favor en su vida terrenal y en la venidera, porque les dará estabilidad espiritual y emocional. En última instancia, su situación será mucho mejor porque quisieron hijos y no pudieron tenerlos, en comparación con aquellos que podían, pero que no tuvieron hijos".

Aún así, hay otras parejas que permanecen sin casarse y, por lo tanto, sin hijos. Algunos, debido a circunstancias ajenas a su voluntad, están criando a sus hijos como madres solas o padres solos. Esos son estados temporales. En el plan eterno de las cosas, no siempre el anhelo y el deseo justos se harán realidad en la vida mortal.

“Si solamente en esta vida tenemos esperanza en Cristo, somos los más dignos de lástima de todos los hombres”³.

El fin supremo de toda actividad en la Iglesia es ver al esposo, a su esposa y a sus hijos felices en el hogar, protegidos por los principios y las leyes del Evangelio, sellados con seguridad en los convenios del sacerdocio eterno. El esposo y la esposa deben entender que su primer llamamiento, del cual nunca serán relevados, es del uno para con el otro y después para con sus hijos.

Uno de los grandes descubrimientos de la paternidad es que aprendemos mucho más de nuestros hijos, sobre lo que realmente importa, que lo que aprendimos de nuestros padres. Llegamos a reconocer la verdad de la profecía de Isaías de que “un niño los pastoreará”⁴.

En Jerusalén, “llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos,

“y dijo: De cierto os digo que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.

“Así que, cualquiera que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos”⁵.

“Y Jesús dijo: Dejad a los niños venir a mí y no les impidáis hacerlo, porque de los tales es el reino de los cielos.

“Y habiendo puesto las manos sobre ellos, partió de allí”⁶.

Leemos en el Libro de Mormón de la visita de Jesucristo al Nuevo Mundo. Él sanó y bendijo a las personas y les mandó que llevasen a los niños pequeños a Él.

Mormón registra: “...trajeron a sus niños pequeñitos, y los colocaron en el suelo alrededor de él, y Jesús estuvo en medio; y la multitud cedió el paso hasta que todos le fueron traídos”⁷.

Entonces mandó a la gente que se arrodillara. Con los niños a Su alrededor, el Salvador se arrodilló y ofreció una oración a nuestro Padre Celestial. Después de la oración, el Salvador lloró

“...y tomó a sus niños pequeños, uno por uno, y los bendijo, y rogó al Padre por ellos.

“Y cuando hubo hecho esto, lloró de nuevo”⁸.

Comprendo los sentimientos expresados por el Salvador hacia los niños. Hay mucho que aprender del seguir Su ejemplo al procurar orar, bendecir y enseñar a esos “pequeñitos”⁹.

Yo era el décimo en una familia de 11 hijos. Hasta donde yo sé, ni mi padre ni mi madre sirvieron en un llamamiento prominente en la Iglesia.

Nuestros padres sirvieron fielmente en su llamamiento más importante, el ser padres. Nuestro padre dirigió nuestro hogar en rectitud, nunca con enojo ni con miedo; y el poderoso ejemplo de nuestro padre fue magnificado por el tierno consejo de nuestra madre. El Evangelio es una poderosa influencia en la vida de cada uno de nosotros en la familia Packer y en la generación siguiente y en la generación siguiente y en la siguiente, hasta donde hemos visto.

Espero ser juzgado como un buen hombre como lo fue mi padre. Antes de escuchar las palabras “bien hecho” de mi Padre Celestial, espero escucharlas primero de mi padre terrenal.

Muchas veces me he preguntado por qué fui llamado como Apóstol y luego Presidente del Quórum de los Doce, a pesar de haber venido de un hogar donde el padre podría ser catalogado como menos activo. Yo no soy el único miembro de los Doce que se ajusta a esa descripción.

Finalmente, pude ver y entender que quizás esa circunstancia sea la razón por la que me llamaron. Y he logrado entender por qué en todo lo que hacemos en la Iglesia como líderes debemos proporcionar la forma para que los padres y los hijos pasen tiempo juntos en familia. Los líderes del sacerdocio deben esmerarse para que la Iglesia sea de beneficio para la familia.

Hay muchas cosas sobre el vivir el evangelio de Jesucristo que no se pueden medir por lo que se calcula o se anota en los registros de asistencia. Nos ocupamos de los edificios, los presupuestos, los programas y los procedimientos. Al hacerlo, es posible pasar por alto la esencia misma del evangelio de Jesucristo.

Con demasiada frecuencia alguien viene a mí y dice: "Presidente Packer, ¿no sería bueno ... ?".

Normalmente lo detengo y digo: "No", porque sospecho que lo que sigue será una nueva actividad o programa que agregará una carga de tiempo y de recursos económicos a la familia.

El tiempo de la familia es sagrado y se debe proteger y respetar. Instamos a nuestros miembros a demostrar devoción a sus familias.

Cuando nos casamos, mi esposa y yo decidimos que aceptaríamos a los niños que nacerían, junto con las responsabilidades que acarrearán su nacimiento y crecimiento. A su debido tiempo, ellos han formado su propia familia.

Dos veces en nuestro matrimonio, al momento de nacer dos de nuestros pequeños, un médico nos dijo: "Creo que éste no sobrevivirá".

En ambas ocasiones, nuestra reacción fue que daríamos nuestra vida si nuestro hijito pudiera mantener la suya. Al extender ese ofrecimiento, nos dimos cuenta de que esa misma devoción se parece a la que nuestro Padre Celestial siente por cada uno de nosotros. ¡Qué concepto tan celestial!

Ahora bien, en el ocaso de nuestras vidas, mi esposa y yo entendemos y damos testimonio de que nuestra familia puede ser eterna. Al obedecer los mandamientos y vivir plenamente el Evangelio, seremos protegidos y bendecidos. Con nuestros hijos y nietos, y bisnietos, nuestro ruego es que cada integrante de nuestra creciente familia tenga la misma devoción hacia esos preciosos pequeñitos.

Padres y madres, la próxima vez que sostengan a un bebé recién nacido en sus brazos, tendrán una perspectiva interior de los misterios y propósitos de la vida; entenderán mejor por qué la Iglesia es como es y por qué la familia es la organización básica en el tiempo de esta vida y en la eternidad. Doy testimonio de que el Evangelio de Jesucristo es verdadero, que el plan de redención, al que se le ha llamado el plan de felicidad, es un plan para las familias. Ruego que las familias de la Iglesia sean bendecidas, los padres y los hijos, para que esta obra siga adelante como es la intención del Padre. Testifico de esto, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Moroni 8:12.
2. Salmo 127:3, 5.
3. 1 Corintios 15:19.
4. Isaías 11:6.
5. Mateo 18:2-4.
6. Mateo 19:14-15.
7. 3 Nefi 17:12.
8. 3 Nefi 17:21-22.
9. 3 Nefi 17:24.

Enseñar a nuestros hijos a comprender

Por Cheryl A. Esplin

Segunda Consejera de la Presidencia General de la Primaria

Enseñar a nuestros hijos a comprender es más que sólo impartir información. Es ayudar a nuestros hijos a que la doctrina penetre su corazón.

A medida que pasan los años, muchos detalles de mi vida son cada vez más borrosos, pero algunos de los recuerdos que permanecen más vívidos son los nacimientos de cada uno de nuestros hijos. El cielo parecía estar tan cerca y, si me esfuerzo, casi puedo sentir la misma reverencia y el mismo asombro que sentí cada vez que colocaban en mis brazos a cada uno de esos niños preciosos.

“Herencia de Jehová son [nuestros] hijos” (Salmos 127:3). Él ama y conoce a cada uno de ellos con un amor perfecto (véase Moroni 8:17). Qué responsabilidad sagrada nos confiere el Padre Celestial como padres de asociarnos con Él para ayudar a sus espíritus escogidos a llegar a ser lo que él sabe que pueden llegar a ser.

Ese privilegio divino de criar a nuestros hijos es una responsabilidad mucho más grande de la que podemos llevar a cabo solos, sin la ayuda del Señor. Él está al tanto exactamente de lo que nuestros hijos necesitan saber, lo que tienen que hacer y lo que deben ser para regresar a Su presencia. Él da a los padres y a las madres instrucciones y guía específicas por medio de las Escrituras, de Sus profetas y del Espíritu Santo.

El Señor instruye a los padres, por medio de una revelación moderna dada al profeta José Smith, que enseñen a sus hijos a *comprender* la doctrina del arrepentimiento, de la fe en Cristo, del

bautismo y del don del Espíritu Santo. Fíjense que el Señor no dice que debemos “enseñar la doctrina”, Sus instrucciones son que enseñemos a nuestros hijos a “*comprender* la doctrina” (véase D. y C. 68:25, 28; cursiva agregada).

En el libro de Salmos leemos: “Dame entendimiento, y guardaré tu ley y la observaré de todo corazón” (Salmo 119:34).

Enseñar a nuestros hijos a comprender es más que sólo impartir información. Es ayudar a nuestros hijos a que la doctrina penetre su corazón de manera tal que sea parte intrínseca de su ser y se refleje en su actitud y comportamiento a lo largo de la vida.

Nefi enseñó que la función del Espíritu Santo es llevar la verdad “al corazón de los hijos de los hombres” (2 Nefi 33:1). Nuestra función como padres es hacer todo lo posible para establecer un ambiente en donde nuestros hijos sientan la influencia del Espíritu y luego ayudarlos a reconocer lo que sienten.

Eso me recuerda una llamada telefónica que recibí hace unos años de mi hija Michelle. Con sincera emoción dijo: “Mamá, acabo de tener la experiencia más increíble con Ashley”. Ashley es su hija, que en ese entonces tenía cinco años. Michelle me dijo que esa mañana había sido una constante batalla entre Ashley y su hermano Andrew que tenía tres años; uno no quería compartir las cosas y el otro no dejaba de dar golpes. Después de ayudarlos a que hicieran las paces, Michelle fue a ver al bebé.

Muy pronto Ashley vino corriendo, enojada porque Andrew no quería compartir las cosas con ella. Michelle le recordó el compromiso que habían hecho en la noche de hogar de ser más amables unos con los otros.

Le preguntó a Ashley si quería orar y pedir la ayuda del Padre Celestial; pero Ashley, todavía muy enojada, respondió: “No”. Cuando le preguntó si creía que el Padre Celestial respondería su oración, ella dijo que no sabía. Su madre le dijo que tratara, y con gentileza le tomó la mano y se arrodilló junto con ella a orar.

Michelle le sugirió que pidiera al Padre Celestial que ayudara a Andrew a compartir y que la ayudara a ella a ser amable. La idea de que el Padre Celestial ayudara a su hermano a compartir

debe haber despertado el interés de Ashley, pues comenzó a orar. Primero pidió que ayudara a Andrew a compartir; al pedir que la ayudara a ella a ser amable, comenzó a llorar. Terminó la oración y escondió su rostro en el hombro de su mamá. Michelle la abrazó y le preguntó por qué lloraba; Ashley contestó que no lo sabía.

Su mamá le dijo: “Creo que yo sé por qué lloras. ¿Te sientes bien por dentro?”. Ashley asintió y su madre continuó: “Es el Espíritu que te ayuda a sentirte de esa manera. Es la manera en que el Padre Celestial te está diciendo que te ama y que te ayudará”.

Le preguntó a Ashley si creía eso; si creía que el Padre Celestial podía ayudarla. Con sus ojitos llenos de lágrimas, Ashley respondió que sí.

A veces, la forma más poderosa de enseñar a nuestros hijos a comprender una doctrina es hacerlo en el contexto de lo que sienten en ese momento. Esos momentos son espontáneos, no se planifican y suceden en el curso normal de la vida familiar. Llegan y se van rápido, por lo tanto debemos estar alertas y reconocer el momento apropiado para enseñar cuando nuestros hijos vienen a nosotros con una pregunta o preocupación, cuando tienen desacuerdos con un hermano o amigo, cuando deben controlar su enojo, cuando cometen errores o cuando tienen que tomar una decisión. (Véase *La Enseñanza, El llamamiento más importante: Guía de consulta para la enseñanza del Evangelio*, 2000, pág. 141; *Matrimonio y Relaciones familiares, Manual para el instructor*, 2001, pág. 61.)

Si estamos preparados y dejamos que el Espíritu nos guíe en esas situaciones, la enseñanza será más eficaz y nuestros hijos comprenderán mejor.

Igual de importantes son las oportunidades para enseñar que surgen al planificar con esmero ocasiones habituales como la oración familiar, el estudio de las Escrituras en familia y otras actividades familiares.

En toda situación, el aprendizaje y la comprensión se logran mejor en una atmósfera de calidez y amor donde el Espíritu esté presente.

Unos dos meses antes de que sus hijos cumplieran ocho años, un padre apartaba un tiempo todas las semanas para prepararlos para el bautismo. Su hija comenta que cuando llegó su turno, su padre le dio un diario personal y se sentaron juntos, ellos dos solos, para hablar de los principios del Evangelio y compartir sus sentimientos en cuanto a ellos. Él le hizo hacer un dibujo que representaba la vida premortal, la vida terrenal y los pasos que debía seguir para regresar al Padre Celestial. Le testificó en cuanto a cada uno de los pasos del plan de salvación a medida que le enseñaba.

Al recordar esa experiencia ya de grande, esa hija dijo: “Nunca olvidaré lo amada que mi padre me hacía sentir en aquellos momentos que me dedicaba... Creo que aquella experiencia fue la razón principal por la que yo tuve un testimonio del Evangelio cuando fui bautizada” (véase *La Enseñanza: El llamamiento más importante*, pág. 145).

Enseñar para que entiendan requiere un empeño total y constante. Exige enseñar en precepto y mediante el ejemplo y, en especial, enseñarles a vivir lo que aprenden.

El presidente Harold B. Lee enseñó: “Si no se ha experimentado un principio del Evangelio en acción, es mucho más difícil creer en ese principio...” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2001, pág. 132).

Desde un principio aprendí a orar al arrodillarme con mi familia durante la oración familiar. Aprendí el idioma de la oración al escuchar a mis padres orar y cuando me ayudaron a hacer mis primeras oraciones. Aprendí que podía hablar con mi Padre Celestial y pedir Su guía.

Todas las mañanas, sin fallar, mi madre y mi padre nos reunían junto a la mesa de la cocina antes del desayuno y nos arrodillábamos a orar. Orábamos en cada comida y por la noche, antes de ir a dormir nos arrodillábamos juntos en la sala y terminábamos el día con una oración familiar.

Aunque había mucho que no entendía sobre la oración cuando era niña, se convirtió en una parte tan esencial de mi vida que aún sigue siéndolo. Todavía sigo aprendiendo y mi comprensión del poder de la oración sigue aumentando.

El élder Jeffrey R. Holland dijo: “Todos comprendemos que el éxito del mensaje del Evangelio depende de que se enseñe, se comprenda y luego se viva de tal forma que la promesa de felicidad y salvación que nos brinda pueda hacerse realidad” (“La enseñanza y el aprendizaje en la Iglesia” [Reunión mundial de capacitación de líderes, 10 de febrero de 2007], *Liahona*, junio de 2007, pág. 57).

Aprender a comprender por completo las doctrinas del Evangelio es un proceso de toda una vida y se logra “línea por línea, precepto por precepto, un poco aquí y un poco allí” (2 Nefi 28:30). A medida que los niños aprenden a poner en práctica lo que aprenden, su entendimiento se expande, lo cual lleva a más aprendizaje, más acción e incluso a una comprensión mayor y más duradera.

Sabemos que nuestros hijos comienzan a comprender la doctrina cuando se refleja en sus actitudes y acciones sin que se les obligue a hacerlo ni se les prometa una recompensa. A medida que aprenden a comprender las doctrinas del Evangelio, llegan a ser más autosuficientes y más responsables; pasan a ser parte de la solución a nuestros desafíos familiares y contribuyen en forma positiva al ambiente del hogar y al éxito de la familia.

Enseñaremos a nuestros hijos a comprender cuando aprovechemos toda oportunidad de enseñar, invitemos al Espíritu, demos un buen ejemplo y los ayudemos a vivir lo que aprendan.

Cuando miramos los ojos de un bebé, nos viene a la memoria la canción:

*Soy un hijo de Dios;
me deben ayudar;
A entender Su voluntad;
no puedo demorar.*

*Guíenme, enséñenme
la senda a seguir
para que algún día yo
con él pueda vivir.*

Soy un hijo de Dios (*Himnos*, N° 196; cursiva agregada)

Espero que así lo hagamos. En el nombre de Jesucristo.
Amén.

Convertidos a Su Evangelio por medio de la Iglesia

Por el Élder Donald L. Hallstrom

De la Presidencia de los Setenta

El propósito de la Iglesia es ayudarnos a vivir el Evangelio.

Amo el evangelio de Jesucristo y La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. A veces usamos los términos *Evangelio* e *Iglesia* indistintamente, pero no son lo mismo. Sin embargo, están finamente interconectados y los necesitamos a ambos.

El Evangelio es el glorioso plan de Dios en el cual a nosotros, por ser Sus hijos, se nos da la oportunidad de recibir todo lo que el Padre tiene (véase D. y C. 84:38). A eso se le llama la vida eterna y se describe como “el mayor de todos los dones de Dios” (D. y C. 14:7). Una parte esencial del plan es nuestra experiencia terrenal, un período para desarrollar fe (véase Moroni 7:26), para arrepentirnos (véase Mosiah 3:12) y para reconciliarnos con Dios (véase Jacob 4:11).

Debido a que nuestras flaquezas terrenales y la “oposición en todas las cosas” (2 Nefi 2:11) harían esta vida extremadamente difícil, y puesto que no podríamos limpiarnos de nuestros propios pecados, era necesario un Salvador. Cuando Elohim, el Eterno Dios y Padre de todos nuestros espíritus, presentó Su plan de salvación, hubo uno entre nosotros que dijo: “Heme aquí, envíame” (Abraham 3:27). Su nombre era Jehová.

Por haber nacido de un Padre Celestial, tanto física como espiritualmente, Él poseía la omnipotencia de vencer al mundo.

Por haber nacido de una madre terrenal, Él estaba sujeto a los dolores y sufrimientos del estado mortal. El gran Jehová también fue llamado Jesús y, además, se le dio el título de Cristo, que significa el Mesías o el Ungido. Su máximo logro fue la Expiación, por medio de la cual Jesús el Cristo “descendió debajo de todo” (D. y C. 88:6), permitiendo que Él pagase un rescate de redención por cada uno de nosotros.

La Iglesia fue establecida por Jesucristo durante Su ministerio terrenal, “[edificada] sobre el fundamento de apóstoles y profetas” (Efesios 2:20). En ésta, “la dispensación del cumplimiento de los tiempos” (D. y C. 128:18), el Señor restauró lo que una vez fue, diciéndole específicamente al profeta José Smith: “Estableceré la iglesia por tu mano” (D. y C. 31:7). Jesucristo fue y es cabeza de Su Iglesia, y está representado en la tierra por profetas que poseen autoridad apostólica.

Ésta es una iglesia magnífica. Su organización, efectividad y absoluta bondad son respetadas por todos los que sinceramente buscan entenderla. La Iglesia tiene programas para niños, jóvenes, hombres y mujeres. Tiene hermosos centros de reuniones que suman más de 18.000. Templos majestuosos cubren la tierra, que ahora llegan a 136 con otros treinta anunciados o en construcción. Una fuerza de más de 56.000 misioneros de tiempo completo, conformada por jóvenes y no tan jóvenes, presta servicio en 150 países. La labor humanitaria mundial de la Iglesia es una maravillosa muestra de la generosidad de nuestros miembros. Nuestro sistema de bienestar cuida de nuestros miembros y promueve la autosuficiencia de un modo incomparable. En esta Iglesia tenemos líderes laicos desinteresados y una comunidad de santos que están dispuestos a ayudarse unos a otros de un modo encomiable. No hay nada como esta Iglesia en todo el mundo.

Cuando nací, nuestra familia vivía en una pequeña casa en los terrenos de uno de los grandes e históricos centros de reuniones de la Iglesia: el Tabernáculo de Honolulu. Pido disculpas a mis queridos amigos del Obispado Presidente, que supervisan las propiedades de la Iglesia, pero cuando era niño trepaba por encima, debajo y por cada centímetro de esa propiedad, desde el fondo del resplandeciente espejo de agua,

hasta lo alto del interior de la imponente torre iluminada; incluso nos balanceábamos (como Tarzán) en las largas lianas de los árboles banianos del lugar.

La Iglesia era todo para nosotros. Íbamos a muchas reuniones, incluso más de las que tenemos ahora. Asistíamos a la Primaria los jueves por la tarde; las reuniones de la Sociedad de Socorro eran los martes por la mañana; la Mutual para los jóvenes era los miércoles por la noche; los sábados eran para las actividades del barrio. Los domingos, los hombres y los jóvenes iban a la reunión del Sacerdocio por la mañana; al mediodía asistíamos a la Escuela Dominical y luego, por la tarde, volvíamos para la reunión sacramental. Con todo ese ir y venir a las reuniones, parecía que nuestro tiempo se consumía con las actividades de la Iglesia todo el día los domingos y la mayoría de los días de la semana.

A pesar de que amaba tanto la Iglesia, fue durante esos días de mi niñez que, por primera vez, tuve el sentimiento de que había algo aun mayor. Cuanto tenía cinco años, se llevó a cabo una gran conferencia en el tabernáculo. Caminamos por la calle donde vivíamos, atravesamos un pequeño puente que conducía al magnífico centro de reuniones y nos sentamos aproximadamente en la décima fila de la gran capilla. Presidiendo y discursando en la reunión estaba David O. McKay, el Presidente de la Iglesia. No recuerdo nada de lo que dijo, pero recuerdo vívidamente lo que vi y lo que sentí. El presidente McKay vestía un traje color crema y, con su ondulado cabello blanco, lucía muy distinguido. Según la tradición de las islas, llevaba un collar hawaiano triple de claveles rojos. Cuando habló, sentí algo muy intenso y personal. Luego entendí que lo que sentía era la influencia del Espíritu Santo. Cantamos el himno final.

¿Quién sigue al Señor?

Toma tu decisión.

Clamamos sin temor:

¿Quién sigue al Señor?

(“¿Quién sigue al Señor?”, *Himnos*, N° 170)

Al oír esas palabras que cantaron casi 2.000 personas, pero que parecían ser una pregunta dirigida directamente a mí, quería levantarme y decir: “¡Yo!”.

Algunos han llegado a pensar que la actividad en la Iglesia es la meta suprema. En eso yace un peligro. Es posible estar activo en la Iglesia y menos activo en el Evangelio. Permítanme recalcarlo: la actividad en la Iglesia es una meta altamente deseable, sin embargo, es insuficiente. La actividad en la Iglesia es un indicador externo de nuestros deseos espirituales. Si asistimos a nuestras reuniones, tenemos responsabilidades en la Iglesia y cumplimos con ellas, y servimos a los demás, eso se observa de manera pública.

En contraste, los asuntos del Evangelio suelen ser menos visibles y más difíciles de medir, pero son de mayor importancia eterna. Por ejemplo: ¿Cuánta fe tenemos realmente? ¿Cuán arrepentidos estamos? ¿Cuán importantes son las ordenanzas en nuestra vida? ¿Cuán enfocados estamos en nuestros convenios?

Repito: necesitamos el Evangelio *y* la Iglesia. De hecho, el propósito de la Iglesia es ayudarnos a vivir el Evangelio. A menudo nos preguntamos: ¿Cómo alguien puede ser completamente activo en la Iglesia en su juventud y no serlo cuando es adulto? ¿Cómo puede dejar de venir un adulto que ha asistido y prestado servicio? ¿Cómo puede una persona que se ha decepcionado por causa de un líder o de otro miembro permitir que eso la haga dejar de participar en la Iglesia? Tal vez la razón sea que ellos no estaban suficientemente convertidos al Evangelio, a los asuntos de la eternidad.

Sugiero tres maneras básicas para que el Evangelio sea nuestro cimiento:

1. *Profundicemos nuestro entendimiento de la Deidad.* El conocimiento certero de los tres miembros de la Trinidad y el amor por ellos son indispensables. Oren con fervor al Padre, en el nombre del Hijo, y busquen la guía del Espíritu Santo. Combinen la oración con el estudio constante y la reflexión humilde para que adquieran constantemente una fe inquebrantable en Jesucristo. “Porque ¿cómo conoce un hombre al amo a quien no ha servido, que es un extraño para

él, y se halla lejos de los pensamientos y de las intenciones de su corazón?" (Mosíah 5:13).

2. *Centrémonos en las ordenanzas y los convenios.* Si en su vida aún tienen que realizar algunas de las ordenanzas esenciales, prepárense de manera consciente para recibir cada una de ellas. Luego, necesitamos establecer la disciplina de vivir fieles a nuestros convenios, usando íntegramente el don semanal de la Santa Cena. Muchos de nosotros no somos cambiados con regularidad por medio de su poder limpiador por nuestra falta de reverencia hacia esa santa ordenanza.
3. *Unifiquemos el Evangelio con la Iglesia.* A medida que nos concentremos en el Evangelio, la Iglesia será una bendición mayor, y no menor, en nuestra vida. Al asistir a cada reunión preparados para "[buscar] conocimiento, tanto por el estudio como por la fe" (D. y C, 88:118), el Espíritu Santo será nuestro maestro. Si venimos para que se nos entretenga, a menudo estaremos descontentos. Al Presidente Spencer W. Kimball se le preguntó una vez: "¿Qué hace usted cuando se encuentra en una reunión sacramental aburrida?". Su respuesta fue: "No lo sé. Nunca he estado en una" (citado por Gene R. Cook, en Gerry Avant, "Learning Gospel is lifetime pursuit", *Church News*, 24 de marzo de 1990, pág. 10).

En nuestra vida, deberíamos desear lo que ocurrió después de que el Señor vino a la gente del Nuevo Mundo y estableció Su Iglesia. Las Escrituras relatan: "Y ocurrió que así anduvieron [esto es, Sus discípulos] entre todo el pueblo de Nefi, y predicaron el Evangelio de Cristo a todos los habitantes sobre la faz de la tierra; y estos se convirtieron al Señor y se unieron a la Iglesia de Cristo; y así fue bendecido el pueblo de esa generación" (3 Nefi 28:23).

El Señor quiere que los miembros de Su Iglesia estén plenamente convertidos a Su evangelio. Ésa es la única manera cierta de tener seguridad espiritual ahora y felicidad para siempre. En el nombre de Jesucristo. Amén

Él en verdad nos ama

Por el élder Paul E. Koelliker

De los Setenta

Gracias a este modelo de familia celestialmente diseñado, comprendemos mejor la manera en que nuestro Padre Celestial verdaderamente nos ama a cada uno de nosotros de forma equitativa y total.

Me encanta estar con los misioneros de tiempo completo. Ellos están llenos de fe, de esperanza y de una caridad genuina. La experiencia misional de ellos es como una mini-vida de 18 o 24 meses. Llegan a la misión como niños espirituales con un serio deseo de aprender y salen de ella como adultos maduros, aparentemente listos para conquistar cualquier desafío que se presente ante ellos. También me encantan los dedicados misioneros mayores, que están llenos de paciencia, de sabiduría y de una confianza serena. Ellos traen un don de estabilidad y amor a la vigorosa juventud que los rodea. Juntos, los jóvenes misioneros y los matrimonios mayores, son una poderosa y perseverante fuerza de bien, la cual tiene un profundo efecto en las vidas de ellos mismos y sobre los que son influenciados por su servicio.

Hace poco escuché a dos de esos grandes jóvenes misioneros mientras repasaban sus experiencias y esfuerzos. En ese momento de reflexión, consideraron a las personas que habían contactado ese día, algunas de las cuales habían sido más receptivas que otras. Al considerar las circunstancias, ellos se preguntaron: “¿Cómo podemos ayudar a cada persona a desarrollar un deseo de saber más acerca del Padre Celestial?” “¿Cómo podemos ayudarles a sentir Su espíritu?” “¿Cómo podemos ayudarles a que sepan que los amamos?”.

En mi mente, veía a esos dos jóvenes tres a cuatro años después de haber terminado su misión. Los visualicé encontrando a su compañera eterna y sirviendo en un quórum de élderes o enseñando a un grupo de hombres jóvenes. Entonces, en lugar de pensar en sus investigadores, se hacían las mismas preguntas sobre los miembros de su quórum o sobre los hombres jóvenes a quienes se les había llamado para cuidar. Vi la manera en que su experiencia misional podía aplicarse como un modelo para edificar a los demás el resto de sus vidas. A medida que este ejército de discípulos de rectitud regresa de sus misiones a los muchos países por toda la tierra, llegan a ser contribuidores clave en la obra del establecimiento de la Iglesia.

El profeta Lehi, del Libro de Mormón, tal vez haya estado reflexionado sobre las mismas preguntas que esos misioneros cuando escuchó la reacción de sus hijos a la instrucción y a la visión que él había tenido: “Y así era como Lamán y Lemuel, que eran los mayores, murmuraban en contra de su padre; y hacían esto porque no conocían la manera de proceder de aquel Dios que los había creado” (1 Nefi 2:12).

Es posible que cada uno de nosotros haya sentido la frustración que Lehi sintió con sus dos hijos mayores. Al ver a un hijo alejarse de la verdad, a un investigador que no se compromete o a un futuro élder indiferente, nuestro corazón sufre, como el de Lehi, y nos preguntamos: “¿Cómo puedo ayudarlos a sentir y escuchar al Espíritu para que no sean absorbidos por las distracciones mundanas?”. Me vienen a la mente dos pasajes de Escritura que nos pueden ayudar a superar esas distracciones y sentir el poder del amor de Dios.

Nefi da una clave para el aprendizaje mediante su propia experiencia personal: “Yo, Nefi... teniendo grandes deseos de conocer los misterios de Dios, clamé por tano al Señor; y he aquí que él me visitó y enterneció mi corazón, de modo que creí todas las palabras que mi padre había hablado, así que no me rebelé en contra de él como lo habían hecho mis hermanos” (1 Nefi 2:16).

Despertar el deseo de saber nos da la capacidad espiritual de escuchar la voz del cielo. El encontrar una manera de despertar y alimentar ese deseo es la misión y responsabilidad de cada uno de nosotros, misioneros, padres, maestros, líderes y miembros. Al

sentir ese deseo despertar en nuestro corazón, estamos preparados para beneficiarnos del aprendizaje del segundo pasaje de Escritura que quiero mencionar.

En junio de 1831, al extenderse los llamamientos a los primeros líderes de la Iglesia, se le dijo a José Smith que “Satanás anda por la tierra engañando a las naciones”. Para combatir esa influencia que distrae, el Señor dijo que Él nos daría “una norma en todas las cosas, para que no [seamos] engañados” (D. y C. 52:14).

Las normas o modelos son plantillas, guías, pasos que se deben repetir o senderos que uno sigue para permanecer alineado con el propósito de Dios. Si los seguimos, nos mantendrán humildes, alertas y capaces de discernir la voz del Espíritu Santo de las otras voces que nos distraen y nos apartan del camino. El Señor entonces nos instruye: “El que tiemble bajo mi poder será fortalecido, y dará frutos de alabanza y sabiduría, de acuerdo con las revelaciones y las verdades que os he dado” (D. y C. 52:17).

La bendición de una humilde oración, ofrecida con verdadera intención, permite al Espíritu Santo tocar nuestro corazón y nos ayuda a recordar lo que sabíamos antes de nacer en esta vida mortal. Al entender claramente el plan de nuestro Padre Celestial para nosotros, empezamos a reconocer nuestra responsabilidad de ayudar a los demás a aprender y entender Su plan. El ayudar a los demás a recordar está muy vinculado con la manera en que nosotros personalmente vivimos el Evangelio en nuestra vida. Cuando realmente vivimos el Evangelio en la manera que lo enseñó el Señor Jesucristo, nuestra capacidad de ayudar a los demás aumenta. La siguiente experiencia es un ejemplo de cómo funciona este principio.

Dos jóvenes misioneros tocaron a una puerta esperando encontrar a alguien que recibiera su mensaje. La puerta se abrió y un hombre bastante alto los recibió con una voz nada amigable: “Pensé que les había dicho que no tocaran otra vez a mi puerta. Les advertí antes que si alguna vez regresaban, no sería una experiencia agradable. Ahora déjenme en paz”; y rápidamente cerró la puerta.

Al alejarse los élderes, el misionero mayor y más experimentado puso su brazo sobre el hombro del misionero menor para consolarlo y animarlo. Sin ellos saberlo, el hombre los observó por la ventana para asegurarse de que habían entendido su mensaje. Él esperaba verlos reírse y tomar a la ligera su cortante reacción al intento de visitarlo; sin embargo, al ver la expresión de amabilidad entre los dos misioneros, su corazón se enterneció de inmediato, volvió a abrir la puerta y les pidió a los misioneros que regresaran y compartieran su mensaje con él.

Es cuando aceptamos la voluntad de Dios y vivimos Su modelo que se siente Su espíritu. Nuestro Salvador enseñó: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros” (Juan 13:35). Este principio de tener amor los unos por los otros y desarrollar nuestra capacidad de centrarnos en Cristo al pensar, hablar y actuar es fundamental para llegar a ser discípulos de Cristo y maestros de Su evangelio.

El despertar este deseo nos prepara para buscar los modelos prometidos. El buscarlos nos conduce a la doctrina de Cristo como la enseñan el Salvador y Sus líderes-profetas. Un modelo de esa doctrina es perseverar hasta el fin. “Y bienaventurados aquellos que procuren establecer a mi Sión en aquel día, porque tendrán el don y el poder del Espíritu Santo; y si perseveran hasta el fin, serán enaltecidos en el último día y se salvarán en el reino eterno del Cordero” (1 Nefi 13:37).

¿Cuál es el medio supremo por el que podemos disfrutar el don y el poder del Espíritu Santo? Es el poder que viene al ser discípulos fieles de Jesucristo; es nuestro *amor* por Él y por nuestros semejantes. Es el Salvador quien define el modelo de amor cuando nos enseña: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis los unos a los otros” (Juan 13:34).

El presidente Gordon B. Hinckley confirmó este principio cuando dijo: “Amar al Señor no es simplemente un consejo, no es sólo un buen deseo; es un mandamiento... el amor a Dios... es la raíz de toda virtud, de toda bondad, de toda fortaleza de carácter, de toda lealtad en hacer el bien” (véase “Las palabras del Profeta actual”, *Liahona*, diciembre de 1996, pág. 8).

El plan del Padre designó el modelo de la familia para ayudarnos a aprender, a aplicar y a entender el poder del amor. El día en que mi propia familia se estableció, mi amada Ann y yo fuimos al templo y concertamos el convenio del matrimonio. ¡Cuánto pensé que la amaba ese día!, pero apenas había empezado a tener la visión del amor. A medida que cada uno de nuestros hijos ha pasado a formar parte de nuestra vida, nuestro amor se ha ensanchado para amarlos a todos por igual y de manera total. Aparentemente no hay fin a la capacidad de expansión del amor.

El sentimiento de amor de nuestro Padre Celestial es como una fuerza de gravedad del cielo. Cuando quitamos las distracciones que nos atraen hacia el mundo y ejercemos nuestro albedrío para buscarlo a Él, abrimos nuestro corazón a una fuerza celestial que nos lleva hacia Él. Nefi describió su impacto como “hasta consumir [su] carne” (2 Nefi 4:21). Ese mismo poder de amor causó que Alma cantara “la canción del amor que redime” (Alma 5:26; véase también el versículo 9). Conmovió de tal manera a Mormón que él nos aconsejó que “[pidamos] al Padre con toda la energía de [nuestros] corazones” que seamos llenos de Su amor (Moroni 7:48).

Tanto las Escrituras modernas como las antiguas están llenas de recordatorios del eterno amor del Padre Celestial por Sus hijos. Tengo la certeza de que los brazos de nuestro Padre Celestial están constantemente extendidos, siempre listos para abrazar a cada uno de nosotros para decirnos con una voz quieta y penetrante: “Te amo”.

Gracias a este modelo de familia celestialmente diseñado, comprendemos mejor la manera en que nuestro Padre Celestial verdaderamente nos ama a cada uno de nosotros de forma equitativa y total. Testifico que es verdad. Dios en verdad nos conoce y nos ama. Nos ha dado una visión de Su sagrado hogar y ha llamado a profetas y apóstoles para enseñar los principios y modelos que nos llevarán de regreso a Él. Al esforzarnos por despertar el deseo de saber en nosotros mismos y en los demás, y a medida que sigamos los modelos que descubrimos, nos acercaremos a Él. Testifico que Jesús es el Hijo de Dios, nuestro

Ejemplo, nuestro amado Redentor, lo cual expreso en el nombre de Jesucristo. Amén.

El sacrificio

Por el élder Dallin H. Oaks

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Nuestras vidas de servicio y sacrificio son las expresiones más apropiadas de nuestro compromiso de servir al Maestro y a nuestro prójimo.

El sacrificio expiatorio de Jesucristo ha sido llamado el “más trascendental de todos los acontecimientos desde los albores de la creación hasta las edades interminables de la eternidad”¹. Ese sacrificio es el mensaje central de todos los profetas, el cual se representaba de antemano mediante los sacrificios de animales prescritos por la ley de Moisés. Un profeta declaró que el significado completo de ellos “[señalaba] a ese gran y postrer sacrificio... [del] Hijo de Dios, sí, infinito y eterno” (Alma 34:14). Jesucristo soportó un sufrimiento incomprensible para ofrecerse a Sí mismo en sacrificio por los pecados de todos. Ese sacrificio ofreció el bien supremo, el Cordero puro sin mancha, a cambio de la medida suprema de maldad, los pecados de todo el mundo. En las memorables palabras de Eliza R. Snow:

*Su vida libremente dio;
Su sangre derramó.
Su sacrificio de amor
al mundo rescató².*

Ese sacrificio, la expiación de Jesucristo, es la parte fundamental del plan de salvación.

El sufrimiento incomprensible de Jesucristo puso fin al sacrificio por derramamiento de sangre, pero no puso fin a la importancia del sacrificio en el plan del Evangelio. Nuestro Salvador nos requiere que continuemos ofreciendo sacrificios, pero los sacrificios que Él manda ahora son que le “[ofrezcamos]

un corazón quebrantado y un espíritu contrito” (3 Nefi 9:20). También nos manda, a cada uno de nosotros, amarnos y prestarnos servicio el uno al otro; de hecho, que ofrezcamos una pequeña imitación de Su propio sacrificio al hacer sacrificios de nuestro propio tiempo y prioridades egoístas. En un inspirado himno cantamos: “Por sacrificios se dan bendiciones”³.

Hablaré de estos sacrificios terrenales que nuestro Salvador pide que hagamos; ello no incluirá sacrificios que nos veamos obligados a hacer, ni acciones que podrían ser motivadas por ventajas personales y no por el servicio y el sacrificio (véase 2 Nefi 26:29).

I.

La fe cristiana tiene una historia de sacrificio, lo cual incluye el sacrificio supremo. En los primeros años de la era cristiana, Roma martirizó a miles a causa de su fe en Jesucristo. Siglos más tarde, cuando las controversias doctrinales dividían a los cristianos, algunos grupos persiguieron y hasta dieron muerte a miembros de otros grupos. Los cristianos asesinados por otros cristianos son los mártires más trágicos de la fe cristiana.

Muchos cristianos han hecho sacrificios de manera voluntaria motivados por la fe en Cristo y el deseo de servirle. Algunos han optado por dedicar toda su vida adulta al servicio del Maestro. Entre ese noble grupo se encuentran quienes integran las órdenes religiosas de la iglesia Católica y quienes han prestado toda una vida de servicio como misioneros cristianos de diversas denominaciones protestantes. Los ejemplos de todos ellos resultan desafiantes e inspiradores, pero no se espera que la mayoría de los creyentes en Cristo dediquen toda la vida al servicio religioso ni tampoco pueden hacerlo.

II.

Para la mayoría de los seguidores de Cristo, nuestros sacrificios abarcan lo que podemos hacer a diario en nuestra vida común y corriente. En ese aspecto, no sé de ningún grupo cuyos miembros hagan más sacrificios que los Santos de los Últimos Días. Sus sacrificios, los sacrificios de ustedes, mis hermanos y hermanas, contrastan con los habituales esfuerzos mundanales que se hacen con el fin de brindar satisfacción personal.

Mis primeros ejemplos son nuestros pioneros mormones; los grandiosos sacrificios de sus vidas, de las relaciones familiares, de sus hogares y de sus comodidades constituyen el fundamento del Evangelio restaurado. Sarah Rich aludió a lo que motivó a aquellos pioneros cuando describió a su esposo, Charles, tras recibir un llamamiento misional que lo llevaría lejos de su hogar: “Ciertamente aquel fue un tiempo de pruebas tanto para mí como para mi esposo; mas el deber nos llamó a separarnos por un tiempo y, sabiendo que [estábamos] obedeciendo la voluntad del Señor, nos sentimos inclinados a sacrificar nuestros propios sentimientos a fin de ayudar a establecer la obra... de ayudar a edificar el reino de Dios sobre la tierra”⁴.

Hoy, la fuerza más visible de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días es el servicio y el sacrificio desinteresados de sus miembros. Antes de la rededicación de uno de nuestros templos, un ministro cristiano le preguntó al presidente Gordon B. Hinckley por qué no había en él ninguna representación de la cruz, el símbolo más común de la fe cristiana. El presidente Hinckley respondió que los símbolos de *nuestra* fe cristiana son “las vidas de nuestros miembros”⁵. En verdad, nuestras vidas de servicio y sacrificio son las expresiones más apropiadas de nuestro compromiso de servir al Maestro y a nuestro prójimo.

III.

En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días no tenemos un clero con capacitación profesional ni asalariado. Como resultado, los miembros laicos a los que se llama a dirigir y prestar servicio a nuestras congregaciones deben llevar toda la carga de los numerosos programas, reuniones y actividades de la Iglesia. Hacen eso en las más de 14.000 congregaciones que hay sólo en los Estados Unidos y en Canadá. Claro que no somos los únicos que tienen miembros laicos de nuestras congregaciones que sirven como maestros y líderes laicos; pero la cantidad de tiempo que donan nuestros miembros para capacitarse y ministrarse el uno al otro es excepcionalmente grande. Nuestro empeño de que cada familia de nuestras congregaciones reciba la visita de sus maestros orientadores todos los meses y de que cada mujer adulta reciba a las maestras visitantes de la Sociedad de

Socorro todos los meses son ejemplos de ello. Desconocemos que haya un servicio semejante en alguna otra organización del mundo.

Los ejemplos más conocidos de servicio y sacrificio excepcionales de los SUD es la obra de nuestros misioneros. Actualmente hay más de 50.000 jóvenes y jovencitas, y más de 5.000 hombres y mujeres mayores que dedican entre seis meses y dos años de su vida para enseñar el evangelio de Jesucristo y prestar servicio humanitario en más de 160 países del mundo. Su labor siempre implica sacrificio, incluso los años que dedican a la obra del Señor, así como los sacrificios que se hacen a fin de proveer los fondos para su sostén.

Quienes permanecen en sus hogares, los padres y otros miembros de la familia, también se sacrifican al tener que privarse de la compañía y el servicio de los misioneros que envían. Por ejemplo, un joven brasileño recibió su llamamiento misional mientras trabajaba para mantener a sus hermanos y hermanas tras el fallecimiento de su padre y de su madre. Una Autoridad General describió cómo esos hijos se reunieron en consejo y recordaron que sus padres ya fallecidos les habían enseñado la forma en que debían estar preparados para servir al Señor. El joven aceptó su llamamiento misional y uno de los hermanos de 16 años tomó sobre sí la responsabilidad de trabajar para mantener a la familia⁶. La mayoría de nosotros conoce muchos otros ejemplos de sacrificio para prestar servicio en una misión o para mantener a un misionero. Desconocemos que haya en alguna organización del mundo un servicio y un sacrificio de carácter voluntario como éste.

Con frecuencia se nos pregunta: “¿Cómo persuaden a sus jóvenes y a los miembros de mayor edad para que dejen sus estudios o su vida de jubilados y se sacrifiquen de ese modo?”. He oído a muchos dar esta explicación: “Sabiedo lo que el Señor hizo por mí, ofrecer Su gracia al sufrir por mis pecados y al vencer la muerte para que yo pudiera volver a vivir, me siento privilegiado de hacer este pequeño sacrificio que se me pide en el servicio de Él; deseo compartir el entendimiento que Él me ha dado”. ¿Cómo persuadimos a tales seguidores de Cristo para que

presten servicio? Como explicó un profeta: "...simplemente se lo pedimos"⁷.

Otros sacrificios que resultan del servicio misional son los sacrificios que hacen aquellos que actúan movidos por las enseñanzas de los misioneros y se convierten en miembros de la Iglesia. Para muchos conversos, esos sacrificios son muy significativos e incluyen la pérdida de amistades y relaciones familiares.

Hace muchos años, en una de estas conferencias se oyó de un joven que conoció el Evangelio restaurado mientras estudiaba en los Estados Unidos. Cuando este hombre estaba a punto de regresar a su país de origen, el presidente Gordon B. Hinckley le preguntó qué le sucedería cuando volviera a casa siendo cristiano. "Mi familia se decepcionará", respondió el joven. "Puede que me expulsen y que me den por muerto. En cuanto a mi futuro y mi carrera, quizás se me niegue toda oportunidad".

"¿Está dispuesto a pagar un precio tan alto por el Evangelio?", le preguntó el presidente Hinckley.

Con lágrimas en los ojos, el joven le contestó: "Es verdadero, ¿no es así?". Cuando se le confirmó que sí, agregó: "Entonces, ¿qué importa lo demás?"⁸. Ése es el espíritu de sacrificio que existe entre muchos de nuestros miembros nuevos.

Otros ejemplos de servicio y sacrificio se observan en la vida de los miembros fieles que prestan servicio en los templos. El servicio en el templo es algo único de los Santos de los Últimos Días, pero el significado de tal sacrificio debe ser entendible para todos los cristianos. Los Santos de los Últimos Días no cuentan con una tradición de servicio en un monasterio, pero aun podemos entender y honrar el sacrificio de aquéllos cuya fe cristiana los motiva a dedicar su vida a esa actividad religiosa.

Hace justo un año, en esta conferencia, el presidente Thomas S. Monson compartió un ejemplo de sacrificio en relación con el servicio en el templo. Un fiel padre Santo de los Últimos Días de una isla remota del Pacífico realizó un arduo trabajo físico durante seis años en un lugar distante a fin de ganar el dinero necesario para llevar a su esposa y 10 hijos a casarse y sellarse por la eternidad en el Templo de Nueva Zelanda. El presidente Monson explicó: "Aquellos que comprenden las

bendiciones eternas que se reciben mediante el templo saben que ningún sacrificio es demasiado grande, ningún precio demasiado caro ni ningún esfuerzo demasiado difícil para recibir esas bendiciones”⁹.

Estoy agradecido por los maravillosos ejemplos de amor, servicio y sacrificio cristianos que he visto entre los Santos de los Últimos Días. Los veo desempeñando sus llamamientos de la Iglesia, a menudo a costa de un gran sacrificio de tiempo y de recursos. Los veo sirviendo en misiones costeadas por ustedes mismos; los veo donando alegremente sus aptitudes profesionales en actos de servicio a su prójimo; los veo atendiendo al pobre mediante esfuerzos personales y al contribuir con los programas de bienestar y humanitario de la Iglesia¹⁰. Todo eso se confirma en un estudio a nivel nacional que concluyó que los miembros activos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días “se ofrecen como voluntarios y donan muchísimo más que el estadounidense común y corriente, y que incluso son más generosos en su donación de tiempo y de dinero que las personas religiosas que están en el [20 por ciento del] estrato superior de los Estados Unidos”¹¹.

Tales ejemplos de dar a los demás nos fortalecen a todos y nos recuerdan la enseñanza del Salvador:

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo...

“Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá, y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mateo 16:24–25).

IV.

Tal vez los ejemplos más conocidos e importantes de servicio y de sacrificio desinteresados ocurren en nuestra familia. La madre se dedica a la crianza y al cuidado de los hijos, mientras que el esposo se entrega al sostén de su esposa e hijos. Los sacrificios que existen en ese servicio de importancia eterna para nuestra familia son demasiado numerosos y demasiado conocidos para mencionarlos.

También veo a generosos Santos de los Últimos Días que adoptan niños, incluso aquéllos con necesidades especiales, y que procuran brindar a los niños que tienen bajo su tutela la esperanza y las oportunidades que les fueron negadas en

circunstancias anteriores. Los veo atendiendo a familiares y vecinos que tienen defectos congénitos y dolencias mentales y físicas, y a los que sufren los efectos del paso de los años. El Señor también los ve y ha hecho que Sus profetas declaren que “al sacrificarse el uno por el otro y por sus hijos, el Señor los bendecirá”¹².

Creo que los Santos de los Últimos Días que dan servicio desinteresado y se sacrifican imitando a nuestro Salvador como forma de adoración, se adhieren a valores eternos en una mayor medida que cualquier otro grupo de personas. Los Santos de los Últimos Días consideran sus sacrificios de tiempo y recursos como parte de su formación y preparación para la eternidad. Ésta es una verdad revelada en *Lectures on Faith* (Discursos sobre la fe) que enseñan que “una religión que no requiere el sacrificio de todas las cosas nunca tiene el poder suficiente de producir la fe necesaria para llevar a la vida y salvación... [Es] mediante este sacrificio, y sólo éste, que Dios ha ordenado que los hombres gozarán de la vida eterna”¹³.

Así como el sacrificio expiatorio de Jesucristo es la parte fundamental del plan de salvación, los seguidores de Cristo debemos hacer nuestros propios sacrificios para prepararnos para el destino que ese plan nos proporciona.

Sé que Jesucristo es el Hijo Unigénito de Dios el Padre Eterno. Sé que, debido a Su sacrificio expiatorio, tenemos la certeza de la inmortalidad y la oportunidad de la vida eterna. Él es nuestro Señor, nuestro Salvador y nuestro Redentor, y testifico de Él, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Bruce R. McConkie, *The Promised Messiah: The First Coming of Christ*, 1981, pág. 218.
2. “Jesús, en la corte celestial”, *Himnos*, N° 116.
3. “Llor al Profeta”, *Himnos*, N° 15.
4. Sarah Rich, en Guinever Thomas Woolstenhulme, “I Have Seen Many Miracles”, en Richard E. Turley Jr. y Brittany A. Chapman, editores, *Women of Faith in the Latter Days: Volume 1, 1775–1820*, 2011, pág. 283.
5. Gordon B. Hinckley, “El símbolo de nuestra fe”, *Liahona*, abril de 2005, pág. 3.
6. Véase Harold G. Hillam, “El sacrificio al prestar servicio”, *Liahona*, noviembre de 1995, pág. 46.
7. Gordon B. Hinckley, “El milagro de la fe”, *Liahona*, julio de 2001, pág. 84.

8. Gordon B. Hinckley, “¿No es acaso la verdad?”, *Liahona*, julio de 1993, pág. 2; véase también Neil L. Andersen, “Es verdadero, ¿no es así? Entonces, ¿qué importa lo demás?”, *Liahona*, mayo de 2007, pág. 74.
9. Thomas S. Monson, “El Santo Templo: Un faro para el mundo”, *Liahona*, mayo de 2011, pág. 92.
10. Véase, por ejemplo, Naomi Schaefer Riley, “What the Mormons Know about Welfare”, *Wall Street Journal*, 18 de febrero de 2012, pág. A11.
11. Ram Cnaan y otros, “Called to Serve: The Prosocial Behavior of Active Latter-day Saints”, borrador, pág. 16.
12. Véase Ezra Taft Benson, “A los mayores solteros de la Iglesia”, *Liahona*, mayo de 1988, pág. 49.
13. *Lectures on Faith*, 1985, pág. 69.

Montañas que ascender

Por el presidente Henry B. Eyring
Primer Consejero de la Primera Presidencia

Si tenemos fe en Jesucristo, los tiempos más difíciles de la vida, así como los más fáciles, pueden ser una bendición.

En una sesión de conferencia, oí al presidente Spencer W. Kimball pedirle a Dios que le diera montañas que ascender. Él dijo: “Hay todavía grandes desafíos delante de nosotros, oportunidades gigantescas que alcanzar. Acepto con gusto esta emocionante perspectiva y con humildad quiero decirle al Señor: ‘¡Dame este monte!, dame estos desafíos’”¹.

Mi corazón se conmovió, conociendo, como yo conocía, algunos de los desafíos y la adversidad que él ya había afrontado. Sentí el deseo de ser más como él, un valiente siervo de Dios. Así que, una noche oré para recibir una prueba a fin de demostrar mi valor. Lo recuerdo vívidamente. En la noche, me arrodillé en mi dormitorio con una fe que casi parecía llenar mi corazón hasta estallar.

En menos de uno o dos días mi oración fue contestada. La prueba más difícil de mi vida me sorprendió, me llenó de humildad y me proporcionó una doble lección. Primero, tuve una clara evidencia de que Dios oyó y contestó mi oración de fe; y en segundo lugar, comencé un aprendizaje, que aún continúa, para aprender el porqué tuve tal confianza esa noche de que de la adversidad podría venir una gran bendición que compensaría con creces cualquier costo.

La adversidad por la que pasé aquel día lejano ahora parece insignificante comparada con lo que hemos pasado mis seres queridos y yo desde entonces. Muchos de ustedes están pasando por pruebas físicas, mentales y emocionales que podrían hacerlos

exclamar como lo hizo un gran y fiel siervo de Dios a quien conocí bien. Su enfermera lo oyó exclamar desde su lecho de dolor: "Cuando toda mi vida he tratado de ser bueno, ¿por qué me ha sucedido esto a mí?".

Ustedes saben cómo le contestó el Señor esa pregunta al profeta José Smith cuando estaba encarcelado:

"...si eres echado en el foso o en manos de homicidas, y eres condenado a muerte; si eres arrojado al abismo; si las bravas olas conspiran contra ti; si el viento huracanado se hace tu enemigo; si los cielos se ennegrecen y todos los elementos se combinan para obstruir la vía; y sobre todo, si las puertas mismas del infierno se abren de par en par para tragarte, entiende, hijo mío, que todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien.

"El Hijo del Hombre ha descendido debajo de todo ello. ¿Eres tú mayor que él?"

"Por tanto, persevera en tu camino, y el sacerdocio quedará contigo; porque los límites de ellos están señalados, y no los pueden traspasar. Tus días son conocidos y tus años no serán acortados; no temas, pues, lo que pueda hacer el hombre, porque Dios estará contigo para siempre jamás"².

Me parece que no hay mejor respuesta a la pregunta de por qué vienen las pruebas y lo que debemos hacer que las palabras del Señor mismo, quien soportó por nosotros pruebas más terribles de lo que podamos imaginar.

Recordarán Sus palabras cuando aconsejó que, al tener fe en Él, debemos arrepentirnos:

"...así que, te mando que te arrepientas; arrepíentete, no sea que te hiera con la vara de mi boca, y con mi enojo, y con mi ira, y sean tus padecimientos dolorosos; cuán dolorosos no lo sabes; cuán intensos no lo sabes; sí, cuán difíciles de aguantar no lo sabes.

"Porque he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten;

"mas si no se arrepienten, tendrán que padecer así como yo;

"padecimiento que hizo que yo, Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu, y deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar.

“Sin embargo, gloria sea al Padre, bebí, y acabé mis preparativos para con los hijos de los hombres”³.

Ustedes y yo tenemos fe en que la manera de elevarse en medio de las pruebas y de superarlas es creer que hay “bálsamo en Galaad”⁴ y que el Señor ha prometido: “...no te... desampararé”⁵. Eso es lo que el presidente Thomas S. Monson nos ha enseñado a fin de ayudarnos a nosotros mismos y a los que prestamos servicio en lo que parecen ser pruebas solitarias y abrumadoras⁶.

No obstante, el presidente Monson también ha enseñado sabiamente que toma tiempo edificar un cimiento de fe en la realidad de esas promesas. Tal vez hayan visto la necesidad de ese cimiento en el lecho de alguien que está listo para abandonar la lucha de perseverar hasta el fin. Si no tenemos arraigado en nuestro corazón el cimiento de la fe, el poder para perseverar se desmoronará.

Mi propósito hoy día es describir lo que sé sobre cómo podemos establecer ese inquebrantable cimiento. Lo hago con gran humildad por dos razones: primero, lo que diga podría desanimar a algunos que estén luchando en medio de gran adversidad y sientan que su cimiento de fe se está derrumbando; y segundo, sé que ante mí yacen pruebas aún más grandes antes del final de la vida. Por lo tanto, la fórmula que les ofrezco aún no ha sido probada en mi propia vida al perseverar hasta el fin.

De joven trabajé con un contratista construyendo bases (zapatas) y cimientos para casas nuevas. En el calor del verano era mucho trabajo preparar el terreno para el molde en el que vaciábamos el cemento para hacer las bases. No había maquinaria; usábamos el pico y la pala. En aquellos días era mucho trabajo construir cimientos duraderos para los edificios.

También se necesitaba paciencia. Después de verter el cemento, esperábamos a que curara. A pesar de lo mucho que queríamos seguir adelante con el trabajo, también esperábamos después de hacer los cimientos antes de quitar los moldes.

Y aún más impresionante para un constructor novato era lo que parecía ser un proceso tedioso que llevaba mucho tiempo: poner con cuidado varillas de metal dentro de los moldes para reforzar el cimiento.

De manera similar, el terreno se debe preparar con mucho cuidado para que nuestro cimiento de fe resista las tormentas que vendrán a la vida de todos. Esa base firme para un cimiento de fe es la integridad personal.

El elegir lo justo constantemente, cuando tengamos que tomar una decisión, crea el terreno firme bajo nuestra fe. Puede dar comienzo en la niñez, siendo que toda alma nace con el don gratuito del Espíritu de Cristo. Con ese Espíritu, podemos saber cuando hemos hecho lo correcto ante Dios y cuando hemos hecho lo malo ante Su vista.

Esas decisiones, cientos de ellas en la mayoría de los días, preparan el terreno firme sobre el cual se construye nuestro edificio de fe. El armazón alrededor del cual se vierte la sustancia de nuestra fe es el evangelio de Jesucristo con todos sus convenios, ordenanzas y principios.

Una de las claves para tener una fe perdurable es evaluar correctamente el tiempo de curación que se necesita. Ésa es la razón por la que no fui prudente al pedir en oración, a tan temprana edad en mi vida, montañas más altas que ascender y mayores pruebas.

La cura no se lleva a cabo automáticamente con el paso del tiempo, pero sí requiere tiempo. No basta sólo con envejecer; el servir a Dios y a los demás constantemente, con todo el corazón y el alma, es lo que convierte el testimonio de la verdad en fortaleza espiritual inquebrantable.

Ahora deseo alentar a aquellos que están en medio de pruebas difíciles, quienes sienten que su fe se va disipando bajo la avalancha de problemas. Las dificultades mismas pueden ser la forma de fortalecer y, al final, obtener una fe inquebrantable. Moroni, el hijo de Mormón, del Libro de Mormón, nos dijo cómo se podría obtener esa bendición. Él enseña la simple y dulce verdad de que al ejercer aun una partícula de fe permite que Dios la haga crecer:

“Y ahora yo, Moroni, quisiera hablar algo concerniente a estas cosas. Quisiera mostrar al mundo que la fe es las cosas que se esperan y no se ven; por tanto, no contendáis porque no veis, porque no recibís ningún testimonio sino hasta después de la prueba de vuestra fe.

“Porque fue por la fe que Cristo se manifestó a nuestros padres, después que él hubo resucitado de los muertos; y no se manifestó a ellos sino hasta después que tuvieron fe en él; por consiguiente, fue indispensable que algunos tuvieran fe en él, puesto que no se mostró al mundo.

“Pero por motivo de la fe de los hombres, él se ha manifestado al mundo, ha glorificado el nombre del Padre y preparado un medio por el cual otros pueden ser partícipes del don celestial para que tengan esperanza en las cosas que no han visto.

“Por lo tanto, vosotros también podéis tener esperanza, y participar del don, si tan sólo tenéis fe”⁷.

La partícula de fe más valiosa, la cual deben proteger y utilizar al grado que les sea posible, es la fe en el Señor Jesucristo. Moroni enseñó el poder de esa fe de esta manera: “Y en ningún tiempo persona alguna ha obrado milagros sino hasta después de su fe; por tanto, primero creyeron en el Hijo de Dios”⁸.

Hablé con una mujer que recibió el milagro de recibir la fuerza suficiente para soportar pérdidas inimaginables por su simple capacidad de repetir incesantemente las palabras: “Yo sé que vive mi Señor”⁹. Esa fe y esas palabras de testimonio aún estaban presentes en la bruma que oscureció pero que no borró los recuerdos de su niñez.

También quedé atónito al enterarme de que otra mujer había perdonado a una persona que la había agraviado por años. Me sorprendí y le pregunté por qué había decidido perdonar y olvidar tantos años de terrible maltrato.

Dijo en voz baja: “Fue la cosa más difícil que he hecho, pero sabía que tenía que hacerlo; así que, lo hice”. La fe que tenía de que el Salvador la perdonaría si ella perdonaba a los demás la preparó para tener un sentimiento de paz y esperanza al enfrentarse con la muerte tan sólo meses después de haber perdonado a su enemiga impenitente.

Ella me preguntó: “Cuando llegue allí, ¿cómo será estar en el cielo?”.

Le dije: “Todo lo que sé, por lo que he visto en cuanto a su capacidad para ejercer la fe y para perdonar, es que le darán una maravillosa bienvenida”.

Tengo otras palabras de aliento para aquellos que ahora se preguntan si su fe en Jesucristo les será suficiente para perseverar bien hasta el fin. Tuve la bendición de conocer a otros de ustedes, que ahora están escuchando, cuando eran más jóvenes, vigorosos y más talentosos que la mayoría de los que los rodeaban; sin embargo, eligieron hacer lo que el Salvador habría hecho. De su abundancia encontraron maneras de ayudar y cuidar a los que tal vez hubieran ignorado o despreciado desde su posición en la vida.

Cuando lleguen las pruebas difíciles, allí estará la fe para soportarlas, fe que fue edificada, como podrán notar ahora, pero que quizás no hayan notado en el momento en que actuaron con el amor puro de Cristo, sirviendo y perdonando a los demás como el Salvador lo habría hecho. Ustedes edificaron un cimiento de fe al amar como el Salvador amó y al servirlo. Su fe en Él condujo a actos de caridad que les brindarán esperanza.

Nunca es demasiado tarde para fortalecer el cimiento de la fe. Siempre hay tiempo. Con fe en el Salvador, pueden arrepentirse y suplicar perdón. Hay alguien a quien perdonar; hay alguien a quien agradecer; hay alguien a quien servir y animar. Pueden hacerlo dondequiera que estén y no importa cuán solos y aislados se sientan.

No puedo prometerles que se acabarán sus adversidades en esta vida; no puedo asegurarles que sus tribulaciones les parecerán como si fueran sólo un momento. Una de las características de las pruebas de la vida es que parecen hacer que los relojes anden más lentos y luego, hasta parecen casi detenerse.

Hay razones para ello; el conocerlas quizás no brinde mucho consuelo, pero puede darles un sentimiento de paciencia. Esas razones se derivan de este hecho: el Padre Celestial y el Salvador, en el amor perfecto que tienen por ustedes, desean que estén en condiciones de estar con Ellos a fin de vivir en familias para siempre. Únicamente aquellos que han quedado perfectamente limpios mediante la expiación de Jesucristo pueden morar en ese lugar.

Mi madre luchó contra el cáncer durante casi diez años. Los tratamientos, las cirugías y finalmente el estar confinada en cama fueron algunas de sus pruebas.

Recuerdo a mi padre decir al verla dar su último aliento: “Una niña se ha ido a casa a descansar”.

Uno de los oradores en su funeral fue el presidente Spencer W. Kimball. Entre los homenajes que rindió, recuerdo uno que fue algo así: “Tal vez algunos de ustedes hayan pensado que Mildred sufrió mucho y por tanto tiempo debido a algo malo que había hecho y que requería de las pruebas”. Luego él dijo: “No fue eso; sólo era que Dios quería que se la puliera un poco más”. Recuerdo que pensé en ese momento: “Si una mujer tan buena necesitó que se la puliera tanto, ¿qué puedo esperar yo?”.

Si tenemos fe en Jesucristo, los tiempos más difíciles de la vida, así como los más fáciles, pueden ser una bendición. En todas las situaciones, podemos elegir lo justo con la guía del Espíritu. Tenemos el evangelio de Jesucristo para dar forma y guía a nuestra vida si así lo decidimos. Y con los profetas que nos revelan nuestro lugar en el plan de salvación podemos vivir con perfecta esperanza y con un sentimiento de paz. Nunca tenemos que sentir que estamos solos ni que no se nos ama cuando estamos al servicio del Señor, porque nunca es así. Podemos sentir el amor de Dios. El Salvador ha prometido ángeles a nuestra diestra y a nuestra siniestra para sostenernos¹⁰. Él siempre cumple Su palabra.

Testifico que Dios el Padre vive y que Su Amado Hijo es nuestro Redentor. El Espíritu Santo ha confirmado la verdad en esta conferencia y lo hará de nuevo a medida que ustedes la busquen al escuchar y cuando después estudien los mensajes de los siervos autorizados del Señor que están aquí. El presidente Thomas S. Monson es el profeta del Señor para todo el mundo. El Señor vela por ustedes. Dios el Padre vive, Su Hijo Amado Jesucristo es nuestro Redentor y Su amor es inagotable. De ello testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase Spencer W. Kimball, “Dame, pues, ahora este monte”, *Liahona*, enero de 1980, pág. 125.
2. Doctrina y Convenios 122:7-9.
3. Doctrina y Convenios 19:15-19.
4. Jeremías 8:22.
5. Josué 1:5.
6. Véase Thomas S. Monson, “Contemplad a Dios y vivid”, *Liahona*, julio de 1998, pág. 56.
7. Éter 12:6-9.
8. Éter 12:18.
9. “Yo sé que vive mi Señor”, *Himnos*, N° 73.

10. Véase Doctrina y Convenios 84:88.

El sostenimiento de los Oficiales de la Iglesia

Presentado por el presidente Dieter F. Uchtdorf

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Se propone que sostengamos a Thomas Spencer Monson como profeta, vidente y revelador y presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días; a Henry Bennion Eyring como Primer Consejero de la Primera Presidencia; y a Dieter Friedrich Uchtdorf como Segundo Consejero de la Primera Presidencia.

Los que estén a favor, pueden manifestarlo.

Los que estén en contra, si los hay, pueden manifestarlo.

Se propone que sostengamos a Boyd Kenneth Packer como Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles y a los siguientes como miembros de ese quórum: Boyd K. Packer, L. Tom Perry, Russell M. Nelson, Dallin H. Oaks, M. Russell Ballard, Richard G. Scott, Robert D. Hales, Jeffrey R. Holland, David A. Bednar, Quentin L. Cook, D. Todd Christofferson y Neil L. Andersen.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Si hay opuestos, pueden indicarlo.

Se propone que sostengamos a los consejeros de la Primera Presidencia y a los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay, con la misma señal.

Se ha relevado al élder Steven E. Snow como miembro de la Presidencia del Quórum de los Setenta.

Los que deseen unirse a nosotros en un voto de agradecimiento, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que sostengamos al élder Richard J. Maynes como miembro de la Presidencia del Quórum de los Setenta.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Contrarios, si los hay.

Se propone que relevemos con un voto de agradecimiento a los élderes Gérald Jean Caussé y Gary E. Stevenson como miembros del Primer Quórum de los Setenta.

Todos los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Después de muchos años de servicio fiel y eficiente, se propone que relevemos a los obispos H. David Burton, Richard C. Edgley y Keith B. McMullin, como el Obispado Presidente y se les designe como Autoridades Generales eméritas.

Todos los que deseen unirse a nosotros en un voto de agradecimiento, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que relevemos a los siguientes Setentas de Área a partir del 1 de mayo de 2012:

Richard K. Ahadje, Climato C. A. Almeida, Fernando J. D. Araújo, Marvin T. Brinkerhoff, Mario L. Carlos, Rafael E. Castro, David L. Cook, César A. Dávila, Mosíah S. Delgado, Luis G. Duarte, Juan A. Etchegaray, Stephen L. Fluckiger, J. Roger Fluhman, Robert C. Gay, Miguel Hidalgo, Garith C. Hill, David J. Hoare, David H. Ingram, Tetsuji Ishii, Kapumba T. Kola, Glendon Lyons, R. Bruce Merrell, Enrique J. Montoya, Daniel A. Moreno, Adesina J. Olukanni, Gamaliel Osorno, Patrick H. Price, Marcos A. Prieto, Paulo R. Puerta, Carlos F. Rivas, A. Ricardo Sant'Ana, Fabian L. Sinamban, Natã C. Tobias, Stanley Wan, Perry M. Webb, Richard W. Wheeler y Scott D. Whiting.

Los que deseen unirse a nosotros para expresar nuestra gratitud por su excelente servicio, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que relevemos con un voto de sincero agradecimiento, a las hermanas Julie B. Beck, Silvia H. Allred y Barbara Thompson como la Presidencia General de la Sociedad de Socorro.

También extendemos el relevo a las integrantes de la Mesa directiva general de la Sociedad de Socorro.

Los que deseen unirse a nosotros para expresar nuestra gratitud a estas hermanas por su excelente servicio y devoción, tengan a bien manifestarlo.

Se propone que sostengamos como miembros nuevos del Primer Quórum de los Setenta a Craig A. Cardon, Stanley G. Ellis, Larry Echo Hawk, Robert C. Gay y Scott D. Whiting.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Los que estén en contra, por la misma señal.

Se propone que sostengamos a Gary E. Stevenson como Obispo Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, con Gérald Jean Caussé como Primer Consejero y Dean Myron Davies como Segundo Consejero.

Aquellos a favor, sírvanse manifestarlo.

Algún contrario.

Se propone que sostengamos a los siguientes como nuevos Setentas de Área:

Pedro U. Adduru, Detlef H. Adler, Ángel H. Alarcón, Aley K. Auna Jr., W. Mark Bassett, Robert M. Call, Hernando Camargo, Gene R. Chidester, Joaquin E. Costa, Ralph L. Dewsnup, Ángel A. Duarte, Edward Dube, Moroni Gaona, Taylor G. Godoy, Francisco D. N. Granja, Yuriy A. Gushchin, Richard K. Hansen, Todd B. Hansen, Clifford T. Herbertson, Aniefiok Udo Inyon, Luiz M. Leal, Alejandro López, L. Jean Claude Mabaya, Alvin F. Meredith III, Adonay S. Obando, Jared R. Ocampo, Adeyinka A. Ojedirán, Andrew M. O’Riordan, Jesús A. Ortiz, Fred A. Parker, Siu Hong Pon, Abraham E. Quero, Robert Clare Rhien, Jorge Luis Romeu, Jorge Saldívar, Gordon H. Smith, Alin Spannaus, Moroni B. Torgan, Steven L. Toronto y Daniel Yirenya-Tawiah.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Algún contrario.

Se propone que sostengamos a Linda Kjar Burton como Presidenta General de la Sociedad de Socorro, con Carole Manzel Stephens como primera consejera y Linda Sheffield Reeves como segunda consejera.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Algún contrario, sírvanse indicarlo.

Se propone que sostengamos a las demás Autoridades Generales, Setentas de Área y presidencias generales de las organizaciones auxiliares tal como están constituidas actualmente.

Los que estén a favor, sírvanse manifestarlo.

Cualquier contrario puede manifestarlo.

Presidente Monson, hasta donde he podido observar, el voto en el Centro de Conferencias ha sido unánime a favor de lo que se ha propuesto.

Gracias, hermanos y hermanas, por su voto de sostenimiento, su fe, su devoción y sus oraciones constantes.

Invitamos a las Autoridades Generales y a la Presidencia General de la Sociedad de Socorro que acaban de ser llamadas a que ocupen su lugar en el estrado.

Informe del Departamento de Auditorías de la Iglesia, 2011

Presentado por Robert W. Cantwell

Director Ejecutivo del Departamento de Auditorías de la Iglesia

Para la Primera Presidencia de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Estimados hermanos: tal como está prescrito por revelación en la sección 120 de Doctrinas y Convenios, el Consejo Encargado de la Disposición de Diezmos autoriza el empleo de los fondos de la Iglesia. Este consejo está compuesto por la Primera Presidencia, el Quórum de los Doce Apóstoles y el Obispado Presidente.

Este consejo aprueba los presupuestos de los departamentos, las operaciones y las asignaciones relacionadas con las unidades de la Iglesia. Los departamentos de la Iglesia emplean los fondos de acuerdo con los presupuestos aprobados, y conforme a las normas y los procedimientos de la Iglesia.

Al Departamento de Auditorías de la Iglesia se le ha concedido acceso a todos los registros y sistemas necesarios para evaluar que exista un control adecuado del recibo de los fondos, de los gastos y de la salvaguarda de los bienes de la Iglesia. El Departamento de Auditorías de la Iglesia es independiente de todos los demás departamentos y operaciones de la Iglesia, y el personal está compuesto por contadores públicos certificados, auditores internos acreditados, auditores acreditados de sistemas de información y otros profesionales acreditados.

Basándose en las auditorías llevadas a cabo, el Departamento de Auditorías de la Iglesia es de la opinión de que en todos los aspectos materiales, los donativos recibidos, los gastos efectuados

y los bienes de la Iglesia del año 2011 se han registrado y administrado de acuerdo con las prácticas apropiadas de contabilidad, así como con los presupuestos aprobados y con las normas y los procedimientos de la Iglesia.

Atentamente,

Departamento de Auditorías de la Iglesia

Robert W. Cantwell

Director Ejecutivo

Informe estadístico, 2011

Presentado por Brook P. Hales
Secretario de la Primera Presidencia

Para información de los miembros de la Iglesia, la Primera Presidencia ha emitido el siguiente informe estadístico respecto al crecimiento y al estado de la Iglesia al 31 de diciembre de 2011.

Unidades de la Iglesia

Estacas	2.946
Misiones	340
Distritos	608
Barrios y Ramas	28.784

Número de miembros de la Iglesia

Total de miembros	14.441.346
Nuevos niños registrados durante 2011	119.917
Conversos bautizados durante 2011	281.312

Misioneros

Misioneros de tiempo completo	55.410
Misioneros de servicio a la Iglesia	22.299

Templos

Templos dedicados durante 2011: San Salvador, El Salvador; y Quetzaltenango, Guatemala	2
Templos rededicados durante 2011: Atlanta, Georgia	1
Templos en operación	136

Oficiales generales anteriores de la Iglesia y otros miembros prominentes de la Iglesia que han fallecido después de la última conferencia general de octubre:

Los élderes Marion D. Hanks, Jack H. Goaslind Jr., Monte J. Brough, Ronald E. Poelman, Keith W. Wilcox y Harold G. Hillam ex miembros del Quórum de los Setenta; las hermanas Joy F. Evans y Chieko N. Okazaki, ex consejeras de la Presidencia General de la Sociedad de Socorro; la hermana Norma Voloy Sonntag, esposa del élder Philip T. Sonntag, ex miembro de los Setenta; la hermana Leola George, viuda del élder Lloyd P. George, ex miembro de los Setenta; la hermana Argelia Villanueva de Álvarez, esposa del élder Lino Álvarez, ex miembro de los Setenta; y el hermano Wendell M. Smoot Jr., ex presidente del Coro del Tabernáculo.

Los obreros de la viña

Por el élder Jeffrey R. Holland

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Por favor, escuchen los susurros del Santo Espíritu diciéndoles ahora, en este mismo momento, que deben aceptar el don de la expiación del Señor Jesucristo.

En vista de los llamamientos y relevos que acaba de anunciar la Primera Presidencia, me gustaría hablar en nombre de todos al decir que siempre recordaremos y amaremos a los que han servido tan fielmente junto a nosotros, tal como amamos y recibimos de inmediato a los que ahora son llamados. Nuestras sinceras gracias a todos ustedes.

Hoy deseo hablar de la parábola del Salvador en la que un padre de familia “salió por la mañana a contratar obreros”. Después de emplear al primer grupo a las seis de la mañana, al volverse más urgente la cosecha, regresó a las nueve de la mañana, a las doce del mediodía y a las tres de la tarde para contratar a más obreros. En las Escrituras dice que regresó una última vez “cerca de la hora undécima” (aproximadamente las cinco de la tarde) y contrató a un último grupo. Entonces, justo una hora después, todos los obreros se juntaron para recibir su jornal. Sorprendentemente, todos recibieron el *mismo* salario a pesar de la diferencia en las horas trabajadas. De inmediato, los del primer grupo de obreros se enojaron y dijeron: “Estos postreros han trabajado una sola hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos llevado la carga y el calor del día”¹. Al leer esta parábola, quizás ustedes, al igual que esos obreros, hayan pensado que allí se cometió una injusticia. Permítanme abordar brevemente ese tema.

En primer lugar, es importante advertir que a *nadie* se le trató injustamente aquí. Los primeros obreros aceptaron el jornal de un

día y lo recibieron; es más, me imagino que estaban sumamente agradecidos de recibir trabajo. En la época del Salvador, un hombre típico y su familia no podían hacer mucho más que vivir con lo que ganaban ese día. Si no trabajaban, ni cultivaban, ni pescaban ni vendían, probablemente no comían. Puesto que había más obreros que trabajos, esa mañana los primeros hombres que fueron elegidos fueron los más afortunados de toda la población laboral.

De hecho, si hemos de sentir lástima por alguien, por lo menos inicialmente, debería ser por los hombres que *no* fueron escogidos, que también tenían bocas que alimentar y cuerpos que vestir. A algunos parecía que la suerte nunca los acompañaba. Con cada visita del mayordomo a lo largo del día, siempre veían que se escogía a otro.

Pero, justo al terminar el día, de modo sorprendente, ¡el padre de familia regresó una quinta vez con una increíble oferta de última hora! Esos obreros, los últimos y más desalentados, sólo al escuchar que se los trataría con justicia, aceptaron el trabajo sin siquiera saber el jornal y sabiendo que *cualquier cosa* sería mejor que nada, que es lo que tenían hasta ese momento. Luego, al juntarse para recibir su paga, ¡se asombraron cuando recibieron lo mismo que todos los demás! ¡Qué sorprendidos deben haber estado y cuán agradecidos! Ciertamente, nunca habían visto tal compasión en todos sus días como obreros.

Teniendo en mente la lectura de ese relato, veamos las quejas de los primeros obreros. Como les dice el padre de familia en la parábola (y parafraseo sólo un poco): “Amigos míos, no estoy siendo injusto con ustedes. Ustedes aceptaron el salario para un día, un buen salario. Estaban muy contentos de conseguir trabajo y yo estoy contento por la forma en que sirvieron. Se les da el salario completo; tomen su paga y disfruten de la bendición. En cuanto a los demás, *ciertamente soy libre de hacer lo que yo quiera con mi dinero*”. Y luego la pregunta penetrante para el que tenga que escucharla en ese entonces o ahora: “*¿Por qué debes tú tener celos porque yo elijo ser bondadoso?*”.

Hermanos y hermanas, habrá ocasiones en nuestra vida cuando otra persona reciba una bendición inesperada o algún reconocimiento especial. Ruego que no nos sintamos heridos, y

desde luego que no sintamos envidia cuando la buena fortuna le llegue a otra persona. El que otro reciba no nos quita nada a nosotros. No estamos en una carrera el uno contra el otro para ver quién es el más rico o el que tiene más talento o es el más hermoso o incluso el más bendecido. La carrera en la que *realmente* estamos es contra el pecado, y con seguridad la envidia es uno de los más universales.

Más aun, la envidia es un error que continúa indefinidamente. Obviamente sufrimos un poco cuando nos sobreviene un *infortunio* a *nosotros*, ¡pero la envidia exige que suframos por toda la *buena fortuna* que le sobreviene a *todos* los que conocemos! Qué futuro brillante: ¡tragar otro litro de vinagre cada vez que alguien a nuestro alrededor tenga un momento feliz! Ni hablar del disgusto al final, cuando veamos que Dios realmente es a la vez justo y misericordioso y, como dice en las Escrituras, da “*todos sus bienes*”² a los que están con Él. Entonces, la primera lección de la viña del Señor: codiciar, poner mala cara o procurar la desdicha de otros *no* mejora *su* posición; ni el degradar a otros eleva la imagen de ustedes. Por tanto, sean bondadosos y estén agradecidos de que Dios es bondadoso. Es una forma feliz de vivir.

El segundo punto que deseo exponer de esta parábola es el penoso error en el que algunos podrían incurrir si fueran a privarse de recibir su jornal al *final* del día porque estaban preocupados con los supuestos problemas que ocurrieron *más temprano* en el día. Allí no dice que alguien le haya lanzado la moneda al padre de familia en la cara y se haya ido enojado y sin dinero, pero supongo que alguien podría haberlo hecho.

Mis queridos hermanos y hermanas, lo que ocurrió en ese relato a las nueve, al mediodía o a las tres de la tarde es irrelevante comparado con la grandeza del pago universalmente generoso al final del día. La fórmula de la fe es permanecer firme, esforzarse, seguir adelante y dejar que las preocupaciones, reales o imaginarias, de horas anteriores se desvanezcan ante la abundancia de la recompensa final. No sigan pensando en problemas o resentimientos pasados, ni con ustedes mismos, ni con su prójimo, ni siquiera, podría agregar, con esta Iglesia verdadera y viviente. La majestuosidad de la vida de ustedes, de

la vida de su prójimo y del evangelio de Jesucristo se pondrá de manifiesto en el postrer día, aunque no todos la reconozcan al principio. Por eso, que no les dé un ataque por algo que ocurrió a las nueve de la mañana cuando la gracia de Dios está tratando de recompensarlos a las seis de la tarde, sean cuales fueren los acuerdos de trabajo que hayan hecho durante el día.

Consumimos un valioso recurso emocional y espiritual al aferrarnos al recuerdo de una nota discordante que tocamos en un recital de piano en nuestra infancia, o algo que dijo o hizo nuestro cónyuge hace veinte años y que estamos decididos a recriminarle por otros veinte, o un incidente en la historia de la Iglesia que comprueba nada más ni nada menos que los mortales siempre tendrán dificultades para estar a la altura de las expectativas inmortales situadas ante ellos. Aunque uno de esos agravios no lo hayan originado ustedes, ustedes sí pueden darle fin. Y qué gran recompensa habrá por esa contribución cuando el Señor de la viña nos mire a los ojos y se salden las cuentas al final de nuestro día terrenal.

Eso me lleva al tercer y último punto. Esta parábola, como todas las parábolas, realmente no trata de obreros ni jornales, así como las otras no tratan de ovejas ni cabritos. Éste es un relato sobre la bondad de Dios, Su paciencia y perdón, y sobre la expiación del Señor Jesucristo; es un relato sobre la generosidad y la compasión; es un relato acerca de la gracia, que recalca el concepto que escuché hace muchos años de que ciertamente lo que Dios más disfruta de ser Dios es el gozo de ser misericordioso, especialmente con los que no se lo esperan y que a menudo piensan que no se lo merecen.

Hoy, no sé quién en esta vasta audiencia quizás tenga que escuchar el mensaje del perdón inherente en esta parábola, pero por más tarde que piensen que hayan llegado, por más oportunidades que hayan perdido, por más errores que piensen que hayan cometido, sean cuales sean los talentos que piensen que no tengan, o por más distancia que piensen que hayan recorrido lejos del hogar, de la familia y de Dios, testifico que *no* han viajado más allá del alcance del amor divino. No es posible que se hundan tan profundamente que no los alcance el brillo de la infinita luz de la expiación de Cristo.

Aunque todavía no sean de nuestra fe, o si alguna vez estuvieron con nosotros pero no han permanecido, no hay nada que hayan hecho que no se pueda deshacer. No hay problema alguno que no puedan superar. No hay sueño que no pueda realizarse con el despliegue del tiempo y la eternidad. Aun cuando sientan que son el último obrero perdido de la hora undécima, el Señor de la viña les llama. “[Acérquense]... confiadamente al trono de la gracia”³ y caigan a los pies del Santo de Israel. Vengan y coman “sin dinero y sin precio”⁴ a la mesa del Señor.

En especial hago un llamado a los esposos y padres, a los poseedores del sacerdocio actuales y a los futuros poseedores del sacerdocio; como dijo Lehi: “¡Despertad y levantaos del polvo!... y sed hombres”⁵. No siempre, pero a menudo, los hombres son quienes no responden al llamado de: “¡Firmes marchad!”⁶. Con frecuencia las mujeres y los niños parecen estar más dispuestos. Hermanos, den un paso adelante. Háganlo por su propio bien. Háganlo por el bien de aquellos a quienes aman y que están orando para que ustedes respondan. Háganlo por la causa del Señor Jesucristo, quien pagó un precio inconcebible por el futuro que quiere que ustedes tengan.

Mis queridos hermanos y hermanas, ustedes que han sido bendecidos durante tantos años por el Evangelio porque tuvieron la fortuna de encontrarlo temprano, ustedes que han llegado al Evangelio por etapas y fases después, y ustedes —miembros y no miembros todavía— que aún se resisten a progresar; a cada uno de ustedes, a uno y a todos, les testifico del poder renovador del amor de Dios y del milagro de Su gracia. *Lo que a Él le interesa es la fe que logren al final y no la hora del día en que hayan llegado a ese punto.*

Por lo tanto, si han hecho convenios, guárdenlos; si no los han hecho, háganlos. Si los han hecho y los han quebrantado, arrepiéntanse y repárenlos. *Nunca* es demasiado tarde en tanto que el Maestro de la viña diga que hay tiempo. Por favor escuchen los susurros del Santo Espíritu diciéndoles ahora, en este mismo momento, que deben aceptar el don de la expiación del Señor Jesucristo y disfrutar de la hermandad de Su obra. No se demoren; se hace tarde. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase Mateo 20:1–15.
2. Lucas 12:44.
3. Hebreos 4:16.
4. Isaías 55:1.
5. 2 Nefi 1:14, 21.
6. “Somos los soldados”, *Himnos*, N° 162.

Volver en sí: La Santa Cena, el templo y el sacrificio al servir

Por el élder Robert D. Hales

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Llegamos a convertirnos y a ser espiritualmente autosuficientes al vivir nuestros convenios con espíritu de oración.

El Salvador les contó a Sus discípulos acerca de un hijo que dejó a su padre rico, fue a una provincia apartada y malgastó su herencia. Cuando vino una hambruna, el joven tomó el humilde empleo de apacentar cerdos; tenía tanta hambre que quería comer las algarrobas que eran para los animales.

Lejos de casa, lejos del lugar donde quería estar y en su condición de indigente sucedió algo de transcendencia eterna en la vida de ese joven. En las palabras del Salvador: “[volvió] en sí”¹. Recordó quién era, se dio cuenta de lo que había perdido, y comenzó a desear las bendiciones que estaban disponibles gratuitamente en la casa de su padre.

En el transcurso de nuestra vida, ya sea en momentos de oscuridad, de desafío, de pesar o pecado, podemos sentir al Espíritu Santo que nos recuerda que somos verdaderamente hijos e hijas de un amoroso Padre Celestial que nos ama y podríamos sentir hambre por las sagradas bendiciones que sólo Él puede proveer. En esos momentos cada uno de nosotros debe esforzarse *por volver en sí* y regresar a la luz del amor de nuestro Salvador.

Esas bendiciones les corresponden por derecho a todos los hijos del Padre Celestial. El desear esas bendiciones, incluso una vida de gozo y paz, es parte esencial del plan del Padre Celestial

para cada uno de nosotros. El profeta Alma enseñó: "...aunque no sea más que un deseo de creer, dejad que este deseo obre en vosotros"².

Al aumentar nuestros deseos espirituales, nos volvemos espiritualmente autosuficientes. Entonces, ¿cómo ayudamos a otras personas, a nosotros mismos y a nuestra familia a incrementar el deseo de seguir al Salvador y de vivir Su evangelio? ¿Cómo fortalecemos nuestro deseo de arrepentirnos, de ser dignos y de perseverar hasta el fin? ¿Cómo ayudamos a los jóvenes y a los jóvenes adultos a dejar que esos deseos obren en ellos hasta que se conviertan y lleguen a ser verdaderos "...santo[s] por la expiación de Cristo"³.

Llegamos a convertirnos y a ser espiritualmente autosuficientes al vivir nuestros convenios con espíritu de oración, al participar dignamente de la Santa Cena, al ser dignos de una recomendación para el templo y al sacrificarnos para servir a los demás.

Para participar dignamente de la Santa Cena, recordamos que estamos renovando el convenio hecho en el bautismo. Para que la Santa Cena sea una experiencia purificadora cada semana, debemos prepararnos *antes* de llegar a la reunión sacramental. Hacemos eso deliberadamente dejando atrás nuestras labores y esparcimiento diarios y olvidándonos de los pensamientos y las preocupaciones del mundo; al hacer eso, damos cabida en nuestra mente y en nuestro corazón al Espíritu Santo.

Entonces estamos preparados para meditar en la Expiación. Más que sólo pensar en los hechos del sufrimiento y la muerte del Salvador, la meditación nos ayuda a reconocer que, por medio del sacrificio del Salvador, tenemos la esperanza, la oportunidad y la fortaleza para hacer cambios reales y sinceros en nuestra vida.

Al cantar el himno sacramental, participar en las oraciones sacramentales y participar de los emblemas de Su carne y de Su sangre, procuramos con espíritu de oración el perdón de nuestras faltas y debilidades. Pensamos en las promesas que hicimos y guardamos durante la semana anterior y hacemos compromisos personales específicos de seguir al Salvador durante la semana siguiente.

Padres y líderes, ustedes pueden ayudar a los jóvenes a experimentar las incomparables bendiciones de la Santa Cena brindándoles oportunidades especiales de estudiar, analizar y descubrir la importancia de la Expiación en la vida de ellos. Permitan que ellos mismos escudriñen las Escrituras y se enseñen unos a otros en base a sus propias experiencias.

Los padres, los líderes del sacerdocio y las presidencias de quórumes tienen la responsabilidad especial de ayudar a los poseedores del Sacerdocio Aarónico a prepararse de todo corazón para desempeñar sus deberes sagrados con la Santa Cena. Esa preparación se realiza durante la semana al vivir las normas del Evangelio. Cuando los jóvenes preparan, bendicen y reparten la Santa Cena dignamente y con reverencia, literalmente siguen el ejemplo del Salvador en la Última Cena⁴ y llegan a ser como Él.

Testifico que la Santa Cena nos da a cada uno la oportunidad de *volver en sí* y de experimentar “un gran cambio” de corazón⁵, de recordar quiénes somos y lo que más deseamos. Al renovar el convenio de guardar los mandamientos, obtenemos la compañía del Espíritu Santo para que nos guíe de regreso a la presencia del Padre Celestial. No es de extrañar que se nos mande “[reunirnos] con frecuencia para participar del pan y [del agua]”⁶ y tomar la Santa Cena para nuestra alma⁷.

Nuestro deseo de regresar al Padre Celestial aumenta cuando, además de tomar la Santa Cena, nos volvemos dignos de obtener una recomendación para el templo. Nos volvemos dignos al obedecer los mandamientos en forma constante y firme. Esa obediencia comienza en la niñez y se intensifica mediante las experiencias en el Sacerdocio Aarónico y las Mujeres Jóvenes durante los años de preparación. Luego, se espera que los presbíteros y las Laureles se pongan metas y se preparen específicamente para recibir la investidura y ser sellados en el templo.

¿Cuáles son las normas para los que poseen una recomendación? El salmista nos recuerda:

“¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo?

“El limpio de manos y puro de corazón”⁸.

El ser dignos de poseer una recomendación para el templo nos da la fortaleza para guardar los convenios del templo. ¿Cómo recibimos en forma personal esa fortaleza? Nos esforzamos por obtener un testimonio del Padre Celestial, de Jesucristo, del Espíritu Santo, de la realidad de la Expiación y de la veracidad del profeta José Smith y de la Restauración. Sostenemos a nuestros líderes, tratamos a nuestra familia con bondad, somos testigos de la Iglesia verdadera del Señor, asistimos a las reuniones de la Iglesia, honramos nuestros convenios, cumplimos con las obligaciones que tenemos como padres y vivimos una vida virtuosa. Tal vez digan, ¡esto suena simplemente a ser un fiel Santo de los Últimos Días! Tienen razón. La norma para los que poseen una recomendación para el templo no es demasiado elevada como para que no podamos alcanzarla; es sencillamente vivir el Evangelio fielmente y seguir a los profetas.

Entonces, como poseedores de recomendaciones para el templo investidos, establecemos modelos de vida cristiana que comprenden la obediencia, el hacer sacrificios para guardar los mandamientos, amarnos unos a otros, ser castos en pensamiento y hechos, y dar de nosotros mismos para edificar el reino de Dios. Mediante la expiación del Salvador y al seguir estos modelos básicos de fidelidad, recibimos “poder de lo alto”⁹ para afrontar los desafíos de la vida. Necesitamos ese poder divino hoy más que nunca, ese poder lo recibimos únicamente por medio de las ordenanzas del templo. Testifico que los sacrificios que hagamos para recibir las ordenanzas del templo bien valen todo el esfuerzo que hagamos.

Al aumentar nuestro deseo de aprender y vivir el Evangelio, naturalmente buscamos servirnos unos a otros. El Salvador le dijo a Pedro: “...una vez vuelto, fortalece a tus hermanos”¹⁰. Me conmueve que los jóvenes de hoy en día tengan profundos deseos de servir y bendecir a otras personas, de marcar una diferencia en este mundo. Ellos también anhelan el gozo que brinda ese servicio.

Sin embargo, para los jóvenes es difícil entender cómo sus hechos presentes les prepararán o descalificarán para futuras oportunidades de servicio. Todos nosotros tenemos el “deber imperativo”¹¹ de ayudar a los jóvenes a ser autosuficientes para

que se prepararen para toda una vida de servicio. Además de la autosuficiencia espiritual de la que hemos hablado, también está la autosuficiencia temporal, la cual incluye el obtener instrucción académica o capacitación vocacional después de la secundaria, aprender a trabajar y vivir dentro de nuestros medios. Al evitar las deudas y ahorrar ahora, nos preparamos para brindar un servicio completo a la Iglesia en años venideros. El propósito de la autosuficiencia temporal y espiritual es ubicarnos en un terreno más alto para poder elevar a otras personas que lo necesiten.

Seamos jóvenes o viejos, lo que hagamos hoy determinará el servicio que podamos brindar y disfrutar mañana. Como nos recuerda el poeta: “De todas las palabras, habladas o escritas, son éstas las más tristes: ‘¡Podría haber sido!’”¹². ¡No vivamos lamentándonos lo que hicimos o no hicimos!

Amados hermanos y hermanas, el joven que mencionó el Salvador, al cual nos referimos como el hijo pródigo, *sí regresó a casa*. Su padre no lo había olvidado; su padre lo estaba esperando; y “cuando [el hijo] aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió, y... le besó”¹³. En honor al regreso de su hijo, pidió un manto, un anillo y una celebración con un becerro gordo¹⁴, recordatorios de que no se nos retendrá ninguna bendición si perseveramos fielmente en el sendero que nos lleva de regreso al Padre Celestial.

Con Su amor y el de Su Hijo en mi corazón, desafío a cada uno de nosotros a seguir nuestros deseos espirituales y a *volver en sí*. Mirémonos al espejo y preguntémonos: “¿En qué posición me encuentro al vivir los convenios?” Estamos en el sendero correcto si podemos decir: “Participo dignamente de la Santa Cena cada semana, soy digno de una recomendación para el templo y asisto al templo, y me sacrifico para servir y bendecir a otras personas”.

Comparto mi testimonio especial de que Dios nos ama tanto a cada uno de nosotros que “ha dado a su Hijo Unigénito”¹⁵ para expiar nuestros pecados; Él nos conoce y nos espera aún cuando estemos muy lejos de Él. A medida que cada uno de nosotros actúe según sus deseos y vuelva en sí, quedará “para siempre envuelto entre los brazos de su amor”¹⁶ y nos recibirá en nuestro

hogar. Lo testifico en el santo nombre de nuestro Salvador Jesucristo. Amén.

Notas

1. Lucas 15:17.
2. Alma 32:27.
3. Mosiah 3:19.
4. Véanse Mateo 26:17–28; Lucas 22:1–20.
5. Alma 5:12; véase también Mosiah 5:2; Alma 5:13–14.
6. Moroni 6:6.
7. Véase Moroni 4:3; Doctrina y Convenios 20:77.
8. Salmo 24:3–4.
9. Doctrina y Convenios 95:8.
10. Lucas 22:32.
11. Doctrina y Convenios 123:11.
12. John Greenleaf Whittier, “Maud Muller”, *The Complete Poetical Works of Whittier*, 1894, pág 48.
13. Lucas 15:20.
14. Véase Lucas 15:22–24.
15. Juan 3:16.
16. 2 Nefi 1:15.

Fe, fortaleza y satisfacción: Un mensaje para los padres y madres que crían solos a sus hijos

Por el élder David S. Baxter

De los Setenta

Están luchando por criar a sus hijos en la luz y la verdad, conscientes de que, si bien no pueden cambiar el pasado, pueden moldear el futuro.

Mi mensaje es para los padres de la Iglesia que crían solos a sus hijos, la mayoría de los cuales son madres solas: mujeres valientes que, por diferentes circunstancias de la vida, se encuentran solas criando hijos y llevando adelante un hogar. Quizá sean viudas o divorciadas. Quizá afronten los desafíos de ser el único progenitor como resultado de haber cometido una equivocación fuera del matrimonio, pero ahora viven según los principios del Evangelio y han cambiado su vida para mejor. Benditas sean por evitar el tipo de compañía que las alejaría de la virtud y el discipulado. Ése sería un precio demasiado alto que pagar.

Aunque quizá se hayan preguntado “¿por qué a mí?”, es mediante las penurias de la vida que nos acercamos a la divinidad, al moldearse nuestro carácter en el crisol de la aflicción, a medida que tienen lugar los eventos de la vida; porque Dios respeta el albedrío del hombre. Como comentó el élder Neal A. Maxwell, no podemos llegar a las conclusiones correctas en cuanto a la vida, porque “no contamos con todas las premisas”¹.

Sean cuales sean sus circunstancias o las razones de ellas, ¡ustedes son maravillosas! Día a día se enfrentan a las dificultades de la vida, haciendo mayormente solas el trabajo que deberían hacer dos. Tienen que ser padre además de madre; llevan adelante su hogar; cuidan de su familia, a veces luchan para que el dinero les alcance y milagrosamente hasta encuentran los medios para servir en la Iglesia de manera significativa; crían a sus hijos; lloran y oran con ellos y por ellos; quieren lo mejor para sus hijos, pero cada noche les preocupa que su mejor empeño nunca sea suficiente.

Si bien no quiero hacer comentarios muy personales, soy el producto de un hogar así. Durante la mayor parte de mi niñez y adolescencia, mi madre nos crió sola, con pocos recursos. El dinero se racionaba con mucho cuidado. Ella luchaba contra la soledad interior y en ocasiones estaba desesperada por tener apoyo y compañía; pero a pesar de todo eso, mi madre tenía dignidad, muchísima determinación y el firme carácter típico de los escoceses.

Afortunadamente, sus últimos años fueron más bendecidos que los primeros. Se casó con un nuevo converso viudo; se sellaron en el Templo de Londres, Inglaterra; y luego sirvieron allí brevemente como obreros de las ordenanzas. Estuvieron juntos casi un cuarto de siglo; felices, contentos y satisfechos, hasta concluir su vida mortal.

Muchas de ustedes, buenas mujeres de la Iglesia en todo el mundo, se enfrentan a circunstancias similares y demuestran la misma entereza año tras año.

Eso no es exactamente lo que esperaban o planeaban, aquello por lo que oraron o se imaginaron al comenzar hace años. Su trayectoria ha tenido sacudidas, desvíos, enredos y giros, en su mayoría como consecuencia de vivir en un mundo caído que es un lugar de probación.

Mientras tanto, están luchando por criar a sus hijos en la luz y la verdad, conscientes de que, si bien no pueden cambiar el pasado, pueden moldear el futuro. En el camino, obtendrán bendiciones compensatorias, aunque no sean evidentes inmediatamente.

Con la ayuda de Dios, no tienen que temer por el futuro. Sus hijos crecerán y las llamarán bienaventuradas y cada uno de los logros de ellos será un homenaje hacia ustedes.

Por favor, nunca sientan que pertenecen a una clase secundaria, una subcategoría de miembros que por alguna razón tiene menos derecho que los demás a las bendiciones del Señor. En el reino de Dios, no existen ciudadanos de segunda clase.

Esperamos que, al asistir a reuniones y ver familias aparentemente completas y felices, o al escuchar hablar sobre los ideales de la familia, sientan alegría por ser parte de una Iglesia que se centra en la familia y enseña la función fundamental que ella tiene en el plan del Padre Celestial para la felicidad de Sus hijos; porque en medio de las calamidades del mundo y la decadencia moral, tenemos la doctrina, la autoridad, las ordenanzas y los convenios que ofrecen la mayor esperanza al mundo, incluso para la felicidad de sus hijos y la familia que formarán.

En la reunión general de la Sociedad de Socorro de septiembre de 2006, el presidente Gordon B. Hinckley relató la experiencia de una madre divorciada, que en ese entonces tenía siete hijos con edades comprendidas entre los 7 y 16 años. Ella había cruzado la calle para llevarle algo a una vecina. Ella dijo:

“Al dar la vuelta para regresar a casa, vi la casa toda alumbrada; podía escuchar el eco de las voces de mis hijos que me habían dicho al salir hacía unos minutos: ‘Mamá, ¿qué vamos a cenar?’ ‘¿Me puedes llevar a la biblioteca?’ ‘Necesito ir a comprar una cartulina esta noche’. Cansada y agotada, miré la casa y vi la luz encendida en cada una de las habitaciones. Pensé en todos los niños que estaban en casa esperando que yo llegara para atender a sus necesidades. Mis cargas parecían más pesadas de lo que podía soportar.

“Recuerdo haber mirado al cielo a través de mis lágrimas, y dije: ‘Querido Padre, hoy no lo puedo hacer; estoy demasiado cansada. No puedo ir a casa y atender sola a todos mis hijos. ¿No podría ir a quedarme contigo sólo una noche?...’

“No escuché la respuesta con los oídos, pero sí con la mente; y la respuesta fue: ‘No, pequeña, no puedes venir ahora conmigo... Pero yo puedo ir a tí’².

Gracias, hermanas, por todo lo que hacen para criar a su familia y tener un hogar amoroso donde hay bondad, paz y oportunidades.

Aunque a menudo se sientan solas, la verdad es que nunca están *totalmente* solas. Al avanzar con paciencia y fe, la Providencia las acompañará; los cielos les concederán las bendiciones que necesiten.

Su perspectiva y su visión de la vida cambiarán cuando, en vez de sentirse desanimadas, levanten la vista hacia el cielo.

Muchas de ustedes ya han descubierto la gran verdad transformadora de que cuando viven para aliviar las cargas de los demás, sus propias cargas se aligeran. Aunque las circunstancias no hayan cambiado, la actitud de ustedes sí. Son capaces de enfrentarse a sus propias pruebas con mayor aceptación, un corazón más comprensivo y una gratitud más profunda por lo que tienen, en vez de añorar lo que todavía no tienen.

Han descubierto que, cuando le depositan crédito de esperanza a los que parecen tener vacías las cuentas bancarias de su vida, nuestros propios cofres de consuelo se agrandan y se llenan; nuestra copa realmente “rebosa” (Salmo 23:5).

Si llevan una vida recta, ustedes y sus hijos un día gozarán de las bendiciones de ser parte de una familia completa y eterna.

Miembros y líderes, ¿hay algo más que podrían hacer para ayudar a las familias con un solo progenitor, sin juzgar y sin condenar? ¿Podrían actuar como mentores de los jóvenes de esas familias, especialmente dándoles el ejemplo a los jovencitos en cuanto a qué hacen y cómo viven los hombres buenos? Cuando no hay padre, ¿ofrecen un ejemplo digno de ser emulado?

Ahora bien, por supuesto que también hay familias en que el único progenitor es el padre. Hermanos, también oramos por ustedes y les rendimos homenaje. Este mensaje también es para ustedes.

Padres que crían solos a sus hijos, testifico que si ponen su mejor empeño en éste, el más difícil de los desafíos humanos, los cielos los favorecerán. Realmente no están solos. Permitan que el tierno poder redentor de Jesucristo ilumine su vida y los llene de esperanza en la promesa eterna. Sean valientes; tengan fe y

esperanza; piensen en el presente con fortaleza y miren al futuro con confianza. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Neal A. Maxwell, *Notwithstanding My Weakness*, 1981, pág. 68.
2. En Gordon B. Hinckley, "Entre los brazos de su amor", *Liahona*, noviembre de 2006, pág. 117.

¡Permanezcamos en el territorio del Señor!

Por el élder Ulisses Soares

De los Setenta

Nuestra pregunta diaria debería ser: “¿Mis acciones me colocan en el territorio del Señor o del enemigo?”.

En una ocasión, el presidente Thomas S. Monson dijo: “Quisiera darles una fórmula sencilla mediante la cual pueden medir las decisiones que enfrentan. Es fácil de recordar: ‘No puedes hacer bien haciendo lo malo, ni puedes hacer mal haciendo lo bueno’” (“Caminos hacia la perfección”, *Liahona*, julio de 2002, pág. 112). La fórmula del presidente Monson es simple y directa. Funciona de la misma manera que funcionó la Liahona que se le dio a Lehi. Si ejercemos la fe y somos diligentes en obedecer los mandamientos del Señor, con facilidad encontraremos la dirección correcta a seguir, especialmente cuando nos enfrentemos a las decisiones cotidianas.

El apóstol Pablo nos exhorta sobre la importancia de sembrar para el Espíritu y de tener cuidado de no sembrar para la carne. Él dijo:

“No os engañéis; Dios no puede ser burlado, porque todo lo que el hombre siembre, eso también segará.

“Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.

“No nos cansemos, pues, de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gálatas 6:7–9).

Sembrar para el Espíritu significa que todos nuestros pensamientos, palabras y hechos deben elevarnos al nivel de divinidad de nuestros Padres Celestiales. Sin embargo, las

Escrituras hacen referencia a la carne como a la naturaleza física o carnal del hombre natural, la cual deja que las personas sean influenciadas por la pasión, el deseo, los apetitos e instintos de la carne en lugar de buscar la inspiración del Espíritu Santo. Si no tenemos cuidado, esas influencias, combinadas con la presión de la maldad del mundo, pueden conducirnos a adoptar un comportamiento vulgar e imprudente que llegará a formar parte de nuestra personalidad. A fin de evitar esas malas influencias, debemos hacer lo que el Señor instruyó al profeta José Smith sobre sembrar continuamente para el Espíritu: “Por tanto, no os canséis de hacer lo bueno, porque estáis poniendo los cimientos de una gran obra. Y de las cosas pequeñas proceden las grandes” (D. y C. 64:33).

Para desarrollar nuestro espíritu, es necesario que “[quitemos] toda amargura, y enojo, e ira, y gritos, y maledicencia y toda malicia [de nosotros]” (Efesios 4:31); y que “[seamos] prudentes en los días de [nuestra] probación; [y nos despojemos] de toda impureza” (Mormón 9:28).

Al estudiar las Escrituras, aprendemos que las promesas que el Señor nos hizo están condicionadas a nuestra obediencia y que nos animan a vivir rectamente. Esas promesas deben nutrir nuestra alma, dándonos esperanza al alentarnos a no rendirnos, incluso cuando afrontamos nuestros desafíos diarios que vienen por vivir en un mundo cuyos valores éticos y morales están desapareciendo, por lo tanto, motivan más a las personas a sembrar para la carne. Pero, ¿cómo podemos estar seguros de que nuestras decisiones nos están ayudando a sembrar para el Espíritu y no para la carne?

El presidente George Albert Smith, repitiendo un consejo de su abuelo, dijo una vez: “Hay una línea de demarcación bien definida entre el territorio del Señor y el del diablo. Si permanecen del lado del Señor, se hallarán bajo Su influencia y ningún deseo tendrán de hacer lo malo; mas si cruzan la línea y pasan al lado que pertenece al diablo, aun cuando no sea más que un solo centímetro, estarán bajo el dominio del tentador y, si éste tiene éxito, no podrán pensar ni razonar debidamente, porque habrán perdido el Espíritu del Señor” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: George Albert Smith*, 2011, pág. 199).

Por lo tanto, nuestra pregunta diaria debería ser: “¿Mis acciones me colocan en el territorio del Señor o del enemigo?”.

Mormón el profeta alertó a su pueblo sobre la importancia de tener la habilidad de distinguir el bien del mal:

“Por consiguiente, todo lo que es bueno viene de Dios, y lo que es malo viene del diablo; porque el diablo es enemigo de Dios, y lucha contra él continuamente, e invita e induce a pecar y a hacer lo que es malo sin cesar.

“Mas he aquí, lo que es de Dios invita e induce a hacer lo bueno continuamente” (Moroni 7:12–13).

La luz de Cristo, junto con la compañía del Espíritu Santo, debe ayudarnos a determinar si nuestra manera de vivir nos está colocando en el territorio del Señor o no. Si nuestras actitudes son buenas, Dios las inspira, porque todo lo que es bueno viene de Dios. Sin embargo, si nuestras actitudes son malas, es el enemigo el que nos influencia porque él persuade a los hombres a hacer lo malo.

El pueblo africano me ha conmovido debido a su determinación y diligencia en permanecer en el territorio del Señor. Incluso en las circunstancias adversas de la vida, quienes aceptan la invitación de venir a Cristo se convierten en una luz al mundo. Hace unas semanas, mientras visitaba a uno de los barrios de Sudáfrica, tuve el privilegio de acompañar a dos jóvenes presbíteros, a su obispo y a su presidente de estaca en una visita a jóvenes menos activos de su quórum. Me impactó mucho el valor y la humildad que esos dos presbíteros demostraron al invitar a los jóvenes menos activos a que regresaran a la Iglesia. Mientras hablaban con esos jóvenes menos activos, noté que sus semblantes reflejaban la luz del Salvador y que, al mismo tiempo, inundaba de luz a todos a su alrededor. Ellos estaban cumpliendo con su deber de “[socorrer] a los débiles, [levantar] las manos caídas y [fortalecer] las rodillas debilitadas” (D. y C. 81:5). La actitud de esos dos presbíteros los colocó en el territorio del Señor y sirvieron como instrumentos en Sus manos al invitar a otras personas a hacer lo mismo.

En Doctrina y Convenios 20:37, el Señor nos enseña lo que significa sembrar para el Espíritu y lo que realmente nos coloca en el territorio del Señor, que sería lo siguiente: humillarnos ante

Dios, andar con corazones quebrantados y espíritus contritos, testificar a la Iglesia que realmente nos arrepentimos de todos nuestros pecados, tomar sobre nosotros el nombre de Jesucristo, tener la determinación de servirle hasta el fin, manifestar por nuestras obras que hemos recibido el Espíritu de Cristo y ser recibidos en Su Iglesia por el bautismo. El estar dispuestos a cumplir con estos convenios nos prepara para vivir en la presencia de Dios como seres exaltados. El recuerdo de estos convenios debe guiar nuestro comportamiento en relación con nuestra familia, nuestra interacción social con otras personas y, en especial, nuestra relación con el Salvador.

Jesucristo estableció el modelo de comportamiento perfecto sobre el cual podemos basar nuestras actitudes para poder cumplir con estos convenios sagrados. El Salvador eliminó de Su vida cualquier influencia que pudiera desviar Su atención de Su misión divina, especialmente cuando fue tentado por el enemigo o por Sus seguidores mientras ministraba aquí en la tierra. Aunque nunca pecó, Él tuvo un corazón quebrantado y un espíritu contrito, lleno de amor por nuestro Padre Celestial y por todos los hombres. Él se humilló ante nuestro Padre Celestial, negando Su propia voluntad para cumplir con lo que el Padre le había pedido en todas las cosas hasta el final. Incluso en ese momento de extremo dolor físico y espiritual, al llevar la carga de los pecados de toda la humanidad sobre Sus hombros y derramar sangre a través de Sus poros, Él dijo al Padre: “pero no lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Marcos 14:36).

Mi oración, hermanos y hermanas, al pensar en nuestros convenios, es que nos mantengamos firmes en contra de “los ardientes dardos del adversario” (1 Nefi 15:24), siguiendo el ejemplo del Salvador a fin de que sembremos para el Espíritu y permanezcamos en el territorio del Señor. Recordemos la fórmula del presidente Monson: “No puedes hacer bien haciendo lo malo, ni puedes hacer mal haciendo lo bueno”. Digo estas cosas en el nombre de Jesucristo. Amén.

A tono con la música de la fe

Por el élder **Quentin L. Cook**

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Dios ama a todos Sus hijos. Él quiere que todos ellos regresen a Él; desea que todos estén a tono con la música sagrada de la fe.

Cuando nos reunimos con los miembros por todo el mundo, las Autoridades Generales de la Iglesia observamos personalmente la forma en que los Santos de los Últimos Días son una fuerza para el bien. Los felicitamos por todo lo que hacen para bendecir la vida de todas las personas.

Los que tenemos asignaciones relacionadas con asuntos públicos estamos muy al tanto de que el análisis público de la Iglesia y de sus miembros ha aumentado entre muchos líderes de opinión y periodistas de los Estados Unidos y de todo el mundo. Una confluencia única de factores ha elevado significativamente el perfil de la Iglesia¹.

Muchos de los que escriben sobre la Iglesia han hecho un esfuerzo sincero por entender a nuestra gente y nuestra doctrina; han sido amables y han tratado de ser objetivos, por lo cual estamos agradecidos.

Reconocemos también que muchas personas no están a tono con las cosas sagradas. El Gran Rabino Lord Sacks de Inglaterra, al dirigirse a los líderes católicos romanos de la Pontificia Universidad Gregoriana, notó cuán secular han llegado a ser algunas partes del mundo y declaró que el culpable es “un agresivo ateísmo científico que está desentonado con la música de la fe”².

La primera visión grandiosa del Libro de Mormón es el sueño profético de Lehi sobre el árbol de la vida³. En dicha visión se describen claramente los desafíos a la fe que existen en nuestros días y la gran división entre aquellos que aman y adoran a Dios y se sienten responsables ante Él, y los que no. Lehi explica algo de la conducta que destruye la fe. Algunos son orgullosos, vanos e insensatos, y sólo les interesa la denominada sabiduría del mundo⁴; otros están un poco interesados en Dios pero están perdidos en los vapores mundanos de las tinieblas y el pecado⁵; algunos han probado el amor de Dios y Su palabra, pero se sienten avergonzados ante los que se burlan de ellos y caen “en senderos prohibidos”⁶.

Por último, hay quienes están a tono con la música de la fe; ustedes saben quiénes son: ustedes aman al Señor y Su Evangelio y tratan continuamente de vivir y compartir Su mensaje, especialmente con sus familias⁷; están en armonía con las impresiones del Espíritu, han tomado consciencia del poder de la palabra de Dios, llevan una observancia religiosa en su hogar y, como Sus discípulos, procuran con diligencia vivir una vida semejante a la de Cristo.

Reconocemos lo ocupados que están. Sin contar con un ministerio profesional remunerado, la responsabilidad de administrar la Iglesia depende de ustedes, los miembros consagrados. Sabemos que es común que los integrantes de obispados, presidencias de estaca y otras personas presten largas horas de dedicado servicio; las organizaciones auxiliares y las presidencias de quórumes son ejemplares en su sacrificio abnegado. Tal servicio y sacrificio se extienden entre todos los miembros, a los que llevan los registros administrativos, a los fieles maestros orientadores y maestras visitantes y a los que enseñan clases. Estamos agradecidos por los que prestan servicio valientemente como maestros Scout y también por las líderes de guardería. ¡Todos cuentan con nuestro amor y agradecimiento por lo que hacen y por lo que son!

Reconocemos que hay miembros que están menos interesados en algunas enseñanzas del Salvador y son menos fieles a ellas. Nuestro deseo es que esos miembros despierten totalmente a la fe y aumenten su actividad y su dedicación. Dios

ama a todos Sus hijos y quiere que todos vuelvan a Él; desea que todos estén a tono con la sagrada música de la fe. La expiación del Salvador es un regalo para todos.

Es preciso enseñar y entender que amamos y respetamos a toda la gente que Lehi describió⁸. Recuerden que el juzgar no es asunto nuestro. El juicio es del Señor⁹. El presidente Thomas S. Monson nos pidió específicamente que tengamos el “valor para abstener[nos] de juzgar a los demás”¹⁰. También ha pedido a todo miembro fiel que *rescate* a los que hayan probado el fruto del Evangelio y se hayan apartado, así como a los que todavía no hayan encontrado el camino estrecho y angosto. Rogamos que éstos se aferren a la barra de hierro y participen del amor de Dios, el que les llenará el alma “de un gozo inmenso”¹¹.

Aunque la visión de Lehi incluye a todas las personas, el concepto doctrinal culminante es el significado eterno de la familia. “La familia es ordenada por Dios. Es la unidad más importante que hay en esta vida y en la eternidad”¹². Después de participar del fruto del árbol de la vida (el amor de Dios), Lehi tuvo el deseo de que su familia “participara también de él”¹³.

Nuestro gran deseo es criar a nuestros hijos en la verdad y la rectitud. Un principio que nos ayudará a lograrlo es el de evitar ser demasiado críticos en cuanto a las conductas insensatas o imprudentes pero no pecaminosas. Hace muchos años, cuando mi esposa y yo todavía teníamos hijos en casa, el élder Dallin H. Oaks enseñó que es importante distinguir entre errores juveniles que deben corregirse y pecados que requieran sanción y arrepentimiento¹⁴. Donde haya falta de prudencia, nuestros hijos necesitarán instrucción; donde haya pecado, el arrepentimiento será esencial¹⁵. Esto nos fue útil en nuestra propia familia.

La observancia religiosa en el hogar bendice a nuestras familias. El ejemplo es particularmente importante: lo que *somos* habla con una voz tan potente que nuestros hijos tal vez no oigan lo que decimos. Cuando yo tenía unos cinco años, mi madre recibió la noticia de que su hermano menor había muerto cuando el acorazado en el que prestaba servicio fue bombardeado cerca de la costa de Japón, casi al final de la Segunda Guerra Mundial¹⁶. El aviso fue devastador para ella; muy conmovida, se fue al dormitorio. Después de un rato, le di un vistazo al cuarto para

ver si estaba bien. Estaba orando arrodillada junto a la cama; me embargó una paz inmensa porque ella me había enseñado a orar y a amar al Salvador. Ésta era una muestra del ejemplo que siempre me daba. Quizás el más importante de todos los ejemplos sea el de la madre y del padre que oran con sus hijos.

El mensaje, el ministerio y la expiación de Jesucristo, nuestro Salvador, constituyen el curso de estudio esencial para la familia. Ningún pasaje de las Escrituras caracteriza nuestra fe mejor que el de 2 Nefi 25:26: “Y hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados”.

Una de las premisas fundamentales de la visión de Lehi es que los miembros fieles deben asirse firmemente a la barra de hierro para mantenerse en el camino estrecho y angosto que conduce al árbol de la vida. Es esencial que los miembros lean, mediten y estudien las Escrituras¹⁷.

El Libro de Mormón es de extrema importancia¹⁸. Por supuesto, siempre habrá quienes subestimen la magnitud de este libro sagrado e incluso lo menosprecien; algunos lo han hecho con humor. Antes de servir en la misión, un profesor universitario citó las palabras de Mark Twain de que si se quitara del Libro de Mormón la frase “Y aconteció que”, éste “habría sido sólo un folleto”¹⁹.

Pocos meses después, mientras yo prestaba servicio misional en Londres, Inglaterra, un distinguido profesor de la Universidad de Londres, que se había formado en Oxford y era experto en lenguas semíticas, leyó el Libro de Mormón, mantuvo correspondencia con el presidente David O. McKay y recibió a los misioneros. Les dijo que estaba convencido de que el Libro de Mormón era, en verdad, una traducción del “ciencia de los judíos y el idioma de los egipcios” en los períodos que se describen en el Libro de Mormón²⁰. Uno de los muchos ejemplos que mencionó fue la frase conjuntiva “y aconteció que”, diciendo que reflejaba la forma en que él traduciría la fraseología empleada en escritos semíticos antiguos²¹. Se le explicó al profesor que, aunque ese enfoque intelectual basado en su profesión le había sido útil, todavía era esencial que tuviera un testimonio espiritual.

Mediante el estudio y la oración, él obtuvo ese testimonio espiritual y fue bautizado. Así que lo que un humorista famoso vio como objeto de ridículo, un erudito lo reconoció como evidencia esencial de la veracidad del Libro de Mormón, lo cual el Espíritu le confirmó.

La esencial doctrina del albedrío requiere que el testimonio del Evangelio restaurado se base en la fe más bien que en sólo pruebas externas o científicas. El análisis obsesivo en cosas que no se han revelado por completo, como la forma en que haya ocurrido el nacimiento virginal o la resurrección del Salvador o la manera exacta en que José Smith tradujo nuestras Escrituras, no será eficaz ni rendirá progreso espiritual; éstos son asuntos de fe. Al fin y al cabo, la respuesta se halla en el consejo de Moroni de leer, meditar y luego pedir a Dios con corazón sincero, con verdadera intención, que confirme las verdades de las Escrituras por el testimonio del Espíritu²². Además, cuando inculcamos en nosotros mismos los mandamientos de las Escrituras y vivimos el Evangelio, somos bendecidos con el Espíritu y probamos Su bondad con sentimientos de gozo, de felicidad y, especialmente, de paz²³.

Es evidente que la línea divisoria entre los que escuchan la música de la fe y los que son sordos a ella o desentonan es el estudio activo de las Escrituras. Hace unos años me conmovió mucho el hecho de que un amado Profeta, Spencer W. Kimball, hiciera hincapié en la importancia de leerlas y estudiarlas continuamente, diciendo: “Me doy cuenta de que cuando tomo a la ligera mi relación con la divinidad y cuando me parece que no hay oído que me escuche ni voz divina que me hable, es porque yo estoy lejos, muy lejos. Si me sumerjo en las Escrituras, la distancia se acorta y vuelve la espiritualidad”²⁴.

Espero que estemos leyendo regularmente el Libro de Mormón con nuestros hijos. He hablado de ese asunto con mis propios hijos y ellos han hecho dos observaciones. Primero: la persistencia en leer las Escrituras diariamente con la familia es la clave. Mi hija describe con buen humor los esfuerzos que hacen por ser constantes en leerlas temprano por la mañana, con hijos en su mayoría adolescentes. Ella y su esposo se levantan muy temprano y se mueven a través de una niebla mental para

aferrarse a la barandilla de hierro de la escalera hacia el cuarto donde la familia se reúne para leer la palabra de Dios. La persistencia es la respuesta, y un buen sentido de humor la facilita. Cada miembro de la familia debe hacer un gran esfuerzo, todos los días, pero vale la pena hacerlo. Los contratiempos pasajeros se vencen con la persistencia.

La segunda observación es la forma en que nuestro hijo menor y su esposa leen las Escrituras con su familia de niños pequeños, dos de los cuales todavía no tienen la edad para leer. Para el de cinco años, tienen señales con cinco dedos a las que él responde a fin de participar plenamente en la lectura familiar de las Escrituras. La señal del dedo índice es para que repita “y aconteció que” siempre que aparezca en el Libro de Mormón. Tengo que admitir que me encanta el hecho de que esa frase se encuentra allí tantas veces. En beneficio de las familias con niñitos, les digo que la señal del dedo medio es “y así vemos que”; y las de los demás dedos las eligen los padres basándose en las palabras del capítulo que estén leyendo.

Sabemos que el estudio de las Escrituras en familia y las noches de hogar no siempre son perfectos; pero, sean cuales sean sus dificultades, no se desanimen.

Entiendan que tener fe en el Señor Jesucristo y guardar Sus mandamientos son y siempre serán la prueba determinante del estado mortal. Sobre todo, cada uno de nosotros debe darse cuenta de que cuando uno está desentonado con la música de la fe, no está a tono con el Espíritu. Como enseñó el profeta Nefi: “...habéis oído su voz... y os ha hablado con una voz apacible y delicada, pero habíais dejado de sentir, de modo que no pudisteis sentir sus palabras”²⁵.

Nuestra doctrina es clara; hemos de ser positivos y de buen ánimo; hacemos hincapié en nuestra fe y no en nuestros temores. Nos regocijamos en la seguridad que nos da el Señor de que estará con nosotros y nos dará guía y dirección²⁶. El Espíritu Santo testifica a nuestro corazón que tenemos un amoroso Padre Celestial cuyo plan misericordioso para nuestra redención se cumplirá en todos los aspectos gracias al sacrificio expiatorio de Jesucristo.

Como escribió Naomi W. Randall, autora de “Soy un hijo de Dios”: “Su Espíritu me da gran paz... y siento en mi corazón que con la fe no hay temor”²⁷.

Por lo tanto, dondequiera que estemos en el sendero del discipulado de la visión de Lehi, resolvamos despertar en nosotros y en nuestra familia un deseo más intenso de reclamar el incomprensible don del Salvador de la vida eterna. Ruego que nos mantengamos a tono con la música de la fe. Testifico de la divinidad de Jesucristo y de la realidad de Su expiación, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase Doctrina y Convenios 1:30.
2. Jonathan Sacks, “Has Europe Lost Its Soul?”, discurso pronunciado el 12 de diciembre de 2011 ante líderes católicos en la Pontificia Universidad Gregoriana, chiefrabbi.org/ReadArtical.aspx?id=1843.
3. Véase 1 Nefi 8.
4. Véase 1 Nefi 8:27; 11:35.
5. Véase 1 Nefi 8:23; 12:17.
6. 1 Nefi 8:28.
7. Véase 1 Nefi 8:12.
8. El Salvador nos manda buscar a las ovejas perdidas; véase Mateo 18:12–14.
9. Véase Juan 5:22; véase también Mateo 7:1–2.
10. Thomas S. Monson, “Tengan valor”, *Liahona*, mayo de 2009, pág. 124.
11. 1 Nefi 8:12.
12. *Manual 2: Administración de la Iglesia*, 2010, 1.1.1.
13. 1 Nefi 8:12.
14. Véase de Dallin H. Oaks, “Sins and Mistakes”, *Ensign*, octubre de 1996, pág. 62. Élder Oaks enseñó esta idea cuando era rector de la Universidad Brigham Young, aproximadamente en 1980.
15. Véase Doctrina y Convenios 1:25–27.
16. Véase Marva Jeanne Kimball Pedersen, *Vaughn Roberts Kimball: A Memorial*, 1995. Vaughn jugó en el equipo de fútbol americano de la Universidad Brigham Young como mariscal de campo el otoño de 1941. El 8 de diciembre de 1941, al otro día del ataque a Pearl Harbor, se alistó en la Marina de los EE.UU. El 11 de mayo de 1945, murió en un bombardeo enemigo contra el barco USS *Bunker Hill* y fue sepultado en el mar.
17. Véase Juan 5:39.
18. Véase Ezra Taft Benson, “El Libro de Mormón: La [piedra] clave de nuestra religión”, *Liahona*, octubre de 2011, pág. 53.
19. Mark Twain, *Roughing It* 1891, págs. 127–128. A cada nueva generación se presentan los comentarios de Twain como un importante descubrimiento nuevo; pero usualmente se menciona poco el hecho de que Mark Twain rechazaba por igual el cristianismo y toda religión en general.
20. 1 Nefi 1:2.
21. Conocí al Dr. Ebeid Sarofim en Londres, cuando los élderes estaban enseñándole. Véase también el discurso de N. Eldon Tanner, en Conference Report, abril de 1962, pág. 53. Muchos eruditos de escritos en semítico y egipcio antiguo han destacado el uso repetitivo de la frase conjuntiva “Y

- aconteció que” al principio de las oraciones; véase Hugh Nibley, *Since Cumorah*, 2ª ed., 1988, pág. 150.
22. Véase Moroni 10:3–4; muy pocos críticos han intentado hacer esto con sinceridad y verdadera intención.
23. Véase Doctrina y Convenios 59:23.
24. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Spencer W. Kimball*, 2006, pág. 75.
25. 1 Nefi 17:45; véase también Ezra Taft Benson, “Busca el Espíritu del Señor”, *Liahona*, septiembre de 1988, pág. 5: “La mayoría de las veces oímos las palabras del Señor mediante un sentimiento. Si somos humildes y sensibles, el Señor nos inspirará mediante nuestros sentimientos”.
26. Véase Doctrina y Convenios 68:6.
27. “La fe”, *Himnos*, Nº 68.

Cómo obtener revelación e inspiración en tu propia vida

Por el élder Richard G. Scott

Del Quórum de los Doce Apóstoles

*¿Por qué desea el Señor que oremos a Él y le pidamos?
Porque así es cómo se recibe la revelación.*

Cualquiera que se encuentre en este púlpito para dar un mensaje siente la fortaleza y apoyo de los miembros de todo el mundo. Estoy agradecido porque ese mismo apoyo puede provenir de una compañera amada del otro lado del velo. Gracias, Jeanene.

El Espíritu Santo comunica la información importante que necesitamos para guiarnos durante nuestra jornada terrenal. Cuando es nítida, clara y esencial, merece el título de revelación; y cuando constituye una serie de impresiones que tenemos con frecuencia para guiarnos paso a paso hacia un objetivo digno, para los fines de este mensaje, es inspiración.

Un ejemplo de revelación podría ser la dirección que el presidente Spencer W. Kimball recibió después de una larga y continua súplica al Señor acerca de proporcionar el sacerdocio a todos los varones dignos de la Iglesia en una época en que sólo estaba disponible para algunos de ellos.

Otro ejemplo de revelación es la guía que recibió el presidente Joseph F. Smith: “Creo que nos movemos en la presencia de mensajeros y seres celestiales y que nuestro ser se halla entre ellos. No estamos separados de ellos... estamos íntimamente relacionados con nuestros parientes, con nuestros antepasados... que han llegado antes que nosotros al mundo de

los espíritus. No podemos olvidarlos; no cesamos de amarlos; siempre los tenemos en el corazón, en la memoria; así nos relacionamos con ellos y nos unen a ellos vínculos que no podemos quebrantar... Si así es con nosotros en nuestra condición finita, rodeados de nuestras debilidades carnales... cuánto más cierto... es creer que quienes han sido fieles, que están más allá de esta vida... nos ven mejor que nosotros a ellos; ...vivimos en su presencia... ellos nos ven... están atentos a nuestro bienestar... nos aman ahora más que nunca. Porque ahora ellos ven los peligros que nos asechan, ...su amor por nosotros y su afán por nuestro bienestar deben ser mayores de los que sentimos por nosotros mismos¹.

La relación con las personas que conocemos y amamos se pueden fortalecer a través del velo. Eso se logra mediante un empeño firme para hacer lo correcto continuamente. Podemos fortalecer nuestra relación con la persona que ha partido, a quien amamos, al reconocer que la separación es temporal y que los convenios que hacemos en el templo son eternos. Cuando se obedecen constantemente, dichos convenios aseguran el cumplimiento eterno de las promesas inherentes a ellos.

Un caso claro de revelación en mi vida tuvo lugar cuando recibí la firme impresión del Espíritu de pedirle a una hermosa joven llamada Jeanene Watkins, con la que había estado saliendo, que se sellara a mí en el templo.

Una de las grandes lecciones que cada uno de nosotros debe aprender es la de pedir. ¿Por qué desea el Señor que oremos a Él y le pidamos? Porque así es cómo se recibe la revelación.

Cuando afronto un asunto muy difícil, esto es lo que hago para tratar de comprender qué hacer: ayuno y oro para encontrar y entender las Escrituras que serán de ayuda. Ese proceso es cíclico. Comienzo leyendo un pasaje de las Escrituras, medito sobre el significado del versículo y oro por inspiración. Después, medito y oro para saber si he entendido todo lo que el Señor desea que yo haga. A menudo vienen más impresiones, con un entendimiento mayor de la doctrina. He descubierto que ese modelo es una buena manera para aprender de las Escrituras.

Hay algunos principios prácticos que realzan la revelación. Primero, ceder a las emociones como la ira, el malestar o el

ponerse a la defensiva alejará al Espíritu Santo. Esas emociones se deben eliminar o nuestra oportunidad de recibir revelación se verá reducida.

Otra regla es ser cautos con el sentido del humor. Las risotadas ofenderán al Espíritu. El buen sentido del humor ayuda a la revelación, las risotadas no. El buen sentido del humor es una válvula de escape para las presiones de la vida.

Otro enemigo de la revelación proviene de la exageración o de hablar en voz muy alta. Un hablar cuidadoso y calmo será favorable para recibir revelación.

Por otro lado, la comunicación espiritual mejora con buenos hábitos de salud. El ejercicio, dormir el tiempo razonable y los buenos hábitos de alimentación aumentan nuestra capacidad para recibir y entender la revelación. Viviremos durante nuestro período de vida asignado; sin embargo, podemos mejorar tanto la calidad de nuestro servicio como nuestro bienestar tomando decisiones apropiadas y prudentes.

Es importante que nuestras actividades diarias no nos distraigan de escuchar al Espíritu.

Se puede recibir revelación mediante un sueño, cuando hay casi una transición imperceptible entre el estar dormido y el despertar. Si te esfuerzas por aprehender su contenido de inmediato, podrás registrarlo con gran detalle; si no, se esfumará con rapidez. Por lo general, a la comunicación inspirada durante la noche la acompaña un sentimiento sagrado durante toda la experiencia. El Señor utiliza personas a quienes les tenemos un gran respeto para enseñarnos verdades en un sueño, puesto que confiamos en ellas y escucharemos su consejo. Es el Señor quien está enseñando mediante el Espíritu Santo; sin embargo, en un sueño, Él puede hacer que nos sea más fácil entender y que se conmueva más nuestro corazón enseñándonos mediante alguien que amamos y respetamos.

Cuando es para los propósitos del Señor, Él puede traer cualquier cosa a nuestra memoria. Eso no debe debilitar nuestra determinación de registrar las impresiones del Espíritu. La inspiración que se registra con cuidado demuestra a Dios que Sus comunicaciones son sagradas para nosotros. El registrarlas aumentará nuestra capacidad de recordar la revelación. Esos

registros de la dirección del Espíritu deben protegerse para que no se pierdan y para evitar la intromisión de otras personas.

Las Escrituras confirman con elocuencia cómo el vivir la verdad constantemente abre la puerta a la inspiración a fin de saber qué hacer y, cuando sea necesario, que nuestra capacidad personal sea realzada por el poder divino. Las Escrituras describen cómo el Señor fortalecía la capacidad de una persona para conquistar la dificultad, la duda y los desafíos que parecían insuperables en momentos de necesidad. Al meditar sobre esos ejemplos, vendrá una serena confirmación por medio del Espíritu Santo de que esas experiencias son verdaderas. Llegarás a saber que una ayuda similar está disponible para ti.

He visto a algunas personas afrontar desafíos que sabían lo que tenían que hacer cuando ello estaba más allá de su propia experiencia debido a que confiaban en el Señor y sabían que Él los guiaría a encontrar las soluciones que tan urgentemente se requerían.

El Señor ha declarado: “Y a vosotros se os enseñará de lo alto. Santificaos y seréis investidos con poder, para que impartáis como yo he hablado”². La palabra *santificaos* te puede parecer desconcertante. El presidente Harold B. Lee explicó una vez que uno puede reemplazar esa palabra con “guardad mis mandamientos”. Al leerlo de ese modo el consejo podría parecer más claro³.

Uno siempre debe estar mental y físicamente limpio, y tener una intención pura, para que el Señor pueda inspirar. El Señor confía en aquel que es obediente a Sus mandamientos. Esa persona tiene acceso a la inspiración de Él para saber qué hacer y, según sea necesario, tener el poder divino para hacerlo.

Para que la espiritualidad sea más fuerte y esté más disponible, se debe implantar en un entorno de rectitud. La altanería, el orgullo y la jactancia son como un pedregal que nunca producirá fruto espiritual.

La humildad es un terreno fértil donde la espiritualidad crece y produce el fruto de la inspiración para saber qué hacer; da paso al poder divino para lograr lo que debe hacerse. Una persona motivada por el deseo de elogios o de reconocimiento no será merecedora de las enseñanzas del Espíritu. El Espíritu no guiará

poderosamente a alguien que sea arrogante o que deje que sus emociones influyan en sus decisiones.

Cuando actuamos como instrumentos en beneficio de los demás somos más fácilmente inspirados que cuando pensamos solamente en nosotros mismos. En el proceso de ayudar a los demás, el Señor puede agregar direcciones para nuestro propio beneficio.

Nuestro Padre Celestial no nos puso en la tierra para que fracasemos, sino para que triunfemos gloriosamente. Podría parecer paradójico, pero ésa es la razón por la que reconocer las respuestas a nuestras oraciones a veces puede ser muy difícil. A veces tratamos imprudentemente de afrontar la vida dependiendo de nuestras propias experiencias y capacidad. Es mucho más sabio procurar saber qué hacer mediante la oración y la inspiración divina. Nuestra obediencia nos asegura que, cuando se lo requiera, seamos merecedores del poder divino para lograr un objetivo inspirado.

Como muchos de nosotros, Oliver Cowdery no reconoció la evidencia de las respuestas a las oraciones que el Señor ya le había dado. Para abrir sus ojos, y los nuestros, se dio esta revelación mediante José Smith:

“...bendito eres por lo que has hecho; porque me has consultado, y he aquí, cuantas veces lo has hecho, has recibido instrucción de mi Espíritu. De lo contrario, no habrías llegado al lugar donde ahora estás.

“He aquí, tú sabes que me has preguntado y yo te iluminé la mente; y ahora te digo estas cosas para que sepas que te ha iluminado el Espíritu de verdad”⁴.

Si sientes que Dios no ha contestado tus oraciones, medita en estas Escrituras; después, busca detenidamente evidencias en tu propia vida, puesto que Él ya podría haberte contestado.

Dos indicadores de que un sentimiento o impresión provienen de Dios son que produce paz en tu corazón y un sentimiento calmo y cálido. A medida que sigas esos principios de los que he hablado, estarás preparado para reconocer la revelación en momentos críticos de tu propia vida.

Cuanto más cerca sigas la guía divina, más grande será tu felicidad aquí y en la eternidad; asimismo, más grandes serán tu

progreso y capacidad para servir. Yo no entiendo en su plenitud cómo se hace, pero esa guía en tu vida no te quita el albedrío. Tú puedes tomar las decisiones que desees; pero recuerda que la disposición de hacer lo correcto brinda paz a la mente y felicidad.

Si tus decisiones son incorrectas, pueden rectificarse mediante el arrepentimiento. Cuando las condiciones se cumplen plenamente, la expiación de Jesucristo, nuestro Salvador, proporciona un alivio de las demandas de la justicia por los errores cometidos. Es maravillosamente sencillo y tan incomparablemente hermoso. Al continuar viviendo rectamente, serás siempre inspirado para saber lo que debes hacer. En ocasiones, descubrir qué decisión tomar requerirá un empeño significativo y confianza de tu parte; sin embargo, serás inspirado para saber qué hacer al cumplir con las condiciones que se requieren para tener esa guía divina en tu vida, o sea, obediencia a los mandamientos del Señor, confiar en Su plan divino de felicidad y evitar todo lo que sea contrario a él.

La comunicación con nuestro Padre Celestial no es un asunto trivial. Es un privilegio sagrado. Está basada en principios eternos que no cambian. Recibimos ayuda de nuestro Padre Celestial en respuesta a nuestra fe, obediencia y al uso apropiado del albedrío.

Que el Señor te inspire para comprender y usar los principios que conducen a la revelación personal y a la inspiración. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Conference Report, abril de 1916, págs. 2–3. Véase también, Joseph F Smith, *Doctrina del Evangelio*, págs. 424–425.
2. Doctrina y Convenios 43:16.
3. Véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2000, pág. 34.
4. Doctrina y Convenios 6:14–15.

Los poderes del cielo

Por el élder David A. Bednar

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Los poseedores del sacerdocio, sean jóvenes o mayores, necesitan tanto la autoridad como el poder, el permiso necesario y la capacidad espiritual para representar a Dios en la obra de salvación.

Mis queridos hermanos, me siento agradecido de que podamos adorar juntos como un enorme cuerpo de poseedores del sacerdocio. Los quiero y los admiro por su dignidad y la influencia para bien que ejercen en el mundo.

Invito a cada uno a pensar en cómo contestarían la siguiente pregunta que el presidente David O. McKay planteó a los miembros de la Iglesia hace muchos años: “Si en este momento se le pidiese a cada uno de ustedes que declarara en una oración o una frase cuál es la característica más distintiva de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, ¿cuál sería su respuesta?” (“The Mission of the Church and Its Members”, *Improvement Era*, noviembre de 1956, pág. 781).

La respuesta que dio el presidente McKay a su propia pregunta fue: la “autoridad divina” del sacerdocio. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se diferencia de las iglesias que dicen tener autoridad derivada de la sucesión histórica, de las Escrituras o de la formación teológica. Hacemos la declaración distintiva de que la autoridad del sacerdocio ha sido conferida al profeta José Smith directamente de mensajeros celestiales por la imposición de manos.

Mi mensaje se centra en este sacerdocio divino y en los poderes del cielo. Ruego de todo corazón que el Espíritu del

Señor me ayude a medida que aprendamos juntos en cuanto a estas verdades importantes.

La autoridad y el poder del sacerdocio

El sacerdocio es la autoridad de Dios delegada a los hombres en la tierra a fin de que actúen en todo asunto para la salvación de la humanidad (véase Spencer W. Kimball, "The Example of Abraham", *Ensign*, junio de 1975, pág. 3). El sacerdocio es el medio por el cual el Señor actúa mediante los hombres para salvar almas. Una de las características distintivas de la Iglesia de Jesucristo, tanto en la antigüedad como hoy en día, es Su autoridad. No puede haber iglesia verdadera sin autoridad divina.

Se otorga la autoridad del sacerdocio a hombres comunes y corrientes. La dignidad y la buena disposición —no la experiencia, ni la destreza, ni los estudios— son los requisitos para la ordenación al sacerdocio.

En el quinto Artículo de Fe se describe el modelo para obtener la autoridad del sacerdocio: "Creemos que el hombre debe ser llamado por Dios, por profecía y la imposición de manos, por aquellos que tienen la autoridad, a fin de que pueda predicar el evangelio y administrar sus ordenanzas". Por lo tanto, un muchacho o un hombre recibe la autoridad del sacerdocio y es ordenado a un oficio en particular por alguien que ya tiene el sacerdocio y que ha sido autorizado por un líder que posea las llaves del sacerdocio necesarias.

Se espera que el poseedor del sacerdocio ejerza esta sagrada autoridad conforme a la intención, la voluntad y los propósitos santos de Dios. El sacerdocio no tiene ningún aspecto egocéntrico; siempre se usa para servir, bendecir y fortalecer a otras personas.

El sacerdocio mayor se recibe mediante un solemne convenio que incluye la obligación de actuar conforme a la autoridad (véase D. y C. 68:8) y el oficio (véase D. y C. 107:99) que se hayan recibido. Como portadores de la santa autoridad de Dios, somos agentes para actuar y no objetos para que se actúe sobre nosotros (véase 2 Nefi 2:26). El sacerdocio es, por naturaleza, activo en lugar de pasivo.

El presidente Ezra Taft Benson enseñó:

“No basta con recibir el sacerdocio y después descansar pasivamente a la espera de que alguien nos inste a actuar. Cuando recibimos el sacerdocio, tenemos la obligación de estar activa y anhelosamente consagrados a promover la causa de la rectitud en la tierra, porque el Señor dice:

“...el que no hace nada hasta que se le mande, y recibe un mandamiento con corazón dudoso, y lo cumple desidiosamente, ya es condenado’ [D. y C. 58:29]” (*So Shall Ye Reap*, 1960, pág. 21).

El presidente Spencer W. Kimball también recalcó de manera enfática la naturaleza activa del sacerdocio: “...uno quebranta el convenio del sacerdocio al transgredir los mandamientos, pero hace otro tanto cuando deja desatendidos sus deberes. Consiguientemente, *para violar este convenio uno sólo necesita no hacer nada*” (*El milagro del perdón*, 1976, pág. 94).

A medida que hagamos cuanto podamos por cumplir nuestras responsabilidades del sacerdocio, seremos bendecidos con el poder del mismo. El poder del sacerdocio es el poder de Dios que obra por medio de hombres y muchachos como nosotros, y requiere rectitud personal, fidelidad, obediencia y diligencia. Puede que un muchacho o un hombre reciban la autoridad del sacerdocio mediante la imposición de manos, pero no tendrá el poder del sacerdocio si es desobediente, indigno o no está dispuesto a servir.

“...los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y... éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud.

“Es cierto que se nos pueden conferir; pero cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre” (D. y C. 121:36–37; cursiva agregada).

Hermanos, para el Señor es inadmisibles que un muchacho o un hombre reciba la autoridad del sacerdocio pero no haga lo necesario para ser merecedor del poder del sacerdocio. Los

poseedores del sacerdocio, sean jóvenes o mayores, necesitan tanto la autoridad como el poder, el permiso necesario y la capacidad espiritual para representar a Dios en la obra de salvación.

Una lección de mi padre

Me crié en un hogar con una madre fiel y un padre maravilloso. Mi madre descendía de los pioneros que lo sacrificaron todo por la Iglesia y el reino de Dios. Mi padre no era miembro de nuestra Iglesia y, cuando era joven, sintió el deseo de hacerse sacerdote católico. Al final, decidió no asistir al seminario teológico y en cambio se dedicó a la profesión de tornero-matricero.

Durante gran parte de su vida de casado, mi padre asistió con nuestra familia a las reuniones de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. De hecho, muchas personas de nuestro barrio no tenían ni idea de que mi papá no fuese miembro de la Iglesia. Jugaba en el equipo de softball del barrio y fue su entrenador, ayudaba en las actividades de esculptismo y apoyaba a mi madre en sus distintos llamamientos y responsabilidades. Quiero contarles una de las grandes lecciones que aprendí de mi padre en cuanto a la autoridad y el poder del sacerdocio.

Cuando era niño, le preguntaba a mi padre muchas veces cada semana cuándo se iba a bautizar, y cada vez que lo incordiaba con eso él me contestaba con amor y firmeza: “David, no me voy a unir a la Iglesia por tu madre, ni por ti ni por nadie más. Me uniré a la Iglesia cuando sepa que es lo correcto”.

Creo que estaba en los primeros años de mi adolescencia cuando tuvo lugar la siguiente conversación con mi padre. Acabábamos de regresar después de asistir juntos a las reuniones dominicales, y le pregunté a mi papá cuándo se iba a bautizar. Me sonrió y dijo: “Eres el único que siempre me pregunta cuándo me voy a bautizar. Hoy soy yo el que te tengo una pregunta”. ¡Con rapidez y entusiasmo concluí que ahora sí estábamos progresando!

Mi papá prosiguió: “David, tu iglesia enseña que el sacerdocio fue quitado de la tierra en la antigüedad y que mensajeros celestiales lo restauraron al profeta José Smith,

¿verdad?”. Le contesté que su afirmación era correcta. Entonces dijo: “Aquí viene mi pregunta. Cada semana en la reunión del sacerdocio escucho al obispo y a los otros líderes del sacerdocio recordar, rogar y suplicar a esos hombres que hagan su orientación familiar y que cumplan con sus deberes del sacerdocio. Si tu iglesia realmente tiene el sacerdocio restaurado de Dios, ¿por qué tantos hombres de tu iglesia se comportan igual que los de la mía en cuanto a sus deberes religiosos?”. Mi mente joven de inmediato quedó totalmente en blanco; no tenía una respuesta adecuada para darle a mi padre.

Pienso que mi padre se equivocó al juzgar la validez de la afirmación de nuestra Iglesia de que tenemos la autoridad divina basándose en las faltas de los varones con los que se relacionaba en el barrio; pero en la pregunta que me hizo se halla una suposición correcta de que los hombres que portan el santo sacerdocio de Dios deben ser diferentes a los demás hombres. Los hombres que poseen el sacerdocio no son intrínsecamente mejores que los demás, pero deberían comportarse de forma diferente. Los hombres que poseen el sacerdocio no sólo deberían recibir la autoridad de dicho sacerdocio sino llegar a ser dignos y fieles canales del poder de Dios. “...Sed limpios, los que lleváis los vasos del Señor...” (D. y C. 38:42).

Nunca he olvidado las lecciones acerca de la autoridad y el poder del sacerdocio que aprendí de mi padre, un hombre bueno que no era de nuestra religión y que esperaba más de los hombres que afirmaban portar el sacerdocio de Dios. Aquella conversación de domingo por la tarde que tuve hace muchos años con mi papá inculcó en mí el deseo de ser un “buen muchacho”. No quería dar un mal ejemplo y ser una piedra de tropiezo para el progreso de mi padre al aprender acerca del Evangelio restaurado. Sencillamente quería ser un buen muchacho. El Señor necesita que todos los que portamos Su autoridad seamos honorables, virtuosos y buenos muchachos en todo momento y en todo lugar.

Tal vez les interese saber que unos años después, mi padre se bautizó y, en el momento oportuno, tuve la oportunidad de conferirle el Sacerdocio Aarónico y el de Melquisedec. Una de las grandes experiencias de mi vida fue observar a mi padre recibir la autoridad y, en última instancia, el poder del sacerdocio.

Comparto con ustedes esta clara lección que aprendí de mi padre a fin de recalcar una sencilla verdad. Recibir la autoridad del sacerdocio por la imposición de manos es un comienzo importante, pero no es suficiente. La ordenación confiere autoridad, pero se requiere rectitud para actuar con poder al esforzarnos por elevar almas, enseñar y testificar, bendecir y aconsejar, y hacer avanzar la obra de salvación.

En esta época trascendental de la historia de la tierra, ustedes y yo, como portadores del sacerdocio, tenemos que ser hombres rectos e instrumentos eficaces en las manos de Dios. Tenemos que elevarnos como hombres de Dios. Sería bueno que tanto ustedes como yo aprendiéramos y siguiéramos el ejemplo de Nefi, el nieto de Helamán y el primero de los doce discípulos llamados por el Salvador al principio de Su ministerio entre los nefitas. “Y [Nefi] les ministró muchas cosas a ellos... Y Nefi ministró con poder y gran autoridad” (3 Nefi 7:17).

“Por favor, ayude a mi esposo a entender”

Cuando terminaba las entrevistas de la recomendación para el templo que hacía como obispo y presidente de estaca, a menudo les preguntaba a las hermanas casadas cuál era la mejor manera en que yo podía prestarles servicio a ellas y a su familia. La uniformidad de las respuestas que recibía de aquellas fieles mujeres era tanto instructiva como alarmante. Esas hermanas rara vez se quejaban o criticaban, pero con frecuencia respondían así: “Por favor, ayude a mi esposo a entender la responsabilidad que él tiene como líder del sacerdocio en nuestro hogar. No me molesta tomar la iniciativa en el estudio de las Escrituras, la oración familiar y la noche de hogar, y seguiré haciéndolo, pero me gustaría que mi marido fuera un compañero igual y que brindara el fuerte liderazgo del sacerdocio que sólo él puede ofrecer. Por favor, ayude a mi esposo a entender cómo llegar a ser un patriarca y un líder del sacerdocio en nuestro hogar, que nos presida y proteja”.

A menudo reflexiono en cuanto a la sinceridad de esas hermanas y lo que pedían. Hoy en día los líderes del sacerdocio escuchan inquietudes semejantes, ya que muchas esposas imploran que sus maridos no tengan sólo la autoridad sino también el poder del sacerdocio. Anhelan estar unidas con el

mismo yugo a un esposo fiel y compañero del sacerdocio en la labor de establecer un hogar que se centre en Cristo y en el Evangelio.

Hermanos, les prometo que si ustedes y yo reflexionamos con espíritu de oración en cuanto a las súplicas de esas hermanas, el Espíritu Santo nos ayudará a vernos como realmente somos (véase D. y C. 93:24) y a reconocer qué cosas tenemos que cambiar y mejorar. ¡El momento de actuar es ahora!

Sean ejemplos de rectitud

En esta ocasión deseo reiterar las enseñanzas del presidente Thomas S. Monson, quien nos ha invitado a nosotros, los poseedores del sacerdocio, a ser “ejemplos de rectitud”. Nos ha recordado repetidas veces que estamos en la obra del Señor y que tenemos derecho a recibir Su ayuda en base a nuestra dignidad (véase “Ejemplos de rectitud”, *Liahona*, mayo de 2008, págs. 65–68). Ustedes y yo poseemos una autoridad del sacerdocio que mensajeros celestiales —sí, Juan el Bautista, y Pedro, Santiago y Juan— trajeron otra vez a la tierra en esta dispensación; por consiguiente, todo varón que recibe el Sacerdocio de Melquisedec puede trazar su propia línea de autoridad directamente hasta el Señor Jesucristo. Espero que estemos agradecidos por esta maravillosa bendición. Ruego que seamos limpios y dignos de representar al Señor a medida que ejerzamos Su sagrada autoridad; que cada uno de nosotros se haga merecedor del poder del sacerdocio.

Testifico que el santo sacerdocio efectivamente ha sido restaurado sobre la tierra en estos últimos días y que se encuentra en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. También doy testimonio de que el presidente Thomas S. Monson es el sumo sacerdote presidente del sumo sacerdocio de la Iglesia (véase D. y C. 107:9, 22, 65–66, 91–92) y es la única persona en la tierra que no sólo posee, sino que está autorizada para ejercer todas las llaves del sacerdocio. De estas verdades testifico solemnemente en el sagrado nombre del Señor Jesucristo. Amén.

El rescate para el verdadero crecimiento

Por el obispo Richard C. Edgley

Primer Consejero del Obispado Presidente recientemente relevado

Salvar almas es la obra que el Señor nos ha llamado a todos a hacer.

En los últimos meses se ha puesto mayor énfasis en establecer un “verdadero crecimiento” en la Iglesia al traer a todas las personas que deseen recibir y guardar los convenios y las ordenanzas salvadoras, y vivir con un gran cambio de corazón como lo describe Alma (véase Alma 5:14). Una de las formas más significativas e importantes de establecer el verdadero crecimiento en la Iglesia es tender una mano y rescatar a quienes han sido bautizados pero que están errantes en un estado menos activo, privados de las bendiciones y ordenanzas salvadoras. Sin importar el llamamiento que tengamos: maestro orientador o maestra visitante, maestro de Escuela Dominical, obispo, padre, madre o Autoridad General, todos podemos dedicarnos a la labor de rescate de una manera significativa. Al fin y al cabo, el traer a todos —nuestra familia, las personas que no son miembros, los miembros menos activos y los pecadores— a Cristo para que reciban las ordenanzas salvadoras es el divino llamamiento que todos compartimos.

Un domingo por la mañana, hace unos 30 años, mientras prestaba servicio en una presidencia de estaca, recibimos una llamada telefónica de uno de nuestros fieles obispos que nos explicó que su barrio había crecido tan rápido que ya no podía extender un llamamiento significativo a todos los miembros dignos. Su súplica era que dividiéramos el barrio. Mientras esperábamos esa aprobación, como presidencia de estaca

decidimos que visitaríamos el barrio y llamaríamos a todos esos maravillosos y dignos hermanos y hermanas a ser misioneros de estaca.

La tercera persona con la que hablé fue una joven estudiante que asistía a la universidad de la localidad. Después de conversar por unos minutos, le extendí el llamamiento de servir como misionera. Hubo silencio por unos instantes; después dijo: "Presidente, ¿no sabe que no estoy activa en la Iglesia?".

Después de un momento de silencio de mi parte dije: "No, no sabía que usted no estaba activa".

Ella respondió: "No he estado activa en la Iglesia por años". Y agregó: "¿Acaso no sabe que cuando una ha estado inactiva no es tan fácil regresar?".

Le respondí: "No; las reuniones de su barrio empiezan a las 9:00 de la mañana. Venga a la capilla y ya estará con nosotros".

Ella respondió: "No, no es tan fácil. Una se preocupa por muchas cosas: se preocupa por si alguien la saludará o si se sentará sola y pasará inadvertida durante las reuniones, y se preocupa por si será aceptada y quiénes serán sus nuevos amigos".

Con las lágrimas rodando por sus mejillas ella continuó: "Sé que mi madre y mi padre han estado orando por mí durante años para que regrese a la Iglesia". Después de otro momento de silencio, dijo: "Los últimos tres meses he estado orando para encontrar el valor, la fortaleza y la manera de volver a estar activa". Luego preguntó: "Presidente, ¿usted cree que este llamamiento podría ser una respuesta a esas oraciones?".

Se me llenaron los ojos de lágrimas al responder: "Creo que el Señor ha contestado sus oraciones".

Ella no sólo aceptó el llamamiento, sino que se convirtió en una excelente misionera. Y estoy seguro de que ella misma tuvo mucho gozo, y llevó ese gozo también a sus padres y probablemente a otros integrantes de la familia.

Hubo muchas cosas que aprendí o recordé de ésta y otras entrevistas similares:

- Aprendí que muchos miembros menos activos tienen seres queridos que doblan sus rodillas a diario y le piden ayuda al Señor para rescatar a un ser querido.
- Aprendí que no es tan fácil ni tan cómodo para un miembro menos activo simplemente regresar a la Iglesia. Ellos necesitan ayuda, necesitan apoyo, necesitan hermanamiento.
- Aprendí que tenemos miembros menos activos que están tratando y desean encontrar el camino para estar activos otra vez.
- Aprendí que muchos miembros menos activos aceptarían un llamamiento si se les pidiera.
- Aprendí que un miembro menos activo merece que se lo trate como a un igual y que se lo considere como un hijo o una hija de un Dios amoroso.

Por años me he preguntado cómo hubiera sido esa entrevista si me hubiera dirigido a ella como miembro menos activo. Dejo que saquen sus propias conclusiones.

La reactivación siempre ha sido una parte importante de la obra del Señor. Aunque el rescatar es una responsabilidad de cada miembro, los poseedores del Sacerdocio Aarónico y de Melquisedec tienen la responsabilidad de dirigir esa obra. Después de todo, de eso se trata el servicio en el sacerdocio: de conducir a toda la gente a los convenios de exaltación, llevando paz, felicidad y autoestima.

Del Libro de Mormón recordarán que cuando Alma hijo descubrió que los zoramitas se habían apartado de la Iglesia, él organizó un grupo de reactivación para rescatar a esas personas. Cuando aceptaron su asignación, Alma rogó al Señor con estas palabras:

“¡Oh Señor, concédenos lograr el éxito al traerlos *nuevamente* a ti en Cristo!

“¡He aquí, sus almas son preciosas, oh Señor, y *muchos de ellos son nuestros hermanos*; por tanto, danos, oh Señor, poder y sabiduría para que podamos traer a éstos, nuestros hermanos, *nuevamente a ti!*” (Alma 31:34–35; cursiva agregada).

Hace unos meses, después de una reunión con nuevos conversos y miembros menos activos, un caballero que se había reactivado y tenía más o menos mi edad, se me acercó y me dijo: “Soy uno de los que ha estado menos activo la mayor parte de su vida. Me alejé de la Iglesia cuando era muy joven; pero ahora estoy de regreso y presto servicio en el templo con mi esposa”.

Para hacerle saber que todo estaba bien, mi respuesta fue algo así: “Bien está lo que bien acaba”.

Él respondió: “No, no está todo bien. He regresado a la Iglesia, pero he perdido a todos mis hijos y nietos. Y ahora estoy presenciando la pérdida de mis bisnietos, todos están fuera de la Iglesia. No está todo bien”.

En nuestra familia tenemos un antepasado que se unió a la Iglesia en Europa en los primeros días de la Iglesia. Uno de los hijos se inactivó. Mi esposa y yo hemos intentado ubicar a los descendientes inactivos de ese antepasado.

Para mi esposa y para mí fue fácil llegar a la conclusión de que, durante las siguientes seis generaciones, con una estimación razonable, podrían haberse perdido hasta 3.000 integrantes de la familia. Ahora imagínense dos generaciones más. En teoría, la pérdida podría ser de 20.000 a 30.000 hijos de nuestro Padre Celestial.

El mandato de rescatar se basa en una de las doctrinas fundamentales de la Iglesia.

“Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios;

“porque he aquí, el Señor vuestro Redentor padeció la muerte en la carne; por tanto, sufrió el dolor de *todos los hombres*, a fin de que *todo hombre pudiese arrepentirse y venir a él...*

“Y si acontece que trabajáis todos vuestros días proclamando el arrepentimiento a este pueblo y me traéis aun cuando fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo con ella en el reino de mi Padre!” (D. y C. 18:10–11, 15; cursiva agregada).

He tenido el privilegio de rescatar a unos cuantos miembros menos activos durante mi vida. Cuando ayudo a alguien a que vuelva a estar activo en la Iglesia, no visualizo una sola alma; veo a seis, siete o más generaciones, a miles de almas. Y después pienso en el pasaje de las Escrituras: “...me traéis aun cuando

fuere una sola alma, ¡cuán grande será vuestro gozo!” (D. y C. 18:15).

A Sus apóstoles, el Señor dijo: “A la verdad la mies es mucha, pero los obreros son pocos” (Mateo 9:37). Los obreros no tienen que ser pocos. Tenemos miles de poseedores del sacerdocio capaces y dignos, y millones de dedicados miembros de la Iglesia en todas partes del mundo. Tenemos en funcionamiento consejos de barrio, quórumes del sacerdocio, Sociedades de Socorro y otras organizaciones; todos con el cometido de rescatar. Salvar almas es la obra que el Señor nos ha llamado hacer a todos.

Al principio de mi discurso, hice referencia a la oración que ofreció Alma cuando él y sus compañeros se embarcaron en el rescate de los zoramitas. Durante la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente 500 soldados estadounidenses y personas locales que los apoyaban, fueron llevados cautivos a un campamento para prisioneros de guerra. Debido a su sufrimiento y a la preocupación por su seguridad, se escogió a un grupo voluntario de aproximadamente 100 soldados estadounidenses para rescatar a esos prisioneros. Después de reunir a los voluntarios, el comandante les dio instrucciones más o menos así: “Hombres, esta noche reúnanse con sus líderes religiosos; arrodíllense y prometan a Dios que mientras tengan un solo aliento de vida no dejarán que ninguno de estos hombres sufra por un momento más” (véase Hampton Sides, *Ghost Soldiers: The Forgotten Epic Story of World War II's Most Dramatic Mission*, 2001, págs. 28–29.). Ese exitoso rescate fue un rescate del sufrimiento físico y temporal. ¿Deberíamos ser menos valientes en nuestros esfuerzos por rescatar a quienes podrían sufrir consecuencias espirituales y eternas? ¿Deberíamos comprometernos a algo menos con el Señor?

Para concluir, nuestro compromiso como miembros de la Iglesia verdadera de Cristo surge del hecho que el Señor sufrió por cada uno de nosotros: el que no es miembro, el miembro menos activo, aun el pecador, y por cada integrante de nuestra propia familia. Creo que podemos traer a miles al gozo, a la paz y a la dulzura del Evangelio; y a cientos de miles, aun millones de sus futuras generaciones. Creo que podemos lograr el éxito porque ésta es la Iglesia del Señor y, por virtud de nuestro

sacerdocio y nuestra condición de miembros, somos llamados a tener éxito. Les testifico de esto en el nombre de Jesucristo. Amén.

Sacerdocio Aarónico: Levántense y usen el poder de Dios

Por Adrián Ochoa

Segundo Consejero de la Presidencia General de los Hombres Jóvenes

El sacerdocio debe ejercerse para lograr algo bueno. Se les ha llamado a “[levantarse y brillar]” y no a ocultar su luz en la oscuridad.

Hace poco estuve en Sudáfrica visitando a una familia con Thabiso, el primer ayudante del quórum de presbíteros del Barrio Kagiso. Thabiso y su obispo, quien preside y posee las llaves del quórum, habían estado orando por los miembros del quórum que eran menos activos, buscando inspiración para saber a quién visitar y qué hacer para ayudarlos. Se sintieron inspirados a visitar la casa de Tebello y me invitaron a que fuera con ellos.

Una vez que logramos que el feroz perro guardián nos dejara pasar, nos encontramos en la sala de estar con Tebello, un joven con un espíritu sosegado que había dejado de asistir a la Iglesia porque había empezado a ocuparse de otras cosas los domingos. Estaba nervioso, pero feliz de recibirnos, e incluso invitó a su familia a que lo acompañaran. El obispo expresó su amor por la familia y su deseo de ayudarles a llegar a ser una familia eterna que se sellara en el templo. Sus corazones se conmovieron y todos pudimos sentir la fuerte presencia del Espíritu Santo que guiaba cada palabra y cada sentimiento.

Pero fueron las palabras de Thabiso las que marcaron la diferencia en la visita. A mí me pareció que ese joven presbítero hablaba en el lenguaje de los ángeles, con tiernas palabras que todos pudimos comprender plenamente, pero que sobre todo

conmovieron a su amigo. “Me encantaba hablar contigo todo el tiempo en la Iglesia”, le dijo. “Siempre me dices cosas amables; y, ¿sabes qué?, nuestro equipo de fútbol prácticamente ha desaparecido ahora que tú no estás. Eres tan buen jugador”.

“Lo siento”, respondió Tebello, “volveré con ustedes”.

“Genial”, dijo Thabiso. “¿Y te acuerdas de cómo nos preparábamos antes para servir como misioneros? ¿Podemos empezar a hacerlo otra vez?”.

“Sí”, contestó Tebello, “quiero volver”.

Tal vez la mayor alegría que experimento como consejero de la Presidencia General de los Hombres Jóvenes es ver a los poseedores del Sacerdocio Aarónico de todo el mundo ejercer el poder del Sacerdocio Aarónico. Pero, a veces también soy testigo, con tristeza, de muchos jóvenes que no entienden cuánto bien pueden hacer con el poder que poseen.

El sacerdocio es el poder y la autoridad de Dios mismo para actuar al servicio de Sus hijos. ¡Oh, si cada hombre joven, cada poseedor del Sacerdocio Aarónico, pudiera comprender plenamente que su sacerdocio posee las llaves del ministerio de ángeles! Si tan sólo entendieran que tienen el sagrado deber de ayudar a sus amigos a encontrar el sendero que conduce al Salvador. Si sólo supieran que el Padre Celestial les dará el poder de explicar las verdades del Evangelio restaurado con tanta claridad y sinceridad que los demás sentirán la verdad innegable de las palabras de Cristo.

Queridos jóvenes de la Iglesia, permítanme hacerles una pregunta que espero conserven en su corazón por el resto de su vida. ¿Qué mayor poder pueden adquirir en la tierra que el sacerdocio de Dios? ¿Qué poder podría ser mayor que la capacidad para ayudar a nuestro Padre Celestial a cambiar la vida de sus semejantes, de ayudarles a lo largo del sendero de la felicidad eterna al ser limpiados del pecado y la maldad?

Al igual que cualquier otro poder, el sacerdocio debe ejercerse para lograr algo bueno. Se les ha llamado a “[levantarse y brillar]” (D. y C. 115:5), no a ocultar su luz en la oscuridad. Sólo aquellos que son valientes serán contados entre los elegidos. Al ejercer el poder de su sagrado sacerdocio, su valor y su confianza aumentarán. Jóvenes, ustedes saben que son mejores cuando

están al servicio de Dios. Saben que son más felices cuando están anhelosamente consagrados a una causa buena. Magnifiquen el poder de su sacerdocio siendo puros y siendo dignos.

Uno mi voz al llamado que el élder Jeffrey R. Holland les hizo hace seis meses desde este púlpito: “busco a hombres jóvenes y mayores a los que les preocupe lo suficiente esta batalla entre el bien y el mal que se enlisten y que defiendan la obra. Estamos en guerra”, dijo, “pido una voz más firme y más devota, una voz no sólo contra el mal... sino una voz para el bien, una voz para el Evangelio, una voz para Dios” (“Somos los soldados”, *Liahona*, noviembre 2011, págs. 44, 47).

Sí, poseedores del Sacerdocio Aarónico, estamos en guerra. Y en esta guerra, la mejor manera de defenderse contra el mal es promover activamente la rectitud. No pueden escuchar palabras vulgares y fingir que no las escuchan. No pueden ver, solos o con otras personas, imágenes que ustedes saben son obscenas y fingir que no las ven. No pueden tocar algo inmundo y pretender que no habrá consecuencias. No se puede ser pasivo cuando Satanás trata de destruir lo que es moral y puro. En vez de ello, ¡defiendan con valentía lo que sabemos que es verdad! Cuando escuchen o vean algo que viola las normas del Señor, recuerden quiénes son: soldados del ejército de Dios a quienes se les ha conferido el poder de Su santo sacerdocio. No hay mejor arma contra el enemigo, el padre de las mentiras, que la verdad que saldrá de sus bocas a medida que ejerzan el poder del sacerdocio. La mayoría de sus compañeros los respetarán por su valentía e integridad; algunos no lo harán, pero eso no importa. Ustedes obtendrán el respeto y la confianza del Padre Celestial, pues habrán utilizado Su poder para lograr Sus objetivos.

Hago un llamado a todas las presidencias de los quórumes del Sacerdocio Aarónico para que levanten una vez más el estandarte de la libertad y organicen y dirijan a sus batallones. Utilicen el poder del sacerdocio al invitar a quienes los rodean a venir a Cristo por medio del arrepentimiento y del bautismo. Ustedes tienen el mandato y el poder de nuestro Padre Celestial para hacerlo.

Hace dos años, durante mi visita a Santiago de Chile, quedé muy impresionado con Daniel Olate, un joven que a menudo

acompañaba a los misioneros. Le pedí que me escribiera, y con su permiso voy a leer una parte de su último correo electrónico: “Acabo de cumplir 16 años y el domingo se me ordenó al oficio de presbítero. Ese mismo día bauticé a una amiga que se llama Carolina. Le enseñé el Evangelio; ella asistía a la Iglesia con frecuencia, incluso recibió el reconocimiento del programa Mi Progreso Personal; pero sus padres no le permitían que se bautizara hasta que llegaron a conocerme y a confiar en mí. Ella quería que yo la bautizara, así que tuvimos que esperar un mes hasta el domingo, cuando cumplí 16 años. Me siento tan bien de haber ayudado a que una persona tan buena se haya bautizado y me siento feliz de haber sido yo el que la bautizara”.

Daniel es sólo uno de los muchos jóvenes de todo el mundo que vive de acuerdo con el poder que Dios les ha confiado. Otro joven es Luis Fernando, de Honduras, que se percató de que su amigo estaba yendo por un camino peligroso y compartió su testimonio con él y, literalmente, le salvó la vida (véase “Un cambio de corazón”, [lds.org/youth/video](https://www.lds.org/youth/video)). Olavo, de Brasil, es otro ejemplo. Un verdadero ministro residente en su casa (véase D. y C. 84:111). Olavo inspiró a su madre para que volviera y se activara completamente en la Iglesia (véase “Reunidos por la fe”, [lds.org/youth/video](https://www.lds.org/youth/video)). Ustedes pueden encontrar algunos de estos relatos y muchos otros parecidos en el sitio web de la Iglesia para los jóvenes en [youth.lds.org](https://www.youth.lds.org). Por cierto, internet, los medios de comunicación social y otros tipos de tecnología son herramientas que el Señor ha puesto en sus manos para ayudarles a ejercer sus deberes del sacerdocio y a extender la influencia de la verdad y la virtud.

Queridos jóvenes, cuando ejerzan el Sacerdocio Aarónico en la forma que he descrito, se estarán preparando para asumir responsabilidades en el futuro; sin embargo, estarán haciendo mucho más que eso. Al igual que Juan el Bautista, ese ejemplar poseedor del Sacerdocio Aarónico, ustedes también están preparando la vía del Señor y enderezando Sus sendas. Cuando declaran con valentía el Evangelio de arrepentimiento y de bautismo, como lo hizo Juan, estarán preparando al pueblo para la venida del Señor (véase Mateo 3:3; D. y C. 65:1–3; 84:26–28). A menudo se les habla de su gran potencial; bueno, ahora es el

momento de poner ese potencial en acción, de hacer uso de las habilidades que Dios les ha dado para bendecir a los demás, sacarlos de la oscuridad a la luz y preparar la vía del Señor.

La Iglesia les ha proporcionado el libro *Mi deber a Dios* como un recurso para ayudarles a aprender y cumplir con sus deberes. Estúdienlo con frecuencia. Pónganse de rodillas, lejos de la tecnología, y busquen la guía del Señor; y luego levántense y utilicen el poder de Dios. Les prometo que recibirán respuestas de nuestro Padre Celestial sobre cómo dirigir su propia vida y cómo ayudar a los demás.

Cito las palabras del presidente Thomas S. Monson: “No subestimen nunca la influencia trascendental que... tiene [su testimonio]... tienen la capacidad de reparar en las personas en las que los demás ni siquiera reparan. Si tienen ojos para ver, oídos para oír y corazón para sentir, les es posible extender una mano de ayuda y rescatar a otros jóvenes de su edad” (véase “Sean un ejemplo”, *Liahona*, mayo de 2005, pág. 115).

Testifico que el poder del sacerdocio es real. Obtuve mi testimonio al ejercer el sacerdocio que poseo. He visto a aquellos que tienen el poder del Sacerdocio Aarónico efectuar un milagro tras otro. He sido testigo del poder de la ministración de ángeles cuando los fieles poseedores del Sacerdocio Aarónico hablan palabras de esperanza llenas del Espíritu y abren el corazón de alguien que tiene necesidad de luz y de amor. En el nombre de Jesucristo, nuestro Señor, nuestro líder y nuestro Salvador. Amén.

El *porqué* del servicio en el sacerdocio

Por el presidente Dieter F. Uchtdorf

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Entender el porqué del Evangelio y el porqué del sacerdocio nos ayudará a ver el propósito divino de todo esto.

Atesoro esta maravillosa oportunidad de reunirme con los hermanos del sacerdocio y regocijarme con ustedes en la maravilla y la belleza del evangelio de Jesucristo. Los felicito por su fe, sus buenas obras y su rectitud perdurable.

Tenemos un vínculo en común, y es que todos hemos recibido la ordenación al sacerdocio de Dios de aquellos a quienes se les ha confiado la autoridad y el poder del santo sacerdocio. Ésa no es una bendición pequeña; es una sagrada responsabilidad.

El poder del *porqué*

Recientemente he estado pensando en dos llamamientos significativos que recibí como poseedor del sacerdocio en la Iglesia.

El primero de esos llamamientos vino cuando era diácono; yo asistía con mi familia a la rama de la Iglesia en Fráncfort, Alemania. En nuestra pequeña rama, fuimos bendecidos con muchas personas maravillosas; una de ellas fue nuestro presidente de rama, el hermano Landschulz. Lo admiraba mucho, a pesar de que siempre parecía estar serio, era muy formal y la mayoría de las veces vestía un traje oscuro. Recuerdo que, cuando era joven, bromeaba con mis amigos de lo anticuado que parecía ser nuestro presidente de rama.

Pensar en eso ahora me hace reír, porque es muy posible que los jóvenes de hoy en la Iglesia me vean a mí de manera muy similar.

Un domingo, el presidente Landschulz me preguntó si podía hablar conmigo. Mi primer pensamiento fue: “¿Qué habré hecho mal?”. Rápidamente pensé en las muchas cosas que podría haber hecho que hubieran inspirado a ese presidente de rama a conversar con un diácono.

El presidente Landschulz me invitó a pasar a un pequeño salón (nuestra capilla no tenía una oficina para el presidente de rama) y allí me extendió el llamamiento para servir como presidente del quórum de diáconos.

“Éste es un llamamiento importante”, dijo y luego se tomó el tiempo para señalarme el porqué. Explicó lo que él y el Señor esperaban de mí y cómo podría recibir ayuda.

No recuerdo mucho de lo que dijo, pero sí recuerdo muy bien cómo me sentí. Un espíritu sagrado y divino colmó mi corazón mientras él hablaba. Yo podía sentir que ésta era la Iglesia del Salvador, y sentí que el llamamiento que me había extendido era inspirado por el Espíritu Santo. Recuerdo que salí de ese pequeño salón sintiéndome bastante más alto que antes.

Han pasado casi sesenta años desde aquel día y todavía atesoro esos sentimientos de confianza y amor.

Al pensar en esa experiencia, traté de recordar cuántos diáconos había en nuestra rama en aquel entonces. Si recuerdo bien, creo que había dos; sin embargo, eso podría ser una gran exageración.

Pero realmente no importaba que hubiese un diácono o una docena; yo me sentía honrado, y quería servir lo mejor que me fuera posible y no defraudar ni a mi presidente de rama ni al Señor.

Ahora me doy cuenta de que el presidente de rama podría haberme extendido el llamamiento en forma rutinaria; simplemente me podría haber dicho que yo era el nuevo presidente del quórum de diáconos en el pasillo o en nuestra reunión del sacerdocio.

En cambio, pasó tiempo conmigo y me ayudó a entender no sólo *qué* hacer en mi asignación, sino más importante aún, *el porqué*.

Eso es algo que nunca olvidaré.

El punto de este relato no es sólo describir cómo extender llamamientos en la Iglesia (aunque éste fue un ejemplo maravilloso para mí en cuanto a la manera correcta de hacerlo); es un ejemplo para mí del poder motivador de liderazgo del sacerdocio que despierta al espíritu e inspira a la acción.

Se nos tienen que recordar constantemente las razones eternas detrás de lo que se nos ha mandado hacer. Los principios básicos del Evangelio deben ser parte de nuestra vida, aunque signifique aprenderlos una y otra vez. Eso no significa que este proceso debe ser rutinario o aburrido. Por el contrario, cuando enseñemos los principios fundamentales en nuestros hogares o en la Iglesia, dejemos que la llama del entusiasmo por el Evangelio y el fuego del testimonio lleve luz, calor y alegría al corazón de aquellos a quienes enseñemos.

Desde el diácono ordenado más recientemente al sumo sacerdote más antiguo, todos tenemos listas de *qué* podemos y debemos hacer en nuestras responsabilidades del sacerdocio. El *qué* es importante en nuestra obra y tenemos que prestarles atención. Pero es en el *porqué* del servicio en el sacerdocio que descubrimos el fuego, la pasión y el poder del sacerdocio.

El *qué* del servicio en el sacerdocio nos enseña lo que hacer; el *porqué* inspira nuestras almas.

El *qué* informa, pero el *porqué* transforma.

Una abundancia de cosas “buenas” para hacer

Otro llamamiento del sacerdocio en el cual he estado pensando llegó muchos años después, cuando tenía mi propia familia. Nos habíamos mudado de vuelta a Fráncfort, Alemania, y recién había recibido un ascenso en el trabajo que requeriría mucho de mi tiempo y atención. Durante esa ocupada época de mi vida, el élder Joseph B. Wirthlin me extendió el llamamiento para servir como presidente de estaca.

Durante mi entrevista con él, muchos pensamientos pasaron por mi mente; ni qué decir de la preocupación inquietante de que tal vez no tendría el tiempo suficiente que ese llamamiento

requería. Aunque me sentía humilde y honrado por el llamamiento, me pregunté si podría aceptarlo. Pero fue sólo un pensamiento fugaz porque sabía que el élder Wirthlin había sido llamado por Dios y que él estaba haciendo la obra del Señor. ¿Qué podía hacer yo sino aceptar?

Hay veces que tenemos que avanzar hacia la oscuridad con fe, confiando en que Dios colocará tierra firme bajo nuestros pies una vez que lo hagamos. Así que, acepté con mucho gusto, sabiendo que Dios proveería.

En los primeros días de esa asignación, como estaca tuvimos el privilegio de recibir capacitación de algunos de los más grandes maestros y líderes de la Iglesia; hombres como el élder Russell M. Nelson y el presidente Thomas S. Monson fueron a nuestra área. Sus enseñanzas eran como el rocío del cielo y una inspiración para nosotros. Todavía tengo las notas que tomé durante esas sesiones de capacitación. Estos hermanos nos dieron la *visión* de lo que significa establecer el reino de Dios al edificar testimonios personales y fortalecer a las familias. Nos ayudaron a ver la manera de aplicar verdades y principios del Evangelio a nuestras circunstancias en particular y para nuestra época específica. Para decirlo de otra manera, líderes inspirados nos ayudaron a ver el *porqué* del Evangelio y, entonces, nosotros tuvimos que arremangarnos e ir a trabajar.

No pasó mucho tiempo antes de que nos diéramos cuenta de que había muchas cosas que una presidencia de estaca podía hacer; tantas, de hecho, que si no establecíamos prioridades inspiradas, pasaríamos por alto las importantes. Comenzaron a surgir prioridades opuestas, desviando nuestra atención de la visión que habían compartido las Autoridades Generales. Había muchas cosas “buenas” para hacer, pero no todas eran de tanta importancia.

Aprendimos una lección importante: el hecho de que algo sea bueno no siempre es razón suficiente para que requiera de nuestro tiempo y recursos. Nuestras actividades, iniciativas y planes deben estar inspirados y fundamentados en el *porqué* de nuestro servicio en el sacerdocio y no por cualquier tendencia llamativa o interés del momento. De lo contrario, pueden distraernos de nuestros esfuerzos, debilitar nuestra energía y

atraparnos en nuestros pasatiempos, espirituales o temporales, que no están en el centro del discipulado.

Hermanos, todos sabemos que se requiere autodisciplina para permanecer centrados en los asuntos que tienen el mayor poder para aumentar nuestro amor por Dios y por el prójimo, vigorizar matrimonios, fortalecer familias y edificar el reino de Dios. Al igual que un árbol frutal con una abundancia de ramas y hojas, nuestras vidas tienen que ser podadas regularmente para asegurarnos de que utilicemos nuestra energía y nuestro tiempo para lograr nuestro verdadero propósito: “¡dar buenos frutos!”¹.

No están solos

Entonces, ¿cómo sabemos qué elegir? Cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de determinar eso por nosotros mismos. Sin embargo, se nos manda estudiar las Escrituras con diligencia, escuchar las palabras de los profetas y hacer de ello un asunto de oración seria, dedicada y colmada de fe.

Hermanos, Dios es fiel; por medio del Santo Espíritu, Él hablará a nuestras mentes y corazones concerniente al camino que debemos seguir durante cada segmento de nuestras vidas.

Si nuestros corazones son puros, si no buscamos nuestra propia gloria sino la gloria del Dios Todopoderoso, si procuramos hacer Su voluntad, si deseamos bendecir la vida de nuestra familia y de nuestro prójimo, no se nos dejará caminar solos. Como nos ha recordado a menudo el presidente Monson: “Cuando estamos en la obra del Señor, tenemos derecho a recibir la ayuda del Señor”².

El Padre Celestial irá “delante de vuestra faz. [Estará] a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y [Su] Espíritu estará en vuestro corazón, y [Sus] ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros”³.

El poder de hacer

Mis queridos hermanos, las bendiciones divinas del servicio en el sacerdocio se activan por medio de nuestro esfuerzo diligente, nuestra disposición a sacrificarnos y nuestro deseo de hacer lo correcto. Seamos aquellos que actúan y no sobre quienes se actúa. Predicar está bien, pero los sermones que no conducen a

la acción son como fuego sin calor o como el agua que no sacia la sed.

Es en la aplicación de la doctrina que la llama purificadora del Evangelio crece y el poder del sacerdocio enciende nuestras almas.

Thomas Edison, el hombre que cubrió el mundo de brillante luz eléctrica, dijo que “el valor de una idea reside en el uso de la misma”⁴. De la misma manera, la doctrina del Evangelio se hace más valiosa cuando se pone en práctica.

No debemos permitir que las doctrinas del sacerdocio permanezcan latentes en nuestros corazones y sin que se apliquen en nuestras vidas. Si hay algún matrimonio o alguna familia que necesite ser rescatada, tal vez aún la nuestra, no sólo esperemos y veamos. Más bien, demos gracias a Dios por el plan de felicidad que incluye la fe, el arrepentimiento, el perdón y los nuevos comienzos. La aplicación de la doctrina del sacerdocio nos ayudará a ser esposos, padres e hijos que entienden el *porqué* del sacerdocio y su poder para recuperar y proteger la belleza y la santidad de las familias eternas.

La conferencia general siempre es un buen momento tanto para oír como para hacer. Por lo tanto, seamos “hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores”⁵. Hermanos, los invito a considerar las palabras de los siervos de Dios este fin de semana; entonces arrodíllense y pídanle a Dios, nuestro Padre Celestial, que ilumine su mente y conmueva su corazón. Supliquen a Dios por guía en sus vidas diarias, en sus responsabilidades en la Iglesia y en sus desafíos específicos. Sigán los susurros del Espíritu, no los posterguen. Si hacen todo esto, les prometo que el Señor no los dejará caminar solos.

Continuar con paciencia

Sabemos que a pesar de nuestras mejores intenciones, las cosas no siempre salen según lo planeado. Cometemos errores en la vida y en nuestro servicio en el sacerdocio. De vez en cuando tropezamos y no alcanzamos hacerlo todo.

Cuando el Señor nos aconseja que “[continuemos] con paciencia hasta [perfeccionarnos]”⁶, Él está reconociendo que se necesita tiempo y perseverancia. Entender el *porqué* del Evangelio y el *porqué* del sacerdocio nos ayudará a ver el propósito divino

de todo esto; nos dará motivación y fortaleza para hacer lo correcto, aun cuando sea difícil. Mantenernos centrados en los principios básicos de vivir el Evangelio nos bendecirá con claridad, sabiduría y dirección.

“¿No hemos de seguir adelante en una causa tan grande?”⁷.
¡Sí, hermanos, lo haremos!

Guiados por el Espíritu Santo, aprenderemos de nuestros errores. Si tropezamos, nos levantaremos; si fallamos, seguiremos adelante. Nunca dudaremos, nunca nos daremos por vencidos.

Como una poderosa hermandad del sacerdocio sempiterno de Dios, estaremos juntos, hombro a hombro, centrados en los principios del evangelio restaurado de Jesucristo y sirviendo con gratitud a nuestro Dios y al prójimo con dedicación y amor.

¡Dios vive!

Mis queridos hermanos, les testifico en este día que Dios el Padre y Su Hijo Jesucristo viven. ¡Son reales! ¡Ellos están allí!

Ustedes no están solos. Su Padre Celestial se preocupa por ustedes y desea bendecirlos y sostenerlos en rectitud.

Tengan la certeza de que Dios habla a la humanidad en nuestra época. ¡Él les hablará a ustedes!

El profeta José Smith vio lo que dijo que vio. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días se ha restaurado en la tierra por el poder y la autoridad del Dios Todopoderoso.

Mi ruego es que como poseedores de Su sacerdocio, siempre estemos en sintonía con el *porqué* del servicio en el sacerdocio y utilicemos los principios del Evangelio restaurado para transformar nuestra vida y la vida de aquellos a quienes servimos.

Al hacerlo, el infinito poder de la Expiación purificará, limpiará y refinará nuestro espíritu y carácter hasta que lleguemos a ser los hombres que debemos ser. De ello testifico, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Mateo 7:18.
2. Thomas S. Monson, “Aprendamos, hagamos, seamos”, *Liahona*, noviembre de 2008, pág. 60.
3. Doctrina y Convenios 84:88.
4. Véase Thomas Edison, en Elbert Hubbard, *Little Journeys to the Homes of Good Men and Great*, Libro 2, 1910, pág. 155.
5. Santiago 1:22.

6. Doctrina y Convenios 67:13.
7. Doctrina y Convenios 128:22.

Familias bajo el convenio

Por el presidente Henry B. Eyring

Primer Consejero de la Primera Presidencia

Nada que haya ocurrido o que ocurrirá en su familia es de tanta importancia como las bendiciones del sellamiento.

Agradezco el estar junto a ustedes en esta reunión a la que se invita a todos los poseedores del sacerdocio de Dios en la tierra. Somos bendecidos de que nos presida el presidente Thomas S. Monson. Como Presidente de la Iglesia, él es el único hombre con vida que es responsable por las llaves que sellan a las familias y todas esas ordenanzas del sacerdocio que son necesarias para obtener la vida eterna, el máximo de todos los dones de Dios.

Esta noche hay un padre que está escuchando, quien ha regresado de la inactividad porque desea la seguridad de ese don con todo su corazón. Él y su esposa aman a sus dos hijitos, una niña y un niño. Al igual que otros padres, ve una felicidad celestial futura cuando lee estas palabras: “Y la misma sociabilidad que existe entre nosotros aquí, existirá entre nosotros allá; pero la acompañará una gloria eterna que ahora no conocemos”¹.

Ese padre que nos escucha esta noche conoce el sendero a ese glorioso destino. No es fácil. Él ya lo sabe; requirió fe en Jesucristo, un profundo arrepentimiento y un cambio en el corazón que ocurrió cuando un bondadoso obispo lo ayudó a sentir el amoroso perdón del Señor.

Siguieron cambios maravillosos cuando fue al santo templo para recibir la investidura que el Señor describió a aquellos a quienes les otorgó poder en el primer templo de esta dispensación, en Kirtland, Ohio. El Señor dijo de ello:

“...fue por lo que os di el mandamiento de trasladaros a Ohio; y allí os daré mi ley, y allí seréis investidos con poder de lo alto;

“...y desde allí... porque tengo reservada una gran obra, pues Israel será salvo y lo guiaré por donde yo quiera, y ningún poder detendrá mi mano”².

Para mi amigo que acaba de activarse y para todo el sacerdocio, una gran obra que tenemos por delante es la de dirigir la tarea de salvar la porción de Israel por la que somos o seremos responsables: nuestra familia. Mi amigo sabía que para eso era necesario ser sellado por el poder del Sacerdocio de Melquisedec en un santo templo de Dios.

Él me pidió que efectuara el sellamiento, el cual él y su esposa querían que se realizara lo más pronto posible. Pero como se acercaba la época ajetreada de la conferencia general, dejé que la pareja y su obispo hicieran los arreglos con mi secretaria para encontrar la mejor fecha.

Imagínense mi sorpresa y alegría cuando, en la capilla, el padre me dijo que el sellamiento se efectuará el 3 de abril. En 1836, ése fue el día cuando Elías, el profeta trasladado, fue enviado al Templo de Kirtland para entregar el poder para sellar a José Smith y a Oliver Cowdery. Esas llaves residen en la Iglesia hoy día y seguirán haciéndolo hasta el fin del tiempo³.

Es la misma autorización divina que el Señor le dio a Pedro, como lo había prometido: “Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos; y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos”⁴.

El regreso de Elías el profeta bendijo a todos los que poseen el sacerdocio. El élder Harold B. Lee lo dejó bien claro cuando habló en una conferencia general, citando al presidente Joseph Fielding Smith. Escuchen con atención: “Yo poseo el sacerdocio; ustedes hermanos que están aquí, poseen el sacerdocio; hemos recibido el Sacerdocio de Melquisedec, el cual poseyeron Elías el profeta y otros profetas, y también Pedro, Santiago y Juan. Pero aunque tengamos la autoridad para bautizar, aunque tengamos la autoridad para imponer las manos a fin de conferir el don del Espíritu Santo, para ordenar a otros y para hacer todas estas

cosas, sin el poder para sellar, no podríamos hacer nada, pues lo que hiciéramos no tendría validez”.

El presidente Smith prosiguió, diciendo:

“Las ordenanzas más elevadas, las bendiciones más grandes, que son esenciales para la exaltación en el reino de Dios... y que sólo se pueden obtener en ciertos lugares... ningún hombre tiene el derecho de llevarlas a cabo a menos que reciba la autoridad para hacerlo de aquel que posee las llaves...”

“...No hay ningún hombre sobre la faz de esta tierra que tenga el derecho de ir y administrar en cualquiera de las ordenanzas de este Evangelio, a menos que el Presidente de la Iglesia, quien posee las llaves, lo autorice. Él nos ha dado autoridad; él ha puesto el poder para sellar en nuestro sacerdocio porque él posee esas llaves”⁵.

Esa misma seguridad provino del presidente Boyd K. Packer cuando escribió acerca del poder para sellar. El saber que esas palabras son verdaderas es un consuelo para mí, como lo será para la familia que sellaré el 3 de abril: “Pedro habría de tener las llaves; habría de tener el poder para sellar... para atar o sellar en la tierra, o para desatar en la tierra, y así se haría en los cielos. Esas llaves le corresponden al Presidente de la Iglesia, al profeta, vidente y revelador. Ese sagrado poder para sellar existe actualmente en la Iglesia. Nada consideran con más sagrada reflexión aquellos que conocen el significado de esta autoridad. Nada se estima con mayor celo. Hay relativamente pocos hombres sobre la tierra que poseen, al mismo tiempo, este sagrado poder: en cada templo hay hermanos a quienes se les ha conferido el poder para sellar. Nadie puede recibirlo sino del profeta, vidente y revelador y Presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días”⁶.

Cuando vino Elías el profeta, no sólo se dio poder al sacerdocio, sino que también se habrían de transformar corazones: “El espíritu, poder y llamamiento de Elías el Profeta es el de que ustedes tengan la autoridad de poseer las llaves de la revelación, las ordenanzas, los oráculos, poderes e investiduras de la plenitud del Sacerdocio de Melquisedec y del reino de Dios en la tierra; y de recibir, obtener y efectuar todas las ordenanzas que pertenecen al reino de Dios, aun para tornar el corazón de los

padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres, incluso los que estén en los cielos”⁷.

Ese sentimiento de que su corazón se ha tornado ya le ha llegado a mi amigo y a su familia. Tal vez les haya llegado a ustedes en esta reunión. Quizás hayan visualizado en su mente, como yo, el rostro de su padre o de su madre; quizás haya sido una hermana o un hermano; quizás haya sido una hija o un hijo.

Tal vez ellos estén en el mundo de los espíritus o en otro continente lejos de ustedes; pero sintieron gozo al sentir que la relación con ellos es algo seguro porque ustedes están o pueden estar unidos a ellos mediante las ordenanzas del sacerdocio que Dios aceptará.

A los poseedores del Sacerdocio de Melquisedec que son padres de familias que han sido selladas, se les ha enseñado lo que deben hacer. Nada que haya ocurrido o que ocurrirá en su familia es de tanta importancia como las bendiciones del sellamiento. No hay nada más importante que honrar los convenios matrimoniales y familiares que han hecho o que harán en los templos de Dios.

La manera de hacerlo es clara. El Santo Espíritu de la Promesa, mediante nuestra obediencia y sacrificio, debe sellar nuestros convenios del templo a fin de que sean válidos en el mundo venidero. El presidente Harold B. Lee explicó lo que significa estar sellado por el Santo Espíritu de la Promesa, al citar al élder Melvin J. Ballard: “Quizás engañemos a los hombres, pero no podemos engañar al Espíritu Santo, y nuestras bendiciones no serán eternas a menos que también sean selladas por el Santo Espíritu de la Promesa. El Espíritu Santo es aquel que lee los pensamientos y el corazón de los hombres y da su aprobación selladora a las bendiciones que se han pronunciado sobre sus cabezas. Es así que el sellamiento se vuelve legítimo, válido y completamente vigente”⁸.

Cuando la hermana Eyring y yo fuimos sellados en el Templo de Logan, Utah, no entendí en aquel entonces el significado total de esa promesa. Aún estoy tratando de comprender todo lo que significa, pero al comenzar nuestro matrimonio de casi 50 años, mi esposa y yo decidimos invitar tanto como nos fuera posible al Espíritu Santo en nuestra vida y en nuestra familia.

Cuando era un padre joven, sellado en el templo y con el corazón centrado en mi esposa y mi joven familia, conocí por primera vez al presidente Joseph Fielding Smith. En la sala de consejos de la Primera Presidencia adonde me habían invitado, recibí un testimonio absolutamente seguro cuando el presidente Harold B. Lee me preguntó, al momento que señalaba al presidente Smith, que estaba sentado junto a mí: “¿Cree que este hombre podría ser el profeta del Señor?”.

El presidente Smith acababa de entrar en la sala y aún no había articulado palabra. Estoy eternamente agradecido porque me fue posible contestar debido a lo que tenía en mi corazón: “Sé que lo es”, y sabía con la misma certeza de que el sol estaba brillando que él poseía el poder del sacerdocio para sellar en toda la tierra.

Para mí y para mi esposa, esa experiencia dio gran poder a sus palabras cuando, en una sesión de conferencia efectuada el 6 de abril de 1972, el presidente Joseph Fielding Smith dio el siguiente consejo: “La voluntad del Señor es fortalecer y preservar la unidad familiar. Suplicamos a los padres que tomen el lugar que les corresponde como cabeza del hogar; suplicamos a las madres que sostengan y apoyen a sus esposos y sean una luz para sus hijos”⁹.

Permítanme sugerir cuatro cosas que pueden hacer como padres que poseen el sacerdocio para elevar y conducir a su familia de nuevo a casa, para estar con nuestro Padre Celestial y el Salvador.

Primero, obtengan y conserven un testimonio seguro de que las llaves del sacerdocio están con nosotros y que están en posesión del Presidente de la Iglesia. Rueguen por eso todos los días. La respuesta llegará con un aumento en su determinación de dirigir a su familia, en sus sentimientos de esperanza y con mayor felicidad en su servicio. Serán más alegres y optimistas, lo cual será una gran bendición para su esposa y para su familia.

El segundo requisito es que amen a su esposa. Requerirá fe y humildad poner los intereses de ella por encima de los suyos en las dificultades de la vida. Ustedes tienen la responsabilidad de proveer de lo necesario para la familia y cuidarla al mismo tiempo que prestan servicio a los demás. Eso a veces puede

acabar con toda su energía y fuerza. Quizás la edad y las enfermedades aumenten las necesidades de su esposa. Si aun así deciden poner la felicidad de ella por encima de la de ustedes, les prometo que su amor por ella aumentará.

Tercero, procuren la ayuda de toda la familia para amarse unos a otros. El presidente Ezra Taft Benson enseñó:

“En un sentido eterno, la salvación es un asunto familiar...

“Sobre todo, los hijos deben saber y sentir que se les ama, que se les necesita y que se les aprecia. Obviamente, ésta es una función que los padres deben cumplir y, en la mayoría de los casos, la madre puede desempeñarla mejor”¹⁰.

Pero otra fuente esencial para tener ese sentimiento de ser amado es el amor por parte de los demás hijos de la familia. El cuidado constante que hermanos y hermanas demuestran unos a otros únicamente vendrá con el esfuerzo continuo por parte de los padres y la ayuda de Dios. Ustedes saben que así es por la experiencia en sus propias familias, y se corrobora cada vez que leen sobre los conflictos familiares que afrontaron los justos Lehi y Saríah, su esposa, en el registro del Libro de Mormón.

Los éxitos que ellos lograron nos sirven de guía; enseñaron el evangelio de Jesucristo tan bien y de manera tan constante que a los hijos, e incluso a algunos descendientes a través de las generaciones, se les ablandó el corazón hacia Dios y hacia sus semejantes. Por ejemplo, Nefi y otras personas escribieron y tendieron una mano a familiares que habían sido sus enemigos. En ocasiones, el Espíritu ablandó el corazón de miles y reemplazó el odio con el amor.

Una manera de tener el mismo éxito que el Padre Lehi tuvo, radica en la forma en que ustedes dirijan las oraciones familiares y el tiempo en familia, como las noches de hogar. Den a sus hijos oportunidades para que, cuando puedan hacerlo, oren por otro del círculo que necesite bendiciones. Detecten rápidamente los comienzos de discordia y expresen reconocimiento por los actos de servicio desinteresado, especialmente el que hacen uno por el otro. Cuando oren unos por otros y se presten servicio, se ablandarán los corazones y se tornarán unos a otros y hacia sus padres.

La cuarta oportunidad para dirigir a su familia en el camino del Señor se presenta cuando se necesita disciplina. Podemos cumplir nuestra obligación de corregir a la manera del Señor y entonces dirigir a nuestros hijos hacia la vida eterna.

Ustedes recordarán las palabras, pero quizás no hayan visto el poder que tienen para un poseedor del Sacerdocio de Melquisedec al preparar a su familia para vivir en la misma sociabilidad que tendrán en el reino celestial. Ustedes recuerdan las palabras, son muy conocidas:

“Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero;

“por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia;

“reprendiendo en el momento oportuno con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo;

“para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte”¹¹.

Y más adelante viene la promesa de gran valor para nosotros como padres en Sión: “El Espíritu Santo será tu compañero constante, y tu cetro, un cetro inmutable de justicia y de verdad; y tu dominio será un dominio eterno, y sin ser compelido fluirá hacia ti para siempre jamás”¹².

Ésa es una elevada norma para nosotros; pero cuando controlamos nuestro carácter y dominamos nuestro orgullo con fe, el Espíritu Santo da Su aprobación, haciendo que las promesas y convenios sagrados sean seguros.

Ustedes tendrán éxito por medio de su fe en que el Señor volvió a enviar las llaves del sacerdocio que aún están con nosotros, al tener un vínculo seguro de amor con su esposa, al tener la ayuda del Señor para volver el corazón de sus hijos unos a otros y a sus padres, y al tener el amor como una guía para corregir y exhortar de una manera que invite al Espíritu.

Sé que Jesús es el Cristo y que es nuestro Salvador. Testifico que el presidente Thomas S. Monson, posee y ejerce todas las llaves del sacerdocio en la tierra hoy en día. Lo amo a él y lo

sostengo; los amo a ustedes y ruego por ustedes. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Doctrina y Convenios 130:2.
2. Doctrina y Convenios 38:32–33.
3. Véase Joseph Fielding Smith, *Sealing Power and Salvation*, Brigham Young University Speeches of the Year, 12 de enero de 1971, speeches.byu.edu.
4. Mateo 16:19.
5. Joseph Fielding Smith, citado por Harold B. Lee, en Conference Report, octubre de 1944, pág. 75.
6. Boyd K. Packer, “El Santo Templo”, *Liahona*, octubre de 2010, pág. 34.
7. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 329.
8. Melvin J. Ballard, citado por Harold B. Lee, en Conference Report, octubre de 1970, pág. 111.
9. Véase Joseph Fielding Smith, “Consejo a los santos y al mundo”, *Liahona*, diciembre de 1972, pág. 9.
10. Véase Ezra Taft Benson, “La salvación: un asunto familiar”, *Liahona*, noviembre de 1992, págs. 3, 4.
11. Doctrina y Convenios 121:41–44.
12. Doctrina y Convenios 121:46.

Dispuestos a servir y dignos de hacerlo

Por el presidente Thomas S. Monson

Por doquier se pueden encontrar milagros si se entiende el sacerdocio, si su poder se honra y se utiliza debidamente, y si se ejerce la fe.

Mis amados hermanos, qué gusto me da estar con ustedes una vez más. Siempre que asisto a la reunión general del sacerdocio, pienso en las enseñanzas de algunos de los líderes nobles de Dios que han tomado la palabra en las reuniones generales del sacerdocio de la Iglesia. Muchos se han ido a su recompensa eterna y, sin embargo, de sus mentes brillantes, de las profundidades de sus almas y de la calidez de sus corazones nos han brindado dirección inspirada. Comparto con ustedes esta noche algunas de sus enseñanzas en cuanto al sacerdocio.

Del profeta José Smith: “El sacerdocio es un principio sempiterno, y existió con Dios desde la eternidad y existirá por la eternidad, sin principio de días ni fin de años”¹.

De las palabras del presidente Wilford Woodruff, aprendemos: “El Santo Sacerdocio es la vía por la cual Dios se comunica con el hombre y trata con él en la tierra; y los mensajeros celestiales que han visitado la tierra para ponerse en contacto con el hombre han sido hombres que, en la carne, poseyeron y honraron el sacerdocio. Todo lo que Dios ha hecho que se lleve a cabo para la salvación del género humano, desde la llegada del hombre a la tierra hasta la redención del mundo, ha sido y será en virtud del sacerdocio sempiterno”².

Además, el presidente Joseph F. Smith aclaró: “[El sacerdocio es]... el poder de Dios delegado al hombre mediante el cual éste puede actuar en la tierra para la salvación de la familia humana en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y actuar legítimamente; no asumiendo dicha autoridad, ni tomándola prestada de generaciones que ya han muerto y desaparecido, sino autoridad que se ha dado en esta época en que vivimos por ángeles ministrantes y espíritus de lo alto, *directamente de la presencia del Dios Omnipotente*”³.

Y, por último, del presidente John Taylor: “¿Qué es el sacerdocio?... es el gobierno de Dios, ya sea en la tierra o en los cielos, porque mediante ese poder, influencia o principio todas las cosas son gobernadas en la tierra y en los cielos, y por medio de ese poder, todas las cosas se conservan y se sostienen. Gobierna todas las cosas, dirige todas las cosas, sostiene todas las cosas y tiene que ver con todas las cosas con las que Dios y la verdad están relacionados”⁴.

Cuán bendecidos somos por estar aquí en estos últimos días cuando el sacerdocio de Dios está sobre la tierra. Cuán privilegiados somos de portar ese sacerdocio. El sacerdocio no es tanto un don sino una comisión de servir, un privilegio para elevar y una oportunidad para bendecir la vida de los demás.

Esas oportunidades conllevan responsabilidades y deberes. Amo y valoro la noble palabra *deber* y todo lo que ella implica.

Ya sea en un cargo u otro, en uno entorno u otro, he estado asistiendo a reuniones del sacerdocio durante los últimos 72 años, desde que fui ordenado diácono a los doce años. Ciertamente el tiempo sigue su marcha. El deber mantiene el ritmo con esa marcha; el deber no se aminora ni se acaba. Los conflictos catastróficos vienen y van, pero la guerra que se libra por las almas de los hombres sigue adelante sin menguar. La palabra del Señor viene como el toque del clarín a ustedes, a mí y a los poseedores del sacerdocio de todas partes: “Por tanto, aprenda todo varón su *deber*, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado”⁵.

El llamado del deber le llegó a Adán, a Noé, a Abraham, a Moisés, a Samuel, a David; le llegó al profeta José Smith y a cada uno de sus sucesores. El llamado del deber le llegó al joven Nefi

cuando, por medio de su padre Lehi, el Señor le mandó que regresara a Jerusalén con sus hermanos para obtener las planchas de bronce de Labán. Los hermanos de Nefi murmuraron, diciendo que lo que se les había pedido era cosa difícil. ¿Cuál fue la respuesta de Nefi? Él dijo: “Iré y haré lo que el Señor ha mandado, porque sé que él nunca da mandamientos a los hijos de los hombres sin prepararles la vía para que cumplan lo que les ha mandado”⁶.

Cuando ese mismo llamado nos llegue a ustedes y a mí, ¿cómo responderemos? ¿Murmuraremos como lo hicieron Lamán y Lemuel, y diremos: “Lo que se nos requiere es cosa difícil”⁷. ¿O, al igual que Nefi, declararemos individualmente: “Iré y haré”? ¿Estaremos dispuestos a servir y a obedecer?

A veces la sabiduría de Dios pareciera ser insensata o simplemente demasiado difícil, pero una de las lecciones más grandes y más valiosas que podemos aprender en la tierra es que cuando Dios habla y el hombre obedece, ese hombre siempre estará en lo correcto.

Cuando pienso en la palabra *deber* y en cómo el llevar a cabo nuestro deber puede enriquecer nuestra vida y la de los demás, recuerdo las palabras de un famoso poeta y autor:

*Dormía y soñaba
que la vida no era más que alegría.
Me desperté y vi
que la vida no era más que servir.
Actué, y he aquí,
el servir era alegría*⁸.

Robert Louis Stevenson lo expresó de otra manera; él dijo: “Sé lo que es la dicha, porque he hecho buenas obras”⁹.

Al desempeñar nuestros deberes y ejercer nuestro sacerdocio, descubriremos el gozo verdadero; sentiremos la satisfacción de haber llevado a cabo nuestras tareas.

Se nos han enseñado los deberes específicos del sacerdocio que poseemos, ya sea del Sacerdocio Aarónico o el de Melquisedec. Los exhorto a que estudien esos deberes y luego hagan todo lo posible por llevarlos a cabo. A fin de lograrlo, cada uno debe ser digno. Tengamos manos prestas, manos limpias y

manos dispuestas a fin de que podamos participar en brindar a los demás lo que nuestro Padre Celestial desea que reciban de Él. Si no somos dignos, es posible que perdamos el poder del sacerdocio; y si lo perdemos, habremos perdido la esencia de la exaltación. Seamos dignos de prestar servicio.

El presidente Harold B. Lee, uno de los excelentes maestros de la Iglesia, dijo: “Cuando uno se convierte en poseedor del sacerdocio, se convierte en agente del Señor. Uno debe considerar su llamamiento con la perspectiva de que está en la obra del Señor”¹⁰.

Durante la Segunda Guerra Mundial, a principios de 1944, sucedió algo relacionado con el sacerdocio mientras los marines de los Estados Unidos se apoderaban del atolón Kwajalein, parte de las Islas Marshall, ubicado en el Océano Pacífico, más o menos en la parte intermedia entre Australia y Hawai. Lo que sucedió al respecto lo relató un corresponsal, no miembro de la Iglesia, que trabajaba para un periódico de Hawai. En el artículo que escribió en 1944 después de esa experiencia, explicó que él y otros corresponsales se encontraban en la segunda oleada detrás de los marines en el atolón Kwajalein. Al avanzar, se dieron cuenta de que en el agua flotaba boca abajo un soldado, era obvio que estaba gravemente herido. El agua a su alrededor estaba roja por su sangre; entonces vieron a otro soldado que iba hacia donde estaba su compañero herido. El segundo soldado también estaba herido, con el brazo izquierdo que le colgaba inútilmente a su lado. Levantó la cabeza del que flotaba en el agua para que no se ahogara. Con voz llena de pánico gritó para pedir ayuda. Los corresponsales miraron otra vez al muchacho al que estaba sosteniendo y le respondieron: “Hijo, no hay nada que podamos hacer por ese muchacho”.

“Entonces”, escribió el corresponsal, “vi algo que nunca había visto”. Ese muchacho, que también estaba gravemente herido, fue hasta la orilla con el cuerpo aparentemente inerte de su compañero, y “colocó la cabeza de éste sobre su rodilla... ¡Qué escena!, dos muchachos heridos de muerte, ambos... jóvenes limpios y bien parecidos, incluso en su angustiante situación. Ese muchacho inclinó la cabeza encima del otro y dijo: ‘Te mando, en el nombre de Jesucristo y por el poder del sacerdocio, que

permanezcas vivo hasta que encuentre ayuda médica' ". El corresponsal concluyó su artículo: "Los tres [los dos marines y yo] estamos aquí en el hospital. Los médicos no se explican [cómo es que están con vida], pero yo lo sé"¹¹.

Por doquier se pueden encontrar milagros si se entiende el sacerdocio, si su poder se honra y se utiliza debidamente, y si se ejerce la fe. Cuando la fe reemplaza la duda, cuando el servicio desinteresado elimina las intenciones egoístas, el poder de Dios lleva a cabo Sus propósitos.

El llamado del deber puede venir calladamente si los que poseemos el sacerdocio respondemos a las asignaciones que recibimos. El presidente George Albert Smith, aquel modesto pero eficaz líder, declaró: "El deber de ustedes es primeramente saber lo que el Señor desea y después, por medio del poder y de la fuerza de Su santo sacerdocio, magnificar su llamamiento [de tal modo] en la presencia de sus compañeros... que la gente estará complacida de seguirlos"¹².

Uno de esos llamados del deber, uno mucho menos espectacular, pero uno que de todas formas ayudó a salvar un alma, me llegó cuando me acababan de llamar para ser obispo. Mis responsabilidades de obispo eran muchas y variadas, y me esforcé por hacer lo que se requería de mí. En aquel entonces los Estados Unidos luchaban en una guerra diferente. Debido a que muchos de nuestros miembros prestaban servicio militar, se recibió una asignación de las Oficinas Generales de la Iglesia de que todos los obispos dieran a cada soldado una suscripción al periódico *Church News* y a la revista de la Iglesia de la época, *Improvement Era*. Además, se pidió que cada obispo escribiera una carta a cada soldado de su barrio todos los meses. Nuestro barrio tenía 23 hombres que estaban en servicio. Los quórumes del sacerdocio, con esfuerzo, aportaron los fondos para pagar las suscripciones. Yo asumí la tarea, incluso el deber, de escribir 23 cartas personales cada mes. Después de todos estos años, aún conservo copias de muchas de mis cartas y de las respuestas que recibí. Las lágrimas se asoman fácilmente al volver a leer esas cartas. Es un gozo leer otra vez en cuanto a la promesa de un soldado de vivir el Evangelio, de la decisión de un marinero de guardar la fe con su familia.

Una noche, le entregué a una hermana del barrio el conjunto de 23 cartas de ese mes. Ella tenía la asignación de hacerse cargo del correo y de mantener al día la lista de direcciones que cambiaba constantemente. Miró uno de los sobres y, con una sonrisa, preguntó: “Obispo, ¿usted nunca se desanima? Aquí hay otra carta para el hermano Bryson; ésta es la número 17 que usted le envía sin recibir respuesta”.

Le respondí: “Bueno, quizás éste sea el mes que lo haga”. Y resultó que *ése* fue el mes. Por primera vez había contestado mi carta. Su respuesta es un recuerdo, un tesoro. Él se encontraba sirviendo en un lugar lejano, aislado, echando de menos su casa y solitario. Él escribió: “Querido obispo, no soy de escribir muchas cartas”. (Yo podría haberle dicho *eso* hacía varios meses.) Continuó su carta: “Gracias por el periódico *Church News* y las revistas, pero aún más que eso, gracias por sus cartas. He cambiado mi vida; he sido ordenado presbítero en el Sacerdocio Aarónico. Mi corazón rebosa y soy un hombre feliz”.

Su obispo estaba tan feliz como el hermano Bryson. Yo había aprendido la aplicación práctica del dicho: “Haz [tu] deber; es lo mejor, y deja el resto [al] Señor”¹³.

Años más tarde, mientras asistía a la Estaca Cottonwood, Salt Lake, cuando James E. Faust servía como su presidente, conté ese relato con el afán de que se prestase más atención a nuestros soldados. Después de la reunión, un joven bien parecido se acercó, me tomó la mano y me preguntó: “Obispo Monson, ¿se acuerda de mí?”.

De pronto me di cuenta de quién era. “¡Hermano Bryson!”, exclamé, “¿Cómo está? ¿Qué cargo tiene en la Iglesia?”

Con calidez y obvio orgullo, respondió: “Estoy bien, presto servicio en la presidencia de mi quórum de élderes. Gracias otra vez por su interés en mí y por las cartas que me envió y que valoro mucho”.

Hermanos, el mundo necesita nuestra ayuda. ¿Estamos haciendo todo lo que deberíamos hacer? ¿Tenemos presentes las palabras del presidente John Taylor: “Si no magnifican sus llamamientos, Dios los hará responsables de aquellos a los que pudieron haber salvado si hubiesen cumplido con su deber”¹⁴. Hay pasos que afirmar, manos que afianzar, mentes que alentar,

corazones que inspirar y almas que salvar. Las bendiciones de la eternidad los esperan. Ustedes tienen el privilegio de no ser espectadores, sino participantes en el escenario del servicio en el sacerdocio. Prestemos oídos al conmovedor recordatorio que se encuentra en la epístola de Santiago: "...sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos"¹⁵.

Aprendamos y consideremos nuestro deber. Estemos dispuestos a servir y seamos dignos de hacerlo. En el desempeño de nuestro deber, sigamos los pasos del Maestro. Al caminar ustedes y yo por el sendero que Jesús caminó, descubriremos que Él es más que el niño de Belén, más que el hijo del carpintero, más que el maestro más grandioso que jamás haya vivido. Llegaremos a conocerlo como el Hijo de Dios, nuestro Salvador y nuestro Redentor. Cuando a Él le llegó el llamado del deber, contestó: "Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre"¹⁶. Que cada uno de nosotros haga lo mismo, lo ruego en Su santo nombre, el nombre de Jesucristo el Señor. Amén.

Notas

1. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith*, 2007, pág. 109.
2. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Wilford Woodruff*, 2004, pág. 39.
3. Véase Joseph F. Smith, *Doctrina del Evangelio*, 1978, págs. 134–135; cursiva agregada.
4. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: John Taylor*, 2001, pág. 133.
5. *Doctrina y Convenios 107:99*; cursiva agregada.
6. 1 Nefi 3:7; véase también los versículos 1–5.
7. Véase 1 Nefi 3:5.
8. Rabindranath Tagore, en William Jay Jacobs, *Mother Teresa: Helping the Poor*, 1991, pág. 42.
9. Robert Louis Stevenson, citado por Thomas S. Monson en "El sagrado llamamiento del servicio", *Liahona*, mayo de 2005, pág. 55.
10. *Stand Ye in Holy Places: Selected Sermons and Writings of President Harold B. Lee*, 1976, pág. 255.
11. Ernest Eberhard Jr., "Giving Our Young Men the Proper Priesthood Perspective", texto escrito a máquina, 19 de julio de 1971, págs. 4–5, Biblioteca de Historia de la Iglesia.
12. George Albert Smith, en Conference Report, abril de 1942, pág. 14.
13. Henry Wadsworth Longfellow, "The Legend Beautiful," en *The Complete Poetical Works of Longfellow*, 1893, pág. 258.
14. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: John Taylor*, 2001, pág. 182.
15. Santiago 1:22.
16. Moisés 4:2.

Los misericordiosos alcanzan misericordia

Por el presidente Dieter F. Uchtdorf

Segundo Consejero de la Primera Presidencia

Cuando tenemos el corazón lleno del amor de Dios, nos volvemos “benignos los unos con los otros, misericordiosos, [perdonándonos] los unos a los otros”.

Mis queridos hermanos y hermanas, no hace mucho tiempo recibí una carta de una madre preocupada que rogaba que se hablara en una conferencia general sobre un tema que beneficiaría específicamente a sus dos hijos. Había surgido entre ellos una discordia y habían dejado de hablarse. La madre estaba desconsolada y en la carta me aseguraba que un mensaje de la conferencia general sobre ese tema haría que sus hijos se reconciliaran, y todo volvería a la normalidad.

El ruego profundo y sincero de esa buena hermana fue sólo una de las impresiones que he recibido en estos últimos meses de que debo decir hoy unas palabras sobre un tema que es cada vez de mayor preocupación, no sólo para una madre preocupada sino para muchas personas de la Iglesia y, ciertamente, del mundo.

Me ha impresionado la fe que esa madre amorosa tiene en el hecho de que un discurso de la conferencia general podría contribuir a mejorar la relación entre sus hijos. Estoy seguro de que su confianza no se basaba tanto en la habilidad de los discursantes como en “la virtud de la palabra de Dios” que tiene “un efecto más potente en la mente del pueblo que... cualquier otra cosa”¹. Querida hermana, ruego que el Espíritu toque el corazón de sus hijos.

Cuando las relaciones se deterioran

Las relaciones tensas y rotas son tan antiguas como la humanidad misma. Caín de antaño fue el primero en dejar que el cáncer de la amargura y la malicia le corrompiera el corazón; cultivó el terreno de su alma con envidia y odio, y permitió que esos sentimientos maduraran en él hasta hacer lo inconcebible: asesinar a su propio hermano y convertirse, en el proceso, en el padre de las mentiras de Satanás².

Desde aquellos primeros días, el espíritu de envidia y odio ha desencadenado algunos de los más trágicos sucesos de la historia: puso a Saúl en contra de David, a los hijos de Jacob en contra de su hermano José, a Lamán y Lemuel en contra de Nefi y a Amalickíah en contra de Moroni.

Imagino que toda persona sobre la tierra ha sido afectada de algún modo por el espíritu destructivo de la contención, el resentimiento y la venganza. Quizás haya ocasiones en las que reconozcamos ese espíritu en nosotros mismos. Cuando nos sentimos heridos, enojados o llenos de envidia, es muy fácil juzgar a otras personas y a menudo achacarles a sus acciones motivaciones tenebrosas a fin de justificar nuestros propios sentimientos de rencor.

La doctrina

Por supuesto, sabemos que eso está mal. La doctrina es clara: todos dependemos del Salvador; ninguno de nosotros puede salvarse sin Él. La expiación de Cristo es infinita y eterna. El perdón de *nuestros* pecados tiene condiciones: debemos arrepentirnos y estar dispuestos a perdonar a los demás. Jesús enseñó: "...debéis perdonaros los unos a los otros; pues el que no perdona... queda condenado ante el Señor, porque en él permanece el mayor pecado"³, y "Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia"⁴.

Naturalmente, esas palabras parecen perfectamente lógicas... cuando se aplican a otra persona. Cuando *los demás* juzgan y guardan rencor, vemos muy clara y fácilmente los resultados dañinos que eso produce; y por cierto, no nos gusta que la gente nos juzgue a nosotros.

Pero cuando se trata de nuestros propios prejuicios y agravios, demasiadas veces justificamos nuestro enojo como justo y nuestro juicio como fidedigno y apropiado. Aunque no podemos ver el corazón de los demás, suponemos que podemos reconocer una motivación maliciosa o incluso a una mala persona en cuanto los vemos. Cuando se trata de nuestra propia amargura, hacemos excepciones porque pensamos que, en nuestro caso, tenemos toda la información necesaria para considerar a alguien con desdén.

En su epístola a los romanos, el apóstol Pablo dijo que quienes juzgan a los demás “no [tienen] excusa”; y explicó que en el momento en que juzgamos a otro nos condenamos a nosotros mismos, puesto que nadie está sin pecado⁵. El negarnos a perdonar es un grave pecado, uno del cual el Salvador nos advirtió. Los propios discípulos de Jesús “buscaron motivo el uno contra el otro, y no se perdonaron unos a otros en su corazón; y por esta maldad fueron afligidos y disciplinados con severidad”⁶.

Nuestro Salvador ha hablado tan claramente sobre este tema que no da lugar a la interpretación personal: “Yo, el Señor, perdonaré a quien sea mi voluntad perdonar”, pero después dijo: “...a vosotros os es *requerido* perdonar a todos los hombres”⁷.

Permítanme hacer una aclaración: cuando el Señor nos requiere perdonar a todos los hombres, eso incluye perdonarnos a nosotros mismos. A veces, la persona más difícil de perdonar entre toda la gente del mundo, y quizás la que más necesite nuestro perdón, es la persona que se refleja en el espejo.

En resumidas cuentas

Este tema de juzgar a los demás en realidad podría enseñarse con un sermón de tres palabras. Cuando se trate de odiar, chismear, ignorar, ridiculizar, sentir rencor o el deseo de infligir daño, por favor apliquen lo siguiente:

¡Dejen de hacerlo!

Es así de sencillo. Simplemente debemos dejar de juzgar a otros y remplazar los pensamientos y sentimientos de crítica con un corazón lleno de amor por Dios y por Sus hijos. Dios es nuestro Padre, nosotros somos Sus hijos, todos somos hermanos y hermanas. No sé exactamente cómo expresar este asunto de *no juzgar a los demás* con la suficiente elocuencia, pasión y persuasión

para que se grave en ustedes. Podría citarles pasajes de las Escrituras, podría tratar de explicar a fondo la doctrina e incluso citar una calcomanía que vi hace poco que estaba pegada en la parte de atrás de un auto cuyo conductor parecía un tanto rústico, pero las palabras de la calcomanía me enseñaron una gran lección; decía: “No me juzgues por pecar de manera distinta a la tuya”.

Debemos reconocer que todos somos imperfectos, que somos mendigos ante Dios. ¿No nos hemos todos acercado sumisamente al trono de misericordia, en un momento u otro, para suplicar gracia? ¿No hemos anhelado con toda la energía de nuestra alma recibir misericordia y ser perdonados por los errores y pecados que hemos cometido?

Ya que todos dependemos de la misericordia de Dios, ¿cómo podemos negar a los demás toda porción de esa gracia que tan desesperadamente deseamos para nosotros? Mis queridos hermanos y hermanas, ¿no deberíamos perdonar así como deseamos que se nos perdone?

El amor de Dios

¿Es eso difícil de hacer?

Sí, claro que lo es.

El perdonar, ya sea a nosotros mismos o a los demás, no es fácil. De hecho, para la mayoría de nosotros implica tener un importante cambio de actitud y en la manera de pensar, incluso un cambio de corazón. Pero hay buenas nuevas al respecto: ese “potente cambio”⁸ de corazón es exactamente lo que el Evangelio de Jesucristo tiene como objeto producir en nuestra vida.

¿Cómo se logra? Mediante el amor de Dios.

Cuando tenemos el corazón lleno del amor de Dios, nos ocurre algo bueno y puro. Guardamos “sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo”⁹.

Cuanto más permitamos que el amor de Dios gobierne nuestra mente y nuestras emociones, cuanto más dejemos que el amor por nuestro Padre Celestial nos llene el corazón, más fácil nos resultará amar a los demás con el amor puro de Cristo. Al abrir nuestro corazón al resplandeciente amanecer del amor de

Dios, la oscuridad y el frío del resentimiento y la envidia con el tiempo se disiparán.

Como siempre, Cristo es nuestro ejemplo. En Sus enseñanzas y en Su vida, Él nos mostró el camino. Él perdonó al inicuo, al insolente y a los que procuraron lastimarlo y hacerle daño.

Jesús dijo que es fácil amar a los que nos aman; incluso los malos pueden *hacerlo*. Pero Jesucristo enseñó una ley superior. Sus palabras hacen eco a través de los siglos y se dirigen a nosotros hoy; son para todos los que deseen ser Sus discípulos, son para ustedes y para mí: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen”¹⁰.

Quando tenemos el corazón lleno del amor de Dios, nos volvemos “benignos los unos con los otros, misericordiosos, [perdonándonos] los unos a los otros, como también Dios [nos] perdonó a [nosotros] en Cristo”¹¹.

El amor puro de Cristo elimina las escamas del resentimiento y la ira de nuestros ojos, dejándonos ver a los demás en la forma en que nuestro Padre Celestial nos ve: como seres mortales imperfectos y con fallas, que tienen potencial y valía más allá de lo que nos es posible imaginar. En virtud de que Dios nos ama tanto, nosotros también debemos amarnos y perdonarnos los unos a los otros.

Las características del discípulo

Mis queridos hermanos y hermanas, consideren las siguientes preguntas como una prueba introspectiva:

¿Le guardan rencor a alguien?

¿Cuentan chismes aunque lo que digan pueda ser verdad?

¿Excluyen a otras personas, se apartan de ellas o las castigan por algo que ellas han hecho?

¿Envidian en secreto a otra persona?

¿Sienten deseos de hacerle daño a alguien?

Si contestaron afirmativamente a cualquiera de esas preguntas, tal vez deberían aplicar el sermón de tres palabras que mencioné antes: ¡Dejen de hacerlo!

En un mundo lleno de acusaciones y enemistad es fácil juntar y arrojar piedras; pero antes de hacerlo, recordemos las palabras

del que es nuestro Maestro y modelo: “El que de entre vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra”¹².

Hermanos y hermanas, deshagámonos de nuestras piedras.

Seamos bondadosos.

Perdonemos.

Hablemos pacíficamente el uno con el otro.

Dejemos que el amor de Dios nos llene el corazón.

“Hagamos bien a todos”¹³.

El Salvador prometió esto: “Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosante... porque con la misma medida [que uséis], se os volverá a medir”¹⁴.

¿No debería ser esta promesa suficiente para que siempre concentremos nuestros esfuerzos en la bondad, el perdón y la caridad en lugar de en un comportamiento negativo?

Como discípulos de Jesucristo, devolvamos bien por mal¹⁵.

No busquemos venganza ni permitamos que la ira nos domine.

“...escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor.

“Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber...”

“No seas vencido por el mal, sino vence el mal con el bien”¹⁶.

Recuerden: al final son los misericordiosos quienes alcanzan misericordia¹⁷.

Por ser miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, dondequiera que estemos, que se nos conozca como una gente que tiene “amor los unos por los otros”¹⁸.

Ámense unos a otros

Hermanos y hermanas, en esta vida hay bastante aflicción y dolor sin que agreguemos más con nuestra terquedad, amargura y resentimiento.

No somos perfectos.

La gente que nos rodea no es perfecta¹⁹. Las personas hacen cosas que molestan, decepcionan y enojan; en esta vida mortal siempre será así.

No obstante, debemos librarnos de nuestros resentimientos. Parte del propósito de la vida terrenal es aprender a liberarnos de esas cosas. *Ésa es la manera del Señor.*

Recuerden que el cielo está lleno de aquellos que tienen esto en común: Han sido perdonados y perdonan.

Pongan su carga a los pies del Salvador; dejen de juzgar. Permitan que la expiación de Cristo los cambie y les sane el corazón. Ámense el uno al otro; perdónense el uno al otro.

Los misericordiosos alcanzarán misericordia.

De ello testifico, en el nombre de Aquél que amó de forma tan íntegra y tan completa que dio Su vida por nosotros, Sus amigos, en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

- | | |
|--|--|
| 1. Alma 31:5. | 10. Mateo 5:44; véanse también los versículos 45–47. |
| 2. Véase Moisés 5:16–32. | 11. Efesios 4:32. |
| 3. Doctrina y Convenios 64:9. | 12. Juan 8:7. |
| 4. Mateo 5:7. | 13. Gálatas 6:10. |
| 5. Véase Romanos 2:1. | 14. Lucas 6:38. |
| 6. Doctrina y Convenios 64:8. | 15. Véase Mateo 5:39–41. |
| 7. Doctrina y Convenios 64:10; cursiva agregada. | 16. Romanos 12:19–21. |
| 8. Mosiah 5:2. | 17. Véase Mateo 5:7. |
| 9. 1 Juan 5:3–4. | 18. Juan 13:35. |
| | 19. Véase Romanos 3:23. |

Demos gracias a Dios

Por el élder Russell M. Nelson

Del Quórum de los Doce Apóstoles

¡Cuánto mejor sería si todos pudiéramos ser más conscientes de la providencia y del amor de Dios y expresar esa gratitud hacia Él!

Estimados hermanos y hermanas, les agradecemos su apoyo y su devoción constantes. Expresamos nuestra gratitud y amor a cada uno de ustedes.

Hace poco, mi esposa y yo disfrutábamos de la belleza de los peces tropicales en un pequeño acuario privado. Los peces de vívidos colores y una variedad de formas y tamaños iban y venían. Le pregunté a la encargada, que estaba cerca: “¿Quién alimenta a estos hermosos peces?”.

Ella respondió: “Yo”.

Entonces, pregunté: “¿Le han dado las gracias alguna vez?”.

Ella contestó: “¡Todavía no!”.

Pensé en algunas personas que conozco que son igual de ajenas a Su Creador y a Su verdadero “pan de vida”¹, que viven día a día sin ser conscientes de Dios y de Su bondad para con ellos.

¡Cuánto mejor sería si todos pudiéramos ser más conscientes de la providencia y del amor de Dios y expresáramos esa gratitud hacia Él! Ammón enseñó: “Demos gracias a [Dios], porque él obra rectitud para siempre”². Nuestro nivel de gratitud es una medida de nuestro amor por Él.

Dios es el Padre de nuestros espíritus³. Él tiene un cuerpo glorificado y perfecto de carne y huesos⁴. Vivíamos con Él en los cielos antes de que naciéramos⁵; y cuando nos creó físicamente, fuimos creados a la imagen de Dios, cada uno con un cuerpo propio⁶.

Piensen en nuestro sustento físico. Es en verdad un regalo del cielo. Las necesidades de aire, comida y agua, todas ellas vienen a nosotros como regalos de un amoroso Padre Celestial. La tierra fue creada para apoyar nuestra breve jornada en la vida terrenal⁷. Nacimos con la capacidad de crecer, amar, casarnos y formar familias.

El matrimonio y la familia son ordenados por Dios. La familia es la unidad social más importante en esta vida y en la eternidad. Bajo el gran plan de felicidad de Dios, las familias pueden sellarse en los templos y prepararse para regresar a morar en Su santa presencia para siempre. ¡Eso es la vida eterna! Satisface los deseos más profundos del alma humana: el anhelo natural de una asociación sin fin con los queridos miembros de la familia de uno.

Somos parte de Su propósito divino: “Mi obra y mi gloria”, Él dijo, es “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre”⁸. Para lograr esos objetivos, “...de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna”⁹. Ese acto fue una manifestación suprema del amor de Dios. “Porque no envió [Él] a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”¹⁰.

El aspecto central del plan eterno de Dios es la misión de Su Hijo Jesucristo¹¹. Él vino para redimir a los hijos de Dios¹². Gracias a la expiación del Señor, la Resurrección (o inmortalidad) pasó a ser una realidad¹³. Debido a la Expiación, la vida eterna pasó a ser una posibilidad para todo el que cumpla los requisitos. Jesús lo explicó así:

“Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.

“Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá jamás”¹⁴.

Por la expiación del Señor y Su dádiva de la Resurrección, por este sublime mensaje de Pascua, ¡demostramos gracias a Dios!

Dones físicos

Nuestro Padre Celestial ama a Sus Hijos¹⁵. Él ha bendecido a cada uno con dones físicos y espirituales. Permítanme hablar de cada uno de ellos. Cuando canten “Soy un hijo de Dios”, piensen en el don del cuerpo físico que Él les ha dado. Los muchos

atributos admirables del cuerpo de ustedes atestiguan su propia "naturaleza divina"¹⁶.

Cada órgano de nuestro cuerpo es un don maravilloso de Dios. Cada ojo tiene un lente que puede auto enfocarse. Los nervios y músculos controlan a los dos ojos para crear una imagen tridimensional única. Los ojos están conectados al cerebro, que registra lo que se ve.

El corazón es una bomba increíble¹⁷. Tiene cuatro delicadas válvulas que controlan la dirección del flujo sanguíneo. Esas válvulas se abren y se cierran más de 100.000 veces al día, 36 millones de veces al año. Aún así, a menos que sufran daño por alguna enfermedad, son capaces de soportar esa tensión casi indefinidamente.

Piensen en el sistema de defensa del cuerpo. Para protegerlo de daños, percibe el dolor. En respuesta a la infección, genera anticuerpos. La piel brinda protección; advierte en contra del daño que podrían ocasionar el calor o el frío excesivos.

El cuerpo renueva sus propias células dañadas y regula los niveles de sus propios ingredientes vitales. El cuerpo cicatriza sus laceraciones, moretones y huesos fracturados. Su capacidad para la reproducción es otro don sagrado de Dios.

Debemos recordar que no se requiere un cuerpo perfecto para lograr nuestro destino divino. De hecho, algunos de los espíritus más dulces se hospedan en cuerpos débiles o imperfectos. A menudo, la gente que tiene dificultades físicas desarrolla una gran fortaleza espiritual, precisamente debido al desafío que afronta.

Cualquiera que estudie las funciones del cuerpo humano seguramente ha "...visto a Dios obrando en su majestad y poder"¹⁸. Puesto que el cuerpo es gobernado por la ley divina, cualquier curación viene por obediencia a la ley sobre la cual esa bendición se basa¹⁹.

Aún así, algunas personas piensan erróneamente que esos maravillosos atributos físicos ocurrieron por casualidad o fueron el resultado de una gran explosión en algún lugar. Pregúntense: "¿Podría una explosión en una imprenta producir un diccionario?". La probabilidad es de lo *más* remota; pero si así

fuera, ¡nunca podría curar sus páginas rotas o imprimir sus propias ediciones nuevas!

Si la capacidad del cuerpo para su función normal, defensa, reparación, regulación y regeneración prevaleciera sin límites, la vida aquí continuaría perpetuamente. Sí, ¡estaríamos estancados aquí en la tierra! De modo misericordioso para nosotros, nuestro Creador proporcionó el envejecimiento y otros procesos que a final de cuentas resultarán en nuestra muerte física. La muerte, como el nacimiento, es parte de la vida. En las Escrituras se enseña que "...no era prudente que el hombre fuera rescatado de esta muerte temporal, porque esto habría destruido el gran plan de felicidad"²⁰. Regresar a Dios mediante el portal que llamamos muerte es un gozo para aquellos que lo amamos y estamos preparados para reunirnos con Él²¹. Al fin y al cabo, el tiempo vendrá cuando cada "espíritu y... cuerpo serán reunidos otra vez en... perfecta forma; los miembros así como las coyunturas serán restaurados a su perfecta forma"²², para nunca más estar separados. Por esos dones físicos, ¡demostramos gracias a Dios!

Dones espirituales

A pesar de lo importante que es, el cuerpo sirve de tabernáculo para nuestro espíritu eterno. Nuestros espíritus existían en el mundo premortal²³ y continuarán viviendo después de que muera el cuerpo²⁴. El espíritu proporciona animación y personalidad al cuerpo²⁵. En esta vida y en la venidera, cuando el espíritu y el cuerpo se juntan, llegan a ser un alma viviente de valor supremo.

Puesto que el espíritu de uno es tan importante, su desarrollo es de consecuencias eternas. Éste se fortalece al comunicarnos en humilde oración con nuestro amado Padre Celestial²⁶.

Los atributos por los cuales seremos juzgados un día son todos espirituales²⁷. Estos incluyen el amor, la virtud, la integridad, la compasión y el servicio a los demás²⁸. Su espíritu unido a su cuerpo y alojado en él, puede desarrollar y manifestar esos atributos de maneras que son vitales para su progreso eterno²⁹. El progreso espiritual se obtiene mediante los pasos de la fe, el arrepentimiento, el bautismo, el don del Espíritu Santo y el perseverar hasta el fin, y comprende las ordenanzas de la investidura y del sellamiento en el santo templo³⁰.

Tal como el cuerpo requiere alimento diario para sobrevivir, el espíritu también necesita nutrición. El espíritu se nutre de la verdad eterna. El año pasado celebramos el aniversario número cuatrocientos de la traducción al inglés de la versión del Rey Santiago de la Santa Biblia, y hemos tenido el Libro de Mormón casi 200 años, libro que se ha traducido, en su totalidad o en parte, a 107 idiomas. Debido a éstas y otras preciadas Escrituras, sabemos que Dios es nuestro Padre Eterno y que Su Hijo Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor. Por estos dones espirituales, ¡demostramos gracias a Dios!

Dones del Evangelio

Sabemos que los profetas de muchas dispensaciones, tales como Adán, Noé, Moisés y Abraham, enseñaron todos sobre la divinidad de nuestro Padre Celestial y de Jesucristo. El Padre Celestial y Jesucristo dieron inicio a nuestra dispensación actual cuando se le aparecieron al profeta José Smith en 1820. La Iglesia fue organizada en 1830. Ahora, 182 después, seguimos bajo convenio de llevar el Evangelio a “toda nación, tribu, lengua y pueblo”³¹. Si así lo hacemos, tanto los que lo lleven como los que lo reciban serán bendecidos.

Nuestra es la responsabilidad de enseñar a los hijos de Él y de despertarlos al conocimiento de Dios. Hace mucho tiempo, el rey Benjamín dijo:

“Creed en Dios; creed que él existe, y que creó todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra; creed que él tiene toda sabiduría y todo poder, tanto en el cielo como en la tierra...

“... creed que debéis arrepentiros de vuestros pecados, y abandonarlos, y humillaros ante Dios, y pedid con sinceridad de corazón que él os perdone; y ahora bien, si creéis todas estas cosas, mirad que las hagáis”³².

Dios es el mismo ayer, hoy y para siempre, pero nosotros no. Cada día, nuestro reto es acceder al poder de la Expiación, de manera que podamos cambiar verdaderamente, ser más como Cristo y ser merecedores del don de la exaltación y vivir eternamente con Dios, con Jesucristo y con nuestras familias³³. Por esos poderes, privilegios y dones del Evangelio, ¡demostramos gracias a Dios!

Testifico que Él vive, que Jesús es el Cristo y que ésta es Su Iglesia, restaurada en estos últimos días para lograr su destino eterno. Hoy somos guiados por el presidente Thomas S. Monson, a quien amamos y sostenemos con todo nuestro corazón, así como sostenemos a sus consejeros y a los Doce Apóstoles como profetas, videntes y reveladores. De ello testifico en el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Juan 6:35, 48; véase también el versículo 51.
2. Alma 26:8; véase también Alma 7:23.
3. Véase Hechos 17:27–29.
4. Véase Doctrina y Convenios 130:22.
5. Véase Moisés 6:51; Romanos 8:16; Hebreos 12:9; Jeremías 1:4–5.
6. Véase Génesis 2:7; 1 Corintios 15:44; Moisés 3:7.
7. Véase 1 Nefi 17:36.
8. Moisés 1:39.
9. Juan 3:16.
10. Juan 3:17.
11. Sus propósitos se resumen de manera concisa en 3 Nefi 27:13–22.
12. Véase Alma 11:40.
13. Véase 2 Nefi 9:6–7, 20–22.
14. Juan 11:25–26.
15. Véase 1 Nefi 17:40; 1 Juan 4:10.
16. 2 Pedro 1:4.
17. El corazón bombea unos 7.570 litros (2.000 galones) por día.
18. Doctrina y Convenios 88:47.
19. Véase Doctrina y Convenios 130:21. En verdad, esa ley divina es indisputable.
20. Alma 42:8.
21. El salmista expresó el punto de vista de la Deidad: “Estimada ante los ojos de Jehová es la muerte de sus santos” (Salmo 116:15); véase también Eclesiastés 12:7.
22. Alma 11:43; véase también Eclesiastés 12:7; Alma 40:23; Doctrina y Convenios 138:17.
23. Véase Doctrina y Convenios 93:38.
24. Véase Alma 40:11; Abraham 3:18.
25. El espíritu es a semejanza de la persona (véase Doctrina y Convenios 77:2).
26. Véase 3 Nefi 14:9–11.
27. El espíritu, no el cuerpo, es el componente activo y responsable del alma. Sin el espíritu, el cuerpo está muerto (véase Santiago 2:26). Por lo tanto, es el espíritu el que elige lo bueno o lo malo, y será tenido por responsable tanto de los atributos positivos como de los atributos negativos que posea en el Juicio final (véase Alma 41:3–7).
28. Los atributos espirituales también incluyen “la fe, la virtud, el conocimiento, la templanza, la paciencia, la bondad fraternal, piedad, caridad, humildad [y] diligencia” (Doctrina y Convenios 4:6).
29. Véase 2 Nefi 2:11–16, 21–26; Moroni 10:33–34.
30. Ésta es la doctrina de Cristo (véase 2 Nefi 31:11–21).
31. Mosiah 15:28; véase también 1 Nefi 19:17; 2 Nefi 26:13; Mosiah 3:20; 15:28; 16:1; Alma 37:4; Doctrina y Convenios 1:18–23; 77:11; 133:37.
32. Mosiah 4:9–10.
33. “...la vida eterna... es el mayor de todos los dones de Dios” (Doctrina y Convenios 14:7).

Lecciones especiales

Por el élder Ronald A. Rasband

De la Presidencia de los Setenta

Es mi esperanza y mi ruego que sigamos sobrellevando noblemente nuestras cargas y tendamos una mano a los que sufren... entre nosotros.

Durante los últimos 20 meses, nuestra familia ha sido bendecida con el privilegio de tener un bebé muy especial.

El pequeño Paxton, nuestro nieto, nació con una eliminación cromosómica parcial muy inusual, un trastorno genético que literalmente lo distingue a él entre cientos de millones de personas. Cuando Paxton nació, nuestra hija y su marido empezaron una trayectoria desconocida que les cambió la vida. Esa experiencia se ha convertido en una prueba para aprender lecciones especiales vinculadas a la eternidad.

Nuestro querido élder Russell M. Nelson, quien nos acaba de hablar, ha enseñado:

“Por razones en general desconocidas, algunas personas nacen con limitaciones físicas: puede que partes específicas del cuerpo sean anormales o puede haber un desequilibrio en los sistemas reguladores. Además, todos nuestros cuerpos están sujetos a la enfermedad y a la muerte; no obstante, el don de un cuerpo físico es invaluable...”

“No se requiere un cuerpo perfecto para alcanzar un destino divino; de hecho, algunos de los espíritus más dulces se alojan en cuerpos frágiles...”

“Finalmente, vendrá el tiempo cuando cada ‘espíritu y... cuerpo serán reunidos... en su perfecta forma; los miembros así como las coyunturas serán restaurados a su propia forma’ (Alma 11:43). Entonces, gracias a la expiación de Jesucristo, llegaremos a perfeccionarnos en Él”¹.

A todos los que tengan desafíos, dudas, desilusiones o angustias con un ser querido, sepan esto: Dios, nuestro Padre Celestial, ama al que padece la aflicción y los ama a ustedes con amor infinito y compasión eterna.

Al afrontar ese tipo de sufrimiento, algunos podrían preguntarse: ¿Cómo puede el Dios Todopoderoso dejar que esto suceda? Y después, la pregunta que parece inevitable: ¿Por qué me pasó esto a mí?. ¿Por qué debemos pasar por enfermedades y circunstancias que ocasionan discapacidad o hacen que preciados miembros de la familia partan prematuramente o que se extiendan sus años de dolor? ¿Por qué existen los pesares?

En esos momentos podemos considerar el gran plan de felicidad creado por nuestro Padre Celestial. Ese plan, cuando se presentó en la vida preterrenal, causó que todos nos regocijáramos². En pocas palabras, esta vida es un aprendizaje para la exaltación eterna, y ese proceso implica pruebas y dificultades. Siempre ha sido así, y nadie está exento.

Confiar en la voluntad de Dios es fundamental para nuestro estado mortal. Con fe en Él, nos valemos del poder de la expiación de Cristo en los momentos en que los interrogantes son muchos y las respuestas son pocas.

Después de Su resurrección, cuando visitó las Américas, nuestro Salvador Jesucristo se dirigió a todos con esta invitación:

“¿Tenéis enfermos entre vosotros? Traedlos aquí. ¿Tenéis cojos, o ciegos, o lisiados, o mutilados, o leprosos, o atrofiados, o sordos, o quienes estén afligidos de manera alguna? Traedlos aquí y yo los sanaré, porque tengo compasión de vosotros; mis entrañas rebosan de misericordia...

“Y sucedió que cuando hubo hablado así, toda la multitud, de común acuerdo, se acercó, con sus enfermos, y sus afligidos, y sus cojos, y sus ciegos, y sus mudos, y todos los que padecían cualquier aflicción; y los sanaba a todos, según se los llevaban”³.

Se puede hallar gran fortaleza en las palabras “toda la multitud... se acercó”; es decir, *todos*, hermanos y hermanas. *Todos* afrontamos dificultades. Y después la frase: “que padecían cualquier aflicción”. Todos nos sentimos identificados, ¿no es así?

Poco después de nacer el precioso Paxton, supimos que nuestro Padre Celestial nos bendeciría y nos enseñaría lecciones

especiales. Cuando su padre y yo pusimos nuestros dedos sobre su pequeña cabecita, en la primera de muchas bendiciones del sacerdocio, las palabras del noveno capítulo de Juan vinieron a mi mente: "...para que las obras de Dios se manifestasen en él"⁴.

Definitivamente, las obras de Dios se están manifestando por medio de Paxton.

Estamos aprendiendo paciencia, fe y gratitud por medio del bálsamo del servicio, de las interminables horas de intensas emociones, de las lágrimas de empatía y de las oraciones y expresiones de amor a favor de los seres queridos que tienen necesidad, en especial por Paxton y sus padres.

El presidente James E. Faust, mi presidente de estaca en mi niñez, dijo: "Siento gran aprecio por los padres que sobrellevan y superan estoicamente su angustia y su dolor por un hijo que ha nacido con, o que ha desarrollado, una seria enfermedad física o mental. Esa angustia y dolor muchas veces se prolongan sin descanso a lo largo de toda la vida de los padres o del hijo. A menudo, los padres tienen que prestar atención sobrehumana constante, día y noche. Los brazos y el corazón de muchas madres han dolido sin cesar por años, dando consuelo y aliviando el sufrimiento de su hijo especial"⁵.

Como se describe en Mosíah, hemos sido testigos del amor puro del Salvador que se da a la familia de Paxton, un amor que está al alcance de todos: "Y aconteció que las cargas que se imponían sobre Alma y sus hermanos fueron aliviadas; sí, el Señor los fortaleció de modo que pudieron soportar sus cargas con facilidad, y se sometieron alegre y pacientemente a toda la voluntad del Señor"⁶.

Una noche, en los primeros días de vida de Paxton, estábamos en la unidad de cuidados intensivos neonatales del extraordinario hospital Primary Children's Medical Center de Salt Lake City, Utah, maravillados por la atención abnegada e ininterrumpida que prestaban médicos, enfermeras y otros que lo cuidaban. Le pregunté a mi hija cómo íbamos a pagar todo eso, y me atreví a hacer un cálculo de lo que costaría. Un médico que estaba cerca me indicó que mi cálculo era "muy bajo", y que la atención del pequeño Paxton costaría mucho más de lo que yo había calculado. Nos enteramos de que la mayor parte del costo

de la atención prestada en ese hospital se cubriría gracias a las generosas donaciones de tiempo y de dinero de otras personas. Sus palabras me llenaron de humildad al pensar en el valor que tenía esa diminuta alma para aquellos que esmeradamente velaban por él.

Recordé un conocido pasaje misional de las Escrituras que adquirió un nuevo significado: “Recordad que el valor de las almas es grande a la vista de Dios”⁷.

Lloré mientras reflexionaba en el ilimitado amor que nuestro Padre Celestial y Su Amado Hijo Jesucristo tienen por cada uno de nosotros, mientras aprendía de una manera poderosa el valor que tiene un alma para Dios, tanto física como espiritualmente.

La familia de Paxton ha descubierto que están rodeados de un sinnúmero de ángeles ministrantes celestiales y terrenales. Algunos han venido calladamente a ayudar cuando ha sido necesario y han partido en silencio. Otros han llegado a la puerta con comida, han lavado la ropa, han recogido a los hermanitos, han llamado por teléfono con palabras de aliento y, sobre todo, han orado por Paxton. De ellos se aprendió otra lección especial: Si encuentran a una persona que se está ahogando, ¿le preguntarían si necesita ayuda o sería mejor lanzarse a las profundas aguas y salvarla?. El ofrecimiento “avíseme si puedo ayudar”, aunque se da con buenas intenciones, en realidad no ayuda en nada.

Seguimos aprendiendo el valor importante que tiene el estar al tanto de la vida de quienes nos rodean y demostrar interés, al aprender no sólo la importancia de brindar ayuda, sino también la inmensa alegría que sobreviene al ayudar a los demás.

Nuestro querido presidente Thomas S. Monson, que es un magnífico ejemplo de levantar a los afligidos, dijo: “Dios bendiga a todos los que procuran ser el guarda de su hermano, que contribuyen a mitigar el sufrimiento, que se esfuerzan con todo lo bueno que tienen dentro de sí para hacer un mundo mejor. ¿Han notado que esas personas tienen una sonrisa más radiante? Sus pasos son más seguros. Ellos tienen un aura de alegría y satisfacción, pues uno no puede participar en ayudar a los demás sin recibir uno mismo una rica bendición”⁸.

A pesar de que afrontaremos pruebas, adversidades, discapacidades, angustias y toda clase de aflicciones, nuestro bondadoso y amoroso Salvador siempre estará allí para nosotros. Él ha prometido:

“No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros...”

“La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo”⁹.

Estamos muy agradecidos a nuestro Padre Celestial por nuestro campeón Paxton. El Señor ha manifestado sus obras por medio de él, y nos sigue enseñando esas valiosas, sagradas y especiales lecciones.

Me gustaría concluir con las palabras de un preciado himno:

Somos los soldados que combaten error.

¡Qué dicha es! ¡Qué dicha es!

Nos espera la corona del vencedor;

*La recibiremos al ganar*¹⁰.

Hermanos y hermanas, es mi esperanza y mi ruego que sigamos sobrellevando noblemente nuestras cargas y tendamos una mano a los que sufren y necesitan ser levantados y alentados entre nosotros. Que cada uno de nosotros dé gracias a Dios por sus bendiciones y renueve su compromiso con nuestro Padre Celestial de servir humildemente a Sus hijos. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Russell M. Nelson, “Somos hijos de Dios”, *Liahona*, enero de 1999, pág. 103.
2. Véase Job 38:7.
3. 3 Nefi 17:7, 9.
4. Juan 9:3.
5. Véase James E. Faust, “Las obras de Dios”, *Liahona*, enero de 1985, pág. 46.
6. Mosiah 24:15.
7. Doctrina y Convenios 18:10.
8. Thomas S. Monson, “Our Brothers’ Keepers”, *Ensign*, junio de 1998, pág. 39.
9. Juan 14:18, 27.
10. “Somos los soldados”, *Himnos*, N° 162.

La visión de los profetas en cuanto a la Sociedad de Socorro: fe, familia, socorro

Por **Julie B. Beck**

Presidenta General de la Sociedad de Socorro

Fe, familia y socorro— estas tres sencillas palabras han llegado a expresar la visión que los profetas tienen para las hermanas de la Iglesia.

En años recientes he sentido la impresión de hablar con frecuencia acerca de la Sociedad de Socorro: sus propósitos y sus cualidades¹, el valor de su historia², su obra y su relación con los obispos y los quórumes del Sacerdocio de Melquisedec³. Ahora parece importante centrar un poco de atención en la visión que los profetas tienen en cuanto a la Sociedad de Socorro⁴.

Así como los profetas del Señor han enseñado continuamente a los élderes y a los sumos sacerdotes sus propósitos y deberes, ellos han compartido su visión en cuanto a las hermanas de la Sociedad de Socorro. De su consejo, queda claro que los propósitos de la Sociedad de Socorro son: aumentar la fe y la rectitud personales, fortalecer a las familias y los hogares, y buscar y ayudar a los necesitados. *Fe, familia y socorro*; estas tres sencillas palabras han llegado a expresar la visión que los profetas tienen para las hermanas de la Iglesia.

Desde el comienzo de la Restauración, los profetas han compartido su visión de mujeres firmes, fieles y resueltas, quienes entienden su valía y propósito eternos. Cuando el profeta José Smith estableció la Sociedad de Socorro, mandó a la primera presidenta que “[presidiera] sobre esta Sociedad en el cuidado de los pobres al satisfacer sus necesidades y atender a los diversos

asuntos de la institución”⁵. La visión que tenía de la organización era que fuera “una sociedad selecta, separada de todas las iniquidades del mundo”⁶.

Brigham Young, el segundo Presidente de la Iglesia, mandó a sus consejeros y al Quórum de los Doce Apóstoles que instruyeran a los obispos a que “[dispusieran] que [las hermanas organizaran] Sociedades de Socorro [Femeninas]... en los diversos barrios”. Y agregó: “Algunos podrían pensar que esto es algo trivial, pero no lo es”⁷.

Más tarde, el presidente Joseph F. Smith dijo que en comparación con las organizaciones del mundo que “son establecidas por el hombre o la mujer”, la Sociedad de Socorro “es divinamente creada, divinamente autorizada, divinamente instituida, divinamente ordenada por Dios”⁸. El presidente Joseph Fielding Smith dijo a las hermanas que habían “recibido poder y autoridad para hacer muchísimas cosas”⁹. Él dijo: “Ustedes son miembros de la más grandiosa organización de mujeres del mundo, una organización que es parte vital del reino de Dios sobre la tierra y cuyo diseño y funcionamiento ayuda a sus miembros fieles a obtener la vida eterna en el reino de nuestro Padre”¹⁰.

Una extensa esfera de influencia

Todos los años, cientos de miles de mujeres y mujeres jóvenes llegan a formar parte de este “círculo de hermanas”¹¹ en constante expansión. A partir de entonces, dondequiera que viva una hermana y doquiera que sirva, retiene su calidad de miembro y su asociación en la Sociedad de Socorro¹². Debido a los importantes propósitos de la Sociedad de Socorro, la Primera Presidencia ha expresado su deseo de que las mujeres jóvenes comiencen su preparación para la Sociedad de Socorro mucho antes de que cumplan los 18 años¹³.

La Sociedad de Socorro no es un programa; es una parte oficial de la Iglesia del Señor que está “divinamente ordenada por Dios” para enseñar, fortalecer e inspirar a las hermanas en su objetivo en cuanto a la fe, la familia y el socorro. La Sociedad de Socorro es un modo de vida para las mujeres Santos de los Últimos Días y su influencia se extiende más allá de una clase dominical o de una reunión social. Sigue el modelo de las

discípulas que sirvieron con el Señor Jesucristo y Sus apóstoles en Su iglesia antigua¹⁴. Se nos ha enseñado que “Es tan obligatorio para la mujer el incorporar en su vida las virtudes inculcadas por la Sociedad de Socorro, como lo es para el hombre el instituir en la suya los modelos de carácter inculcados por el sacerdocio”¹⁵.

Cuando el profeta José Smith organizó la Sociedad de Socorro, enseñó a las hermanas que debían “socorrer al pobre” y “salvar almas”¹⁶. En el mandato de “salvar almas”, se autorizó a las hermanas para organizar y participar en una extensa esfera de influencia. La primera presidenta de la Sociedad de Socorro fue apartada para exponer las Escrituras, y la Sociedad de Socorro todavía tiene la responsabilidad esencial de enseñar en la Iglesia del Señor. Cuando José Smith le dijo a las hermanas que la organización de la Sociedad de Socorro las prepararía para “los privilegios, las bendiciones y los dones del sacerdocio”¹⁷, se les abrió la puerta de la obra de salvación del Señor. El salvar almas incluye compartir el Evangelio y participar en la obra misional; incluye el participar en la obra del templo y de historia familiar; e incluye hacer todo lo posible para llegar a ser autosuficientes, tanto espiritual como temporalmente.

El élder John A. Widtsoe declaró que la Sociedad de Socorro ofrece “ayudar al necesitado, atender al enfermo; disipar las dudas, liberar de la ignorancia, aliviar de todo lo que obstaculice la alegría y el progreso de la mujer. ¡Qué magnífica comisión!”¹⁸.

El presidente Boyd K. Packer ha comparado la Sociedad de Socorro a una barrera protectora¹⁹. La responsabilidad de proteger a las hermanas y a sus familias aumenta la importancia del cuidado y la ministración de las maestras visitantes y es una manifestación de nuestra disposición a recordar nuestros convenios con el Señor. Al “ministrar a los necesitados y afligidos”, trabajamos conjuntamente con los obispos para velar por las necesidades temporales y espirituales de los santos²⁰.

El presidente Spencer W. Kimball dijo: “Hay muchas hermanas que están viviendo en harapos; harapos espirituales. Tienen derecho a túnicas maravillosas, túnicas espirituales... Es el privilegio de ustedes el ir a esos hogares y cambiar esos harapos por túnicas”²¹. El presidente Harold B. Lee compartía esa visión; él dijo: “¿Pueden ver por qué el Señor ha dado a la

Sociedad de Socorro la responsabilidad de visitar esos hogares? Porque, con excepción del Maestro mismo, no hay nadie en [la] Iglesia que tenga un toque más bello, un entendimiento más cabal de los corazones y de las vidas de esas personas”²².

El presidente Joseph F. Smith advirtió a las hermanas de la Sociedad de Socorro y a sus líderes, diciéndoles que no quería “ver llegar el momento en que nuestras sociedades de socorro sigan esas organizaciones creadas por mujeres, o se unan y pierdan su propia identidad al mezclarse con ellas”. Él esperaba que las hermanas guiaran “al mundo, en especial a las mujeres del mundo, en todo lo que sea digno de alabanza, en todo lo que sea de Dios, en todo lo que sea ennoblecedor y purificante para los hijos de los hombres”²³. Su consejo recalca el mandato de eliminar tradiciones, temas, modas pasajeras y tendencias, e incorporar prácticas que sean compatibles con los propósitos de la Sociedad de Socorro.

Las líderes que procuran la revelación pueden asegurar que toda reunión, lección, clase, actividad y esfuerzo de la Sociedad de Socorro cumpla los propósitos para los que se organizó. La sociabilidad, amistad y unidad que deseamos serán los dulces resultados del servir juntas con el Señor en Su obra.

Hacer realidad la visión de los profetas

El presidente Thomas S. Monson y sus consejeros testificaron recientemente “que el Señor ha restaurado la plenitud del Evangelio por medio del profeta José Smith y que la Sociedad de Socorro es una parte importante de esa restauración”. Como evidencia del deseo que tienen de que se preserve el “glorioso legado” de la Sociedad de Socorro, la Primera Presidencia recientemente publicó y distribuyó por todo el mundo *Hijas en Mi reino: La historia y la obra de la Sociedad de Socorro*. En las páginas de este libro hay modelos y ejemplos de hermanas y hermanos que trabajan mancomunadamente en familias y en la Iglesia, y podemos aprender principios referentes a quiénes somos, qué es lo que creemos y qué es lo que debemos proteger. La Primera Presidencia nos ha alentado a estudiar este importante libro y “permitir que sus imperecederas verdades e inspiradores ejemplos surtan una influencia en [nuestras] vidas”²⁴.

A medida que las hermanas se alineen más con los propósitos de la Sociedad de Socorro, la visión de los profetas se cumplirá. El presidente Kimball dijo: “En esta organización [de la Sociedad de Socorro] radica un poder que aún no ha sido completamente aprovechado para fortalecer los hogares de Sión y edificar el reino de Dios; ni lo será, hasta que tanto las hermanas como los hermanos comprendan la misión que les ha sido encomendada”²⁵. Él profetizó que “gran parte del progreso y del crecimiento que tendrá la Iglesia en estos últimos días se deberá a que muchas de las mujeres buenas del mundo (que con frecuencia poseen... un sentido interno de espiritualidad) serán atraídas hacia la Iglesia en forma numerosa. Eso sucederá al punto que las mujeres de la Iglesia... [sean consideradas] diferentes —en forma positiva— de las mujeres del mundo”²⁶.

Estoy agradecida por la visión de los profetas con respecto a la Sociedad de Socorro. Yo, al igual que el presidente Gordon B. Hinckley, “estoy [convencida] de que no hay otra organización en lugar alguno que se compare con la Sociedad de Socorro de esta Iglesia”²⁷. Ahora es nuestra la responsabilidad de alinearnos con la visión de los profetas en cuanto a la Sociedad de Socorro a medida que tratamos de aumentar la fe, fortalecer a las familias y brindar socorro.

Concluyo con las palabras del presidente Lorenzo Snow: “El futuro de la Sociedad [de Socorro] es muy prometedor. Conforme la Iglesia crezca, su campo de utilidad aumentará proporcionalmente, e incluso será más poderoso para el bien de lo que lo ha sido en el pasado”²⁸. A las hermanas que ayudan a hacer avanzar el reino de Dios, él dijo: “...así como han compartido estas labores, así también compartirán muy ciertamente el triunfo de la obra y la exaltación y la gloria que el Señor dará a Sus hijos fieles”²⁹. También doy testimonio de esta visión. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase Julie B. Beck, “Cumplir el propósito de la Sociedad de Socorro”, *Liahona*, noviembre de 2008, págs. 108–111.
2. Véase Julie B. Beck, discurso de Conferencia de la Mujer en la

Universidad Brigham Young (29 de abril de 2011), http://ce.byu.edu/cw/womensconference/archive/2011/pdf/JulieB_openingS.pdf; “Lo que espero que mis nietas (y nietos) comprendan acerca de la

- Sociedad de Socorro”, *Liahona*, noviembre de 2011, págs. 109–113; “La Sociedad de Socorro: Una obra sagrada”, *Liahona*, noviembre de 2009, págs. 110–114.
3. Véase Julie B. Beck, “Why We Are Organized into Quorums and Relief Societies” [Por qué estamos organizados en quórumes y sociedades de socorro], discurso en un devocional de la Universidad Brigham Young, 17 de enero de 2012, speeches.byu.edu.
 4. Este mensaje no es un análisis exhaustivo de todas las declaraciones proféticas referentes a la Sociedad de Socorro. Es únicamente un ejemplo de su visión y dirección. En *Hijas en Mi reino: La obra y la historia de la Sociedad de Socorro*, en informes de la conferencia y en otras publicaciones de la Iglesia se encuentran más enseñanzas sobre este tema.
 5. Véase José Smith, en *Hijas en Mi reino: La historia y la obra de la Sociedad de Socorro*, 2011, pág. 15.
 6. José Smith, en *Hijas en Mi reino*, pág. 18.
 7. Brigham Young, en *Hijas en Mi reino*, pág. 47.
 8. Joseph F. Smith, en *Hijas en Mi reino*, pág. 74.
 9. Joseph Fielding Smith, en *Hijas en Mi reino*, pág. 157.
 10. Joseph Fielding Smith, en *Hijas en Mi reino*, pág. 107.
 11. Boyd K. Packer, en *Hijas en Mi reino*, pág. 110.
 12. Véase Boyd K. Packer, “Una hermandad sin fronteras”, *Liahona*, marzo de 1981, págs. 66–72.
 13. Véanse cartas de la Primera Presidencia, 19 de marzo de 2003 y 23 de febrero de 2007.
 14. Véase *Hijas en Mi reino*, págs. 3–7.
 15. Boyd K. Packer, en *Hijas en Mi reino*, pág. 18.
 16. Joseph Smith, en *Hijas en Mi reino*, pág. 20.
 17. Julie B. Beck, “Lo que espero que mis nietas (y nietos) comprendan acerca de la Sociedad de Socorro”, *Liahona*, noviembre de 2011, pág. 110.
 18. Véase John A. Widtsoe, en *Hijas en Mi reino*, pág. 28.
 19. Véase Boyd K. Packer, “Una hermandad sin fronteras”, *Liahona*, marzo de 1981, págs. 66–72.
 20. Joseph Fielding Smith, en *Hijas en Mi reino*, pág. 157.
 21. Spencer W. Kimball, en *Hijas en Mi reino*, pág. 132.
 22. Harold B. Lee, “The Place of Relief Society in the Welfare Plan” [El lugar que ocupa la Sociedad de Socorro en el Plan de Bienestar], *Relief Society Magazine* [La Revista de la Sociedad de Socorro], diciembre de 1946, pág. 842.
 23. Véase Joseph F. Smith, en *Hijas en Mi reino*, pág. 74.
 24. La Primera Presidencia, en *Hijas en Mi reino*, pág. IX.
 25. Spencer W. Kimball, en *Hijas en Mi reino*, pág. 157.
 26. Véase Spencer W. Kimball, en *Hijas en Mi reino*, págs. 105–106.
 27. Gordon B. Hinckley, en *Hijas en Mi reino*, pág. 179.
 28. Lorenzo Snow, en *Hijas en Mi reino*, pág. 21.
 29. Lorenzo Snow, en *Hijas en Mi reino*, pág. 7.

La doctrina de Cristo

Por el élder D. Todd Christofferson

Del Quórum de los Doce Apóstoles

En la Iglesia hoy día, tal como en la antigüedad, el establecer la doctrina de Cristo o el corregir las desviaciones en cuanto a la doctrina es un asunto de revelación divina.

Nuestra más profunda gratitud y amor a la hermana Beck, a la hermana Allred y a la hermana Thompson, y a la mesa directiva de la Sociedad de Socorro.

Últimamente hemos visto un creciente interés del público en las creencias de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Esto es algo que recibimos con alegría porque, después de todo, nuestra comisión fundamental es enseñar el evangelio de Jesucristo, Su doctrina, en todo el mundo (véase Mateo 28:19–20; D. y C. 112:28). Pero debemos admitir que ha habido y aún existe cierta confusión acerca de nuestra doctrina y de cómo está establecida; ése es el tema sobre el que deseo hablar hoy.

El Salvador enseñó Su doctrina en el meridiano de los tiempos y Sus apóstoles lucharon tenazmente por preservarla contra una constante avalancha de tradiciones y filosofías falsas. Las epístolas del Nuevo Testamento hacen referencia a numerosos incidentes que demuestran que durante el ministerio de los apóstoles ya había comenzado esa grave y extendida apostasía¹.

Ocasionales rayos de luz del Evangelio iluminaron los siglos que siguieron hasta que, en el siglo diecinueve, una brillante aurora de Restauración irrumpió en el mundo y el evangelio de Jesucristo, pleno y completo, se encontró una vez más sobre la tierra. Ese día glorioso empezó cuando en “una columna de luz,

más brillante que el sol” (José Smith—Historia 1:16), Dios el Padre y Su Amado Hijo Jesucristo visitaron al joven José Smith e iniciaron lo que prácticamente llegaría a ser un diluvio de revelación unido a la autoridad y el poder divinos.

En estas revelaciones encontramos lo que se podría llamar la doctrina básica de la Iglesia de Jesucristo restablecida sobre la tierra. Jesucristo mismo definió esa doctrina en estas palabras registradas en el Libro de Mormón, Otro Testamento de Jesucristo:

“...ésta es mi doctrina, y es la doctrina que el Padre me ha dado; y yo doy testimonio del Padre, y el Padre da testimonio de mí, y el Espíritu Santo da testimonio del Padre y de mí; y yo testifico que el Padre manda a todos los hombres, en todo lugar, que se arrepientan y crean en mí.

“Y cualquiera que crea en mí, y sea bautizado, éste será salvo; y son ellos los que heredarán el reino de Dios.

“Y quien no crea en mí, ni sea bautizado, será condenado.

“... y quien en mí cree, también cree en el Padre; y el Padre le testificará a él de mí, porque lo visitará con fuego y con el Espíritu Santo...

“De cierto, de cierto os digo que ésta es mi doctrina; y los que edifican sobre esto, edifican sobre mi roca, y las puertas del infierno no prevalecerán en contra de ellos” (3 Nefi 11:32–35, 39).

Éste es nuestro mensaje, la roca sobre la cual edificamos, el fundamento de todo lo demás en la Iglesia. Al igual que todo lo que proviene de Dios, esta doctrina es pura, es clara, es fácil de entender, aún para un niño. Con alegres corazones, invitamos a todos a que la reciban.

En La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días “creemos todo lo que Dios ha revelado, todo lo que actualmente revela, y creemos que aún revelará muchos grandes e importantes asuntos pertenecientes al reino de Dios” (Artículos de Fe 1:9). Esto quiere decir que aunque todavía hay mucho que no sabemos, las verdades y la doctrina que hemos recibido han venido y seguirán viniendo por medio de la revelación divina. En las tradiciones de ciertas religiones, los teólogos afirman tener la misma autoridad para enseñar que los líderes eclesiásticos, y los asuntos de doctrina pueden llegar a convertirse en una

competencia de opiniones entre ellos. Algunos se basan en los consejos ecuménicos de la Edad Media y en sus credos; otros ponen un énfasis primordial en el razonamiento de teólogos que vivieron después de los apóstoles o en la hermenéutica y la exégesis bíblicas. Valoramos la erudición que realza el entendimiento, pero en la Iglesia hoy día, tal como en la antigüedad, el establecer la doctrina de Cristo o el corregir las desviaciones en cuanto a la doctrina es un asunto de revelación divina a aquellos que el Señor inviste con autoridad apostólica².

En 1954, el presidente J. Reuben Clark Jr., que era consejero de la Primera Presidencia, explicó la forma en que se promulga la doctrina en la Iglesia y la función preeminente del Presidente de la Iglesia. Refiriéndose a los miembros de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles, declaró: “[Debemos tener presente] que a algunas de las Autoridades Generales se les ha asignado un llamamiento especial; poseen un don especial; se les ha sostenido como profetas, videntes y reveladores, lo cual les da una investidura espiritual especial en relación con la responsabilidad de enseñar a la gente. Ellos tienen el derecho, el poder y la autoridad de dar a conocer la disposición y la voluntad de Dios a Su pueblo, estando sujetos al poder y a la autoridad absolutos del Presidente de la Iglesia. A otras Autoridades Generales no se les da esta investidura espiritual especial ni autoridad con respecto a sus enseñanzas; y por consiguiente ellos tienen una limitación, y dicha limitación en su poder y autoridad en la enseñanza se aplica a todo otro oficial y miembro de la Iglesia, ya que ninguno de ellos está espiritualmente investido como profeta, vidente y revelador. Más aún, como ya se ha indicado, el Presidente de la Iglesia tiene una investidura espiritual especial y mayor en este aspecto, ya que él es el Profeta, Vidente y Revelador para toda la Iglesia”³.

¿En qué forma revela el Salvador Su voluntad y doctrina a los profetas, videntes y reveladores? Podrá actuar por medio de un mensajero o por Su propia persona; podrá hablar por Su propia voz, o por la voz del Santo Espíritu, una comunicación de Espíritu a espíritu que se puede expresar con palabras o sentimientos que transmiten entendimiento más allá de las palabras (véase 1 Nefi 17:45; D. y C. 9:8). Podrá dirigirse Él

mismo a Sus siervos en forma individual o en consejo (véase 3 Nefi 27:1–8).

Cito dos relatos del Nuevo Testamento. El primero fue una revelación dirigida al cabeza de la Iglesia. Al comienzo del libro de Hechos, los apóstoles de Cristo declaraban el mensaje del Evangelio sólo a los judíos, siguiendo el modelo del ministerio de Jesús (véase Mateo 15:24); pero entonces, según el tiempo del Señor, había llegado el momento para un cambio. En Jopa, Pedro tuvo un sueño en el cual vio una variedad de animales que eran bajados del cielo a la tierra en “un gran lienzo... atado de los cuatro cabos” (Hechos 10:11) y se le mandó “mata y come” (Hechos 10:13). Pedro estaba renuente, ya que algunos de los animales eran cosa “inmunda” bajo la ley de Moisés, y Pedro nunca había quebrantado el mandamiento de comer de ellas. Sin embargo, la voz le dijo a Pedro en su sueño: “Lo que Dios ha limpiado, no lo llares tú común” (Hechos 10:15).

El significado de ese sueño se esclareció cuando, poco después, varios hombres enviados por el centurión romano Cornelio llegaron a la casa de Pedro con la petición de que fuera a enseñar a su amo. Cornelio había llamado a un grupo grande de parientes y amigos y, al encontrarlos ansiosos de recibir su mensaje, Pedro dijo:

“Dios me ha mostrado que a ningún hombre llame común o inmundo...”

“...En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas...”

“sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace lo justo” (Hechos 10:28, 34–35; véase también versículos 17–24).

“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el mensaje.

“Y los... que habían venido con Pedro se quedaron atónitos de que también sobre los gentiles se derramase el don del Espíritu Santo.

“...Entonces respondió Pedro:

“¿Acaso puede alguno impedir el agua, para que no sean bautizados éstos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hechos 10:44–47).

Mediante esta experiencia y revelación dada a Pedro, el Señor modificó la práctica de la Iglesia y reveló una comprensión doctrinal más completa a Sus discípulos. Y de ese modo se extendió la predicación del Evangelio para abarcar a toda la humanidad.

Más adelante, en el libro de Hechos encontramos otro relato un tanto similar, mostrando en esta ocasión cómo la revelación sobre asuntos de doctrina se puede recibir al reunirse en consejo. Surgió una disensión sobre si la circuncisión que se exigía bajo la ley de Moisés debía prolongarse como un mandamiento en el Evangelio y en la Iglesia de Cristo (véase Hechos 15:1, 5). “Entonces se reunieron los apóstoles y los ancianos para examinar este asunto” (Hechos 15:6). El registro que tenemos de este consejo ciertamente está incompleto, pero se nos dice que después de “muchacha discusión” (Hechos 15:7), Pedro, el apóstol de mayor antigüedad, se puso de pie y declaró lo que el Espíritu Santo le había confirmado. Recordó al consejo que cuando se empezó a predicar el Evangelio a los gentiles no circuncidados en la casa de Cornelio, ellos habían recibido el Espíritu Santo al igual que los conversos judíos circuncidados. Dios, dijo él, “ninguna diferencia hizo entre nosotros y ellos, purificando por la fe sus corazones.

“Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios, poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo, que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?

“Antes bien, creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, al igual que ellos” (Hechos 15:9–11; véase también versículo 8).

Después de que Pablo, Bernabé y tal vez otros hablaron para apoyar la declaración de Pedro, Jacobo propuso que la decisión se implementara por carta a la Iglesia, y el consejo llegó “a un acuerdo” (Hechos 15:25; véase también versículos 12–23). En la carta en la que anunciaban su decisión, los apóstoles dijeron: “...ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros” (Hechos 15:28), o, en otras palabras, esa decisión se recibió por revelación divina por medio del Santo Espíritu.

Hoy día se siguen esos mismos modelos en la Iglesia restaurada de Jesucristo. El Presidente de la Iglesia puede

anunciar o interpretar doctrinas basadas en la revelación que haya recibido (véase, por ejemplo, D. y C. 138). La interpretación doctrinal también se puede recibir por medio del consejo combinado de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles (véase, por ejemplo, Declaración Oficial 2). Las deliberaciones en consejo incluirán con frecuencia la consideración de los libros canónicos, las enseñanzas de los líderes de la Iglesia y prácticas anteriores. Pero al final, al igual que en la Iglesia del Nuevo Testamento, el objetivo no es simplemente lograr el consenso entre los miembros del consejo, sino la revelación de Dios. Es un proceso en el que se toma en cuenta tanto la razón como la fe para obtener la disposición y la voluntad del Señor⁴.

Al mismo tiempo, se debe recordar que no toda declaración que haya hecho un líder de la Iglesia, pasada o presente, necesariamente constituye doctrina. Comúnmente se da por entendido en la Iglesia que una declaración hecha por un líder en una ocasión a menudo representa una opinión personal que, aunque bien pensada, no quiere decir que sea oficial o se vincule a toda la Iglesia. El profeta José Smith enseñó que “un profeta es un profeta únicamente cuando está actuando como tal”⁵. El presidente Clark, citado anteriormente, declaró:

“Una sencilla historia que me contó mi padre cuando yo era niño ilustra este punto. No sé con qué autoridad, pero ilustra el punto. Su relato fue que durante la algarabía ocasionada por la llegada del [ejército de Johnston], el hermano Brigham predicó en una reunión por la mañana un sermón lleno de despecho al ejército que se aproximaba, declarando la intención de oponerse a ellos y expulsarlos. En la reunión de la tarde se puso de pie y dijo que Brigham Young había hablado en la mañana, pero que ahora iba a hablar el Señor. Entonces pronunció un discurso, el tono del cual fue lo opuesto al discurso de la mañana...

“...La Iglesia sabrá, por el testimonio del Espíritu Santo que mora en el conjunto de los miembros, si las Autoridades Generales, al expresar sus opiniones, lo hacen por la ‘inspiración del Espíritu Santo’, y a su debido tiempo, ese conocimiento se dará a conocer”⁶.

El profeta José Smith confirmó la misión central del Salvador en nuestra doctrina en una frase definitiva: “Los principios fundamentales de nuestra religión son el testimonio de los apóstoles y de los profetas concernientes a Jesucristo: que murió, fue sepultado, se levantó al tercer día y ascendió a los cielos; y todas las otras cosas que pertenecen a nuestra religión son únicamente apéndices de eso”⁷. El testimonio de José Smith acerca de Jesucristo es que Él vive, “porque lo [vío], sí, a la diestra de Dios; y [oyó] la voz testificar que él es el Unigénito del Padre” (D. y C. 76:23; véase también versículo 22). Suplico a todos los que oigan o lean este mensaje que procuren, por medio de la oración y el estudio de las Escrituras, ese mismo testimonio del divino carácter, de la expiación y de la resurrección de Jesucristo. Acepten Su doctrina mediante el arrepentimiento, siendo bautizados y recibiendo el don del Espíritu Santo y luego, a lo largo de su vida, sigan las leyes y los convenios del evangelio de Jesucristo.

Al acercarse nuestra celebración de la Pascua, expreso mi testimonio de que Jesús de Nazaret fue y es el Hijo de Dios, el mismo Mesías de las profecías antiguas. Él es el Cristo que sufrió en Getsemaní, que murió en la cruz y fue sepultado, y quien verdaderamente se levantó de nuevo al tercer día. Él es el Señor resucitado, por medio de quien todos seremos resucitados y por quien todos los que deseen podrán ser redimidos y exaltados en Su reino celestial. Ésta es nuestra doctrina, confirmando todos los testamentos anteriores de Jesucristo y declarados de nuevo en nuestro tiempo. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase Neal A. Maxwell, “Desde el principio”, *Liahona*, enero de 1994, pág. 20.

“Santiago censuraba ‘las guerras y los pleitos entre’ la Iglesia (Santiago 4:1). Pablo lamentó ‘disensiones’ en la Iglesia y cómo ‘lobos rapaces’ no perdonarán ‘al rebaño’ (1 Corintios 11:18; Hechos 20:29–31). Sabía que vendría una apostasía y escribió a los tesalonicenses que la segunda

venida de Jesús no ocurriría ‘sin que antes venga la apostasía’; aconsejando además que ‘ya está actuando el misterio de la iniquidad’ (2 Tesalonicenses 2:3, 7).

“Cerca del final, Pablo reconoció lo global que era el alejamiento: ‘...me han abandonado todos los que están en Asia’ (2 Timoteo 1:15)...

“La fornicación y la idolatría generalizadas causaron alarma

entre los apóstoles (véase 1 Corintios 5:9; Efesios 5:3; Judas 1:7). Tanto Juan como Pablo se lamentaban por el aumento de profetas falsos (véase 2 Corintios 11:13; Apocalipsis 2:2). Claramente, la Iglesia estaba bajo ataque. Algunas personas no sólo se alejaron sino que luego se opusieron abiertamente. En una ocasión, Pablo quedó solo y se lamentó: ‘todos me desampararon’ (2 Timoteo 4:16); también censuró a los que ‘trastornaron casas enteras’ (Tito 1:11).

“Algunos líderes locales se rebelaron, como en el caso cuando uno, que amaba el poder, se rehusó a recibir a los hermanos (véase 3 Juan 1:9–10).

“Con razón el presidente Brigham Young dijo: ‘Se dice que el sacerdocio fue quitado de la Iglesia, pero no es así, la Iglesia se alejó del sacerdocio’” (en *Journal of Discourses*, Tomo 12, pág. 69).

Con el tiempo, como lo expresó el élder Maxwell: “La razón, la tradición filosófica griega, dominó y después suplantó la confianza en la revelación, un resultado que probablemente fue acelerado por cristianos bien intencionados que deseaban acomodar sus creencias al pensamiento de la época...

“...Tengamos cuidado [también nosotros] de no adaptar las doctrinas reveladas a las ideas personales” (*Liahona*, enero de 1994, págs. 21–22).

2. Apóstoles y profetas tales como José Smith declaran la palabra de Dios, pero, además, creemos que los hombres y las mujeres en general, e incluso los niños, pueden aprender por la inspiración divina y ser guiados por ella en respuesta a la oración y al estudio de las Escrituras. Tal como en los días de los antiguos apóstoles, a los

miembros de la Iglesia de Jesucristo se les confiere el don del Espíritu Santo, el cual facilita la comunicación constante con su Padre Celestial, o, en otras palabras, revelación personal (véase Hechos 2:37–38). De esta manera, la Iglesia se convierte en un grupo de personas dedicadas y espiritualmente maduras cuya fe no es ciega, sino que ve, informada y confirmada por el Espíritu Santo. Esto no quiere decir que todo miembro habla en nombre de la Iglesia y que puede definir sus doctrinas, sino que cada uno puede recibir guía divina al hacer frente a los desafíos y a las oportunidades de su vida personal.

3. J. Reuben Clark Jr., “When Are Church Leaders’ Words Entitled to Claim of Scripture?”, *Church News*, 31 de julio de 1954, págs. 9–10; véase también Doctrina y Convenios 28:1–2, 6–7, 11–13.
4. La preparación y las condiciones necesarias para los participantes de los consejos son “rectitud... santidad, y humildad de corazón, mansedumbre y longanimidad... fe, virtud, conocimiento, templanza, paciencia, santidad, bondad fraternal y caridad;

“porque existe la promesa de que si abundan estas cosas en ellos, no serán sin fruto en cuanto al conocimiento del Señor” (Doctrina y Convenios 107:30–31).
5. Joseph Smith, en *History of the Church*, tomo 5, pág. 265.
6. J. Reuben Clark Jr., “Church Leaders’ Words”, pág. 10. De la historia que su padre le contó sobre Brigham Young, el presidente Clark escribió:

“No sé si eso sucedió alguna vez, pero creo que ilustra un principio: que aun el Presidente de la Iglesia mismo tal vez no siempre [hablará] conforme lo inspire el

Espíritu Santo' cuando se dirige al pueblo. Esto ha sucedido en asuntos doctrinales (generalmente de carácter altamente especulativo) en los que Presidentes subsecuentes de la Iglesia y la gente misma ha sentido que al declarar la doctrina, el orador no hablaba 'conforme lo [inspiraba] el Espíritu Santo'.

"¿Cómo sabrá la Iglesia cuando esas suposiciones de los hermanos en cuanto a esos principios y doctrinas altamente especulativos cumplen con los requisitos de las reglas que indican que los oradores

han hablado 'conforme [los inspiraba] el Espíritu Santo'? La Iglesia sabrá, por el testimonio del Espíritu Santo que mora en el conjunto de los miembros, si las Autoridades Generales, al expresar sus opiniones, lo hacen por la 'inspiración del Espíritu Santo', y a su debido tiempo, ese conocimiento se dará a conocer" ("Church Leaders' Words", pág. 10).

7. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, 2007*, págs. 51–52.

La carrera de la vida

Por el presidente Thomas S. Monson

¿De dónde vinimos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Adónde vamos después de esta vida? Estas preguntas universales ya no tienen necesidad de permanecer sin respuesta.

Mis queridos hermanos y hermanas, en esta mañana deseo hablarles de las verdades eternas, esas verdades que enriquecerán nuestra vida y nos llevarán a salvo a nuestro hogar.

En todas partes, la gente anda apresurada. Los rápidos aviones modernos llevan su preciosa carga humana a través de anchos continentes y vastos océanos para asistir a reuniones de negocios, cumplir con obligaciones, disfrutar de vacaciones y visitar parientes. Por los caminos de todas partes, las carreteras, las autopistas y rutas, pasan millones de automóviles, ocupados por aún más millones de personas en lo que parece una corriente interminable y por innumerables razones al ir de acá para allá en los asuntos de cada día.

En ese andar vertiginoso de la vida, ¿hacemos alguna pausa para un momento de meditación, aun para pensar en las verdades eternas?

Cuando las comparamos con las verdades eternas, la mayoría de las preguntas y preocupaciones de la vida cotidiana son más bien triviales. ¿Qué comeremos en la cena? ¿De qué color pintaremos la sala? ¿Lo inscribimos a Johnny para jugar al fútbol? Éstas y muchas otras preguntas pierden su significado en tiempos de crisis, cuando nuestros seres queridos se dañan o lastiman, cuando la enfermedad entra en el hogar que gozaba de buena salud, cuando se atenúa la luz de la vela de la vida y amenaza la

oscuridad. Nuestros pensamientos se centran y podemos determinar fácilmente lo que es realmente importante y lo que es meramente trivial.

Hace poco visité a una mujer que ha estado luchando con una enfermedad que ha puesto su vida en peligro durante más de dos años. Ella indicó que, antes de su enfermedad, sus días estaban ocupados con actividades tales como limpiar su casa a la perfección y adornarla con hermosos muebles. Iba a la peluquería dos veces por semana y gastaba dinero y tiempo comprando ropa para su armario todos los meses. A sus nietos los invitaba ocasionalmente, puesto que siempre le preocupaba que lo que ella consideraba sus preciadas posesiones podrían romperse o arruinarse por pequeñas y descuidadas manitas.

Entonces, recibió la impactante noticia de que su vida terrenal estaba en peligro y que le quedaría un tiempo muy limitado aquí. Ella dijo que, en el momento que escuchó el diagnóstico del médico, inmediatamente supo que pasaría el tiempo que le quedaba con su familia y amigos, y con el Evangelio como la parte central de su vida, porque estos representaban lo que era más valioso para ella.

Esos momentos de claridad nos llegan tarde o temprano, aunque no siempre mediante tan dramáticas circunstancias. Vemos claramente lo que realmente importa en nuestra vida y cómo debemos vivir.

Dijo el Salvador:

“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;

“sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan:

“Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”¹.

En nuestros momentos de profunda reflexión o de gran necesidad, el alma del hombre se dirige hacia el cielo buscando una respuesta divina a las preguntas más importantes de la vida: *¿De dónde vinimos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Adónde vamos después de dejar esta vida?*.

Las respuestas a estas preguntas no se descubren entre las tapas de los libros de texto académicos o buscando en internet. Esas preguntas trascienden la vida mortal; abarcan la eternidad.

¿De dónde vinimos? Este interrogante es un pensamiento inevitable que tiene todo ser humano, aunque no lo diga.

El apóstol Pablo dijo a los atenienses, en el Areópago que somos “linaje de Dios”². Puesto que sabemos que nuestro cuerpo físico es el linaje de nuestros padres terrenales, debemos averiguar el significado de la declaración de Pablo. El Señor ha declarado que “el espíritu y el cuerpo son el alma del hombre”³. Por tanto, el espíritu es linaje de Dios. El autor del libro de Hebreos se refiere a Él como el “Padre de los espíritus”⁴. Los espíritus de todos los hombres literalmente son “engendrados hijos e hijas” de Dios”⁵.

Vemos que poetas inspirados han escrito conmovedores mensajes y pensamientos trascendentales para que contemplemos este tema. William Wordsworth escribió la siguiente verdad:

*Tan solo un sueño y un olvido es el nacimiento;
el alma nuestra, la estrella de la vida,
en otra esfera ha sido constituida
y procede de un lejano firmamento.
No viene el alma en completo olvido,
ni de todas las cosas despojadas,
pues al salir de Dios,
que fue nuestra morada,
con destellos celestiales se ha vestido*⁶.

Los padres reflexionan sobre la responsabilidad que tienen de enseñar, inspirar y proporcionar guía, dirección y ejemplo; y mientras los padres reflexionan, los hijos, y en particular los adolescentes, se hacen esta penetrante pregunta: “¿Por qué estamos aquí?” En general, la formulan en silencio a su propia alma y dicen: “¿Por qué estoy yo aquí?”.

Cuán agradecidos debemos estar que un sabio Creador formó una tierra y nos colocó aquí con un velo de olvido sobre nuestra existencia anterior, para que experimentemos una época de prueba, una oportunidad de demostrarnos a nosotros mismos

que podemos ser merecedores de todo lo que Dios ha preparado para darnos.

Es evidente que uno de los propósitos principales de nuestra existencia en la tierra es el de obtener un cuerpo de carne y huesos. También se nos ha dado el don del albedrío. Tenemos el privilegio de tomar nuestras propias decisiones de muchas maneras diferentes. Aquí aprendemos del estricto capataz de la experiencia. Discernimos entre el bien y el mal. Distinguimos lo amargo de lo dulce. Descubrimos que hay consecuencias vinculadas a nuestras acciones.

Al obedecer los mandamientos de Dios, podremos ser merecedores de aquella “casa” a la que se refirió Jesús, cuando declaró: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay... voy, pues, a preparar lugar para vosotros... para que donde yo esté, vosotros también estéis”⁷.

Aunque venimos a la vida terrenal con “destellos celestiales”, la vida continúa implacablemente hacia adelante. La juventud sigue a la infancia y la vejez viene de modo muy imperceptible. Por experiencia, aprendemos la necesidad de mirar al cielo en busca de ayuda al forjar nuestro camino por el sendero de la vida.

Dios, nuestro Padre, y Jesucristo, nuestro Señor, han marcado el camino hacia la perfección. Ellos nos dan señales para que sigamos las verdades eternas y para que lleguemos a ser perfectos, así como Ellos son perfectos⁸.

El apóstol Pablo comparó la vida con una carrera. A los hebreos instó: “Dejemos a un lado todo... pecado que nos rodea, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”⁹.

En nuestro celo, no pasemos por alto el sabio consejo de Eclesiastés: “...no es de los ligeros la carrera, ni la batalla de los fuertes”¹⁰. En realidad, el premio es de aquel que persevera hasta el fin.

Al reflexionar en la carrera de la vida, recuerdo otra clase de carrera, sí, de mis días de infancia. Mis amigos y yo, con navajas en mano, tallábamos pequeños barquitos de la blanda madera de un sauce. Con una vela de algodón en forma triangular, cada uno lanzábamos nuestros rudimentarios barquitos a la carrera, por las relativamente turbulentas aguas del río Provo, en Utah. Entonces, corríamos por la orilla del río y veíamos los barquitos que en

ocasiones se balanceaban impetuosamente en la rápida corriente y otras veces navegaban serenamente al llegar a aguas más profundas.

Durante una carrera en particular, notamos que uno de los barquitos llevaba la delantera y se dirigía hacia el final de la meta fijada. De repente, la corriente lo llevó demasiado cerca de un gran remolino; el barquito se inclinó hacia un lado y zozobró. Dio vueltas y vueltas, incapaz de regresar al curso principal. Al final, se detuvo en medio de los restos y desechos que lo rodeaban sostenido por los tentáculos de los verdes y codiciosos musgos.

Los barquitos de juguete de nuestra infancia no tenían quilla que les diera estabilidad, ni timón que los guiara ni fuente de energía. Inevitablemente su destino era corriente abajo, el camino de menor resistencia.

A diferencia de los barquitos de juguete, a nosotros se nos han dado atributos divinos para guiarnos en nuestra jornada. No venimos a la vida terrenal para flotar en las turbulentas corrientes de la vida, sino con el poder para pensar, para razonar y para tener éxito.

Nuestro Padre Celestial no nos embarcó en nuestro viaje eterno sin proporcionarnos los medios mediante los cuales podríamos recibir la guía de Él para asegurarnos el regreso a salvo. Hablo de la oración. También hablo de los susurros de esa voz quieta y apacible; y no paso por alto las Santas Escrituras, que contienen la palabra del Señor y las palabras de los profetas, proporcionadas para ayudarnos a cruzar con éxito la línea de llegada.

En algún momento de nuestra misión terrenal, aparecen el paso titubeante, la sonrisa lánguida, el dolor de la enfermedad, incluso la culminación del verano, la llegada del otoño, el frío del invierno y la experiencia a la que llamamos muerte.

Toda persona meditabunda se ha hecho la pregunta que muy bien formuló Job de antaño: "Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?"¹¹. Por mucho que tratemos de borrarla de nuestra mente, siempre regresa. La muerte le llega a todo ser humano. Le llega al anciano que camina con pasos vacilantes; también le llega a los que apenas han llegado a la flor de la vida y, a menudo, silencia la risa de los niños.

Pero, ¿qué hay de la existencia más allá de la muerte? ¿Es la muerte el fin de todo? En su libro *God and My Neighbor* (Dios y mi prójimo), Robert Blatchford atacó con vigor las creencias cristianas que gozan de aceptación, tales como Dios, Cristo, la oración y particularmente la inmortalidad. Aseguró osadamente que la muerte era el fin de nuestra existencia y que nadie podría demostrar lo contrario. Entonces, ocurrió algo sorprendente, su muro de escepticismo pronto se desmoronó, dejándolo desprotegido e indefenso. Lentamente empezó a volver a la fe que había ridiculizado y abandonado. ¿Qué fue lo que produjo ese profundo cambio en su actitud? La muerte de su esposa. Con un corazón quebrantado, entró en el cuarto donde reposaban los restos mortales de su esposa, y volvió a contemplar aquel rostro que tanto había amado. Salió y le dijo a un amigo: “Es ella, y al mismo tiempo no lo es; todo ha cambiado. Algo que antes estaba allí se ha quitado; no es la misma. ¿Qué puede faltar si no es el alma?”.

Más tarde, escribió: “La muerte no es lo que algunos imaginan. Es sólo como irse a otra habitación. En esa otra habitación, hallaremos... a los preciados hombres y mujeres, y a los dulces pequeños que hemos amado y perdido”¹².

Mis queridos hermanos y hermanas, sabemos que la muerte no es el fin. Esta verdad la han enseñado los profetas vivientes a través del tiempo. Esto también se encuentra en nuestras Santas Escrituras. En el Libro de Mormón, leemos palabras específicas y de consuelo:

“Ahora bien, respecto al estado del alma entre la muerte y la resurrección, he aquí, un ángel me ha hecho saber que los espíritus de todos los hombres, en cuanto se separan de este cuerpo mortal, sí, los espíritus de todos los hombres, sean buenos o malos, son llevados de regreso a ese Dios que les dio la vida.

“Y sucederá que los espíritus de los que son justos serán recibidos en un estado de felicidad que se llama paraíso: un estado de descanso, un estado de paz, donde descansarán de todas sus aflicciones, y de todo cuidado y pena”¹³.

Después de que el Salvador fue crucificado y se colocó Su cuerpo en el sepulcro durante tres días, el espíritu entró al cuerpo

otra vez. La piedra se corrió, y el Redentor resucitado salió, revestido con un cuerpo inmortal de carne y huesos.

La respuesta a la pregunta de Job, “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” surgió cuando María y otras mujeres se acercaron al sepulcro y vieron a dos varones con vestiduras resplandecientes, lo cuales les dijeron: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, sino que ha resucitado”¹⁴.

Como resultado de la victoria de Cristo sobre la tumba, todos resucitaremos. Esta es la redención del alma. Pablo escribió: “Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrestres; mas ciertamente una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrestres”¹⁵.

Lo que procuramos es la gloria celestial. Es en la presencia de Dios donde deseamos morar. Es una familia eterna a la cual deseamos pertenecer. Tales bendiciones se deben obtener mediante toda una vida de esfuerzo, de búsqueda, de arrepentimiento y, finalmente, de éxito.

¿De dónde vinimos? ¿Por qué estamos aquí? ¿Adónde vamos después de esta vida? Estas preguntas universales ya no tienen necesidad de permanecer sin respuesta. Desde lo más profundo de mi alma y con toda humildad, testifico que esas cosas de las que he hablado son verdaderas.

Nuestro Padre Celestial se regocija por quienes obedecen Sus mandamientos. Él se preocupa también por el niño perdido, el adolescente al que le cuesta obedecer, el joven descarriado, el padre negligente. Con ternura, el Maestro les habla a ellos y, ciertamente a todos, diciendo: “Regresen. Suban. Entren. Vuelvan a casa. Vengan a mí”.

La semana que viene celebraremos la Pascua. Nuestros pensamientos se dirigirán a la vida del Salvador, a Su muerte y a Su resurrección. Como Su testigo especial, les testifico que Él vive y que espera nuestro regreso triunfante. Que ese regreso sea nuestro, ruego humildemente en Su santo nombre, a saber Jesucristo, nuestro Salvador y Redentor. Amén.

Notas

1. Mateo 6:19–21.

2. Hechos 17:29.

3. Doctrina y Convenios 88:15.

4. Hebreos 12:9.

5. Doctrina y Convenios 76:24.

6. William Wordsworth, “Ode: Intimations of Immortality from Recollections of Early Childhood”, 1884, págs. 23–24.

7. Juan 14:2–3.

8. Véase Mateo 5:48; 3 Nefi 12:48.
9. Hebreos 12:1.
10. Eclesiastés 9:11.
11. Job 14:14.
12. Véase Robert Blatchford, *More Things in Heaven and Earth:*

- Adventures in Quest of a Soul*, 1925,
pág. 11.
13. Alma 40:11–12.
 14. Lucas 24:5–6.
 15. 1 Corintios 15:40.

El poder de librarse

Por el élder L. Tom Perry

Del Quórum de los Doce Apóstoles

Podemos ser librados de la maldad y la perversidad al recurrir a las enseñanzas de las Santas Escrituras.

Tengo un muy buen amigo que me manda una corbata nueva para usar durante la sesión en la que discurso en cada conferencia general. Él tiene buen gusto, ¿verdad?

Mi joven amigo tiene algunos desafíos difíciles. En algunos aspectos lo limitan, pero en otros él es extraordinario. Por ejemplo, su valentía como misionero se compara a la de los hijos de Mosiah. La simplicidad de sus creencias hace que sus convicciones sean increíblemente firmes y estables. Creo que en la mente de Scott es inimaginable que no todos sean miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y que no todos hayan leído el Libro de Mormón ni tengan un testimonio de su veracidad.

Permítanme contarles un suceso en la vida de Scott cuando realizaba solo su primer viaje en avión para visitar a su hermano. Un pasajero que estaba sentado cerca escuchó la conversación de Scott con la persona sentada al lado de él:

“Hola, me llamo Scott. ¿Cómo se llama usted?”.

Su compañero de asiento le dijo su nombre.

“¿A qué se dedica?”.

“Soy ingeniero”.

“Qué bien. ¿Dónde vive?”.

“En Las Vegas”.

“Tenemos un templo allí. ¿Sabe dónde está el templo mormón?”.

“Sí. Es un edificio hermoso”.

“¿Es usted mormón?”.

“No”.

“Bueno, debería serlo; es una gran religión. ¿Ha leído el Libro de Mormón?”.

“No.”

“Debería hacerlo; es un gran libro”.

Estoy totalmente de acuerdo con Scott, el Libro de Mormón es un gran libro. Las palabras del profeta José Smith, citadas en la página de introducción del Libro de Mormón, siempre han sido especiales para mí: “Declaré a los hermanos que el Libro de Mormón era el más correcto de todos los libros sobre la tierra, y la clave de nuestra religión; y que un hombre se acercaría más a Dios al seguir sus preceptos que los de cualquier otro libro”.

Este año en nuestras clases de la Escuela Dominical estamos estudiando el Libro de Mormón. Al prepararnos y al participar, espero que seamos motivados a seguir el ejemplo valiente de Scott para compartir nuestro amor por este libro de Escrituras especial con otras personas que no son de nuestra fe.

Un tema dominante en el Libro de Mormón se expresa en el último versículo del primer capítulo de 1 Nefi. Nefi escribe: “Pero he aquí, yo, Nefi, os mostraré que las entrañables misericordias del Señor se extienden sobre todos aquellos que, a causa de su fe, él ha escogido, para fortalecerlos, sí, hasta tener el poder de librarse” (1 Nefi 1:20).

Deseo hablarles sobre cómo el Libro de Mormón, el cual es una tierna misericordia del Señor preservada para estos últimos días, nos libera al enseñarnos de la manera “más correcta” y pura la doctrina de Cristo.

Muchas de las historias del Libro de Mormón son historias de liberación. La partida de Lehi al desierto con su familia era sobre la liberación de la destrucción de Jerusalén. La historia de los Jareditas es una historia de liberación, como lo es la historia de los Mulekitas. Alma hijo fue librado del pecado. Los jóvenes guerreros de Helamán fueron librados en batalla. Nefi y Lehi fueron librados de la prisión. El tema de la liberación es evidente en todo el Libro de Mormón.

Hay dos historias en el Libro de Mormón que son muy similares y enseñan una lección importante. La primera es del

libro de Mosíah, comenzando con el capítulo 19. Aquí aprendemos del rey Limhi, que vivía en la tierra de Nefi. Los lamanitas comenzaron la guerra contra el pueblo de Limhi. El resultado de la guerra fue que los lamanitas permitirían que el rey Limhi gobernara sobre su propio pueblo, pero serían cautivos de ellos. Era una paz muy insegura (véase Mosíah 19–20).

Cuando el pueblo de Limhi se cansó de los abusos de los lamanitas, la gente convenció a su rey de que fueran a la batalla contra los lamanitas. El pueblo de Limhi fue derrotado tres veces y se impusieron pesadas cargas sobre ellos. Finalmente se humillaron y clamaron fervientemente al Señor para que Él los liberara (véase Mosíah 21:1–14). En el versículo 15 del capítulo 21 se nos dice cómo respondió el Señor: “Ahora bien, el Señor fue lento en oír su clamor a causa de sus iniquidades; sin embargo, oyó sus clamores y empezó a ablandar el corazón de los lamanitas, de modo que empezaron a aligerar sus cargas; no obstante, el Señor no juzgó oportuno librarlos del cautiverio”.

Poco después, Ammón y un pequeño grupo de hombres de Zarahemla llegaron y, con Gedeón, uno de los líderes del pueblo de Limhi, idearon un plan que tuvo buenos resultados y lograron escapar de los abusos de los lamanitas. El Señor fue lento en escuchar sus lamentaciones. ¿Por qué? Por sus iniquidades.

La segunda historia es similar en muchos aspectos pero a la vez diferente. El relato se registra en Mosíah 24.

Alma y su pueblo se habían establecido en la tierra de Helam cuando un ejército de lamanitas vino a la frontera de la tierra. Se reunieron y encontraron una solución pacífica (véase Mosíah 23:25–29). Muy pronto, los líderes de los lamanitas comenzaron a imponer su voluntad sobre el pueblo de Alma y colocaron sobre ellos pesadas cargas de soportar (véase Mosíah 24:8). En el versículo 13 leemos: “Y aconteció que la voz del Señor vino a ellos en sus aflicciones, diciendo: Alzad vuestras cabezas y animaos, pues sé del convenio que habéis hecho conmigo; y yo haré convenio con mi pueblo y lo libraré del cautiverio”.

El pueblo de Alma fue librado de las manos de los lamanitas y regresaron a salvo para reunirse con el pueblo de Zarahemla.

¿Cuál fue la diferencia entre el pueblo de Alma y el pueblo del rey Limhi? Obviamente había muchas diferencias: el pueblo

de Alma era pacífico y más justo; ellos ya habían sido bautizados y establecido un convenio con el Señor; se humillaron ante el Señor incluso antes de que comenzaran sus tribulaciones. Todas estas diferencias hicieron oportuno y justo que el Señor los liberara rápidamente de una manera milagrosa de las manos que los tenían cautivos. Estas Escrituras nos enseñan en cuanto al poder liberador del Señor.

Las profecías que anunciaban los acontecimientos de la vida y misión de Jesucristo nos prometen la liberación que Él dará. Su Expiación y Resurrección nos proporcionan a todos nosotros un escape de la muerte física y, si nos arrepentimos, un escape de la muerte espiritual, trayendo con ello las bendiciones de la vida eterna. Las promesas de la Expiación y Resurrección, las promesas de liberación de la muerte física y espiritual, fueron declaradas por Dios a Moisés cuando Él dijo: “Porque, he aquí, ésta es mi obra y mi gloria: Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre” (Moisés 1:39).

En contraste con las creencias bellísimamente diseñadas para nosotros en las Santas Escrituras, encontramos las fuerzas del secularismo empeñadas en oponerse a las creencias que desde hace mucho tiempo están en los escritos sagrados, escritos que nos han guiado por tantos siglos al definir los valores eternos y las normas de nuestra conducta en la vida. Ellos declaran que las enseñanzas en la Biblia son falsas y que las enseñanzas del Maestro son anticuadas. Sus voces claman que cada persona debe tener la libertad de establecer sus propias normas; intentan alterar los derechos de los creyentes, cosa contraria a lo que se enseña en las Escrituras y en las palabras de los profetas.

Qué bendición es tener el relato de la misión de nuestro Señor y Salvador declarada en el Libro de Mormón para añadir un segundo testigo a la doctrina proclamada en la Biblia. ¿Por qué es importante para el mundo tener tanto la Biblia como el Libro de Mormón? Creo que la respuesta se encuentra en el decimotercer capítulo de 1 Nefi. Nefi registra: “Y el ángel me habló, diciendo: Estos últimos anales que has visto entre los gentiles, establecerán la verdad de los primeros [la Biblia], los cuales son los de los doce apóstoles del Cordero, y darán a conocer las cosas claras y preciosas que se les han quitado, y manifestarán a todas las

familias, lenguas y pueblos que el Cordero de Dios es el Hijo del Eterno Padre, y es el Salvador del mundo; y que es necesario que todos los hombres vengan a él, o no serán salvos” (versículo 40).

Ni la Biblia ni el Libro de Mormón por sí solos son suficiente. Ambos son necesarios para que enseñemos y aprendamos sobre la total y completa doctrina de Cristo. La necesidad de uno no disminuye la importancia de ninguno de los dos. Tanto la Biblia como el Libro de Mormón son necesarios para nuestra salvación y exaltación. Como enseñó el presidente Ezra Taft Benson tan poderosamente: “Cuando se usan juntos, la Biblia y el Libro de Mormón, confunden las falsas doctrinas” (“Un nuevo testigo de Cristo”, *Liahona*, enero de 1984, pág. 4).

Quisiera concluir mencionando dos historias, una del Antiguo Testamento y la otra del Libro de Mormón, a fin de mostrar cómo los libros trabajan juntos armoniosamente.

La historia de Abraham comienza con su liberación de los caldeos idólatras (véase Génesis 11:27–31; Abraham 2:1–4). Él y su esposa Sarah posteriormente fueron librados de su dolor; y se les prometió que mediante su posteridad todas las naciones de la tierra serían bendecidas (véase Génesis 18:18).

El Antiguo Testamento contiene el relato de Abraham que lleva a Lot, su sobrino, con él fuera de Egipto. Al darle la opción de escoger un lugar, Lot eligió la llanura del Jordán y asentó su tienda en dirección a Sodoma, una ciudad de gran maldad (véase Génesis 13:1–12). La mayoría de los problemas a los que Lot se enfrentó más tarde en la vida, y fueron varios, pueden remontarse a su primera decisión de colocar la puerta de su tienda en dirección a Sodoma.

Abraham, el padre de los fieles, experimentó la vida de manera diferente. Ciertamente tuvo muchos desafíos, pero fue una vida bendecida. No sabemos hacia qué dirección miraba la puerta de Abraham, pero hay un fuerte indicio en el último versículo del decimotercer capítulo de Génesis. Dice: “Abram [o Abraham], pues, levantando su tienda, vino y moró en el valle de Mamre, que está en Hebrón, y edificó allí un altar a Jehová” (Génesis 13:18).

Aunque no lo sé, personalmente creo que la puerta de la tienda de Abraham miraba hacia el altar que él construyó para el

Señor. ¿Cómo llego a esa conclusión? Porque conozco la historia del Libro de Mormón sobre las instrucciones del rey Benjamín a su pueblo cuando los reunió para que escucharan sus últimas palabras. El rey Benjamín los instruyó para que pusieran las puertas de sus tiendas mirando al templo (véase Mosíah 2:1-6).

Podemos ser librados de la maldad y la perversidad al recurrir a las enseñanzas de las Santas Escrituras. El Salvador es el Gran Libertador, porque Él nos liberó de la muerte y del pecado (véase Romanos 11:26; 2 Nefi 9:12).

Declaro que Jesús es el Cristo y que podemos acercarnos más a Él al leer el Libro de Mormón. El Libro de Mormón es otro testamento de Jesucristo. Los primeros testamentos de nuestro Salvador son el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento, es decir, la Biblia.

Nuevamente recordemos la descripción de mi amigo Scott sobre el Libro de Mormón: "Es un gran libro". Les testifico que mucha de la grandeza del Libro de Mormón es producto de su armonía con la Santa Biblia. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Para hallar a los perdidos

Por el élder M. Russell Ballard
Del Quórum de los Doce Apóstoles

Al tratar de vivir el Evangelio y la doctrina de Cristo, el Espíritu Santo los guiará a ustedes y a su familia.

Hermanos y hermanas, según las Escrituras, la Liahona era “una esfera... esmeradamente labrada”, con dos agujas, una de las cuales indicaba el camino que la familia del padre Lehi debía seguir por el desierto (1 Nefi 16:10).

Creo que sé por qué Lehi se sorprendió grandemente cuando la vio por primera vez, porque me acuerdo de mi propia reacción la primera vez que vi una unidad de GPS (Sistema de posicionamiento global). En mi mente era un dispositivo moderno “esmeradamente labrado”. De alguna manera que no puedo ni siquiera imaginar, este pequeño dispositivo, en mi teléfono, puede determinar exactamente dónde estoy y decirme exactamente cómo llegar a donde quiero ir.

Para mi esposa, Barbara, y para mí, el GPS es una bendición. Para Barbara significa que ella no tiene que decirme que me detenga y pida indicaciones; y para mí significa que puedo tener razón cuando digo, “No tengo que preguntarle a nadie. Sé exactamente a donde voy”.

Ahora bien, hermanos y hermanas, tenemos a nuestro alcance una herramienta aún más notable que el mejor GPS. Todo el mundo se pierde en algún momento, hasta cierto punto. Es por medio de los susurros del Espíritu Santo que se nos puede llevar con seguridad de vuelta al sendero correcto; y es el sacrificio expiatorio del Salvador que nos puede llevar de regreso a casa.

El estar perdidos puede aplicarse a sociedades enteras, así como a las personas individuales. Hoy en día vivimos en una época en que gran parte de este mundo ha perdido el rumbo, en

particular con respecto a los valores y las prioridades en nuestros hogares.

Hace cien años, el presidente Joseph F. Smith conectó la felicidad directamente a la familia y nos amonestó a centrar allí nuestros esfuerzos. Él dijo: “No puede haber felicidad genuina aparte y separada del hogar... No existe felicidad sin servicio, y no hay servicio más grande que el que convierte el hogar en una institución divina y fomenta y preserva la vida familiar... Es el hogar lo que debe reformarse” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith* 1998, págs. 410, 412).

Son nuestros hogares y nuestras familias los que deben reformarse en este mundo cada vez más materialista y secular. Un ejemplo sorprendente es el desprecio cada vez mayor que existe hacia el matrimonio aquí, en Estados Unidos. A principios de este año, el periódico *New York Times* informó que “la proporción de niños nacidos de madres solteras ha cruzado un umbral: más de la mitad de los nacimientos de mujeres estadounidenses menores de 30 años se producen fuera del matrimonio” (Jason DeParle y Sabrina Tavernise, “Unwed Mothers Now a Majority Before Age of 30”, *New York Times*, 18 de febrero de 2012, A1).

Además, sabemos que entre las parejas de los Estados Unidos que sí se casan, se divorcian cerca de la mitad. Incluso aquellas que permanecen casadas a menudo pierden su camino y dejan que otras cosas interfieran en sus relaciones familiares.

Igualmente preocupante es la brecha cada vez mayor que existe entre ricos y pobres, y la que hay entre los que se esfuerzan por conservar los valores y compromisos familiares y los que han renunciado a hacerlo. Estadísticamente, los que tienen menos formación académica y por consiguiente ingresos más bajos, son menos propensos a contraer matrimonio y a ir a la iglesia y mucho más propensos a involucrarse en la delincuencia y a tener hijos fuera del matrimonio. Estas tendencias son también preocupantes en gran parte del resto del mundo. (Véase W. Bradford Wilcox y otros autores, “No Money, No Honey, No Church: The Deinstitutionalization of Religious Life among the White Working Class”, disponible en la página

www.virginia.edu/marriageproject/pdfs/Religion_WorkingPaper.pdf.)

A diferencia de lo que muchos pensaban, la prosperidad y la formación académica parecen estar conectadas a una mayor probabilidad de tener familias y valores tradicionales.

La verdadera pregunta, por supuesto, tiene que ver con *causa* y *efecto*. ¿Algunos sectores de la sociedad tienen valores y familias más fuertes, *debido a que* tienen más estudios y prosperidad, o es que tienen más estudios y prosperidad *debido a que* tienen valores y familias fuertes? En esta Iglesia mundial sabemos que es esto último. Cuando la gente hace compromisos familiares y religiosos con los principios del Evangelio, comienzan a mejorar espiritual y, a menudo, también temporalmente.

Y, claro está que, las sociedades en general se fortalecen a medida que las familias se hacen más fuertes. Los compromisos familiares y los valores son la *causa* básica. Casi todo lo demás es *efecto*. Cuando las parejas se casan y contraen compromisos mutuos, aumentan en gran medida sus posibilidades de bienestar económico. Cuando los niños nacen dentro del matrimonio y tienen a los dos, a una mamá y a un papá, sus oportunidades y su probabilidad de éxito en el trabajo aumentan considerablemente. Y cuando los integrantes de la familia trabajan y juegan juntos, los vecindarios y las comunidades prosperan, las economías mejoran, y se requieren menos subsidios del gobierno y menos programas costosos.

Así que la mala noticia es que la desintegración familiar está ocasionando una serie de males sociales y económicos. Pero la buena noticia es que, como en toda causa y efecto, esos males pueden ser reversibles si se cambia lo que los está causando. Las desigualdades se resuelven viviendo los principios y valores correctos. Hermanos y hermanas, la *causa* más importante de nuestra vida es nuestra familia. Si nos dedicamos a esta causa, mejoraremos todos los demás aspectos de nuestra vida y nos convertiremos, como pueblo y como Iglesia, en un ejemplo y un faro para todos los pueblos de la tierra.

Pero esto no es fácil en un mundo donde los corazones siguen muchos rumbos y donde el planeta entero parece estar en constante movimiento y cambiando a un ritmo nunca antes

imaginado. Nada permanece igual por mucho tiempo. Los estilos, las tendencias, las modas, lo políticamente correcto e incluso la percepción del bien y el mal cambian y varían. Como predijo el profeta Isaías, lo malo se presenta como bueno y lo bueno como malo (véase Isaías 5:20).

La división espiritual se amplía aun más conforme el mal se hace cada vez más engañoso y sutil, y atrae a la gente hacia él como un oscuro imán, de la misma manera que el Evangelio de verdad y luz atrae a los honrados de corazón y a los honorables de la tierra, que buscan lo que es moral y bueno.

Tal vez seamos relativamente pocos en número, pero como miembros de esta Iglesia podemos atravesar estas brechas cada vez mayores. Conocemos el poder del servicio centrado en Cristo, que une a los hijos de Dios sin importar su condición espiritual o económica. Hace un año, la Primera Presidencia nos invitó a participar en un día de servicio, para celebrar los 75 años del Programa de bienestar que ayuda a la gente a ser más autosuficiente. Millones de horas fueron aportadas por nuestros miembros en todo el mundo.

La Iglesia es un amarradero en este mar tempestuoso, un ancla en las agitadas aguas de cambio y de división, y un faro para aquellos que valoran y buscan la rectitud. El Señor usa esta Iglesia como una herramienta para atraer a Sus hijos en todo el mundo hacia la protección de Su Evangelio.

El espíritu de Elías, que no tiene fronteras, también es un gran poder en los propósitos del Señor para el destino eterno de Sus hijos. En las palabras de Malaquías, el Espíritu Santo hace “volver el corazón de los padres hacia los hijos, y el corazón de los hijos hacia los padres” (Malaquías 4:6).

La Iglesia se erige como un ejemplo en cuanto a hacer cambiar el corazón y como un catalizador para el bien en el mundo. Entre los miembros de la Iglesia que se casan en el templo y que asisten regularmente a las reuniones dominicales, la tasa de divorcios es significativamente menor que la del mundo, y los integrantes de la familia permanecen más cerca y se comunican más frecuentemente. La salud en nuestras familias es mejor, y vivimos varios años más que el promedio de la población. Aportamos más recursos financieros y más servicio

per cápita a los necesitados, y tenemos más probabilidad de procurar una educación superior. Señalo estas cosas no para presumir, sino para testificar que la vida es mejor (y mucho más feliz) cuando los corazones se vuelven hacia la familia y cuando las familias viven en la luz del evangelio de Cristo.

Por tanto, ¿qué podemos hacer para no perdernos? En primer lugar, sugiero que establezcamos *prioridades*. Que todo lo que hacen fuera de casa esté sujeto a lo que sucede dentro de ella y lo apoye. Recuerden el consejo del presidente Harold B. Lee, que “la obra más importante... que harán será la que realicen dentro de las paredes de su propio hogar” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2000, pág. 142) y el clásico consejo del presidente David O. McKay: “Ningún éxito puede compensar el fracaso en el hogar” (citado de J. E. McCulloch, *Home: The Savior of Civilization*, 1924, pág. 42, en Conference Report, abril de 1935, pág. 116).

Organicen sus vidas personales para dar tiempo a la oración, a las Escrituras y a las actividades en familia. Den a sus hijos responsabilidades en el hogar que les enseñen cómo trabajar. Enseñenles que vivir el Evangelio los alejará de la suciedad, de la promiscuidad y la violencia de internet, de los medios de comunicación y de los videojuegos; no se perderán y estarán preparados para afrontar responsabilidades cuando les sean confiadas.

En segundo lugar, ¡tenemos que hacer las cosas en el *orden correcto*! Primero el matrimonio y después la familia. Son demasiados en el mundo los que han olvidado este orden natural de las cosas y piensan que pueden cambiarlo o incluso invertirlo. Alejen cualquier temor que tengan por medio de la fe. Confíen en el poder de Dios para guiarlos.

A ustedes que aún no están casados, pongan especial atención para encontrar a su pareja eterna. Hombres jóvenes, recuerden algo más que dijo el presidente Joseph F. Smith: “El estado de soltero... [inculca] en la mente superficial la idea de que [es] cosa deseable, porque [trae] consigo sólo un responsabilidad mínima... La verdadera culpa descansa en los [varones] jóvenes. La libertad de la época los desvía de las sendas del deber y la responsabilidad... Las hermanas son las víctimas...”

[y] se casarían, si pudieran, y aceptarían gustosamente las responsabilidades de la vida familiar” (véase *Doctrina del Evangelio*, 1939, pág. 275).

Y para ustedes, las mujeres jóvenes, añadiría que tampoco deben perder de vista esta responsabilidad. Ninguna carrera profesional puede traerles tanta satisfacción como la crianza de una familia. Y cuando tengan mi edad, se darán cuenta de eso aún más.

En tercer lugar, esposos y esposas, ustedes deben ser *compañeros iguales* en su matrimonio. Lean con frecuencia y comprendan la proclamación sobre la familia y sígala. Eviten el injusto dominio en cualquiera de sus formas. Nadie es dueño del cónyuge o de los hijos; Dios es el Padre de todos nosotros y nos ha concedido el privilegio de tener nuestra propia familia, que antes era sólo de Él, para ayudarnos a ser más como Él. Como hijos Suyos, debemos aprender en el hogar a amar a Dios y saber que podemos pedirle a Él la ayuda que necesitamos. Todos, casados o solteros, podemos ser felices y servir de apoyo dentro de cualquier familia que tengamos.

Y, por último, utilicen los *recursos para la familia* de la Iglesia. En la crianza de los hijos, las familias pueden recurrir a la ayuda del barrio. Apóyense y trabajen en conjunto con los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares, y aprovechen al máximo los programas de la Iglesia para la juventud y las familias. Recuerden otra de las interesantes frases del presidente Lee, que la Iglesia es el andamiaje con el que formamos familias eternas (véase *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2000, pág. 164).

Ahora bien, si por alguna razón ustedes, individualmente o como familias, se han desviado del camino, entonces sólo tienen que aplicar las enseñanzas del Salvador, que están en Lucas, capítulo 15, para corregir el rumbo. Aquí el Salvador habla del esfuerzo de un pastor en busca de su oveja perdida, de una mujer que busca una moneda perdida y de la acogida que recibió el hijo pródigo que volvía a casa. ¿Por qué enseñó Jesús estas parábolas? Él quería que supiéramos que nunca estaremos tan perdidos como para no poder encontrar el camino por medio de Su expiación y Sus enseñanzas.

Al tratar de vivir el Evangelio y la doctrina de Cristo, el Espíritu Santo los guiará a ustedes y a su familia. Tendrán un GPS espiritual para indicarles siempre dónde están y hacia dónde van. Doy testimonio de que el resucitado Redentor de la humanidad nos ama a todos y Él ha prometido que, si lo seguimos, Él nos conducirá con seguridad de regreso a la presencia de nuestro Padre Celestial, de lo que testifico en el nombre de Jesucristo. Amén.

Tener la visión de actuar

Por el élder O. Vincent Haleck

De los Setenta

Si queremos prosperar en lugar de perecer, debemos obtener una visión de nosotros mismos igual a la que el Salvador tiene de nosotros.

Al igual que todos los buenos padres, los míos deseaban un futuro brillante para sus hijos. Mi padre no era miembro y, debido a circunstancias inusuales que existían en ese entonces, mis padres decidieron que mis hermanos, mis hermanas y yo dejáramos nuestro hogar en la isla de Samoa Americana, en el Pacífico Sur, y viajáramos a los Estados Unidos para ir a la escuela.

La decisión de separarse de nosotros fue muy difícil para mis padres, en especial para mi madre. Sabían que tendríamos que afrontar desafíos desconocidos al trasladarnos a un nuevo entorno. Sin embargo, con fe y determinación, siguieron adelante con su plan.

Debido a que mi madre se había criado como Santo de los Últimos Días, estaba familiarizada con los principios del ayuno y la oración, y tanto ella como mi padre sentían que necesitaban las bendiciones del cielo para ayudar a sus hijos. Con ese espíritu, comenzaron a apartar un día cada semana para ayunar y orar por nosotros. Su visión era la de preparar a sus hijos para un futuro brillante. Ellos actuaron de acuerdo con esa visión, ejerciendo su fe al buscar las bendiciones del Señor. Mediante el ayuno y la oración recibieron la seguridad, el consuelo y la paz de que todo saldría bien.

¿En qué forma obtenemos la visión necesaria para realizar las cosas que nos acercarán más al Salvador en medio de los desafíos de la vida? En referencia a tener visión, el libro de Proverbios nos

enseña esta verdad: “Sin profecía, el pueblo se desenfrena” (Proverbios 29:18). Si queremos prosperar en lugar de perecer, debemos obtener una visión de nosotros mismos igual a la que el Salvador tiene de nosotros.

El Salvador vio más potencial en aquellos humildes pescadores a quienes llamó para que lo siguieran de lo que ellos inicialmente veían en sí mismos. Él tenía la visión de lo que podían llegar a ser; conocía la bondad y el potencial de ellos y decidió llamarlos. Al principio no poseían experiencia, pero al seguirlo, vieron Su ejemplo, percibieron Sus enseñanzas y se convirtieron en Sus discípulos. Hubo un momento en que algunos de los discípulos se alejaron de Él debido a que las cosas que oían les eran difíciles. Consciente de que otros quizás también se alejarían, Jesús preguntó a los Doce: “¿También vosotros queréis irnos?” (Juan 6:67). La respuesta de Pedro refleja la forma en que había cambiado y cómo había captado la visión de quién era el Salvador. “¿A quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6:68), respondió.

Con esa visión, esos discípulos fieles y devotos pudieron hacer cosas difíciles mientras viajaban para predicar el Evangelio y establecer la Iglesia después de que el Salvador hubo partido. Con el tiempo, algunos de ellos sacrificaron su vida por su testimonio.

En las Escrituras hay otros ejemplos de personas que captaron la visión del Evangelio y luego salieron y actuaron de acuerdo con esa visión. El profeta Alma captó la visión cuando escuchó a Abinadí enseñar y testificar osadamente ante el rey Noé. Alma actuó de acuerdo con las enseñanzas de Abinadí y se dedicó a enseñar lo que había aprendido, bautizando a muchos que creyeron en sus palabras (véase Mosíah 17:1–4; 18:1–16). Mientras perseguía a los antiguos Santos, el apóstol Pablo se convirtió en el camino a Damasco y luego actuó en consecuencia, enseñando y testificando de Cristo (véase Hechos 9:1–6, 20–22, 29).

En nuestra época, muchos hombres y mujeres jóvenes, y matrimonios mayores han respondido al llamado del profeta de Dios de prestar servicio misional. Con fe y valentía, dejan sus hogares y todo lo que les es familiar a causa de su fe en el bien

que pueden hacer como misioneros. Al poner en práctica su visión de prestar servicio, bendicen la vida de muchos y, en el proceso, cambian su propia vida. En la última conferencia general, el presidente Thomas S. Monson nos agradeció por el servicio que nos brindamos los unos a los otros y nos recordó nuestra responsabilidad de ser las manos de Dios aquí en la tierra para bendecir a Sus hijos (véase “Hasta que nos volvamos a reunir”, *Liahona*, noviembre de 2011, pág. 108). El cumplimiento de este mandato ha sido reconfortante a medida que los miembros de la Iglesia han actuado de acuerdo con la visión que él tiene.

Antes de que el Señor partiera, comprendiendo que necesitaríamos ayuda, dijo: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:18). Enseñó a Sus discípulos: “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho” (Juan 14:26). Éste es el mismo Espíritu Santo que puede habilitarnos y motivarnos a hacer lo que el Salvador y los profetas y apóstoles de nuestros días nos enseñan.

Al poner en práctica las enseñanzas de nuestros líderes, obtenemos una comprensión más profunda de la visión que nuestro Salvador tiene para nosotros. A lo largo de esta conferencia hemos recibido consejo inspirado de profetas y apóstoles. Estudien sus enseñanzas y medítenlas en su corazón mientras buscan el Espíritu Santo para que los ayude a captar la visión de esas enseñanzas en sus vidas. Con esa visión, ejerzan su fe para actuar de acuerdo con el consejo de ellos.

Escudriñen y estudien las Escrituras concentrándose en recibir más luz y conocimiento de sus mensajes; medítenlos en su corazón y permitan que los inspiren; entonces actúen según la inspiración que reciban.

Tal como hemos aprendido en familia, actuamos cuando ayunamos y oramos. Alma habló de ayunar y orar como una manera de recibir certeza cuando dijo: “...he ayunado y orado muchos días para poder saber estas cosas por mí mismo” (Alma 5:46). Nosotros también llegamos a saber cómo afrontar los desafíos al ayunar y orar.

Experimentamos dificultades en la vida que algunas veces pueden restringir nuestra visión y fe para hacer lo que debemos. Llegamos a estar tan ocupados que muchas veces nos sentimos abrumados e incapaces de hacer más. A pesar de que cada uno de nosotros es diferente, con humildad sugiero que debemos centrar nuestra visión en el Salvador y en Sus enseñanzas. ¿Qué vio Él en Pedro, Santiago y Juan, y en los demás apóstoles, que hizo que los invitara a que lo siguieran? Al igual que la visión que Él tuvo de ellos, el Salvador tiene una gran visión de lo que nosotros podemos llegar a ser. Requerirá la misma fe y valor que tuvieron los primeros apóstoles para que nos volvamos a centrar en las cosas que más importan para tener felicidad imperecedera y gran gozo.

Al estudiar la vida de nuestro Salvador y Sus enseñanzas, lo vemos entre la gente enseñando, orando, dando ánimo y sanando. Cuando lo emulamos y hacemos lo que vemos que Él hace, comenzamos a tener una visión de quiénes podemos llegar a ser. Ustedes serán bendecidos con entendimiento mediante la ayuda del Espíritu Santo para hacer mayor bien. Empezarán a cambiar y establecerán un orden diferente en su vida que los bendecirá a ustedes y a su familia. Durante Su ministerio entre los nefitas, el Salvador preguntó: "...¿qué clase de hombres habéis de ser?". Y respondió: "En verdad os digo, aun como yo soy" (3 Nefi 27:27). Necesitamos Su ayuda para llegar a ser como Él, y Él nos ha mostrado el camino: "Por consiguiente, pedid, y recibiréis; llamad, y se os abrirá; porque el que pide, recibe; y al que llama, se le abrirá" (3 Nefi 27:29).

Sé que al obtener una visión de nosotros mismos tal como el Salvador nos ve, y al actuar de acuerdo con ella, nuestras vidas serán bendecidas de formas inesperadas. Gracias a la visión de mis padres, no sólo fui bendecido con experiencias académicas, sino que me encontré en circunstancias en las que conocí y acepté el Evangelio. Más importante aún, aprendí el significado de padres buenos y fieles. En pocas palabras, mi vida cambió para siempre.

De la misma forma en que la visión de mis padres los llevó a ayunar y a orar por el bienestar de sus hijos, y al igual que la visión de los antiguos apóstoles los llevó a seguir al Salvador, esa

misma visión está a nuestro alcance para inspirarnos y ayudarnos a actuar. Hermanos y hermanas, somos un pueblo con una historia de visión, y con la fe y la valentía para actuar. ¡Miren a dónde hemos llegado y las bendiciones que hemos recibido! Crean que Él puede bendecirlos con visión en la vida y con la valentía para actuar.

Les doy mi testimonio del Salvador y de Su deseo de que regresemos a Él. Para lograrlo, debemos tener fe para actuar, seguirlo y llegar a ser como Él. Muchas veces en la vida Él nos tiende la mano y nos invita:

“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas.

“Porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mateo 11:29–30).

Al igual que el Salvador vio un gran potencial en Sus primeros apóstoles, Él también ve lo mismo en nosotros. Veámonos a nosotros mismos como el Salvador nos ve. Oro para que tengamos esa visión, con la fe y la valentía de actuar. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Conforme a los principios de la rectitud

Por el élder Larry Y. Wilson

De los Setenta

Los padres sabios preparan a sus hijos para que puedan conducirse sin la guía paterna. Les brindan oportunidades de crecimiento a sus hijos a medida que éstos adquieren la madurez espiritual para ejercer su albedrío de manera apropiada.

Más o menos un mes después de casarnos, mi esposa y yo estábamos haciendo un viaje largo en automóvil. Ella iba manejando y yo trataba de relajarme. Digo que *trataba* porque la autopista por la que viajábamos tenía la reputación de tener muchos controles de velocidad, y creo que en aquellos días mi esposa tal vez tenía una leve tendencia de acelerar demasiado; así que le dije: “Vas muy rápido; baja la velocidad”.

Mi flamante esposa pensó: “Vaya, llevo unos diez años manejando y, salvo mi instructor de manejo, nunca nadie me ha dicho cómo manejar”. Así que contestó: “¿Qué te da el derecho de decirme cómo manejar?”.

En realidad, su pregunta me tomó desprevenido; entonces, haciendo lo mejor para asumir mis nuevas responsabilidades de hombre casado dije: “No lo sé, porque soy tu marido y poseo el sacerdocio”.

Hermanos, una breve sugerencia: Si se encuentran en una situación similar, ésa *no* es la respuesta correcta; y me siento feliz de informarles que fue la primera y la última vez que cometí ese error.

Doctrina y Convenios explica que el derecho de emplear el sacerdocio en el hogar o en cualquier otra parte está directamente relacionado con la rectitud de nuestra vida: "... los poderes del cielo [...] no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud"¹. Después dice que perdemos esos poderes cuando "[ejercemos] mando, dominio o compulsión sobre las almas de los [demás], en *cualquier* grado de injusticia"².

En este pasaje de las Escrituras se dice que debemos guiar "conforme a los principios de la rectitud". Esos principios se aplican a todos los líderes de la Iglesia como también a todos los padres y las madres en sus hogares³. Cuando ejercemos mando sobre otra persona de forma indebida, perdemos el derecho al Espíritu del Señor *y* a cualquier autoridad que tengamos de Dios⁴. Tal vez pensemos que esos métodos son para el bien de la persona sobre la que "ejercemos mando", pero procedemos de forma injusta cada vez que tratamos de obligar a obrar con rectitud a alguien que *puede y debe* ejercer su propio albedrío moral. Cuando haya *necesidad* de establecer límites firmes para otra persona, esos límites siempre deben ponerse con afectuosa paciencia y de una manera que enseñe principios eternos.

Sencillamente no podemos forzar a los demás a hacer lo correcto. En las Escrituras queda claro que ésa no es la manera de Dios. La compulsión produce resentimiento; demuestra desconfianza y hace que las personas se sientan incompetentes. Las oportunidades de aprendizaje se pierden cuando las personas que ejercen control dan por sentado con altivez que tiene todas las respuestas correctas para los demás. En las Escrituras se dice que "la naturaleza y disposición de casi todos los hombres" es practicar este "injusto dominio"⁵, así que debemos ser conscientes de que es una trampa en la que se puede caer fácilmente. Puede que las mujeres también ejerzan injusto dominio, aun cuando las Escrituras asocian el problema especialmente con los hombres.

El injusto dominio con frecuencia va acompañado de la crítica constante y de no demostrar ni aprobación ni amor. Las personas sobre quienes se ejerce sienten que nunca pueden agradar a tales líderes o padres y que lo que hacen siempre es insuficiente. Los padres sabios deben sopesar cuándo los hijos están listos para comenzar a ejercer su propio albedrío en un aspecto particular de

su vida. Pero si los padres se aferran a *todo* el poder de decisión, considerándolo su “derecho”, limitan de forma severa el crecimiento y desarrollo de sus hijos.

Nuestros hijos están en el hogar por un tiempo limitado. Si esperamos a que se vayan a vivir a otra parte para entregarles las riendas de su albedrío moral, habremos esperado demasiado. No van a desarrollar de repente la facultad de tomar decisiones prudentes si nunca han tenido la libertad de tomar alguna decisión importante mientras vivían en nuestra casa. Los hijos en esas circunstancias a menudo se rebelan contra tal compulsión o quedan traumatizados con la incapacidad de tomar decisiones por su propia cuenta.

Los padres sabios preparan a sus hijos para que éstos puedan manejarse sin depender de ellos. Les brindan oportunidades de crecimiento a medida que los hijos adquieren la madurez espiritual para ejercer su albedrío de manera apropiada; y, sí, eso quiere decir que a veces los hijos se equivocarán y aprenderán de sus errores.

Nuestra familia vivió una experiencia que nos enseñó algo en cuanto a ayudar a nuestros hijos a desarrollar su capacidad de tomar decisiones. Cuando estaba creciendo, nuestra hija Mary era una buena jugadora de fútbol. Un año, su equipo llegó a la final del campeonato y, ¡vaya sorpresa! el partido se iba a jugar un día domingo. Como adolescente, a Mary se le había enseñado por años que el día de reposo era un día de descanso y de renovación espiritual, no de esparcimiento. Aun así, sentía la presión de sus entrenadores y compañeras para que jugara, al igual que el deseo de no defraudar al equipo.

Nos preguntó qué debía hacer. Mi esposa y yo fácilmente podríamos haber tomado la decisión por ella; no obstante, tras considerarlo en oración, decidimos que en este caso nuestra hija estaba lista para asumir la responsabilidad espiritual de su propia decisión. Leímos algunos pasajes de las Escrituras con ella y la alentamos a que orara y lo pensara.

Después de unos días, anunció su decisión: iba a jugar el partido el domingo. ¿Qué debíamos hacer ahora? Después de conversarlo más y de recibir tranquilidad del Espíritu, hicimos lo prometido y le permitimos que fuera a jugar como había

decidido. Cuando terminó el partido, Mary lentamente se acercó a su mamá que la esperaba. “Ay, mami”, dijo, “qué *mal* me sentí. No quiero sentirme así nunca más. Nunca volveré a jugar otro partido en el día de reposo”. Y nunca más lo hizo.

En ese momento Mary había asimilado el principio de santificar el día de reposo. Si le hubiésemos prohibido jugar el partido, la hubiéramos privado de una preciosa y poderosa experiencia de aprendizaje con el Espíritu.

Como pueden ver, ayudar a que los hijos ejerzan su albedrío adecuadamente requiere enseñarles a orar y a recibir respuestas a esas oraciones. También debe haber instrucción en cuanto al valor y el propósito de la obediencia, así como en cuanto a otros principios esenciales del Evangelio⁶.

Al criar a nuestros hijos, decidimos que nuestra meta más importante era ayudarlos a establecer su propia conexión con los cielos. Sabíamos que, en última instancia, ellos tendrían que depender del Señor, no de nosotros. Brigham Young dijo: “Si fuera a establecer una distinción entre todos los deberes que se requieren de los hijos de los hombres... señalaría en primer y principal orden la responsabilidad de buscar al Señor nuestro Dios hasta lograr que se abran las vías de comunicación entre los cielos y la tierra, entre Dios y nuestra propia alma”⁷.

Mary había recibido respuesta a sus oraciones en otras situaciones anteriores, así que confiamos en que nuestra hija estaba estableciendo esa manera de comunicación con el cielo en su vida. De ese modo, aprendió algo positivo de su experiencia y estaba preparada para tomar mejores decisiones en el futuro. Sin un vínculo con el Espíritu, tanto los hijos como los padres podrían justificar todo tipo de malas decisiones en razón de ejercer el albedrío. La promesa de las Escrituras es que “aquellos que son prudentes... y han tomado al Santo Espíritu por guía... no [son] engañados”⁸.

Un efecto secundario adicional y trágico del injusto dominio puede ser el perder la confianza en el amor de Dios. He conocido a algunas personas que se vieron sometidas a padres o líderes exigentes y controladores, y se les hacía muy difícil sentir ese amor del Padre Celestial que podría apoyarlas y motivarlas en el sendero de la rectitud.

Si vamos a ayudar a quienes estén bajo nuestra responsabilidad a crear ese importantísimo vínculo con los cielos, tenemos que ser el tipo de padre o líder que se describe en la sección 121 de Doctrina y Convenios. Tenemos que actuar sólo “por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero”⁹. El presidente Henry B. Eyring ha expresado: “De toda la ayuda que podamos ofrecer a [los] jóvenes, la más grande será el hacerles sentir que confiamos en que están en el sendero de regreso a Dios y que pueden lograrlo”¹⁰.

Al reflexionar sobre los principios que deben guiarnos en la Iglesia y en el hogar, termino con un ejemplo de la biografía del presidente Thomas S. Monson. Ann Dibb, la hija del presidente y la hermana Monson, dice que hasta el día de hoy, al entrar por la puerta de la casa en la que se crió, su padre dice: “Oh, mira quién llegó; qué alegría y ¿no es hermosa?”. Y ella continúa: “Mis padres siempre me hacen algún cumplido, no importa cómo luzca o lo que haya estado haciendo... Cuando voy a visitar a mis padres, sé que me aman, me halagan, me hacen sentir bienvenida; estoy en mi hogar”¹¹.

Hermanos y hermanas, tal es la manera del Señor. Aunque hayan sido maltratados en el pasado, yo sé que el Señor quiere que acudan a Él¹². *Todos* son amados. *Todos* son bienvenidos. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Doctrina y Convenios 121:36.
2. Doctrina y Convenios 121:37; cursiva agregada.
3. Véase Neal A. Maxwell, “Y se despoje del hombre natural”, *Liahona*, enero de 1991, págs. 16–19.
4. Véase Doctrina y Convenios 121:37.
5. Doctrina y Convenios 121:39.
6. Véase Doctrina y Convenios 68:25–29.
7. *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Brigham Young*, 1997, págs. 48–49.
8. Doctrina y Convenios 45:57.
9. Doctrina y Convenios 121:41.
10. Henry B. Eyring, “Ayúdenlos en el camino de regreso al hogar”, *Liahona*, mayo de 2010, pág. 22.
11. Véase Heidi S. Swinton, *To the Rescue: The Biography of Thomas S. Monson*, 2010, pág. 372.
12. Véase Mateo 11:28.

¿Valió la pena?

Por el élder David F. Evans

De los Setenta

La labor de compartir el Evangelio de forma normal y natural con las personas que nos interesan y a quienes amamos será la obra y el gozo de nuestras vidas.

Durante esta conferencia y en otras reuniones recientes¹, muchos de nosotros nos hemos preguntado: ¿qué puedo hacer para ayudar a fortalecer la Iglesia del Señor y ver un verdadero crecimiento en donde vivo?

En ése y en todo otro esfuerzo significativo, nuestra labor más importante siempre es la que realizamos dentro de nuestro propio hogar y en nuestra familia². Es en la familia donde se establece la Iglesia y ocurre el verdadero crecimiento³. Debemos enseñar a nuestros hijos los principios y las doctrinas del Evangelio; debemos ayudarlos a tener fe en Jesucristo y ayudarlos a prepararse para el bautismo cuando tengan ocho años⁴. Debemos ser fieles nosotros mismos para que ellos vean nuestro ejemplo de amor por el Señor y por Su Iglesia. Eso ayuda a que nuestros hijos sientan gozo al guardar los mandamientos, felicidad en la familia y gratitud al prestar servicio a los demás. En nuestros hogares debemos seguir el modelo dado por Nefi cuando dijo:

“Trabajamos diligentemente... a fin de persuadir a nuestros hijos... a creer en Cristo y a reconciliarse con Dios...”

“... Hablamos de Cristo, nos regocijamos en Cristo, predicamos de Cristo, profetizamos de Cristo y escribimos según nuestras profecías, para que nuestros hijos sepan a qué fuente han de acudir para la remisión de sus pecados”⁵.

Trabajamos diligentemente para ofrecer estas bendiciones a nuestros hijos al asistir a la Iglesia con ellos, hacer la noche de

hogar y leer las Escrituras juntos; al orar diariamente con nuestra familia, aceptar llamamientos, visitar a los enfermos y a los que están solos, y hacer otras cosas que demuestren a nuestros hijos que los amamos y que amamos a nuestro Padre Celestial, a Su Hijo y a la Iglesia de Ellos.

Hablamos y profetizamos de Cristo al dar una lección en la noche de hogar o al sentarnos con un hijo y expresarle nuestro amor y nuestro testimonio del Evangelio restaurado.

Podemos escribir de Cristo a través de cartas a aquellos que estén lejos. Los misioneros que están en el campo, los hijos e hijas que se encuentran en el servicio militar y aquellos a quienes amamos son todos bendecidos por las cartas que escribimos. Las cartas que se reciben de casa no son solamente breves correos electrónicos; las verdaderas cartas ofrecen algo tangible que se puede tener en la mano, considerar y apreciar.

Ayudamos a nuestros hijos a confiar en la expiación del Salvador y a conocer la compasión de un amoroso Padre Celestial al mostrar amor y compasión en nuestra manera de criarlos. Nuestro amor y compasión no sólo acercan a nuestros hijos más a nosotros, sino que también fortalecen su fe al saber que el Padre Celestial los ama y los perdonará cuando se esfuercen por arrepentirse y por ser mejores. Ellos confían en esa verdad porque han sentido lo mismo de sus padres terrenales.

Además de la labor que haremos dentro de nuestra propia familia, Nefi enseñó que “trabajamos diligentemente... a fin de persuadir a nuestros... hermanos, a creer en Cristo y a reconciliarse con Dios”⁶. Como miembros de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, cada uno de nosotros tiene la bendición y la responsabilidad de compartir el Evangelio. Algunos de los que necesitan el Evangelio en su vida aún no son miembros de la Iglesia. Otros estuvieron antes entre nosotros pero necesitan volver a sentir el gozo que sintieron cuando aceptaron el Evangelio en una época anterior de su vida. El Señor ama tanto a la persona que nunca ha tenido el Evangelio como a la que está regresando a Él⁷. Para Él y para nosotros no tiene importancia; todo es la misma obra. Es el valor de las almas, independientemente de su condición, lo que es grande para nuestro Padre Celestial, para Su Hijo y para nosotros⁸. La obra de

nuestro Padre Celestial y Su Hijo es “llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna”⁹ de todos Sus hijos, sin importar sus circunstancias actuales. Nuestra bendición es ayudar en esta gran obra.

El presidente Thomas S. Monson explicó cómo podemos ayudar cuando dijo: “Nuestras experiencias misionales tienen que ser actuales. No es suficiente quedarse sentado y reflexionar sobre experiencias pasadas. Para sentirse satisfecho hay que seguir compartiendo el Evangelio de forma normal y natural”¹⁰.

La labor de compartir el Evangelio de forma normal y natural con las personas que nos interesan y a quienes amamos será la obra y el gozo de nuestras vidas. Permítanme contarles acerca de dos experiencias.

Dave Orchard se crió en Salt Lake City, donde la mayoría de sus amigos eran miembros de la Iglesia. Ellos eran una gran influencia para él. Además, los líderes de la Iglesia en su vecindario lo invitaban constantemente a las actividades, al igual que sus amigos. A pesar de que no se unió a la Iglesia en aquel momento, en sus años de juventud tuvo la bendición de la influencia de buenos amigos y de las actividades de la Iglesia. Después de ingresar a la universidad, se mudó lejos de su casa y la mayoría de sus amigos se fueron a servir misiones; él echaba de menos la influencia de ellos en su vida.

Uno de los amigos de Dave, de la escuela secundaria, todavía estaba en su casa. Ese amigo se reunía cada semana con su obispo en un esfuerzo por poner su vida en orden y servir como misionero. Él y Dave llegaron a ser compañeros de cuarto y, como es normal y natural, hablaron sobre por qué todavía no estaba sirviendo como misionero y por qué se reunía a menudo con el obispo. El amigo de Dave expresó gratitud y respeto hacia su obispo y por la oportunidad de arrepentirse y de servir. Entonces le preguntó a Dave si le gustaría ir a la próxima entrevista con él. ¡Qué invitación! Pero debido a su amistad y a las circunstancias, fue a la vez normal y natural.

Dave aceptó y no tardó en tener sus propias entrevistas con el obispo. Eso lo llevó a tomar la decisión de reunirse con los misioneros; recibió un testimonio de que el Evangelio es verdadero y fijaron una fecha para su bautismo. El obispo bautizó

a Dave y, un año después, Dave Orchard y Katherine Evans se casaron en el templo. Ellos tienen cinco hermosos hijos. Katherine es mi hermana menor. Siempre estaré agradecido a ese buen amigo que, junto con un buen obispo, trajo a Dave a la Iglesia.

Conforme Dave hablaba de su conversión y compartía su testimonio sobre estos eventos, hizo la pregunta: “Entonces, ¿valió la pena? Durante todos esos años, ¿valió la pena el esfuerzo de mis amigos, los líderes de los jóvenes y mi obispo para bautizar solamente a un muchacho?”. Señalando a Katherine y a sus cinco hijos, dijo: “Bueno, por lo menos para mi esposa y para nuestros cinco hijos, la respuesta es sí”.

Cada vez que compartimos el Evangelio, nunca es “solamente a un muchacho”. Cuando la conversión ocurre o alguien regresa al Señor, se salva una familia. A medida que han crecido los hijos de Dave y Katherine, todos han aceptado el Evangelio. Una hija y dos hijos han servido como misioneros y uno acaba de recibir su llamamiento para servir en la Misión Alpina de habla alemana. Los dos mayores se han casado en el templo y el menor se encuentra en la escuela secundaria, fiel en todos los sentidos. ¿Valió la pena? Oh sí, valió la pena.

La hermana Eileen Waite asistió a la misma conferencia de estaca en la cual Dave Orchard habló de su experiencia de conversión. Durante la conferencia, lo único en que podía pensar era en su propia familia y especialmente en su hermana Michelle que estaba alejada de la Iglesia desde hacía tiempo. Michelle estaba divorciada e intentando criar a cuatro hijos. Eileen sintió la impresión de mandarle una copia del libro del élder M. Russell Ballard, *Nuestra Búsqueda de la Felicidad*, junto con su testimonio; lo cual hizo. A la semana siguiente, una amiga le dijo a Eileen que ella también había sentido que debía ponerse en contacto con Michelle. Esta amiga también le escribió una nota a Michelle compartiendo su testimonio y expresándole su amor. ¿No es interesante la frecuencia con la que el Espíritu obra en varias personas para ayudar a alguien que lo necesita?

El tiempo pasó y Michelle llamó a Eileen para darle las gracias por el libro, y le dijo que estaba comenzando a reconocer el vacío espiritual en su vida. Eileen le dijo que sabía que la paz que estaba buscando se podía encontrar en el Evangelio, que la

amaba y que quería que ella fuera feliz. Michelle comenzó a hacer cambios en su vida; poco después encontró a un maravilloso hombre activo en la Iglesia, se casaron y un año después se sellaron en el templo de Ogden, Utah. Recientemente, su hijo de 24 años se bautizó.

Al resto de la familia de Michelle y a todos los demás que aún no saben que esta Iglesia es verdadera, los invito a que con oración consideren si la Iglesia es verdadera. Permitan a su familia, amigos y misioneros que los ayuden. Cuando sepan que es verdadera, y lo es, únanse a nosotros dando el mismo paso en sus vidas.

El final de este relato todavía no se ha escrito, pero se han derramado bendiciones sobre esta maravillosa mujer y su familia gracias a que aquellos que la aman hicieron caso a las impresiones y, de manera normal y natural, compartieron su testimonio y la invitaron a regresar.

He pensado mucho sobre estas dos experiencias. Un joven que se estaba esforzando por poner su propia vida en orden ayudó a otro joven que estaba buscando la verdad. Una mujer compartió su testimonio y su fe con su hermana que se había alejado de la Iglesia por 20 años. Si oramos y preguntamos al Padre Celestial a quién podemos ayudar y nos comprometemos a actuar de acuerdo con las impresiones que nos dé para hacernos saber cómo ayudar, Él contestará nuestras oraciones y nos convertiremos en instrumentos en Sus manos para hacer Su obra. Actuar con amor según los susurros que recibimos del Espíritu, se convierte en el catalizador¹¹.

Al escuchar estas experiencias en cuanto compartir de forma normal y natural el Evangelio con las personas que les interesan, muchos de ustedes han tenido la misma experiencia que tuvo Eileen Waite; han pensando en alguien a quien deberían tender la mano, ya sea para invitarlos a regresar o para compartir con ellos sus sentimientos sobre el evangelio de Jesucristo. Mi invitación es la de actuar, sin demora, según esa impresión. Hablen con su amigo o miembro de la familia; háganlo de manera normal y natural, háganles saber de su amor hacia ellos y hacia el Señor. Los misioneros pueden ayudar. Mi consejo es el mismo que el presidente Monson ha dado muchas veces desde este púlpito:

“Nunca posterguen un susurro”¹². Al actuar según la impresión, y al hacerlo con amor, observen a nuestro Padre Celestial utilizar el deseo de ustedes de actuar para llevar a cabo un milagro en sus vidas y en la vida de la persona por la cual se interesan¹³.

Mis queridos hermanos y hermanas, podemos edificar Su Iglesia y ver un verdadero crecimiento al esforzarnos por brindar las bendiciones del Evangelio a nuestras familias y a los que amamos. Ésta es la obra de nuestro Padre Celestial y de Su Hijo. Sé que Ellos viven y que contestan nuestras oraciones. Al actuar según esos susurros, teniendo fe en Su habilidad de realizar milagros, éstos ocurrirán y las vidas cambiarán. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase Reunión Mundial de Capacitación de Líderes, 11 de febrero de 2012, LDS.org.
2. Véase *Enseñanzas de los presidentes de la Iglesia: Harold B. Lee*, 2000, pág. 148.
3. Véase Boyd K. Packer, “El poder del sacerdocio en el hogar”, Reunión Mundial de Capacitación de Líderes, 11 de febrero de 2012, LDS.org.
4. Véase Doctrina y Convenios 68:25–28.
5. 2 Nefi 25:23, 26.
6. 2 Nefi 25:23.
7. Véase Lucas 15:4–7.
8. Véase Doctrina y Convenios 18:10.
9. Moisés 1:39.
10. “Status Report on Missionary Work: A Conversation with Elder Thomas S. Monson, Chairman of the Missionary Committee of the Council of the Twelve”, *Ensign*, octubre de 1977, pág. 14.
11. Véase Thomas S. Monson, “Anhelosamente consagrados”, *Liahona*, noviembre de 2004, págs. 56–59; “Al rescate”, *Liahona*, julio de 2001, págs. 57–60; “El portal del amor”, *Liahona*, octubre de 1996, págs. 2–7.
12. Véase Ann M. Dibb, “My Father Is a Prophet” (Brigham Young University–Idaho devocional, 19 de febrero de 2008), byui.edu/devotionalsandspeeches; Thomas S. Monson, “Permanece en el lugar que se te ha designado”, *Liahona*, mayo de 2003, págs. 54–57; “Paz, cálmense”, *Liahona*, noviembre de 2002, págs. 53–56; “El poder del sacerdocio”, *Liahona*, mayo de 2011, págs. 66–69; “El espíritu vivifica”, *Liahona*, junio de 1997, págs. 3–7.
13. Además del presidente Thomas S. Monson, otros profetas han enseñado este mismo principio. Por ejemplo, el presidente Spencer W. Kimball enseñó la importancia de actuar según los susurros dados mediante el espíritu cuando dijo: “Dios nos tiene en cuenta y vela por nosotros; pero por lo general, es por medio de otra persona que atiende a nuestras necesidades. Por lo tanto, es vital que nos prestemos servicio unos a otros en el reino” (*Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Spencer W. Kimball*, 2006, pág. 92).

Mantener sagrado

Por el élder Paul B. Pieper

De los Setenta

Las cosas sagradas se deben tratar con más cuidado, con más respeto, y se deben considerar con profunda reverencia.

Unos 1.500 años antes de Cristo, se llevó a un pastor a una zarza ardiente en las laderas del monte Horeb. Ese encuentro divino inició la transformación de Moisés de ser un pastor a ser un profeta, y de su trabajo de pastoreo de ovejas al recogimiento de Israel. Mil trescientos años más tarde, el testimonio de un profeta condenado cautivó a un privilegiado joven sacerdote de la corte del rey. Ese encuentro dio inicio a la evolución de Alma de ser un siervo común a ser un siervo de Dios. Casi 2000 años después, un joven de 14 años entró al bosque en búsqueda de una respuesta a una pregunta sincera. El encuentro de José Smith en la arboleda lo puso en el camino para llegar a ser un profeta y hacia una restauración.

Los encuentros con lo divino cambiaron completamente las vidas de Moisés, Alma y de José Smith. Estas experiencias los fortalecieron para permanecer fieles al Señor y a Su obra durante toda la vida a pesar de la abrumadora oposición y de los posteriores desafíos difíciles.

Nuestras experiencias con lo divino puede que no sean tan directas o dramáticas, ni nuestros desafíos tan desalentadores. Sin embargo, al igual que con los profetas, nuestra fortaleza para perseverar fielmente depende de que reconozcamos, recordemos y mantengamos sagrado aquello que recibimos de lo alto.

Hoy en día, la autoridad, las llaves y las ordenanzas han sido restauradas sobre la tierra. Hay también Escrituras y testigos especiales. Aquellos que buscan a Dios pueden recibir el

bautismo para la remisión de los pecados y la confirmación “por la imposición de manos... para que reciban el bautismo de fuego y del Espíritu Santo” (D. y C. 20:41). Con estos preciados dones restaurados, nuestros encuentros divinos mayormente incluirán al tercer miembro de la Trinidad, el Espíritu Santo.

*Con voz apacible el Espíritu me habla,
Me guía, me salva.*

(“Con voz apacible”, *Liahona*, abril de 2006, pág. A13)

*Deja que el Espíritu
te enseñe la verdad,
testifique de Jesús
y te guíe en santidad.*

(“Deja que el Espíritu te enseñe”, *Himnos*, N° 77)

A medida que buscamos respuestas de Dios, sentimos la voz suave y apacible susurrar a nuestros espíritus. Estos sentimientos, estas impresiones, son tan naturales y tan sutiles que podemos pasarlos por alto o atribuirlos a la razón o la intuición. Estos mensajes personales testifican del amor personal de Dios y de Su preocupación por cada uno de Sus hijos y de las misiones terrenales de ellos. El reflexionar y registrar a diario las impresiones que vienen del Espíritu sirven el doble propósito de (1) ayudarnos a reconocer nuestros encuentros personales con lo divino y (2) preservarlos para nosotros y para nuestra posteridad. Registrarlos es también una aceptación y un reconocimiento formal de nuestra gratitud a Dios, porque “en nada ofende el hombre a Dios, ni contra ninguno está encendida su ira, sino contra aquellos que no confiesan su mano en todas las cosas” (D. y C. 59:21).

En cuanto a lo que recibimos a través del Espíritu, el Señor dijo: “Recordad que lo que viene de arriba es sagrado” (D. y C. 63:64). Su declaración es más que un recordatorio, también es una definición y una explicación. La luz y el conocimiento del cielo son sagrados, y lo son porque el cielo es su fuente.

Sagrado significa digno de veneración y respeto. Al designar algo como sagrado, el Señor indica que es de mayor valor y

prioridad que otras cosas. Las cosas sagradas se deben tratar con más cuidado, con más respeto, y se deben considerar con profunda reverencia. Lo sagrado se cataloga en lo alto de la jerarquía de los valores celestiales.

Lo que es sagrado para Dios se vuelve sagrado para nosotros sólo a través del uso del albedrío. Cada uno debe elegir aceptar y mantener sagrado aquello que Dios ha definido como sagrado. Él envía luz y conocimiento desde el cielo; nos invita a recibirlos y tratarlos como algo sagrado.

Sin embargo, “es preciso que haya una oposición en todas las cosas” (2 Nefi 2:11). Lo opuesto de sagrado es lo profano o seglar, lo que es temporal o mundano. Lo mundano compite constantemente con lo sagrado por nuestra atención y prioridades. El conocimiento de lo terrenal es esencial para nuestra vida temporal y cotidiana. El Señor nos manda que busquemos conocimiento y sabiduría, estudiemos y aprendamos de los mejores libros y nos familiaricemos con los idiomas, lenguas y pueblos (véase D. y C. 88:118; 90:15). Por lo tanto, la opción para poner lo sagrado sobre lo seglar es una opción de relativa prioridad y no de exclusividad; “bueno es ser instruido, *si [hacemos] caso de los consejos de Dios*” (2 Nefi 9:29; cursiva agregada).

La lucha por la prioridad entre lo sagrado y lo seglar en cada corazón humano se puede ilustrar mediante la experiencia de Moisés en la zarza ardiente. Allí, Moisés recibió de Jehová su llamamiento sagrado para librar a los hijos de Israel del cautiverio. Sin embargo, en un principio, su conocimiento terrenal del poder de Egipto y del faraón lo hicieron dudar. Finalmente, Moisés ejerció fe en la palabra del Señor, sometiéndolo a su conocimiento terrenal y confiando en lo sagrado. Esa confianza le proporcionó el poder de superar las pruebas temporales y guiar a Israel fuera de Egipto.

Después de escaparse de los ejércitos de Noé sólo para llegar a ser esclavo en las manos de Amulón, Alma podría haber dudado del testimonio espiritual que había recibido cuando escuchó a Abinadí. No obstante, confió en lo sagrado y se le dio la fortaleza para soportar y escapar de sus pruebas temporales.

José Smith se enfrentó a un dilema parecido al comienzo de la traducción del Libro de Mormón. El sabía de la naturaleza sagrada de las planchas y de la traducción. Sin embargo, Martin Harris lo convenció para que diera prioridad a los asuntos mundanos de la amistad y las finanzas, en contra de las instrucciones sagradas. Como resultado, la traducción del manuscrito se perdió. El Señor castigó a José por entregar “aquello que [es] sagrado, a la maldad” (D. y C. 10:9) y por un tiempo lo privó de las planchas y del don de traducir. Cuando las prioridades de José fueron debidamente restablecidas, las cosas sagradas se le restauraron y la obra continuó.

El Libro de Mormón ofrece otros ejemplos de la lucha por dar prioridad a lo sagrado. Habla acerca de creyentes cuya fe los llevó hasta el árbol de la vida para participar de su fruto sagrado, el amor de Dios. Luego, la burla de aquellos en el edificio grande y espacioso hizo que los creyentes cambiaran su enfoque de lo sagrado a lo mundano (véase 1 Nefi 8:11, 24–28). Poco después, los Nefitas escogieron el orgullo y negaron el espíritu de profecía y revelación, “burlándose de lo que era sagrado” (Helamán 4:12). Incluso, algunos de los testigos oculares de las señales y los milagros relacionados con el nacimiento del Señor decidieron rechazar sagradas manifestaciones del cielo y aceptar las explicaciones seculares (véase 3 Nefi 2:1–3).

Hoy la lucha continúa. Las voces terrenales crecen en volumen y en intensidad. Esas voces constantemente instan a los creyentes a abandonar las creencias que el mundo considera irracionales y tontas. Porque “vemos por espejo, oscuramente” (1 Corintios 13:12) y “no [sabemos] el significado de todas las cosas” (1 Nefi 11:17), a veces, tal vez nos sintamos vulnerables y en necesidad de mayor confirmación espiritual. El Señor le dijo a Oliver Cowdery:

“Si deseas más testimonio, piensa en la noche en que me imploraste en tu corazón, a fin de saber tocante a la verdad de estas cosas.

“¿No hablé paz a tu mente en cuanto al asunto? ¿Qué mayor testimonio puedes tener que de Dios?” (D. y C. 6:22–23).

El Señor le recordó a Oliver, y a nosotros, que confiáramos en los sagrados testimonios personales que recibimos cuando

nuestra fe es puesta a prueba. Al igual que antes para Moisés, Alma y José, estos divinos encuentros sirven de anclas espirituales para mantenernos seguros y en el curso de las pruebas de la vida.

Lo sagrado no puede ser abandonado selectivamente. Aquellos que deciden abandonar aún una sola cosa sagrada, tendrán sus mentes ofuscadas (véase D. y C. 84:54), y a menos que se arrepientan, se les quitará la luz que tienen (véase D. y C. 1:33). Sin el ancla de lo sagrado se encontrarán moralmente a la deriva en el mar de lo seglar. Por el contrario, aquellos que consideran las cosas sagradas como sagradas, reciben promesas: “Lo que es de Dios es luz; y el que recibe luz y persevera en Dios, recibe más luz, y esa luz se hace más y más resplandeciente hasta el día perfecto” (D. y C. 50:24).

Que el Señor nos bendiga para siempre reconocer, recordar y mantener sagrado aquello que hemos recibido de lo alto. Testifico que a medida que lo hagamos, tendremos el poder para soportar las pruebas y superar los desafíos de nuestros días. En el nombre de Jesucristo. Amén.

¿Qué piensa el Cristo de mí?

Por el élder Neil L. Andersen

Del Quórum de los Doce Apóstoles

En la medida en que lo amen, confíen en Él, le crean y lo sigan, sentirán el amor y la aprobación de Él.

Un periodista de una de las principales revistas de Brasil estudió la Iglesia como preparativo para un importante artículo de prensa¹. Examinó nuestra doctrina y visitó los centros de capacitación misional y de ayuda humanitaria. Habló con amigos de la Iglesia y con otras personas que no eran tan amigos. Cuando me entrevistó, el periodista parecía francamente perplejo al preguntarme: “¿Cómo es que hay personas que no los consideran cristianos?”. Sabía que se refería a la Iglesia; pero, por algún motivo mi mente planteó la pregunta en forma personal, y me hallé preguntándome en silencio: “¿Refleja mi vida el amor y la devoción que le tengo al Salvador?”.

Jesús preguntó a los fariseos: “¿Qué pensáis del Cristo?”². En la evaluación final, no serán ni amigos ni enemigos los que juzguen nuestro discipulado. Más bien, como dijo Pablo, “[...] todos] compareceremos ante el tribunal de Cristo”³. Ese día, la pregunta importante para cada uno de nosotros será: “¿Qué piensa el Cristo de mí?”.

Incluso con el amor que le tiene a toda la humanidad, Jesús se refirió en tono de amonestación a algunos que lo rodeaban llamándolos hipócritas⁴, insensatos⁵ y hacedores de maldad⁶. A otros con aprobación llamó hijos del reino⁷ y la luz del mundo⁸. Se refirió con desaprobación a algunos como cegados⁹ e infructuosos¹⁰; elogió a otros como de limpio corazón¹¹ y que tenían hambre y sed de justicia¹². Lamentó que algunos fueran

incrédulos¹³ y de este mundo¹⁴, pero a otros los valoró como escogidos¹⁵, discípulos¹⁶, amigos¹⁷. Y, así, cada uno de nosotros se pregunta: “¿Qué piensa el Cristo de mí?”.

El presidente Monson ha descrito nuestra época como una que se aleja “de lo que es espiritual... [y en la] que los vientos del cambio soplan a nuestro alrededor y la fibra moral de la sociedad continúa desintegrándose ante nuestros propios ojos...”¹⁸. Es una época en la que aumenta la incredulidad y la indiferencia hacia Cristo y Sus enseñanzas.

En este ambiente turbulento, nos regocijamos de ser discípulos de Jesucristo; vemos la mano del Señor en todos lados. Nuestro destino se presenta hermoso ante nosotros. “Y ésta es la vida eterna”, oró Jesús, “que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”¹⁹. Ser discípulo en estos días de destino será un mérito de honor por todas las eternidades.

Los mensajes que hemos escuchado durante esta conferencia son carteles del Señor que nos guían en nuestra jornada de discipulado. Conforme hemos escuchado durante estos últimos dos días, orar para recibir guía espiritual y, según estudiemos y oremos en cuanto a estos mensajes en los días venideros, el Señor nos bendecirá con guía personal por medio del don del Espíritu Santo. Esos sentimientos nos vuelven aún más al Señor, al arrepentirnos, obedecer, creer y confiar. El Salvador responde a nuestros hechos de fe: “El que me ama [hombre o mujer], mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada con él”²⁰.

El llamado de Jesús, “Ven, sígueme”²¹, no es sólo para quienes estén preparados para competir en unas olimpiadas espirituales. De hecho, el discipulado no es una competición en absoluto, sino una invitación para todos. Nuestra jornada del discipulado no es una rápida vuelta a la pista ni se compara del todo a un largo maratón. En verdad es una migración de toda la vida hacia un mundo más celestial.

Esta invitación es un llamado al deber diario. Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”²². “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día y sígame”²³. Puede que no todos los días sean nuestro mejor día,

pero si nos estamos esforzando, la invitación de Jesús está llena de ánimo y esperanza: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”²⁴.

Donde sea que se encuentren en el camino del discipulado, están en el sendero correcto, el camino hacia la vida eterna. Juntos podemos levantarnos y fortalecernos unos a otros en los grandes e importantes días que están por delante. Sean cuales sean las dificultades que enfrentemos, las flaquezas que nos limiten o las imposibilidades que nos rodeen, tengamos fe en el Hijo de Dios, quien declaró: “...al que cree todo le es posible”²⁵.

Permítanme compartir dos ejemplos del discipulado en acción. El primero es de la vida del presidente Thomas S. Monson y demuestra el poder de la bondad simple y de la enseñanza de Jesús de que “El que es el mayor entre vosotros será vuestro siervo”²⁶.

Hace casi veinte años, el presidente Monson habló en la conferencia general acerca de una jovencita de doce años que padecía de cáncer. Contó de la valentía de ella y la bondad de sus amigos que la cargaron para subir el monte Timpanogos en el centro de Utah.

Hace unos años, conocí a Jami Palmer Brinton, y escuché la historia desde otro punto de vista, con la perspectiva de lo que el presidente Monson había hecho por ella.

Jami conoció al presidente Monson en marzo de 1993, al día siguiente de recibir la noticia de que un tumor que tenía arriba de la rodilla derecha era un cáncer óseo de rápido crecimiento. Con la ayuda del padre de Jami, el presidente Monson le dio una bendición del sacerdocio, prometiéndole: “Jesús estará a tu diestra y a tu siniestra para levantarte”.

“Al salir de su oficina ese día”, dijo Jami, “desaté un globo que llevaba en mi silla de ruedas y se lo di a él. ‘¡Eres lo máximo!’, decía con letras brillantes”.

A lo largo de los tratamientos de quimioterapia y una operación para salvarle la pierna, el presidente Monson no se olvidó de ella. Jami dijo: “El presidente Monson ejemplificó lo que es ser un verdadero discípulo de Cristo. Me sacó de mi angustia dándome una esperanza grande y duradera”. Tres años después de su primer encuentro, Jami otra vez estuvo en la

oficina del presidente Monson. Al final de la reunión, él hizo algo que Jami nunca olvidará. Típico de los detalles del presidente Monson, él sorprendió a Jami con el mismísimo globo que ella le había dado tres años antes. “¡Eres lo máximo!”, proclamaba el globo. Lo había guardado, consciente de que ella regresaría a su oficina cuando estuviera curada del cáncer. Catorce años después del primer encuentro con Jami, el presidente Monson efectuó su casamiento con Jason Brinton en el Templo de Salt Lake²⁷.

Podemos aprender muchísimo del discipulado del presidente Monson. Con frecuencia él recuerda a las Autoridades Generales que tengamos en mente esta simple pregunta: “¿Qué haría Jesús?”.

Jesús le dijo al líder de la sinagoga: “No temas, cree solamente”²⁸. El discipulado es creerle a Él en épocas de paz y creerle en épocas de dificultad, cuando nuestros dolores y miedos sólo se calman mediante la convicción de que Él nos ama y cumple Sus promesas.

Hace poco conocí a una familia que es un hermoso ejemplo de la forma en que creemos en Él. Olgan y Soline Saintelus son de Puerto Príncipe, Haití, y me contaron su historia.

El 12 de enero de 2010, Olgan estaba en el trabajo y Soline en la capilla cuando un devastador terremoto sacudió Haití. Sus tres hijos —Gancci, de cinco años, Angie, de tres y Gansly, de uno— estaban en casa con un amigo.

La enorme destrucción estaba en todos lados. Ustedes recordarán que, en aquel enero, decenas de miles perdieron la vida en Haití. Olgan y Soline corrieron lo más rápido posible hacia su apartamento en busca de sus hijos; el edificio de tres pisos donde vivía la familia Saintelus se había derrumbado.

Los niños no habían escapado, y ningún esfuerzo de rescate se desplegaría en un edificio que estaba completamente destruido.

Olgan y Soline Saintelus habían servido en misiones de tiempo completo, se habían casado en el templo; creían en el Salvador y en las promesas que Él les había hecho. Sin embargo, tenían el corazón destrozado; lloraban de modo incontrolable.

Olgan me dijo que comenzó a orar en su hora más oscura. “Padre Celestial, si es Tu voluntad, si fuese posible que tan sólo

uno de mis hijos estuviera vivo, por favor, por favor, ayúdanos". Una y otra vez caminó alrededor del edificio, orando en busca de inspiración. Los vecinos trataron de consolarlo y ayudarlo a aceptar la pérdida de sus hijos, pero Olgan seguía caminando entre los escombros del edificio derrumbado con esperanza y oración. Entonces sucedió algo bastante milagroso. Olgan escuchó el llanto casi imperceptible de un bebé. Era el llanto de su bebé.

Durante horas, los vecinos desesperadamente excavaron entre los escombros arriesgando sus propias vidas. En lo oscuro de la noche, entre los aturdidores ruidos de martillos y cinceles, los socorristas oyeron otro sonido. Dejaron de golpear y escucharon. No podían creer lo que oían. Era el sonido de un niño, un niño que cantaba. Gancci, de cinco años, dijo más tarde que sabía que si cantaba, su padre le escucharía. Apretado bajo un pedazo de cemento que resultaría en la amputación del brazo, Gancci estaba cantando su himno favorito: "Soy un hijo de Dios"²⁹.

Con el pasar de las horas, en medio de la oscuridad, la muerte y la desesperación de tantos otros preciados hijos e hijas de Dios en Haití, la familia Saintelus fue partícipe de un milagro: Gancci, Angie y Gansly fueron hallados vivos bajo el edificio colapsado³⁰.

Los milagros no suceden siempre de forma tan inmediata. A veces nos preguntamos con contemplación por qué el milagro que hemos solicitado tan fervientemente en oración no sucede aquí y ahora. Pero, al confiar en el Salvador, sucederán los milagros prometidos. Ya sea en esta vida o en la venidera, todo se pondrá en su lugar correcto. El Salvador declara: "No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo"³¹. "En el mundo tendréis aflicción. Pero confiad; yo he vencido al mundo"³².

Testifico que en la medida en que lo amen, confíen en Él, le crean y lo sigan, sentirán el amor y la aprobación de Él. Cuando usted se pregunte: "¿Qué piensa el Cristo de mí?", sabrá que es Su discípulo, que es Su amigo. Mediante Su gracia, Él hará por usted lo que usted no puede hacer por sí mismo.

Esperamos ansiosos las palabras finales de nuestro amado profeta. El presidente Thomas S. Monson fue ordenado apóstol

del Señor Jesucristo cuando yo tenía doce años. Por más de cuarenta y ocho años hemos contado con la bendición de escucharlo dar testimonio de Jesucristo. Testifico que él ahora es el apóstol de mayor antigüedad del Señor en la tierra.

Con gran amor y admiración por los muchos discípulos de Jesucristo que no son miembros de esta Iglesia, declaramos humildemente que ángeles han regresado a la tierra en nuestros días. La Iglesia de Jesucristo como Él la estableció en la antigüedad ha sido restaurada, con el poder, las ordenanzas y las bendiciones de los cielos. El Libro de Mormón es otro testamento de Jesucristo.

Doy testimonio de que Jesucristo es el Salvador del mundo; Él sufrió y murió por nuestros pecados y se levantó al tercer día. Él ha resucitado. En un día futuro, toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Él es el Cristo³³. Llegado ese día, no nos preocupará pensar: “¿Consideran los demás que soy cristiano?”. En ese momento, nuestros ojos estarán fijos en Él y nuestras almas estarán fascinadas ante la pregunta: “¿Qué piensa el Cristo de mí?”. Él vive. De ello testifico, en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Véase André Petry, “Entre a Fé e a Urna”, *Veja*, 2 de noviembre de 2011, pág. 96.
2. Mateo 22:42.
3. Romanos 14:10.
4. Véase Mateo 6:2.
5. Véase Mateo 23:17.
6. Véase Mateo 7:23.
7. Véase Mateo 13:38.
8. Véase Mateo 5:14.
9. Véase Mateo 15:14.
10. Véase Mateo 13:22.
11. Véase Mateo 5:8.
12. Véase Mateo 5:6.
13. Véase Mateo 17:17.
14. Véase Juan 8:23.
15. Véase Juan 6:70.
16. Véase Juan 13:35.
17. Véase Juan 15:13.
18. Thomas S. Monson, “Permaneced en lugares santos”, *Liahona*, noviembre de 2011, págs. 83, 86.
19. Juan 17:3.
20. Juan 14:23.
21. Lucas 18:22.
22. Juan 14:15.
23. Lucas 9:23.
24. Mateo 11:28.
25. Marcos 9:23.
26. Mateo 23:11.
27. Jami Brinton, carta dirigida al autor, 27 de enero de 2012.
28. Marcos 5:36.
29. “Soy un hijo de Dios”, *Himnos*, Nº 196.
30. Basado en una conversación con Olgan y Soline Saintelus el 10 de febrero de 2012; véase también Jennifer Samuels, “Family Reunited in Miami after Trauma”, *Church News*, 30 de enero de 2010, pág. 6.
31. Juan 14:27.
32. Juan 16:33.
33. Véase Romanos 14:11.

Al concluir esta conferencia

Por el presidente Thomas S. Monson

Ruego que mediten en las verdades que han escuchado y que ellas los ayuden a ser aún mejores de lo que eran cuando la conferencia comenzó hace dos días.

Siento el corazón henchido al llegar al final de esta gloriosa conferencia. Hemos sido sumamente bendecidos al escuchar el consejo y los testimonios de aquellos que nos han hablado. Creo que estarán de acuerdo conmigo en que hemos sentido el Espíritu del Señor, se ha conmovido nuestro corazón y se ha fortalecido nuestro testimonio.

Una vez más, hemos disfrutado de la bella música que ha elevado y enriquecido cada sesión de la conferencia. Expreso mi gratitud a todos los que han compartido sus talentos en ese aspecto.

Vaya mi más sincero agradecimiento a cada persona que nos ha hablado al igual que a quienes han ofrecido oraciones en cada una de las sesiones.

Hay incontables personas que trabajan entre bastidores y en puestos menos visibles en cada conferencia y, para nosotros, no sería posible llevar a cabo estas sesiones sin su ayuda. Vaya también mi agradecimiento a ellos.

Sé que se unen a mí al expresar profunda gratitud a aquellos hermanos y hermanas que han sido relevados durante esta conferencia. Los echaremos de menos. Sus contribuciones a la obra del Señor han sido enormes y se dejarán sentir a lo largo de las generaciones venideras.

También hemos sostenido, con la mano en alto, a hermanos y hermanas que han sido llamados a nuevas posiciones durante la

conferencia. Les damos la bienvenida y queremos que sepan que anhelamos servir con ellos en la causa del Maestro; ellos han sido llamados por inspiración de lo alto.

En esta conferencia, hemos tenido una cobertura sin igual que ha llegado a través de los continentes y océanos a la gente de todas partes y, aunque estamos muy lejos de muchos de ustedes, sentimos su espíritu y su dedicación, y les hacemos extensivos nuestro amor y agradecimiento dondequiera que estén.

Cuán bendecidos somos, mis hermanos y hermanas, de tener el evangelio restaurado de Jesucristo en nuestra vida y en nuestro corazón; proporciona las respuestas a los grandes interrogantes de la vida; da significado, propósito y esperanza a nuestras vidas.

Vivimos en tiempos difíciles. Les aseguro que nuestro Padre Celestial es consciente de los desafíos que afrontamos. Él ama a cada uno de nosotros y desea bendecirnos y ayudarnos. Que nos dirijamos a Él mediante la oración, como Él nos exhortó cuando dijo: “Ora siempre, y derramaré mi Espíritu sobre ti, y grande será tu bendición, sí, más grande que si lograras los tesoros de la tierra”¹.

Mis queridos hermanos y hermanas, ruego que sus hogares estén llenos de amor y cortesía, y con el Espíritu del Señor. Amen a su familia; si hay desacuerdos o contenciones entre ustedes, les insto a que los resuelvan ahora. El Salvador dijo:

“...no habrá disputas entre vosotros...”

“Porque en verdad, en verdad os digo que aquel que tiene el espíritu de contención no es mío, sino es del diablo, que es el padre de la contención, y él irrita los corazones de los hombres, para que contiendan con ira unos con otros.

“[Pero] he aquí, ésta no es mi doctrina... antes bien, mi doctrina es *ésta*, que se acaben tales cosas”².

Como su humilde siervo, hago eco de las palabras del rey Benjamín, cuando le habló a su pueblo y le dijo:

“No os he mandado... que penséis que yo de mí mismo sea más que un ser mortal.

“Sino que soy como vosotros, sujeto a toda clase de enfermedades de cuerpo y mente; sin embargo, he sido elegido por... la mano del Señor... y su incomparable poder me ha

guardado y preservado, para servirlos con todo el poder, mente y fuerza que el Señor me ha concedido”³.

Mis amados hermanos y hermanas, deseo con todo mi corazón hacer la voluntad de Dios y servirle a Él y a ustedes.

Ahora, al partir de esta conferencia, invoco las bendiciones del cielo sobre cada uno de ustedes. Que ustedes, los que están fuera de su hogar, regresen a salvo. Ruego que mediten en las verdades que han escuchado y que ellas los ayuden a ser aún mejores de lo que eran cuando la conferencia comenzó hace dos días.

Hasta que nos volvamos a ver en seis meses, ruego que las bendiciones del Señor estén sobre ustedes y, en realidad, sobre todos nosotros; y lo hago en Su santo nombre, a saber Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Amén.

Notas

1. Doctrina y Convenios 19:38.
2. 3 Nefi 11:28–30; cursiva agregada.
3. Mosiah 2:10–11.

Levantaos y brillad

Por Ann M. Dibb

Segunda Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

*Una de las formas más grandes en que podemos
levantarnos y brillar es obedecer con confianza los
mandamientos de Dios.*

Es un privilegio para mí compartir esta noche con ustedes. Cada enero espero ansiosamente el anuncio del nuevo lema de la Mutual. Sin embargo, siempre tomo un momento para evaluar si he aprendido las lecciones del tema del año *anterior*.

Por un momento, repasemos temas recientes: “Deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente”¹, “Ser firmes e inmutables, abundando siempre en buenas obras”², “Sé ejemplo de los creyentes”³, “Esfuézate y sé valiente”⁴, y el decimotercer artículo de fe: “Creemos en ser honrados, verídicos, castos, benevolentes, virtuosos y en hacer el bien a todos los hombres”⁵.

El estudiar estos pasajes de las Escrituras y concentrarnos en ellos durante un año entero ha permitido que lleguen a ser parte de nuestro corazón, de nuestra alma y de nuestro testimonio. Espero que ustedes continúen siguiendo esa guía al concentrar nuestra atención en el lema de la Mutual para 2012, que se halla en Doctrina y Convenios.

El encabezamiento de la Sección 115 indica que el año era 1838 y el lugar era Far West, Misuri. José Smith “...da a conocer la voluntad de Dios concerniente a la edificación de ese lugar y de la casa del Señor”. El profeta era optimista y estaba animado. En el versículo 5, donde se encuentra el lema de este año, el Señor le dice: “De cierto os digo a todos: Levantaos y brillad, para que vuestra luz sea un estandarte a las naciones”.

¿Qué piensan cuando escuchan la palabra *levantaos*?

Personalmente, pienso en ustedes, la noble juventud de la Iglesia. Las imagino diligentemente levantándose de la cama cada mañana para asistir a seminario diario. Las veo levantándose fielmente después de estar arrodilladas haciendo sus oraciones diarias. Pienso en ustedes poniéndose de pie con valor para compartir su testimonio y defender sus normas. Me inspira la dedicación que tienen al Evangelio y sus buenos ejemplos. Muchas de ustedes ya han aceptado esta invitación de levantarse y brillar, y su luz anima a otras personas a hacer lo mismo.

Una de las formas más grandes en que podemos levantarnos y brillar es obedecer con confianza los mandamientos de Dios. Aprendemos de estos mandamientos en las Escrituras, de los profetas modernos y de las páginas del librito *Para la Fortaleza de la Juventud*. Cada una de ustedes debe tener su propio ejemplar. En mi librito, he marcado las palabras *para* y *tú*, como me enseñó una querida amiga. Este simple acto me recuerda que estas normas no son sólo pautas generales, sino que son específicamente *para mí*. Espero que dediquen tiempo para marcar esas palabras en su propio librito, que lo lean de tapa a tapa y sientan el Espíritu testificarles de que las normas son *para ustedes* también.

Quizás algunas de ustedes sientan la tentación de ignorar o descartar las normas de *Para la Fortaleza de la Juventud*. Quizás vean el librito y digan: “Ves, mamá, el libro no habla de [*pongan el tema de actualidad*]”, o tal vez se autojustifiquen y digan: “Lo que hago no está tan mal. Por cierto no soy tan mala como [*inserten el nombre de una amiga o una conocida*]”.

El presidente Harold B. Lee enseñó: “El más importante de todos los mandamientos de Dios es aquel que les resulte más difícil de guardar hoy”⁶. El rey Benjamín explicó: “No puedo decirlos todas las cosas mediante las cuales podéis cometer pecado; porque hay varios modos y medios, tantos que no puedo enumerarlos”⁷. Si tienen problemas para guardar estas normas y mandamientos, las animo a que busquen apoyo en el Evangelio. Lean las Escrituras; pasen tiempo en el sitio web oficial de la Iglesia, LDS.org, para encontrar respuestas a sus preguntas. Hablen con sus padres, con sus líderes de la Iglesia y con aquellas

personas que brillan al vivir el Evangelio. Oren; derramen su corazón a su Padre Celestial, quien las ama. Utilicen el don del arrepentimiento a diario; sirvan a los demás. Y lo más importante, escuchen y obedezcan los susurros del Espíritu Santo.

El presidente Thomas S. Monson nos anima a todos con estas palabras: “Mis jóvenes amigos, sean fuertes... Ustedes saben lo que es bueno y lo que es malo, y ningún disfraz, no importa cuán atractivo sea, puede cambiar ese hecho... Si los que supuestamente son sus amigos los instan a hacer algo que ustedes saben que está mal, sean *ustedes* los que defiendan lo correcto, aunque tengan que estar solos”⁸.

Nuestro Padre Celestial no quiere que nos fijemos en el mundo y *sigamos* sus tendencias siempre cambiantes. Él quiere que miremos hacia Él y sigamos Su guía inalterable. Él quiere que vivamos el Evangelio y que *conduzcamos* a otras personas al Evangelio al establecer normas elevadas.

Las Escrituras dan muchos grandes ejemplos para ilustrar esta idea. En el libro de los Jueces, en el Antiguo Testamento, aprendemos acerca de Sansón. Sansón nació con un gran potencial. A su madre se le prometió: “...él comenzará a librar a Israel de manos de los filisteos”⁹. Pero al crecer, Sansón prestó más atención a las tentaciones del mundo que a la guía de Dios; tomó decisiones más bien por lo que “[agradaba] a [sus] ojos”¹⁰ que por lo correctas que fuesen esas decisiones. En repetidas ocasiones, las Escrituras usan la palabra “descendió”¹¹ al relatar los viajes, las acciones y las decisiones de Sansón. En lugar de levantarse y brillar para cumplir con su gran potencial, Sansón fue vencido por el mundo, perdió el poder que Dios le había dado y murió una muerte trágica y prematura.

Por otro lado, las Escrituras dan el ejemplo de Daniel, que también nació con un gran potencial. En el libro de Daniel, capítulo 6, leemos: “Pero Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu excelente”¹². Cuando los desafíos del mundo vinieron a Daniel, él no miró hacia abajo, al mundo, sino que se levantó y miró hacia el cielo. En lugar de seguir el decreto mundano del rey, de que ninguna persona debía orar a nadie salvo al rey por 30 días,

Daniel "...entró en su casa, y abiertas las ventanas de su aposento que daban hacia Jerusalén, se hincaba de rodillas tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes"¹³.

Daniel no tuvo miedo de levantarse y brillar para seguir los mandamientos de Dios. Aunque pasó una noche incómoda en el foso de los leones por defender lo que era correcto, fue protegido y bendecido a causa de su obediencia. Cuando el rey Darío liberó a Daniel del foso de los leones, a la mañana siguiente, promulgó un decreto de que todos debían temer al Dios de Daniel y seguir el ejemplo de fidelidad de Daniel. En verdad, Daniel nos muestra lo que significa ser un estandarte a las naciones y nunca rebajar nuestras normas ante las tentaciones mundanas.

He tenido la bendición de oír acerca de muchos ejemplos actuales de jóvenes, como ustedes, que no tienen miedo de levantarse y brillar, y dejar que su luz sea un estandarte entre sus compañeros. Joanna era la única miembro de la Iglesia en su escuela secundaria y la única mujer joven de su barrio. Se comprometió consigo misma y con el Señor de que nunca diría malas palabras. Cuando la pusieron a trabajar en un proyecto escolar con un joven que no tenía ese mismo cometido, ella no disminuyó sus normas; le pidió a él que respetara y honrara sus valores. Con el tiempo, con muchos recordatorios corteses y algunos no tan corteses, su amigo formó nuevos hábitos y usó un lenguaje más limpio. Mucha gente notó la diferencia, incluso la madre del joven, quien agradeció a Joanna por ser una buena influencia en la vida de su hijo¹⁴.

En una reciente capacitación en las Filipinas, conocí a Karen, quien compartió una experiencia que tuvo como Laurel mientras estudiaba para su licenciatura en administración de hoteles y restaurantes. Un profesor mandó que cada estudiante aprendiera a preparar y degustar la gran variedad de bebidas que se servirían en sus restaurantes. Algunas de las bebidas contenían alcohol y Karen sabía que iba en contra de los mandamientos del Señor que ella las probara. Ante el riesgo de graves consecuencias, Karen encontró el valor para levantarse y brillar, y no participó de las bebidas.

Karen explicó: “Mi maestro se me acercó y me preguntó por qué no bebía. Me dijo: ‘Señorita Karen, ¿cómo va a conocer el sabor y aprobar esta importante clase si por lo menos no prueba las bebidas?’. Le dije que soy miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días y que como miembros, no bebemos cosas que nos resulten dañinas. Lo que él considerara necesario hacer conmigo, incluso si significaba que reprobaba la clase, lo entendería, pero no dejaría de vivir mis normas personales”.

Pasaron las semanas y no se volvió a hablar de aquel día. Al final del semestre, Karen sabía que su nota final iba a reflejar el haberse rehusado a probar las bebidas. Ella no quería mirar su nota, pero cuando miró, se dio cuenta de que había recibido la calificación más alta de la clase.

Ella dijo: “Por medio de esa experiencia he aprendido que Dios... ciertamente nos bendecirá cuando lo sigamos. También sé que aunque hubiera recibido una calificación reprobatoria, no lamentaría lo que había hecho. Sé que nunca fracasaré ante la vista del Señor cuando decida hacer lo que yo sé que es correcto”¹⁵.

Queridas mujeres jóvenes, cada una de ustedes ha nacido con un gran potencial. Ustedes son hijas amadas de nuestro Padre Celestial. Él las conoce y las ama. Él las invita a “levantarse y brillar”, y promete que, al hacerlo, las sostendrá y las bendecirá. Ruego que cada una de ustedes tenga el valor de aceptar Su invitación y recibir Sus promesas. En el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Doctrina y Convenios 121:45.
2. Mosiah 5:15.
3. 1 Timoteo 4:12.
4. Josué 1:9.
5. Artículos de Fe 1:13.
6. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia*: Harold B. Lee, 2000, pág. 34.
7. Mosiah 4:29.
8. Thomas S. Monson, “Ejemplos de rectitud”, *Liahona*, mayo de 2008, pág. 65.
9. Jueces 13:5.
10. Jueces 14:3.
11. Jueces 14:7.
12. Daniel 6:3.
13. Daniel 6:10.
14. Véase Joanna Ehrisman, “The Thing About Being Mormon”, en Katilin Medlin and others, eds., *Going on 15: Memoirs of Freshman*, 2010, págs. 93–96.
15. Correspondencia personal de la autora, 2012.

Busquen conocimiento: Tienen una obra que realizar

Por **Mary N. Cook**

Primera Consejera de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes

Aprendan todo lo que puedan ahora para que bendigan a sus hijos y su futuro hogar.

Mis queridas jovencitas, cuánto amamos a cada una de ustedes. Las vemos levantarse con valor y brillar con luz en un mundo en el que los grandes desafíos van acompañados de grandes oportunidades. Eso quizá las haga preguntarse: ¿qué me depara el futuro? Les aseguro que, como hijas virtuosas de Dios que son, ¡su futuro es brillante! Viven en una época en la que las verdades del Evangelio se han restaurado, las cuales se pueden encontrar en las Escrituras; ustedes recibieron el don del Espíritu Santo cuando se bautizaron, y Él les enseñará la verdad y las preparará para los desafíos de la vida.

Dios les dio el albedrío moral y la oportunidad de aprender mientras estén en la tierra, y Él tiene una obra para que ustedes realicen. Para hacerlo, tienen la responsabilidad individual de buscar conocimiento. La clave de su futuro, su “rayo brillante de esperanza”¹, se encuentra en el nuevo librito *Para la Fortaleza de la Juventud*, bajo la norma de educación académica, así como en el valor conocimiento de las Mujeres Jóvenes.

“Estudiar... te abrirá las puertas de las oportunidades”². A medida que sigan la admonición del Señor de “...busca[r] conocimiento, tanto por el estudio como por la fe”³ ganarán no sólo conocimiento por medio de sus estudios, sino mayor luz a medida que aprendan por medio de la fe.

Busquen conocimiento por medio del estudio diligente. Rara vez podrán pasar tanto tiempo dedicado al aprendizaje como lo pueden hacer ahora. El presidente Gordon B. Hinckley sabiamente aconsejó a los jóvenes de la Iglesia: “El modelo de estudio que establezcan durante los años de estudio formal afectará en gran medida la sed de conocimiento que tengan durante toda la vida”⁴. “Deben obtener toda la educación académica que les sea posible... Sacrifiquen lo que sea necesario sacrificar para reunir los requisitos a fin de llevar a cabo la obra de [este] mundo... Entrenen su mente y sus manos para llegar a ser una influencia para bien conforme sigan adelante con su vida”⁵.

Dirigiéndose específicamente a la mujer, el presidente Thomas S. Monson dijo: “A menudo, el futuro es incierto; por tanto, es preciso prepararnos para lo incierto... Las insto a proseguir estudios y a adquirir conocimientos prácticos, para que, de surgir la necesidad, estén preparadas para proveer para su familia”⁶.

Mujeres jóvenes, sigan el consejo de estos sabios e inspirados profetas. Sean buenas alumnas. Levántense y brillen en la escuela por medio del trabajo arduo, la honradez y la integridad. Si están teniendo dificultades o se sienten desanimadas en cuanto a su desempeño en la escuela, pidan la ayuda de sus padres, maestros y miembros serviciales de la Iglesia. ¡Nunca se den por vencidas!

Hagan una lista de las cosas que deseen aprender; luego “...[compartan sus] metas educativas con [su] familia, amigos y líderes para que ellos puedan [darles] apoyo y ánimo”⁷. Ése es el modelo del Progreso Personal.

Gracias a la tecnología, están siendo testigos de una explosión de conocimiento. Se les está bombardeando constantemente con sonido, video y las redes sociales. Sean selectivas y no permitan que este aumento repentino de información las distraiga o detenga su progreso. ¡Levántense, mujeres jóvenes! *Ustedes* determinan sus metas. *Ustedes* deciden lo que entra en su mente y en su corazón.

Parte de su aprendizaje más importante se llevará a cabo fuera del salón de clases. Rodéense de mujeres ejemplares que puedan enseñarles habilidades relacionadas con las labores del

hogar, el arte, la música, la historia familiar, los deportes, la escritura o la oratoria. Lleguen a conocerlas y pídanles que sean sus mentoras. Cuando hayan aprendido algo nuevo, enséñenlo en la Mutual o sean mentoras de otras jovencitas como parte de los requisitos para la Abejita de Honor.

Además de mi maravillosa madre, he tenido muchas mentoras en la vida. Llegué a conocer primero el proceso de tener mentores cuando sólo tenía nueve años. Mi maestra de la Primaria me enseñó a bordar en punto de cruz “Traeré la luz del Evangelio a mi hogar”, un cuadro que estuvo colgado en mi habitación durante mi adolescencia. Mi maestra me guió, me corrigió y siempre me animó en el tiempo que me tomó hacerlo. Después tuve otras mentoras. Dos excelentes costureras de mi barrio me enseñaron a coser. Con su guía, paciencia y ánimo, presenté un vestido en un concurso de costura cuando tenía 14 años, ¡y gané un premio! El proceso aumentó mi sed de conocimiento y excelencia en otras áreas también.

El conocimiento que obtengan ahora pagará grandes dividendos cuando sean madres. “El nivel de formación académica de una madre tiene una profunda influencia en las decisiones educativas de sus [hijos]”⁸. La formación académica de una madre puede ser la “clave para salir [del] ciclo de la pobreza”⁹. “Las mujeres con formación académica... tienden a: tener bebés más sanos, tener hijos más saludables, más seguros, más adaptables, y que tienen mejor razonamiento y juicio”¹⁰.

En “La familia: Una proclamación para el mundo”, aprendemos que “la madre es principalmente responsable del cuidado de sus hijos”¹¹. Proveer una formación académica para sus hijos es parte de ese cuidado, y es su responsabilidad sagrada. Al igual que los jóvenes guerreros a quienes “...sus madres les habían enseñado”¹², ustedes serán la maestra más importante que sus hijos tendrán, así que elijan su aprendizaje con cuidado. Aprendan todo lo que puedan ahora para que bendigan a sus hijos y su futuro hogar.

Busquen conocimiento por la fe. Aprendemos por la fe cuando obtenemos conocimiento espiritual diligentemente mediante la oración, el estudio de las Escrituras y la obediencia, y cuando procuramos la guía del Espíritu Santo, que testifica de

toda verdad. Si hacen su parte para obtener conocimiento, el Espíritu Santo les iluminará la mente. A medida que se esfuercen por mantenerse dignas, el Espíritu Santo las guiará e iluminará su aprendizaje.

Cuando era jovencita, me prestaron esquís que eran demasiado largos, botas que eran demasiado grandes, ¡y una amiga me enseñó a esquiar! Fuimos un hermoso día de primavera lleno de sol, nieve perfecta y un cielo azul sin nubes. La ansiedad que sentía ante las empinadas cuestas se disipó ante el placer de aprender. Y aun cuando me caí varias veces con esos esquís tan largos, me levanté y seguí intentando. ¡Llegué a amar ese deporte!

Sin embargo, al poco tiempo me di cuenta de que no todos los días para esquiar ni las condiciones meteorológicas eran igual de ideales. En los días nublados, esquiábamos en una condición que se llama “luz plana”. La luz plana se produce cuando las nubes difuminan la luz del sol. Al mirar hacia adelante a la blanca nieve, la percepción de la profundidad se pierde, y es difícil juzgar cuán empinada está la pendiente o ver los montículos de la cuesta.

Jovencitas, quizá ustedes vean hacia el futuro como yo vi esa cuesta empinada para esquiar. Es posible que a veces sientan que están viviendo con luz plana, sin poder ver lo que hay por delante. El aprender por la fe les dará confianza y les ayudará a navegar por los momentos de incertidumbre.

En el capítulo 25 de Mateo, la parábola de las diez vírgenes nos enseña que la preparación espiritual es vital y que se debe lograr personalmente. Recordarán que se invitó a todas las diez vírgenes a acompañar al novio a la fiesta de bodas, pero sólo cinco vírgenes prudentes estaban preparadas con aceite en las lámparas.

“Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan.

“Pero las prudentes respondieron, diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden y comprad para vosotras mismas.

“Y mientras ellas iban a comprar, vino el novio; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta”¹³.

Quizá piensen que las cinco vírgenes prudentes fueron egoístas por no compartir su aceite, pero era imposible. La preparación espiritual se debe adquirir individualmente, gota por gota, y no se puede compartir.

El momento para que sean diligentes en aumentar su conocimiento espiritual, gota a gota, mediante la oración, el estudio de las Escrituras y la obediencia es ahora. El momento de estudiar, gota a gota, es ahora. Cada pensamiento y acto virtuosos también agrega aceite a su lámpara, y las hace merecedoras de la guía del Espíritu Santo, nuestro divino maestro.

El Espíritu Santo las guiará en su jornada por la vida terrenal, aun cuando sientan que están en luz plana, con incertidumbre de lo que vendrá. No deben temer. Conforme se mantengan sobre la senda que lleva a la vida eterna, el Espíritu Santo las guiará en sus decisiones y su aprendizaje.

Testifico por experiencia personal que si buscan conocimiento no sólo por el estudio sino también por la fe, *serán* guiadas en lo que “el Señor... precisará que hagan y en lo que necesiten saber”¹⁴.

Recibí mi bendición patriarcal cuando era mujer joven y se me aconsejó prepararme con una buena educación académica y aprender temprano en la vida las virtudes necesarias para las labores del hogar y para criar a una familia. Tenía un gran deseo de tener la bendición de una familia; sin embargo, dicha bendición no se cumplió sino hasta que tuve 37 años, cuando finalmente me casé. Mi esposo era viudo, así que el día que nos sellamos en el templo repentinamente fui bendecida no sólo con un esposo sino con una familia de cuatro hijos.

Mucho antes, hubo muchos días en los que sentía como que estaba esquiando con luz plana, y me hacía la pregunta: “¿Qué me depara el futuro?”. Procuré seguir las admoniciones de mi bendición patriarcal. Estudié diligentemente para llegar a ser maestra y seguí estudiando para llegar a ser directora de una escuela primaria. Oré a mi Padre Celestial y busqué la guía del Espíritu Santo. Me aferré fervientemente a la promesa de los

profetas que me aseguraban que si me “mantenía fiel, guardaba [mis] convenios, servía a Dios y amaba a [mi] Padre en los Cielos y al Señor Jesucristo, no se [me] negarían ninguna de las bendiciones eternas que nuestro Padre Celestial tiene reservadas para Sus hijos fieles”¹⁵.

Sé que mi educación académica me preparó para una vida que no ha sido nada parecida a la que imaginé cuando era una jovencita. Yo pensaba que estaba estudiando la docencia para ser maestra y para enseñar a mis futuros hijos, pero no sabía que el Señor también me estaba preparando para enseñar inglés en Mongolia durante la misión que mi esposo y yo servimos, para enseñar a las jovencitas de la Iglesia por todo el mundo y para enseñar a mis nietos el valor del conocimiento, todas ellas bendiciones maravillosas que nunca hubiera imaginado.

Testifico que nuestro Padre Celestial las conoce y las ama. Ha depositado una gran confianza en ustedes y tiene una obra que sólo *ustedes* pueden realizar. Quisiera asegurarles que *serán* preparadas para esa gran obra si buscan conocimiento tanto por el estudio como por la fe. Testifico de ello en el nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Gordon B. Hinckley, “Tender la mano para ayudar a los demás”, *Liahona*, enero de 2002, pág. 67.
2. *Para la Fortaleza de la Juventud* (librito, 2011), pág. 9.
3. Doctrina y Convenios 88:118.
4. Gordon B. Hinckley, *Way to Be! Nine Ways to Be Happy and Make Something of Your Life*, 2002, pág. 28.
5. Gordon B. Hinckley, “Seek Learning,” *New Era*, septiembre de 2007, págs. 2, 4.
6. Thomas S. Monson, “Si estáis preparados, no temeréis”, *Liahona*, noviembre de 2004, pág. 116.
7. *Para la Fortaleza de la Juventud*, pág. 9.
8. Cheryl Hanewicz y Susan R. Madsen, “The Influence of a Mother on a Daughter’s College Decision”, *Utah Women and Education Project Research Snapshots*, Nº 3, enero de 2011, pág.1.
9. Marjorie Cortez, “Mom’s Education Key to Halt Poverty Cycle”, *Deseret News*, 23 de septiembre de 2011, pág. A1.
10. Olene Walker, “More Utah Women Need to Finish College”, *Salt Lake Tribune*, 30 de octubre de 2011, pág. O4.
11. “La familia: Una proclamación para el mundo”, *Liahona*, noviembre de 2010, pág. 129.
12. Alma 56:47.
13. Mateo 25:8-10.
14. Henry B. Eyring, “Education for Real Life”, *Ensign*, octubre de 2002, pág. 18.
15. M. Russell Ballard, “Preparing for the Future”, *Ensign*, septiembre de 2011, pág. 27.

¡Ahora es el tiempo de levantarse y brillar!

Por Elaine S. Dalton

Presidenta General de las Mujeres Jóvenes

Como hijas de Dios, nacieron para liderar.

Desde mi ventana, en la oficina de las Mujeres Jóvenes, tengo una vista espectacular del Templo de Salt Lake. Todos los días veo al ángel Moroni en lo alto del templo como un brillante símbolo no sólo de su propia fe, sino de la nuestra. Me encanta Moroni, porque en una sociedad deteriorada él permaneció puro y leal. Él es mi héroe; permaneció firme él solo. Siento que, de alguna manera, se encuentra en lo alto del templo hoy llamándonos a tener valor, a que recordemos quiénes somos y a que seamos dignas de entrar en el santo templo, a “[levantarnos y brillar]”¹ y permanecer por encima del clamor del mundo, y a que, como profetizó Isaías, “[vengamos]... al monte de Jehová”², el santo templo.

Hoy están reunidas las hijas escogidas del Señor. No hay ningún grupo más influyente que defienda la verdad y la rectitud en todo el mundo que las mujeres jóvenes y las mujeres de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Veo la nobleza de ustedes y conozco su identidad y destino divinos. Se distinguieron en la vida premortal; su linaje conlleva convenios y promesas, y han heredado los atributos espirituales de los fieles patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Un profeta de Dios se refirió una vez a cada una de ustedes reunidas esta noche como “la esperanza radiante”³ del futuro, ¡y estoy de acuerdo! En un mundo con grandes desafíos, la luz de ustedes brilla intensamente. De hecho, estos son “días inolvidables”⁴. Éstos son *sus* días, y *ahora* es el tiempo para que las mujeres jóvenes de

todas partes se "...[levanten y brillen], para que [su] luz sea un estandarte a las naciones"⁵.

"Una norma es una medida mediante la cual se determina la exactitud o la perfección"⁶. ¡Debemos ser una norma de santidad para que el mundo entero lo vea! La nueva versión del librito *Para la Fortaleza de la Juventud* contiene no sólo las normas que deben vivir con exactitud, sino las bendiciones prometidas si así lo hacen. Las palabras que se encuentran en este importante librito son normas para el mundo, y vivir estas normas les permitirá saber qué hacer para llegar a ser más como el Salvador y ser felices en un mundo cada vez más oscuro. Vivir las normas de este librito las ayudará a ser merecedoras de la compañía constante del Espíritu Santo; en el mundo que viven, necesitarán esa compañía para tomar decisiones cruciales que determinarán su éxito y felicidad futuros. Vivir esas normas las ayudará a ser merecedoras de entrar en los santos templos del Señor y recibir allí las bendiciones y el poder que las esperan al hacer y guardar convenios sagrados⁷.

Cuando nuestra hija Emi era una niña pequeña, le gustaba observar todo lo que yo hacía mientras me alistaba para ir a la Iglesia. Después de observar mi rutina, se peinaba el cabello, se ponía su vestido y, finalmente, siempre me pedía que le pusiera un poco de "brillo". El "brillo" al que se refería era una crema espesa y pegajosa que usaba para prevenir las arrugas; al pedírmelo, yo se lo ponía en las mejillas y en los labios; ella entonces sonreía y decía: "¡Ahora si estamos listas!". Sin embargo, Emi no se daba cuenta de que ella ya llevaba consigo su "brillo". Su rostro brillaba porque era tan pura, inocente y buena. Ella tenía la compañía del Espíritu y se notaba.

Desearía que cada mujer joven reunida aquí esta noche entendiera y supiera que su belleza, su "brillo", no radica en el maquillaje, en las cremas pegajosas ni en la ropa ni en los peinados de moda, sino que yace en su pureza personal. Cuando viven las normas y son merecedoras de la compañía constante del Espíritu Santo, pueden ejercer un impacto poderoso en el mundo. Su ejemplo, aun la luz que emana de sus ojos, influirá en los demás que vean ese "brillo" y querrán ser como ustedes. ¿Dónde consiguen esa luz? El Señor es la luz, "...y el Espíritu ilumina a

todo hombre en el mundo que escucha la voz del Espíritu”⁸. Una luz divina aparece en nuestros ojos y en nuestros semblantes cuando nos acercamos a nuestro Padre Celestial y a Su Hijo Jesucristo. ¡Es de esa manera que obtenemos nuestro “brillo”! Además, como todas podrán ver, ¡de todos modos la crema realmente no funcionó para mis arrugas!

El llamado para “levantarse y brillar” es un llamado a cada una de ustedes para guiar al mundo en una poderosa causa, para elevar las normas y conducir a esta generación a la virtud, a la pureza y a ser digna de entrar en el templo. Si desean marcar una diferencia en el mundo, *deben ser diferentes del mundo*. Repito las palabras de Joseph F. Smith, que dijo a las mujeres de su época: “No corresponde que ustedes sean guiadas por las mujeres [jóvenes] del mundo; ustedes deben guiar... a las mujeres [jóvenes] del mundo, en todo lo que sea... purificador para los hijos de los hombres”⁹. Estas palabras siguen siendo verdaderas hoy en día. Como hijas de Dios, nacieron para liderar.

En el mundo en que vivimos, su habilidad de liderar requerirá la guía y la compañía constante del Espíritu Santo, que les dirá “todas las cosas que debéis hacer”¹⁰ al reconocer y confiar en Su guía e impresiones; y dado que el Espíritu Santo no habita en templos impuros, cada una de nosotras tendrá que analizar sus hábitos y su corazón. Todas tendremos que cambiar algo; es decir, arrepentirnos. El padre del Rey Lamoni dijo en el Libro de Mormón: “...abandonaré *todos* mis pecados para conocerte”¹¹. ¿Estamos dispuestas, ustedes y yo, a hacer lo mismo?

Un grupo de jóvenes de Queen Creek, Arizona, decidió “levantarse y brillar” y guiar a los jóvenes de su comunidad al vivir las normas de *Para la Fortaleza de la Juventud*. Cada uno escribió en su diario personal algo que a su parecer lo estaba deteniendo o algo que quería cambiar en su vida y, literalmente, todos cavaron un hoyo; entonces, se reunieron y arrancaron la página del diario y la tiraron al hoyo que habían hecho en la tierra, de la misma manera que el pueblo de Ammón lo hizo en el Libro de Mormón con sus armas de guerra¹². Luego enterraron esas páginas y ese día hicieron un compromiso de cambiar. Se arrepintieron; ¡decidieron levantarse!

¿Tienen algo en sus vidas que tengan que cambiar? Pueden hacerlo; pueden arrepentirse gracias al infinito sacrificio expiatorio del Salvador. Él hizo posible que, ustedes y yo, podamos cambiar, volvernos puros y limpios nuevamente y llegar a ser como Él, quien nos ha prometido que, cuando así lo hagamos, no recordará más nuestros pecados y errores¹³.

En ocasiones puede parecer casi imposible seguir brillando, puesto que hay tantos desafíos que podrían oscurecer la fuente de toda luz, que es el Salvador. A veces el camino es difícil, e incluso podría parecer, en ocasiones, que una espesa niebla oscurece la luz. Tal fue el caso de una jovencita llamada Florence Chadwick. Desde los 10 años, Florence descubrió que era una nadadora talentosa; cruzó el canal de la Mancha a nado en el tiempo récord de 13 horas y 20 minutos. A Florence le encantaban los retos y más adelante intentó nadar entre la costa de California y la isla Catalina, unos 34 km. En esa ocasión, se sintió cansada después de haber nadado por 15 horas. Se levantó una niebla espesa que impedía ver la costa. Su madre estaba junto a ella en un bote y Florence le dijo que pensaba que no iba a poder terminar. Su madre y su entrenadora la animaron a continuar, pero lo único que ella podía ver era la niebla; entonces, abandonó la carrera, pero una vez dentro del bote, descubrió que había desistido a 1.6 km de la costa. Más tarde, cuando la entrevistaron y le preguntaron por qué había abandonado la carrera, confesó que no fue por el agua fría ni por la distancia; ella dijo, "Me derrotó la niebla"¹⁴.

Tiempo después lo intentó nuevamente y una vez más se levantó una niebla espesa; pero esta vez continuó hasta que llegó a la orilla con éxito. Cuando le preguntaron qué había sido diferente esta vez, ella dijo que mantuvo una imagen de la costa en su mente en medio de la espesa niebla y a lo largo de la duración del trecho¹⁵.

Para Florence Chadwick, la costa era su meta; para cada una de nosotras, el templo es nuestra meta. Jovencitas, mantengan el enfoque, no pierdan la visión de sus metas; no permitan que la espesa niebla de la contaminación moral y la desalentadora voz del mundo les impida vivir las normas, disfrutar de la compañía del Espíritu Santo y ser dignas de entrar en los santos templos.

Mantengan la visión del templo, la santa casa del Señor, por siempre en sus corazones y mentes.

Hace algunas semanas me encontraba en la sala celestial del Templo de Reno, Nevada. La luz que entraba en esa habitación era brillante y fue aún más brillante gracias a la lámpara de cristal que reflejaba esa luz por todas partes en múltiples facetas talladas en un arco iris de luminosidad. Me maravilló pensar que el Salvador es "...la luz y la vida del mundo"¹⁶, y que es *Su* luz la que debemos levantar y reflejar. *Nosotras* somos los pequeños cristales que reflejan Su luz y, para hacer eso, debemos estar limpias y libres del polvo del mundo. Al encontrarme en el templo ese día, escuché nuevamente en mi mente el llamado de Moroni a nosotras, las hijas de Sión: "...despierta y levántate del polvo"¹⁷; "...no [toques] el don malo, ni la cosa impura"¹⁸, "...despierta y levántate... y vístete tus ropas hermosas, oh hija de Sión ... y se cumplan los convenios que el Padre Eterno te ha hecho, oh casa de Israel"¹⁹.

Las bendiciones prometidas del templo se extienden no sólo a ustedes, sino a todas las generaciones. Al hacer del templo su meta, la influencia de ustedes para bien sobrepasará tiempo y lugar, ¡y la obra que realicen por aquellos que ya partieron será el cumplimiento de la profecía!

En la conferencia general pasada, me emocioné al escuchar al élder David A. Bednar invitar a cada una de ustedes a estar anhelosamente consagradas para hacer su propia historia familiar y obra en el templo por aquellos que hayan partido sin las bendiciones del evangelio restaurado de Jesucristo²⁰. Cuando él les extendió esa invitación, mi corazón se estremeció. En *Doctrina y Convenios* leemos acerca de "...otros espíritus selectos que fueron reservados para nacer en el cumplimiento de los tiempos, a fin de participar en la colocación de los cimientos de la gran obra de los últimos días, incluso la construcción de... templos y la realización en ellos de las ordenanzas para la redención de los muertos"²¹. ¡Éste es su día y su obra ha empezado! Al hacer esa obra, se convertirán en salvadoras en el monte Sión²².

El élder Russell M. Nelson dijo de ustedes: "La influencia de [las] mujeres jóvenes de la Iglesia, como un gigante dormido, se despertará, levantará e inspirará a los habitantes de la tierra con

una fuerza poderosa para la rectitud"²³. Mujeres jóvenes: Levántense y ocupen sus lugares en los eventos gloriosos que determinarán su futuro y el futuro del mundo. ¡Éste es el momento!

“Bandera, alto en el monte, se izó. Oh pueblo, contemplad; al mundo se alzó”²⁴. Jovencitas, ¡ustedes son la bandera! Sean virtuosas y puras, por eso busquen la compañía del Espíritu Santo, entierren sus pecados y transgresiones, mantengan el enfoque y no dejen que la niebla de la polución moral oscurezca sus metas; sean dignas de entrar al templo. ¡Pónganse su “brillo”! Testifico con todo mi corazón que Dios vive y que Él iluminará nuestras vidas al acercarnos más a Su Amado Hijo, nuestro Salvador Jesucristo. Y ruego que, como Moroni, nos “...[levantemos y brillemos, para que nuestra] luz sea un estandarte a las naciones”²⁵. En el sagrado nombre de Jesucristo. Amén.

Notas

1. Doctrina y Convenios 115:5.
2. Isaías 2:3; 2 Nefi 12:3.
3. Gordon B. Hinckley, “El permanecer firmes e inquebrantables”, *Reunión mundial de capacitación de líderes*, 10 de enero de 2004, pág. 22.
4. Oliver Cowdery, citado en José Smith—Historia 1:71, al pie de página.
5. Doctrina y Convenios 115:5.
6. Véase Ezra Taft Benson, “Fortalece tus estacas”, *Liahona*, agosto de 1991, pág. 4.
7. Véase Doctrina y Convenios 109:22.
8. Doctrina y Convenios 84:46.
9. *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: Joseph F. Smith, 1999–2000*, pág.198.
10. 2 Nefi 32:5.
11. Alma 22:18; cursiva agregada.
12. Véase Alma 24:17.
13. Véase Doctrina y Convenios 58:42.
14. Véase Sterling W. Sill, en Conference Report, abril de 1955, pág. 117.
15. Véase Randy Alcom, “Florence Chadwick and the Fog”, epm.org/resources/2010/Jan/21/florence-chadwick-and-fog. Véase también “Florence Chadwick”, en *Encyclopedia of World Biography*, vol. 19, 2004, págs. 64–66; “Navigation Information” and “Swim Successes”, Catalina Channel Swimming Federation, swimcatalina.com, acceso el 27 de marzo de 2012. Existen diferentes relatos sobre Florence Chadwick.
16. 3 Nefi 9:18.
17. Moroni 10:31.
18. Moroni 10:30.
19. Moroni 10:31.
20. Véase David A. Bednar, “El corazón de los hijos se volverá”, *Liahona*, noviembre de 2011, págs. 24–27.
21. Doctrina y Convenios 138:53–54.
22. Véase Abdías 1:21; Doctrina y Convenios 103:9; y *Enseñanzas de los Presidentes de la Iglesia: José Smith, 2007*, pág. 477.
23. Russell M. Nelson, “Daughters of Zion,” *New Era, ejemplar especial*

para las mujeres jóvenes, noviembre
de 1985, pág. 9.

24. "Bandera de Sión," *Himnos*, N° 4.

25. Doctrina y Convenios 115:5.

Crean, obedezcan y perseveren

Por el presidente Thomas S. Monson

Crean que el permanecer firmes y fieles a las verdades del Evangelio es de fundamental importancia. ¡Yo les testifico que lo es!

Mis queridas jóvenes hermanas, la responsabilidad de hablarles me hace sentir humilde; ruego la ayuda divina para estar a la altura de esta oportunidad.

Hace sólo unos 20 años ustedes aún no habían comenzado su jornada en la mortalidad; todavía se encontraban en su hogar celestial. Allí estaban entre personas que las amaban y se preocupaban por su bienestar eterno. Con el tiempo, la vida sobre la tierra llegó a ser esencial para su progreso. Sin duda hubo palabras de despedida y expresiones de confianza; obtuvieron un cuerpo y se convirtieron en seres mortales, separados de la presencia de su Padre Celestial.

No obstante, una bienvenida llena de gozo las esperaba en la tierra. Esos primeros años fueron años preciados y especiales. Satanás no tenía poder para tentarlas pues ustedes todavía no eran responsables. Eran inocentes ante Dios.

Muy pronto llegaron a esa etapa que algunos han catalogado como “la terrible adolescencia”. Yo prefiero llamarla “la fantástica adolescencia”. Qué época de oportunidades, un período de crecimiento, un semestre de desarrollo, caracterizado por la adquisición de conocimiento y la búsqueda de la verdad.

Nadie ha descrito la adolescencia como una etapa fácil. Con frecuencia son años de inseguridad, de sentir que no son

suficientemente buenas, de buscar su lugar entre sus compañeras, de tratar de sentirse integradas. Ésta es una época en la que son cada vez más independientes y tal vez deseen más libertad de la que sus padres quieran darles en este momento. También son años importantes en los que Satanás las tentará y hará cuanto pueda para alejarlas del camino que las conduce de regreso al hogar celestial del que vinieron, a sus seres queridos que están allí y a su Padre Celestial.

El mundo que las rodea no está provisto para proporcionarles la ayuda que precisan a fin de realizar este viaje que a menudo es peligroso. Tantas personas de la sociedad actual parecen haberse desprendido de las anclas de seguridad y estar a la deriva, alejados de los puertos de paz.

La indulgencia, la inmoralidad, la pornografía, las drogas, la presión social —todas éstas y más— hacen que muchas personas vayan a la deriva en un mar de pecado y se estrellen contra los afilados arrecifes de las oportunidades perdidas, las bendiciones desperdiciadas y los sueños destrozados.

¿Hay un camino hacia la seguridad? ¿Se puede escapar la amenazante destrucción? ¡La respuesta es un rotundo sí! Les aconsejo que dirijan la vista al faro del Señor. Lo he dicho antes y lo diré otra vez: no existe niebla tan densa, noche tan oscura, viento tan intenso ni marinero tan perdido que el faro del Señor no pueda rescatar. Nos indica el camino a través de las tormentas de la vida. Nos dice: *“Por aquí vas a salvo. Por aquí llegas a casa”*. Emite señales de luz que se ven fácilmente y nunca se extinguen. Si se siguen, esas señales las guiarán de regreso a su hogar celestial.

Esta noche deseo hablarles sobre tres señales esenciales que emanan del faro del Señor que las ayudarán a volver a ese Padre que espera ansiosamente su regreso triunfante. Esas tres señales son: *crean, obedezcan y perseveren*.

Primero, menciono una señal que es básica y esencial: *crean*. Crean que son hijas del Padre Celestial, que Él las ama y que están aquí con un propósito glorioso: ganar su salvación eterna. Crean que el permanecer firmes y fieles a las verdades del Evangelio es de fundamental importancia. ¡Yo les testifico que lo es!

Mis jóvenes amigas, crean las palabras que repiten cada semana al recitar el lema de las Mujeres Jóvenes. Piensen en el significado de esas palabras; expresan la verdad. Esfuércense siempre por vivir según los valores que indica. Crean, como lo dice el lema, que si aceptan esos valores y actúan de acuerdo con ellos estarán preparadas para fortalecer su hogar y a su familia, para hacer y guardar convenios sagrados, para recibir las ordenanzas del templo y, al final, gozar de las bendiciones de la exaltación. Éstas son hermosas verdades del Evangelio, y al seguir las, serán más felices en esta vida y en la venidera de lo que serán si las ignoran.

A la mayoría de ustedes se les enseñaron los principios del Evangelio desde que eran niñas. Se los enseñaron padres y maestros amorosos. Las verdades que les enseñaron las ayudaron a obtener un testimonio; creyeron lo que se les enseñó. Si bien ese testimonio puede seguir alimentándose espiritualmente y creciendo a medida que estudien, que oren para recibir dirección y que asistan a las reuniones de la Iglesia todas las semanas, depende de ustedes el que ese testimonio se mantenga vivo. Satanás tratará de destruirlo con todas sus fuerzas. Tendrán que alimentarlo durante toda su vida. Al igual que la llama de un fuego que arde intensamente, el testimonio de ustedes, si no se alimenta constantemente, se irá apagando hasta ser brasas, y luego se enfriará por completo. No deben dejar que eso suceda.

Además de asistir a sus reuniones dominicales y a las actividades semanales, cuando tengan la ocasión de participar en seminario, ya sea en clases matutinas o supervisado, aprovechen esa oportunidad. Muchas de ustedes ya están haciéndolo ahora. Como todas las cosas de la vida, el beneficio que obtendrán de su experiencia en seminario dependerá de su actitud y de su buena disposición a que les enseñen. Ruego que su actitud sea una de humildad y deseo de aprender. Qué agradecido estoy por la oportunidad que tuve cuando era jovencito de asistir a seminario matutino, ya que jugó un papel vital en el desarrollo de mi testimonio. Seminario puede cambiar vidas.

Hace unos años era parte de una comisión directiva junto con un buen hombre que había tenido mucho éxito en la vida. Su integridad y su lealtad a la Iglesia me impresionaron. Supe que

había obtenido un testimonio y se había unido a la Iglesia gracias a seminario. Cuando se casó, su esposa había sido miembro de la Iglesia toda la vida; él no pertenecía a ninguna iglesia. A través de los años, y a pesar de los esfuerzos de ella, no mostró interés por asistir a la Iglesia con su esposa y sus hijos. Entonces comenzó a llevar a dos de sus hijas a seminario matutino; se quedaba en el auto mientras ellas participaban de la clase y después las llevaba a la escuela. Un día llovía y una de sus hijas le dijo: “Ven adentro papá; puedes sentarte en el pasillo”. Él aceptó la invitación. La puerta de la clase permanecía abierta y él comenzó a escuchar. Su corazón fue conmovido. El resto del año escolar asistió a seminario con sus hijas, lo cual, con el tiempo, llevó a que se uniera a la Iglesia y fuese activo toda la vida. Permitan que seminario edifique y fortalezca sus testimonios.

Habrán veces en que afrontarán desafíos que puedan poner en peligro su testimonio; o lo descuidarán al dedicarse a otros intereses. Les ruego que lo mantengan fuerte. Es la responsabilidad de ustedes, y sólo de ustedes, la de mantener la llama ardiendo intensamente. Se requiere un esfuerzo, pero es un esfuerzo del cual nunca se lamentarán. Me viene a la memoria la letra de una canción que escribió Julie de Azevedo Hanks. En cuanto a su testimonio ella escribió:

*A través de los cambiantes vientos,
envuelta en las nubes de dolor,
con mi vida la protejo.
Necesito la luz, necesito el calor.
Aun cuando la tormenta ruja
y esté de pie en medio de la fuerte lluvia,
sigo siendo
Guardiana de la llama¹.*

Es mi deseo que crean y que puedan mantener la llama de su testimonio vivamente encendida, suceda lo que suceda en sus vidas.

Segundo; jovencitas *obedezcan*. Obedezcan a sus padres; obedezcan las leyes de Dios, nos han sido dadas por un amoroso Padre Celestial. Si se obedecen, nuestra vida será más plena y menos complicada. Nuestros desafíos y problemas serán más

fáciles de sobrellevar y recibiremos las bendiciones prometidas del Señor. Él ha dicho: "...el Señor requiere el corazón y una mente bien dispuesta; y los de buena voluntad y los obedientes comerán de la abundancia de la tierra de Sión en estos postreros días"².

Tienen una sola vida para vivir; manténgala lo más libre de problemas posible. Serán tentadas; en ocasiones por personas que consideraban amigas.

Hace algunos años hablé con una asesora de damitas que me contó una experiencia que había tenido con una jovencita de su clase. Esa jovencita había sido tentada una y otra vez a dejar el camino de la verdad y seguir el desvío del pecado. Por la constante insistencia de sus amigas de la escuela, finalmente decidió tomar ese desvío. Tramó un plan: ella le diría a sus padres que iba a una noche de actividad de las Mujeres Jóvenes. Sin embargo, planeaba quedarse allí sólo hasta que sus amigas y los jóvenes con quienes iban a salir la recogieran. Entonces irían a una fiesta donde habría bebidas alcohólicas y donde se harían cosas que estaban en completa violación con lo que la joven sabía que era correcto.

La maestra había orado por inspiración para ayudar a todas las chicas, pero especialmente a esa jovencita en particular, quien parecía indecisa en cuanto a su compromiso hacia el Evangelio. La maestra había recibido inspiración esa noche de dejar de lado lo que había planificado con anticipación y hablarle a las jóvenes acerca de permanecer moralmente limpias. Cuando empezó a compartir sus ideas y sentimientos, la jovencita en cuestión comenzó a mirar su reloj con frecuencia para asegurarse de no perder la cita con sus amigos. Sin embargo, a medida que avanzaba la charla, se conmovió su corazón, se despertó su conciencia y se renovó su determinación. Cuando llegó la hora, ignoró el repetido sonido de la bocina del coche que la llamaba. Se quedó toda la noche con su maestra y las otras jóvenes de la clase. La tentación de desviarse de la manera aprobada por el Señor se había evitado. Satanás había sido frustrado. La jovencita se quedó hasta que todas las demás se habían ido para agradecer a la maestra la lección y decirle cómo la había ayudado a evitar lo

que podría haber resultado en consecuencias trágicas. La oración de una maestra había sido contestada.

Más tarde supe que debido a que esa noche había decidido no ir con sus amigos, que eran algunos de los jóvenes más populares de la escuela, la habían hecho a un lado y por muchos meses no tuvo amigos en la escuela. No podían aceptar que no estuviera dispuesta a hacer las cosas que ellos hacían. Fue una etapa muy difícil y solitaria para ella, pero permaneció firme y con el tiempo tuvo amigos que compartían sus normas. Ahora, varios años después, está casada en el templo y tiene cuatro hijos hermosos. Qué distinta podría haber sido su vida. Nuestras decisiones determinan nuestro destino.

Preciadas jovencitas, hagan que cada decisión que deban tomar pase esta prueba: “¿Cómo me afectará? ¿cómo me beneficiará?”, y vean que su código personal de conducta no recalque tanto el “¿qué pensarán los demás?”, sino, más bien “¿qué pensaré yo de mí misma?”. Déjense influenciar por la voz apacible y delicada del Espíritu; tengan presente que un hombre con la debida autoridad puso las manos sobre la cabeza de ustedes en el momento de su confirmación y dijo: “Recibe el Espíritu Santo”. Abran el corazón, abran el alma misma, a los susurros de esa voz que testifica de la verdad. Como prometió el profeta Isaías: “...tus oídos oirán... palabra que diga: Éste es el camino, andad por él”³.

La actitud de nuestros días es la permisividad. Las revistas y los programas de televisión muestran a los ídolos del cine, los héroes del mundo deportivo —aquellos a quienes los jóvenes quieren imitar— haciendo caso omiso a las leyes de Dios y exhibiendo prácticas pecaminosas, aparentemente sin consecuencias negativas. ¡No lo crean! Llegará la hora de rendir cuentas, el momento de nivelar la balanza. Toda Cenicienta tiene su medianoche, si no en esta vida, en la próxima. El día del juicio final llegará para todos. ¿Están preparadas? ¿Están satisfechas con lo que han hecho?

Si alguna de ustedes ha tropezado en el camino, les aseguro que hay una manera de regresar. El proceso se llama arrepentimiento. Nuestro Salvador murió para darnos a ustedes y a mí ese bendito don. Aunque el sendero es difícil, la promesa es

real. Dijo el Señor: "...aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos"⁴, "y no me acordaré más de [ellos]"⁵.

Mis queridas jóvenes hermanas, tienen el preciado don del albedrío; les ruego que escojan obedecer.

Por último, *perseveren*. ¿Qué significa perseverar? Me encanta esta definición: *soportar con valor*. Tal vez necesiten valor para creer; a veces será necesario al obedecer. Con seguridad les será requerido para perseverar hasta el día en que abandonen esta existencia mortal.

A lo largo de los años he hablado con muchas personas que me han dicho: "Tengo tantos problemas, verdaderas preocupaciones; estoy abrumado con los desafíos de la vida; ¿qué puedo hacer?". Les he dado a ellos, y les doy a ustedes ahora, esta sugerencia: busquen la guía divina un día a la vez. Vivir la vida por metros es difícil; pero vivirla centímetro a centímetro es pan comido. Cada uno de nosotros puede ser leal por un día —y luego otro, y otro más después de eso— hasta que hemos vivido una vida guiados por el Espíritu, una vida cerca del Señor, una vida de buenas obras y rectitud. El Salvador prometió: "Mirad hacia mí, y perseverad hasta el fin, y viviréis; porque al que perseverare hasta el fin, le daré vida eterna"⁶.

Con este propósito han venido al mundo, mis jóvenes amigas. No hay nada más importante que la meta que tratan de lograr: la vida eterna en el reino de su Padre.

Ustedes sonpreciadas, hijaspreciadas de nuestro Padre Celestial, enviadas a la tierra en esta época por un propósito. Han sido preservadas para este preciso momento. Cosas maravillosas y gloriosas están a su alcance si sólo creen, obedecen y perseveran. Que reciban esa bendición; lo ruego en el nombre de Jesucristo, nuestro Salvador. Amén.

NOTAS

1. Julie de Azevedo Hanks, "Keeper of the Flame" [Guardiana de la llama], *Treasure the Truth*, disco compacto, 1997.
2. Doctrina y Convenios 64:34.
3. Isaías 30:21.
4. Isaías 1:18.
5. Jeremías 31:34.
6. 3 Nefi 15:9.